

World of Darkness - Mundo de Tinieblas:
PRINCIPE DE LA CIUDAD

Keith Herber

(Grupo: "Vampiro". Novela suelta)
Traducción: Manuel de los Reyes

_____ 1 _____
1849: LA FIEBRE DEL ORO

El abrasador sol de California azotaba al hombre de color que se encontraba de pie en lo alto de un polvoriento promontorio, contemplando el amplio río American que discurría a sus pies. Riley levantó su maltrecho sombrero y se enjugó la frente con un pañuelo de color rojo, revelando una mata de cabello negro veteado de gris. Era ancho de hombros, grueso y poderoso su cuello. Su ropa se veía sucia y cubierta de polvo; su sombrero de ala ancha, de color de ante, estaba manchado de sudor. Un revólver adornaba su cadera izquierda; un cuchillo de hoja ancha colgaba sobre la derecha. En la zurda sostenía una escopeta.

Estaba de pie junto a una mula atada a una carreta. En ésta había una enorme caja de madera de más de dos metros de largo, uno de ancho y medio de profundidad. La caja, construida de sólido roble, estaba atada con cuidado y minuciosidad a la plataforma de la carreta. Riley había cargado con ella desde Tejas a California, cruzando desiertos y montañas en un viaje que había durado meses. Esta noche llegaría a su destino: la ciudad de San Francisco.

Cerca de la ribera se veían cientos de hombres afanados, levantando nubes de polvo, yendo de un lado para otro en medio de los atestados muelles, construidos apresuradamente, y el fuerte de madera llamado Nueva Helvecia que se erguía en las laderas. Los hombres se daban prisa en descargar las barcas, trocando y

vendiendo mulas, equipo y víveres a la muchedumbre.

Algunos iban vestidos con ropas de trabajo; otros con chalecos a la moda y corbatas de fantasía; aún había quienes se cubrían con atuendos extranjeros. Los hombres se alejaban del fuerte en todas direcciones, a solas y en grupo, río arriba, hacia las estribaciones próximas del este y las montañas del otro lado, todos en busca de lo mismo: el oro que se había descubierto en los lechos fluviales y los remansos del recién adquirido territorio americano.

Chasqueó la lengua sutilmente para animar a caminar a la mula, guiándola por la suave pendiente hacia la orilla del río. Mantuvo la mirada al frente mientras se acercaba a los muelles, enfrentándose a la oleada de humanidad que se alejaba de la ribera, evitando las miradas de los extranjeros blancos que lo rodeaban. Pero solo algunos repararon en él, y ninguno dijo nada: la mayoría de ellos estaban demasiado ocupados con sus propios planes o tenían demasiado miedo del negro bien armado que caminaba con semblante impertérrito. Algunos se preguntaron qué enseres transportaría consigo.

Al llegar a la orilla, abordó al primer barquero que vio, un joven que montaba guardia junto a un esquife sin pintar, de tres metros y medio de eslora y tosca manufactura. El muchacho, larguirucho y rubiacho, no aparentaba tener más de dieciséis años.

--Me haría falta ir río abajo --dijo Riley--. ¿Cuánto es?

El chaval se frotó la barbilla, cubierta de pelusa, mientras escrutaba a su cliente. El pasaje remunerado de regreso a la costa era algo infrecuente, y no tenía claro cuánto debía pedir. Los buscadores de oro estaban dispuestos a pagar casi lo que fuera con tal de remontar el río. Los escasos exploradores que se habían enriquecido y pretendían volver a San Francisco también disponían de dinero para dar y tomar. Pero este hombre no tenía pinta de explorador.

--¿Usted solo? --preguntó el muchacho al desconocido.

--También llevo algo de equipaje --dijo Riley, señalando la pesada caja afianzada encima de la carreta--. Quiero llegar a San Francisco... esta noche.

--Diez dólares por usted, cinco por la caja --declaró el joven, al cabo.

El precio consiguió que Riley entornara los ojos. La tarifa no debería haber ascendido a más de una décima parte de ese dinero. Pero estando allí plantado pudo escuchar cómo alguien pagaba hasta tres dólares por una pala y otros dos por una manta.

--Puede vender la carreta y la mula por más que eso --sugirió el muchacho, con la esperanza de persuadir a su cliente--. Obtendrá lo suficiente para costearse el pasaje, y aún le sobrará algo.

--Está bien. --Riley se quitó el sombrero y se enjugó el sudor que le empapaba la frente; la temperatura seguía subiendo--. ¿Cuándo nos marchamos?

--Cuanto antes mejor. Me gustaría salir del río antes de que anochezca, a ser posible. Los bandidos se agolpan en las orillas por la noche, a la espera de capturar alguna barca que se dirija a la ciudad de San Francisco. Pero si llegamos a la bahía antes del crepúsculo no tendremos ningún problema. --Cerraron el trato con un apretón de manos--. Bienvenido a bordo. Me llamo Davey Foster.

Riley vendió enseguida la mula y la carreta, tal y como prometiera Davey, pero antes de permitir que se las llevara el nuevo propietario tenía que descargar la caja. Bajó la portezuela posterior de la vagoneta y comenzó a deslizar el pesado embalaje por la plataforma. Davey se acercó a echarle una mano, sujetando el otro extremo de la caja mientras ésta salía de la carreta. Soltó un gruñido al comprobar cuánto pesaba la caja y le flaquearon las rodillas.

--¡Jesús, caballero! ¿Qué lleva ahí dentro? ¿Piedras?

Riley, que caminaba de espaldas con cuidado por la dársena, sonrió a Davey pero guardó silencio. El joven le seguía dando tumbos, con los brazos en tensión. Riley cargaba con su parte del peso con facilidad, sin dar muestras de estar esforzándose.

El esquife de Davey tenía el fondo plano y la proa cuadrada, puesto que había sido construido expresamente para navegar por el río tranquilo y poco profundo que serpenteaba por el valle central de California. Depositaron la caja en el bote, con tiento. Riley arrojó su petate y el resto de sus escasas pertenencias detrás de él, antes de imitar a Davey y subir a bordo. Mientras el chaval soltaba las amarras, Riley aseguró la caja con cuerdas. Cuando se hubieron apartado del muelle, Davey hizo uso de la pértiga para impulsar la barca hacia el centro del río. La lánguida corriente comenzó a llevarlos hacia el sudoeste, hacia la costa del Pacífico y la nueva ciudad de San Francisco. Riley, por fin cerca del término de su largo viaje, se preguntó qué encontraría allí.

Estaba próximo el final del verano --la estación seca-- y el caudal del río era escaso, por lo que se veían numerosos bancos de arena coronados de barro.

--El río está bajo en esta época del año --explicó Davey, que

ahora estaba sentado en el centro del bote. Los músculos de su cara se tensaban a cada tirón de los chirriantes remos--. La temporada de lluvias no empieza hasta noviembre por estos lares.

Riley estaba sentado en la popa, en silencio, con la escopeta entre los pies. Contemplaba las orillas del amplio río conforme discurrían --un paisaje fugaz de tonos ocres, cubierto de rastros secos y algunos robles-- una tierra cultivable como no la había en Tejas. El suelo era fértil y estimó que se podría cosechar lo que se propusiera uno: fruta, trigo, algodón, lo que fuera. Y, si el clima era tan propicio como le habían contado, un granjero podía recoger sus frutos durante todo el año, recolectando una cosecha tras otra de la fértil tierra.

--¿Viene de alguna parte del sur? --preguntó Davey a su silencioso pasajero. Le sonaba el acento.

--Sí. De Tejas.

--¿Usted solo?

Riley vaciló, antes de responder:

--Sí.

--¿Y qué le trae por aquí? --Era evidente que aquel hombre no había venido a buscar oro.

--Me ha surgido un negocio en San Francisco --respondió Riley--. Con un socio.

--Lo mejor que se le podía haber ocurrido --celebró Davey, remando con constancia--. Son los hombres de negocios los que se enriquecen... no los buscadores.

Riley dedicó una sonrisa al muchacho.

--Parece que a ti te va de perlas --bromeó--. A diez dólares el viaje río abajo.

Davey esbozó una sonrisa nerviosa, observando de soslayo la escopeta que descansaba a los pies de Riley. ¿Y si al hombre se le ocurría matarlo ahí en el río? No había pensado en eso cuando aceptó el encargo. Su pasajero parecía nervioso, aprensivo. Se preguntó qué contendría la caja.

--Oye --dijo Riley, sintiendo la preocupación del muchacho. Se levantó de su asiento--. Déjame probar con los remos.

Cambiaron sus puestos; Davey ocupaba ahora el banco de popa, al lado de la escopeta, mientras Riley remaba.

La conversación fue volviéndose más distendida y, transcurrida una hora, ambos charlaban animadamente. Riley habló a Davey de su largo viaje desde Tejas a través del Paso Donner mientras Davey

relató a Riley todo lo que sabía acerca de la fiebre del oro y la floreciente ciudad costera de San Francisco.

--¿A qué te dedicabas en Tejas? --preguntó Davey más tarde, cuando el sol descendía despacio sobre las colinas del oeste. El muchacho volvía a ocupar el banco de los remos y Riley había recuperado su asiento en la popa.

--Era granjero. Tenía una familia.

--¿Dónde están ahora? --inquirió Davey, con inocencia--. ¿Los has dejado en casa?

--Están muertos --respondió Riley, con voz seca. Su semblante se ensombreció.

--Oh. --Al reparar en la expresión de su pasajero, el muchacho se abstuvo de formular más preguntas.

* * *

Se encontraban a escasos kilómetros de la bahía de San Francisco y a menos de una hora del crepúsculo cuando los viajeros divisaron una densa columna de humo negro que se elevaba desde algún lugar río abajo. Su fuente quedaba oculta tras las empinadas colinas redondeadas que ahora rodeaban el río.

--Un vapor --dijo el muchacho, mirando por encima del hombro--. Tenemos que hacernos a un lado.

Los empresarios ya habían botado barcos de vapor alrededor del Horn, con la esperanza de sacar provecho de la enorme afluencia de gente que recorría el río arriba y abajo, entre los yacimientos de oro y la costa.

Davey comenzó a virar el esquife hacia la orilla más alejada, a su derecha. El río era muy ancho y poco profundo, y el muchacho se había atenido al centro, donde el canal era más caudaloso, lejos de los bancos de arena y los diques ribereños.

--Tenemos que hacer sitio... y rápido --dijo Davey, que ahora remaba con más ahínco que antes--. Como hay tan poca agua, irán justo por el centro del río.

Ya podían oír el vapor, el traqueteo de su motor, el chapoteo propiciado por la enorme rueda de paletas que adornaba su popa. Davey se esforzaba por virar a estribor, por quitarse de en medio, pero en ese momento apareció de repente el vapor al doblar un recodo, resoplando, abalanzándose sobre ellos, con los motores atronando al tiempo que su única chimenea, muy alta, expulsaba penachos de

humo negro y las grandes paletas de popa levantaban espuma en las aguas. El barco hizo sonar su silbato. En cuestión de segundos, la enorme embarcación estaría encima de ellos.

--¡Mierda! --exclamó Davey, poniéndose de pie con dificultad al tiempo que sacaba un remo de su asidero--. Coge un remo, Riley. ¡Deprisa!

El vapor continuaba avanzando hacia ellos, hendiendo las aguas con su amplia proa. Tendrían que mantenerse a distancia por sus propios medios.

--¡Aquí! ¡Aquí! ¡Barco a la vista! --gritó Davey, ondeando con el remo en el aire, intentando llamar la atención del piloto del barco de vapor.

Pero el ocupante de la cabina que coronaba la cubierta no les presto atención. No estaba dispuesto a arriesgarse a encallar su nave tan solo para esquivar a dos personas en una barcuca. Las pequeñas embarcaciones tendrían que aprender a tener cuidado con los vapores. Volvió a hacer sonar el silbato: un bramido largo y lastimero.

--¡Estate atento! --instruyó Davey a Riley cuando el enorme barco se cernía sobre ellos--. ¡Intenta empujar!

La cortante quilla pasó a escasos metros de ellos, su estela bañó las regalas del bote, y entonces hizo su aparición el inmenso casco de madera, una muralla acuática que amenazaba con desplomarse sobre ellos y aplastarlos. Clavaron en ella sus remos, intentando impulsarse lejos, pero en ese momento el barco de vapor golpeó la popa del esquife, girándolo en redondo, consiguiendo que Riley perdiera el equilibrio y estuviera a punto de caer por la borda.

--¡Aguanta! --gritó Davey cuando la quilla de la barca giró hasta chocar con el vapor y la pequeña embarcación se vio cubierta por otra ola--. ¡Tenemos que alejarnos de la rueda!

Las enormes paletas rodantes de la rueda atronaban cada vez más cerca mientras los dos pugnaban por apartar el esquife de su camino. Si llegaran a ser engullidos por las aspás, quedarían reducidos a trocitos.

Mientras Riley recuperaba la verticalidad, Davey empujaba desesperadamente con su remo contra el casco del vapor, intentando alejar el esquife; pero la succión del barco era demasiado fuerte. Mientras tanto, una multitud de curiosos pasajeros --aspirantes a mineros-- se había reunido en las barandillas y observaba con interés el drama que se desarrollaba a sus pies.

--¡Cuidado! --exclamó Davey cuando la rueda de paletas se

abalanzó sobre la parte frontal del esquife, reduciendo a astillas su proa cuadrada. Estuvo a punto de conseguir que el bote volcara antes de liberarlo y lanzarlo lejos, dando vueltas.

La estela del vapor transportó el esquife hasta un banco de arena, donde encalló, dejando a sus dos ocupantes a diez metros de la orilla, con la cubierta medio anegada de agua e inmovilizados.

--¡Cabrones! --despotricó Davey contra el barco de vapor mientras este seguía adelante y doblaba el recodo, sin aminorar la marcha--. ¡Mierda! --exclamó, dirigiéndose ahora a Riley--. Ha estado cerca, eso seguro.

--¿Está bien la barca? --quiso saber Riley. Ya había comenzado a comprobar las ataduras que sujetaban la caja empapada de agua, comprobando que siguiera firmemente amarrada.

--Eso parece --anunció el muchacho, después de evaluar los daños.

A pesar de la proa astillada y algunas brechas practicadas en el casco, parecía que el esquife siguiera en condiciones de navegar. Siempre y cuando achicaran un poco, Davey estimaba que podrían llegar a San Francisco sanos y salvos.

--Eso sí, cuando vuelva a la ciudad voy a tener que llevarla a reparar --añadió.

El sol se zambullía ahora tras la línea de colinas de poniente y Davey comenzaba a impacientarse por salir de aquella zona. No dejaba de escrutar las sombras que empezaban a poblar las orillas, en busca de señales de bandidos.

--Vamos a achicar el agua y a sacarla de aquí --dijo, asiendo un raído caldero de cuero y aliviando la carga de agua del bote--. No conviene que nos entretengamos.

Riley dejó su escopeta encima de la caja para que se secase y se unió al muchacho, obligado a utilizar su sombrero manchado de sudor a modo de cubo.

La barca se encontraba casi medio vacía de agua cuando resonó un disparo en la orilla y una bala se hundió en el río, junto a la embarcación.

Davey se irguió y escrutó la ribera.

--Pero qué de... --comenzó; entonces rugió otra escopeta y el joven se cayó al río de espaldas. Se produjo una tormenta de disparos; las balas se incrustaron en el bote, proyectando una lluvia de astillas. Riley se apresuró a cubrirse detrás de la enorme caja, escudándose de los atacantes invisibles de la orilla. Cuando divisó a

Davey flotando inerte en el agua cerca de la barca, lo sacó del río con una mano y lo depositó en el fondo empantanado de la embarcación.

--¡Salid! --gritó alguien desde la orilla.

--Rendíos --instó alguien más.

Con cuidado, Riley extendió el brazo y recogió la escopeta que dejara en lo alto de la caja, lo que provocó otra erupción de disparos.

--¡Rendíos! --volvió a exclamar alguien.

Atrapado detrás de la caja e incapaz de responder a los disparos con garantías, Riley sabía que no podría resistir mucho tiempo. Los bandidos de la ribera no tardarían en desplegarse y atraparlo en medio de un fuego cruzado. Entornó los ojos para contemplar la puesta de sol tras la hilera de colinas. Ya casi había anochecido. Su protegido debía de estar a punto de despertarse. Desenfundó su pesado cuchillo y, sosteniéndolo por la hoja, golpeó el costado de la caja.

--¡Despierta! --siseó--. Ya es hora de levantarse. El sol casi se ha ocultado.

A continuación empezó a serrar las cuerdas que sujetaban la caja, cortándolas una a una mientras los pistoleros de la orilla lo sometían a un fuego sostenido.

--Vamos. Rendíos --exigieron--. Os prometemos que podréis iros sin sufrir daño.

Riley sabía que estaban mintiendo.

--Ya casi es la hora --volvió a susurrar dirigiéndose a la caja, observando de soslayo la puesta de sol, comprobando su posición. Se agitó algo dentro del embalaje. Riley se sintió aliviado.

Los disparos cesaron por un momento y el silencio se adueñó del crepúsculo. Con tiento, Riley reptó hacia delante, asomándose a una esquina de la caja en un intento por atisbar a sus atacantes. Vio a tres hombres situados detrás de un árbol caído en la orilla. Uno de ellos lo divisó y disparó su pistola contra él. La bala salió rebotada contra el lateral de la caja al tiempo que Riley volvía a cobijarse.

Ya había anochecido. Riley murmuró para la caja:

--Son tres. A tu derecha, detrás de un árbol muerto en la orilla.

Más movimientos en el interior de la caja: algo bregó con la tapa. Las tablas se rompieron y los clavos se liberaron cuando se astilló la cubierta, reducida a pedazos. Un hombre alto y enjuto se encumbró sobre los trozos de madera, apartándolos al tiempo que se ponía de pie. Riley aprovechó la distracción de los bandidos para disparar contra ellos al amparo de la caja. Hirió a uno; el hombre cayó al tiempo que los otros dos atacantes se disponían a devolver el fuego. Antes de

que pudieran siquiera apretar el gatillo, el desconocido saltó de la barca y vadeó el río en dirección a ellos, con el agua hasta las rodillas. Mientras corría, desenvainó un sable de caballería que pendía sobre su cadera y lo blandió por encima de su cabeza.

Los bandidos abrieron fuego contra él, y aunque estaban seguros de que lo habían alcanzado con sus disparos, el hombre no aminoró el paso.

Sin tiempo para recargar, los asaltantes dieron media vuelta para salir huyendo, pero el desconocido ya se había abalanzado sobre ellos. Uno de los bandidos desenvainó su revólver del cinto, pero el extraño lo golpeó con la espada, amputando la mano que empuñaba el arma a la altura de la muñeca. Otra poderosa estocada cercenó la garganta del hombre, silenciando sus gritos al tiempo que se desplomaba, casi decapitado.

El segundo hombre atacó al espadachín con su escopeta descargada, destrozándole la culata de madera en la espalda. El desconocido apenas sí torció el gesto. Giró en redondo y obligó al bandido a soltar su arma inservible de un revés, dejándolo indefenso. Comprendiendo que no había escapatoria posible, el bandido se dejó caer de rodillas, con las manos enlazadas en actitud suplicante, pero la espada cayó de nuevo antes de que pudiera pronunciar palabra. El forajido se desplomó de bruces en la hierba, muerto.

El sombrío desconocido limpió la sangre de su espada con la camisa del cadáver, antes de envainarla. La voz de Riley lo llamó desde la oscuridad del río.

--¿Estás bien, Vannevar?

--Sí. Estoy bien. --Las dos heridas de bala que había sufrido eran dolorosas, y tenía el hombro muy magullado a causa del asalto del bandido, pero los daños no revestían gravedad y sanarían de prisa.

--Aquí tenemos un herido --informó Riley al resguardo de la creciente oscuridad--. Sigue con vida, pero necesita atención médica.

--Voy enseguida.

Vannevar se arrodilló junto al bandido casi decapitado, se agazapó sobre la herida practicada y lamió la sangre caliente que manaba de la garganta abierta.

* * *

El hombre que respondía al nombre de Vannevar Thomas regresó a la barca encallada minutos después, dejando los cuerpos de los

bandidos ocultos bajo la maraña de raíces de un roble que se inclinaba sobre la ribera. Les había arrebatado las armas, que ahora llevaba hacia el bote, junto a una pequeña cantidad de monedas en perfecto estado y varias bolsitas de polvo de oro que los bandoleros habían robado sin duda a víctimas anteriores.

Vannevar Thomas era alto --medía casi un metro ochenta--, delgado y bien proporcionado. Llevaba el largo cabello castaño recogido con una cinta en una coleta corta que le caía sobre el cuello de la camisa. Conservaba su atractivo pese a haber cumplido los cuarenta y cinco, aunque las delgadas líneas que ribeteaban sus ojos y las comisuras de sus labios traicionaban su edad. El color de sus ojos era castaño oscuro, casi negro, y su nariz semejaba el pico de un halcón. A despecho de su palidez, su piel exhibía un cierto tono rubicundo debido a la desleída cantidad de sangre india americana que corría por las venas de su aristocrática familia virginiana. Su atuendo, en tanto que raído y sucio debido a los meses de viaje que habían transcurrido desde que saliera de Tejas, era de buena calidad. Se conducía con la cabeza alta y los hombros rectos. Su porte era el de un hombre de buena familia.

--¿Es grave? --preguntó Vannevar mientras vadeaba hasta alcanzar el costado del bote. Tras subir el botín a bordo, se izó por encima de la borda, chorreando agua.

--Le han dado en el hombro --dijo Riley, de rodillas junto al joven, examinando la herida--. No es demasiado grave, nada más que un par de perdigones, pero tiene que verlo un médico. --El muchacho tenía el omoplato fracturado. La herida sangraba ininterrumpidamente, tiñendo de rojo el agua del fondo de la barca.

--En tal caso, pongámonos en marcha --conminó Vannevar, inclinándose para achicar el resto del agua que inundaba el bote.

Colocaron a Davey en lo que quedaba de la caja, lejos del agua que seguía filtrándose por las brechas practicadas en el casco del esquife. Los dos hombres achicaron tanta agua como les fue posible, antes de que Vannevar saliera del bote y empezara a empujar para liberarlo, mientras Riley cogía los remos. Cuando hubieron escapado del banco de arena, Vannevar se aupó por encima de la popa y ocupó el estrecho banco.

--¿Cuánto nos falta para llegar a San Francisco? --preguntó, mientras se quitaba las altas botas negras y tiraba por la borda el agua que se había metido en ellas.

--El chaval dijo que otra media hora hasta la bahía --informó Riley,

mientras remaba con ahínco—. Y otra media hora hasta San Francisco.

La oscuridad ya casi era completa; solo una fracción de luna creciente arrojaba algo de pálida luz. Siguieron la corriente río abajo en dirección a la costa, turnándose para remar y achicar el agua. Ya casi habían llegado a su destino.

_____ 2 _____ **ANTAÑO: VIDAS DISTINTAS**

El vampiro Vannevar y el *ghoul* Riley habían acudido a la Costa Oeste siguiendo órdenes de sus superiores. Se había descubierto oro en el recién adquirido territorio de California, asunto que interesaba en gran medida al antiguo tejano al que obedecía Vannevar. La gente acudía a esa zona procedente de todos los lugares del mundo, y la que antes fuese la diminuta aldea de Yerba Buena --ahora bautizada San Francisco-- parecía destinada a desempeñar un papel crucial en el futuro del país. La bahía sobre la que se erguía la ciudad era tal vez la más grande del mundo: segura, protegida, y lo bastante espaciosa como para dar cabida a las flotas combinadas del mundo entero. Los antiguos de Vannevar opinaban que la ciudad se convertiría algún día en un puerto importante, y que proporcionaría una vía de acceso al Pacífico y a las orillas del otro lado.

Vannevar Thomas había nacido en Alejandría, Virginia, en 1732, primogénito de una familia de cultivadores de tabaco y criadores de caballos. Educado y refinado, parecía el perfecto heredero de la fortuna familiar. Pero en 1776 se marchó del hogar paterno para unirse a la causa revolucionaria americana.

Jinete avezado, fue nombrado capitán de caballería y se distinguió en varias campañas antes de recibir el ascenso al rango de mayor. Pocas semanas después de su promoción, mientras cabalgaba de noche inmerso en un frondoso bosque camino de su cuartel, fue víctima de los Conservadores.

Se encontraba montando su caballo al galope a través del bosque iluminado por la luna cuando, de repente, surgió ante él una figura misteriosa. El hombre levantó la mano como si pretendiera prohibirle el paso, pero Vannevar espoleó a su caballo, nada dispuesto a detenerse por culpa de un desconocido en plena noche cuando se

encontraba cumpliendo con un encargo de relevancia militar. Pero entonces el hombre realizó una serie de extraños gestos con la mano y el caballo de Vannevar se encabritó inesperadamente, relinchando de terror, arrojando al jinete de la silla. Vannevar se estrelló contra el duro suelo del bosque, donde se golpeó la cabeza y perdió el conocimiento.

* * *

Al despertar, se encontró tendido en el sucio suelo de una caverna rocosa. En lo alto de una piedra oblonga había una vela solitaria que proyectaba una tenue luz amarilla, revelando paredes de caliza veteadas de agua. El aire, cargado de humedad, estaba viciado e imbuido de un penetrante olor a musgo. Junto a la piedra y la vela se veía, en cuclillas, al hombre que le había salido al paso en el bosque.

Iba vestido con ropas oscuras, de civil, con un abrigo, pantalones de montar y zapatos con hebilla. Llevaba la camisa sucia, las medias rasgadas; tenía una de ellas enrollada alrededor del tobillo, floja, rota la liga. El hombre observaba impávido el lento despertar de Vannevar, a la espera.

Vannevar reconoció el rostro del desconocido, o al menos pensó que así era. El hombre era idéntico a Quincy Cullen, el tío de uno de los vecinos de su familia, los Cullen. Pero Vannevar sabía que Quincy Cullen había fallecido hacía unos veinte años, poco después de llegar al país para vivir con sus primos americanos. Vannevar había asistido al funeral. Aunque en su día había entablado amistad con los Cullen, la relación de Vannevar con sus vecinos se había deteriorado a lo largo de los años por culpa del debate sobre los derechos de los colonos, que se tornaba más acalorado conforme pasaban los años. Los Cullen eran Conservadores leales, detractores de las opiniones revolucionarias que defendían Vannevar y la mayoría de su familia.

--¿Quién eres? --preguntó Vannevar al desconocido.

--Ya lo sabes, Vannevar --respondió el misterioso hombre--. No creo que te hayas olvidado tan fácilmente del "viejo tío Quincy", ¿verdad? --Su tono burlón resultaba conocido a Vannevar.

--Quincy Cullen murió hace años. Tú no puedes ser él.

El hombre se rió: un graznido sombrío, gélido y escalofriante. Sonrió para revelar una hilera de largos dientes amarillos rodeados de encías pálidas y contrechadas.

No cabía ninguna duda, pensó Vannevar. Era Quincy Cullen, en

efecto, pero ¿qué estaba haciendo aquí? ¿Por qué no estaba muerto? Se acordó del entierro y del ataúd cerrado. Lo cierto era que no había llegado a ver el cuerpo del anciano. Puede, pensó, que el hombre no hubiera muerto, sino que hubiera perdido la cabeza, y que la familia Cullen, impulsada por la vergüenza, lo hubiera encerrado y hubiera amañado un funeral de mentira para desviar las sospechas. Nadie había abierto el féretro, recordó Vannevar. Se suponía que el viejo Cullen había muerto tras caerse de un caballo, y que el cadáver había sufrido horribles mutilaciones al ser arrastrado por el bosque.

--No morí --informó Quincy, como si pudiera leerle la mente--. Oh, no --añadió--. El viejo Quincy no piensa morirse así como así. Te lo garantizo.

Vannevar, convencido ya de la identidad del anciano, se convenció de la demencia de éste. Sabía que los cultivos de los Cullen habían sido arrasados por la guerra en más de una ocasión, y corría el rumor de que muchos miembros de la familia habían sido asesinados o capturados por el ejército continental. De alguna manera, el viejo Quincy debía de haber conseguido escapar de su cautiverio y vagaba ahora por los alrededores, confuso y desvalido.

--Soy lo que algunos llaman un "no-muerto" --prosiguió Quincy--. Un depredador, un carroñero, azote de los inocentes. --Su voz cobraba ímpetu a medida que hablaba, sus ojos adoptaron un extraño fulgor a la feble luz de la vela--. Hay quienes me llaman *vampyr*.

Vannevar no reconocía la palabra, pero su terror se intensificó cuando Quincy le explicó lo que significaba: cómo acechaba en la noche, asesinando a seres humanos para beberse su sangre. También le dijo que ahora él era otro vampiro, un bebedor de sangre inmortal, otro integrante de la legión de los no-muertos.

--Te he elegido para que me ayudes, joven Vannevar. La guerra ha hecho de la existencia algo precario y necesito un amigo.

Vannevar terminó de convencerse de que el hombre estaba desquiciado.

--Puedo ayudarte --aseguró a Quincy--. Pero tenemos que irnos de aquí enseguida. --Aún debía entregar su importante mensaje en el cuartel general. Pugnó por incorporarse, con el cuerpo dolorido. Se sentía débil, mareado, y se preguntó durante cuánto tiempo habría estado inconsciente.

Quincy se quedó sentado, observando cómo se ponía de pie Vannevar.

--Adelante, vete. Lo verás con tus propios ojos. --Quincy indicó un

recodo en la cueva a escasos metros de distancia, donde podía apreciarse una luz grisácea que provenía del exterior. Resultaba imposible saber si amanecía o anochecía--. Pero luego no me digas que no te lo advertí.

Quincy permaneció sentado en su roca, viendo cómo Vannevar se tambaleaba en dirección a la entrada de la cueva, apoyándose en las húmedas paredes de piedra.

Cuando Vannevar hubo llegado al recodo y vio la abertura ante sí, profirió un alarido de dolor. El pálido sol de la mañana le quemaba los ojos y calcinaba su piel, obligándolo a regresar al interior. Quincy seguía sentado, esperándolo.

--¿Ves? --El anciano ensayó una sonrisa maliciosa, soltó una risita apagada cuando Vannevar se desplomó sobre el frío y duro suelo de la cueva, para sentarse con la espalda contra la pared--. Será mejor que te mantengas apartado de la luz del sol de ahora en adelante, ya te lo he dicho. Si quieres sobrevivir a esta guerra... si quieres sobrevivir, punto... tú y yo tendremos que colaborar.

En vida, Vannevar había sentido tan sólo una simpatía moderada por el anciano Cullen, Conservador de línea dura que había amasado su fortuna con el comercio de esclavos. En muerte, el viejo le parecía repulsivo. Pero no tardó en descubrir que era incapaz de negarse a las exigencias de aquel al que ahora llamaba "señor".

--Estás vinculado a mí --le explicó Quincy--. Y harás lo que te pida.

Quincy no se había conformado con convertir a Vannevar en un vampiro, sino que le había arrebatado su voluntad. Tras drenar la sangre de Vannevar, matándolo, Quincy lo había revivido con una transfusión de sangre procedente de sus propias venas. Si esto hubiera sido todo, Vannevar se habría despertado siendo vampiro, pero libre. Mas Quincy se había aprovechado de la debilitada condición de Vannevar para nutrirlo dos veces más con su propia sangre, estableciendo de ese modo un vínculo permanente que convertía a Vannevar en el esclavo a la fuerza de Quincy.

--Eres mi chiquillo --le dijo Quincy--. Somos uno solo.

Y era verdad. Daba igual lo que le pidiera Cullen, Vannevar se apresuraba a obedecer. Se habría suicidado, si Quincy no le hubiera prohibido valerse de esa escapatoria.

* * *

Dos días más tarde, después de que Vannevar hubiera recuperado las fuerzas, el dúo abandonó la cueva al caer la noche. Emprendieron rumbo al oeste, lejos de los estragos de la guerra, en busca de territorios más pacíficos en los que estuvieran a salvo. Tras la dispersión de la familia Cullen, Quincy no tenía a nadie que lo protegiera durante las horas del día, cuando yacía indefenso y vulnerable. Su plan consistía en adentrarse en territorio virgen, lejos del impredecible conflicto.

Durante el día se refugiaban en cuevas y cañadas resguardadas, viajaban de noche, evitando las carreteras y las zonas pobladas, alimentándose de mapaches y ardillas. Cuando hubieron dejado Virginia a sus espaldas, continuaron hacia el sur hasta llegar al territorio casi inexplorado que más tarde se llamaría Tennessee. Conforme se adentraban en las montañas, encontraban cada vez menos hombres blancos. Al fin llegaron a unas tierras que se encontraban fuera de los límites de todos salvo los tramperos más osados. Mientras duró su largo viaje, Vannevar había obedecido solícito a su señor, haciendo todo lo que éste le pedía que hiciera, puesto que no era capaz de reunir la fuerza de voluntad necesaria para oponerse. Su existencia se había convertido en un sueño tambaleante y tenebroso del que no lograba despertar.

Al fin descubrieron una cueva sita en una elevada pared rocosa desde la que se dominaba un río sinuoso que atravesaba un frondoso valle. Cullen esperaba que ésta les sirviera de refugio permanente. Pero algunos días más tarde se despertaron para encontrarse con que una pequeña banda de indios Cherokee habían acampado a orillas del río. Vannevar pensó que sería una estupidez molestarlos, mas Quincy, tras semanas de alimentarse de animales pequeños, ansiaba darse un festín de sangre humana.

–Ya va siendo hora de que aprendas –dijo a Vannevar.

Atacaron el campamento esa noche, entrando a hurtadillas en las chozas de varas y bebiendo solo un poco de una o dos víctimas, satisfaciendo así su innegable sed al tiempo que dejaban a sus víctimas prácticamente ilesas. Vannevar se mostró renuente a beber sangre humana al principio, pero Quincy le obligó a hacerlo, y pronto descubrió el hondo e incomparable placer que suponía alimentarse de alguien de su propia especie.

Quincy perdió el control la noche siguiente y dejó a su víctima india convertida en un cadáver pálido sin una gota de sangre en las venas. A fin de evitar sospechas, cargaron con el cuerpo hasta la orilla

y lo arrojaron al río, donde vieron cómo la corriente se apresuraba a llevárselo. A la mañana siguiente, los indios se quedaron perplejos ante la desaparición de uno de los miembros de su banda, pero no tenían ni idea de lo que podía haber ocurrido.

La noche siguiente, pese a que Vannevar le suplicó que se contuviera, Quincy volvió a matar, dos veces en esta ocasión. Volvieron a valerse del río para desembarazarse de los cuerpos pero luego, de nuevo en la cueva, Vannevar descubrió que Quincy se había traído algo del campamento indio. Ante la atónita mirada de Vannevar, Quincy desenvolvió un diminuto bebé que había raptado tras encontrarlo junto a su madre dormida. Se acercó el infante, que sollozaba quedamente, a la boca y enseñó los colmillos. Vannevar se giró, pero no pudo evitar oír el crujido cuando las fauces de Quincy se cerraron en torno a la garganta del bebé, como tampoco pudo evitar oír los gritos de la criatura, súbitamente entrecortados.

Quincy arrojó el pequeño cadáver a un lado, sin miramientos, cuando hubo terminado. Despuntaba el alba y los dos vampiros se retiraron a sus rincones separados dentro de la cueva. El amanecer encontró a Vannevar despierto, con el alma atormentada y compungida.

La banda de indios se despertó a la mañana siguiente con los gritos de la madre afligida, la cual, al abrir los ojos, había descubierto la ausencia de su bebé. También habían desaparecido otros dos miembros de la tribu. Más tarde, cuando se encontró uno de los cuerpos exangües río abajo, enredado en las raíces de un árbol, los cherokees supieron que habían tropezado con un lugar asolado por los malos espíritus. Mientras la mayoría de los indios se apresuraba a desmontar el campamento, una pequeña cuadrilla de guerreros, después de haberse pintado con símbolos de protección que solo conocían sus hombres sabios, ascendió el despeñadero que gobernaba el río y siguió el rastro casi invisible que habían dejado los dos vampiros.

Vannevar se despertó sobresaltado cuando el primero de muchos tomahawks se enterró en el pecho de Quincy, que seguía dormido. Se apresuró a incorporarse cuando los rugidos de rabia y dolor de Quincy resonaron por toda la cueva. Impulsado por el Vínculo de Sangre que compartían, estaba dispuesto a sacrificar su propia vida con tal de salvar a su señor. Cuando se hubo puesto de pie, no obstante, las mortíferas armas encontraron su blanco, hendieron el corazón de Quincy, lo decapitaron y lo destruyeron.

La irresistible compulsión de sacrificarse por el bien de Quincy abandonó a Vannevar de repente. Con la cabeza despejada por primera vez desde su fatídico encuentro con el viejo Conservador, lo único en lo que pensaba era en su propia supervivencia, en escapar de la cueva y de los enloquecidos cherokees que habían acudido para ejecutarlo.

Vannevar se abrió paso entre los guerreros que pretendían impedirle la salida y salió corriendo de la cueva para sumergirse en la luz solar. Su piel comenzó a ampollarse y ennegrecerse de inmediato. Aullando de dolor y terror, buscó la sombra del bosque, con los vengativos indios pisándole los talones. Sorteó árboles a ciegas, fue de una cañada a otra, evitando los ocasionales claros donde el sol dorado conseguía alcanzar el lecho del bosque, y al fin consiguió dejar atrás a sus perseguidores.

Libre ya de la influencia de Quincy, Vannevar emprendió el camino de regreso hacia el este. Hubieron de transcurrir días de viaje antes de que llegara a los primeros asentamientos dispersos a lo largo de la frontera, y tardó semanas en divisar las familiares ciudades y granjas de su Virginia natal.

A medida que se acercaba a casa, sus esperanzas y expectativas aumentaban mas, una vez estuvo de nuevo en Alejandría, vaciló a la hora de proclamar su regreso. Obligado a llevar la existencia de un depredador nocturno, ¿cómo iba a explicarle a su familia lo que le había sucedido? ¿Cómo sería posible que le aceptaran?

Entró en la ciudad al anochecer y se dirigió al desierto ayuntamiento. Cuando se hubo colado en su interior, encontró la lista de fallecimientos clavada en la pared. En ella vio muchos nombres que reconocía, incluido el suyo propio. Vannevar aparecía como muerto en acto de servicio, se le creía aprehendido por los británicos y fusilado por espía. Habían comunicado su fallecimiento a la familia.

Supo en ese momento que nunca podría retomar su vida anterior. Aún cuando su familia lo aceptara, ¿llegaría el día en que se convirtiera en otro Quincy? Dio la espalda a Alejandría esa misma noche, dejando atrás su pasado y su hogar, para siempre.

Durante las décadas siguientes, Vannevar se atuvo a los bordes de la América en continua expansión, estableciendo residencias temporales en ciudades florecientes a medida que éstas brotaban en las fronteras, mudándose cuando le parecía que su existencia pudiera correr peligro. Se alimentaba regularmente de sangre humana, aunque rara vez mataba. En contadas ocasiones juzgaba a su víctima

demasiado corrupta o criminal como para sobrevivir a un encuentro nocturno, en una calle oscura, con un Vannevar vestido de negro. A lo largo de todos aquellos años de solitario vagabundeo, Vannevar no se encontró jamás con otro de su especie.

En el año 1832 había llegado a Tejas, siguiendo la estela de los miles de colonos americanos que habían sido invitados por el gobierno mejicano para establecer su residencia en aquel antiguo territorio norteño español, ahora despoblado. Fue en la pequeña ciudad de San Joaquín que Vannevar conoció a Samuel Travis, el vampiro que se convertiría en el contacto más importante que estableciera jamás.

Merodeaba por las lindes de la plaza de San Joaquín cuando reparó en un hombre alto y desmadejado que se aproximaba a él cruzando la plaza embaldosada. Vannevar estaba inmerso en las sombras, invisible para la mayoría, pero resultaba evidente que el hombre lo había divisado. Pensó en huir, pero optó por mantenerse en su sitio, decidiéndose a esperar a que se le acercara el desconocido.

Cuando hubo llegado ante él, el hombre le ofreció la mano y preguntó:

--¿Es usted nuevo en la zona?

Vannevar dudó por un momento, antes de salir de las sombras.

--Vengo del este. --Aceptó la mano que le tendiera el desconocido y la estrechó--. Me llamo Thomas, de Alejandría, Virginia.

--Samuel Travis, oriundo de Carolina del Norte --se presentó el forastero; su acento sureño era culto y aristócrata--. ¿Qué le trae por estos parajes, señor?

Vannevar no respondió enseguida. Aparte del desquiciado Quincy, nunca había conocido a otro de su especie. Asumía que todos los vampiros eran tan fríos y crueles como lo había sido Quincy, pero el rostro de Travis, surcado de arrugas, parecía más amable. A ojos de Vannevar, parecía casi humano.

--No tiene nada que temer --le dijo al fin Travis, percatándose de la renuencia de Vannevar--. Está usted entre amigos.

Travis invitó a Vannevar a su refugio, una habitación segura en la parte trasera de una hacienda de adobe que daba a la plaza.

Vannevar se temió que estuvieran tendiéndole una trampa, pero la oportunidad de conocer y conversar con alguien --aunque fuera con otro vampiro-- constituía una tentación irresistible.

Travis era un hombre culto que, al igual que Vannevar, sabía leer el griego y el latín, amén de, gracias a diversos viajes por Europa, otra media docena de idiomas modernos. Vannevar se mostró precavido

en un principio, pero este vampiro más antiguo se ganó su confianza en cuestión de un par de horas; reconocía en él por instinto a una criatura más sabia y poderosa que él mismo.

Travis adoptó a Vannevar bajo su tutela, estableciendo un refugio para él en una pequeña ciudad a escasos kilómetros de San Joaquín.

Quincy había dejado a Vannevar tristemente mal preparado para su nueva vida, y Travis se propuso que Vannevar aprendiera muchas de las cosas que le haría falta saber en el futuro.

Y presentó a Vannevar a otros Vástagos. Muchos vampiros americanos habitaban el territorio, todos unidos bajo el liderazgo de Sam Travis. Vannevar aprendió que formaban parte de una sociedad secreta de vampiros llamada la Camarilla. La Camarilla, una antigua organización de Vástagos que se había formado hacía siglos en respuesta a los abusos de la Inquisición, regulaba las actividades de los vampiros en todo el mundo, estableciendo códigos de conducta que permitían que la raza de los vampiros sobreviviera y prosperara, invisible y desconocida, en medio del mundo de los humanos.

--No fue fácil conseguirlo --le explicó Travis a Vannevar una noche en la parte posterior de la hacienda--. Se tuvieron que dejar a un lado muchos rencores a fin de lograr esta cooperación. E incluso hoy en día muchos de los miembros más poderosos conspiran unos contra otros en una interminable lucha por el poder y el control.

El mundo de los mortales sabía muy poco acerca de la existencia de los vampiros, le contó Travis, pero pocas cosas transpiraban en el mundo de los humanos sin que estuviera influenciada en uno u otro modo por la secreta Camarilla. La organización manipulaba sutilmente los hilos de gobiernos e industrias, moviéndolos a su antojo, instigando y controlando un gran número de acontecimientos relevantes para la historia de la humanidad. Travis afirmaba que la Revolución Americana era el resultado de una escisión entre ciertas facciones americanas y europeas de la Camarilla.

--Pero hay otros vampiros que existen al margen de nosotros, y que amenazan nuestra causa --le confió Travis--. Estoy hablando del Sabbat.

El Sabbat era una secta de vampiros tenebrosa y sangrienta que, pese a ser mucho más pequeña que la Camarilla, se oponía a los objetivos de esta en casi todos los frentes. Travis le advirtió que pronto se desencadenaría una guerra entre las fuerzas de la Camarilla en América y el gobierno de Méjico, influenciado por el Sabbat.

Las fuerzas del Sabbat habían ganado posiciones muy pronto en

el Nuevo Mundo, siguiendo la estela de la Inquisición española. La secta se había establecido en Méjico y en partes de Suramérica y Centroamérica. Travis le dijo a Vannevar que, en esos momentos, la Camarilla intentaba incitar una revuelta entre los téjanos --tanto norteamericanos como mejicanos-- para que se enfrentaran a las autoridades de Méjico, declararan su independencia y obligaran al gobierno mejicano a salir de la zona. Otras partes del territorio mejicano, incluida California, serían absorbidas a su vez en el transcurso del conflicto. Ni el gobierno estadounidense ni el mejicano estaban al corriente de las fuerzas secretas que forjaban sus destinos.

--Exactamente ¿quiénes integran el Sabbat? --preguntó Vannevar a Travis.

--El grueso del grupo consiste en dos clanes de vampiros rebeldes, los Tzimisce y los Lasombra, además de muchos otros atraídos a las filas de los descontentos e insatisfechos.

El Sabbat era todo lo que temía Vannevar que pudiera ser un vampiro: asesinos implacables y depredadores que se creían superiores a cualquier otro animal. Si dependiera de ellos, convertirían a los humanos en esclavos y los someterían a un régimen sangriento. La Camarilla, aunque se concentraba en la supervivencia de la Estirpe, aspiraba a un mundo de pacífica coexistencia con la raza humana, un mundo en el que su presencia nunca corriera peligro de ser revelada. Siete clanes principales trazaban el destino de la Camarilla. Vannevar aprendió que pertenecía al clan Ventrue, una de las potencias más veteranas dentro de la organización.

En el transcurso de los pocos meses que se habían sucedido desde que conociera a Travis, Vannevar llegó a confiar en él en todos los aspectos. Tanto era así que no vaciló a la hora de ofrecerse voluntario para contribuir a los esfuerzos de la Camarilla en Tejas. Tras jurar lealtad tanto a Travis como a la Camarilla, Vannevar se sumó a las fuerzas secretas que ya habían comenzado a sembrar las semillas de la revolución en el territorio mejicano.

Corría el año 1836, después de que el Álamo hubiera caído y hubiese sido recuperado, cuando Vannevar conoció a Riley y le salvó la vida. Riley, cultivador de algodón en Tejas, era hijo de esclavos que habían huido de Georgia y había crecido siendo un hombre libre. La familia de Riley, al verse atrapada en medio de una guerra que no iba con ellos, consiguió sobrevivir al avance del ejército mejicano primero, y a su retirada, más tarde. Pero cuando llegaron los téjanos, la familia fue víctima de una banda de blancos que, ofendidos ante la idea de

que un negro pudiera poseer tierras, no dejó escapar la oportunidad de arrasar la granja. Dispararon a la familia, prendieron fuego a los edificios y colgaron a Riley de un árbol, atado de pies y manos, con la punta de los dedos de los pies rozando apenas el suelo, abandonándolo para que se estrangulara lentamente mientras el sol se ponía en el oeste.

Vannevar llegó a las ruinas media hora más tarde. Tras levantarse con el crepúsculo, había seguido a la avanzadilla tejana en una operación de limpieza destinada a destruir a cualquier vampiro del Sabbat rezagado tras la apresurada retirada de los mejicanos. A Vannevar no le sorprendió ver los escombros en llamas –había sido testigo de mucha destrucción en las últimas semanas--, pero cuando divisó la silueta del ahorcado que se recortaba contra el firmamento del anochecer, se apresuró a llegar hasta él.

Cuando hubo alcanzado al hombre inconsciente, cortó la soga y lo depositó en el suelo con delicadeza. El hombre todavía respiraba, aunque con dificultad. Vannevar le palpó la garganta en busca de heridas y descubrió que tenía la traquea aplastada. No viviría mucho más. Sus labios ya comenzaban a adoptar un azul cianótico.

Había presenciado muchas muertes a lo largo de las últimas semanas: soldados abatidos a disparos o por cualquier otro medio, abandonados en los márgenes de los caminos para que sus cuerpos abotargados sirvieran de alimento a las águilas. Él mismo había llegado a alimentarse en ocasiones de los recién fallecidos cuando no había conseguido encontrar otra fuente de sustento. Pero el hombre que se moría ahora ante sus ojos despertaba en él una compasión que creía perdida hacía mucho. Si lo alimentaba con su sangre antinatural, sobreviviría, sus devastadoras heridas sanarían rápidamente bajo la influencia de la vigorosa sangre del vampiro. Con ayuda de un cuchillo, Vannevar se abrió una de las venas del brazo y, cuando manó el espeso fluido rojo, acercó la boca del hombre inconsciente a la herida.

Riley se había recuperado de sus heridas en cuestión de días; para cuando ambos se hubieron puesto en marcha, ya se había ganado la guerra en favor de la independencia de Tejas. Regresaron a la guarida de Vannevar, empezaron a trabajar juntos y pronto se volvieron inseparables. Riley, imbuido ahora de parte de la fuerza y el vigor de la sangre vampírica de Vannevar, no se había convertido en un auténtico vampiro sino en lo que se llamaba "ghoul": una criatura vinculada a la sangre que gozaba de aptitudes antinaturales, pero que

no estaba obligada a dormir durante el día, ni necesitaba ingerir la sangre de los vivos para nutrirse. La ocasional necesidad de sustento del ghoul se satisfacía con la sangre extraída de las propias venas del vampiro.

A lo largo de los años siguientes, Riley se convirtió en los ojos y oídos de Vannevar durante el día, protegiéndolo mientras dormía. A cambio, Vannevar extendió a Riley su protección e influencia. Los que cometían la temeridad de amenazar o insultar a Riley aprendían enseguida que la retribución era rápida, y llegaba por la noche cuando Vannevar visitaba a los agresores en sus hogares y les comunicaba sus deseos. Pocos se atrevían a meterse con Riley una segunda vez.

Al llegar la primavera de 1849, después de que Tejas llevara más de tres años anexionada a los Estados Unidos, Travis invitó a Vannevar a reunirse con él en la ciudad de San Antonio. Vannevar accedió a acudir y, acompañado de Riley, llegó a la hacienda de adobe de Travis algunos días más tarde, próxima la medianoche. El edificio era imponente y estaba guarnecido por raíles de hierro forjado. Un par de lámparas de aceite montadas a cada lado de la puerta principal, de resistente madera, iluminaban la entrada.

Travis salió a recibir a la pareja y los invitó a entrar. Travis, como miembro de un clan de vampiros conocido como los Toreador, siempre aparecía impecablemente vestido. Ataviado con un traje de cuero de ante flexible, de excelente manufactura, con botas altas de tacón de exquisito cuero labrado, era la viva imagen del rancharo tejano adinerado.

Tras cumplir con los protocolos del recibimiento, Travis los invitó a sentarse a la mesa. Encendió uno de sus pequeños puros negros, sus favoritos, y pasó directamente a mayores.

--Hace varios meses que no tenemos noticias de McNaughton --dijo, frunciendo el ceño. Exhaló un pequeño aro de humo azul--. Sospechamos que haya muerto.

Brendan McNaughton, escocés y miembro del grupo de Tejas, había sido enviado al norte de California hacía algunos años, justo después de que el territorio hubiera caído en manos de los americanos invasores en junio de 1846. Este emplazamiento norteño de territorio mejicano, escasamente poblado, había sido conquistado sin necesidad de disparar ni una sola vez. McNaughton llegó a la zona en el verano de 1847 y encontró poco que informar con respecto a la diminuta y somnolienta aldea de Yerba Buena, al borde de la bahía de San Francisco. A principios de 1848, no obstante, los rumores de que

se había encontrado oro en las colinas y las montañas comenzaron a llegar a la costa. Estos rumores no tardaron en verse confirmados y, hacia finales de año, la noticia de la existencia de una enorme veta de oro se había propagado por todo el país, desencadenando un éxodo de miles y más miles de buscadores. Fue entonces cuando se dejó de saber de McNaughton.

--Tenemos que actuar de prisa --les dijo Travis--. Es fundamental que la Camarilla consiga el control de la zona, y pronto. Es mucho lo que está en juego.

Vannevar asintió, a sabiendas de que iban a encomendarle la misión.

--San Francisco es un hervidero --continuó Travis--. Antes había cerca de un centenar de personas viviendo allí. Ahora habrá entre tres y seis mil, según a quién hagas caso. Casi todos los barcos atracan y salen de la bahía de la ciudad, y los mineros se agolpan allí para gastar su oro.

Vannevar asintió para indicar su aquiescencia.

--Ya se han enviado otros representantes de la Camarilla. Quiero que nosotros seamos los primeros en llegar.

--Podemos partir pasado mañana --dijo Vannevar. Se sobreentendía que Riley iría con él.

--Está bien --sonrió Travis.

Y así había comenzado su viaje.

3

1849: UNA CIUDAD EN EXPANSIÓN

El viaje tocaba ahora a su fin. El río desembocó en la amplia extensión de la bahía norteña donde Vannevar y Riley viraron hacia el sur, guiando su bote inundado en dirección a la ciudad de San Francisco. Unos quince kilómetros más adelante, rodearon un brazo de tierra y divisaron su destino.

Pese a encontrarse a kilómetros de distancia, podían ver las luces de la ciudad encendidas por toda la orilla, refulgiendo tenuemente en medio de la fina niebla que envolvía la bahía. Incluso a esa distancia resultaban audibles los sonidos de los hombres que trabajaban en los muelles, los martillos que repicaban y la música que emanaba de los salones. A sabiendas de que estaban a un paso de San Francisco,

Vannevar anticipaba con anhelo su llegada. Había sido un viaje largo y plagado de peligros. Riley compartía su ansiedad, pero también estaba nervioso. Tejas, su hogar, quedaba muy lejos.

Transcurrió otra hora antes de que llegaran a la ensenada alrededor de la que se alzaba gran parte de la ciudad. Vieron largos muelles de madera que se extendían desde la orilla, invitándoles a atracar, pero encontraron su ruta parcialmente bloqueada por un auténtico bosque de barcos, oscuro y silencioso, que habían echado el ancla frente a la bahía.

Había arribado al puerto una nave tras otra en los últimos meses, tan solo para ser abandonadas por sus tripulaciones y a veces incluso por sus capitanes, ansiosos todos ellos por hacer fortuna en los yacimientos de oro. Abandonadas en el puerto con pocas esperanzas de alquilar una tripulación que las sacara de allí, estas embarcaciones desamparadas eran remolcadas lejos de los muelles y ancladas en las afueras de la bahía para que se pudrieran. Casi un centenar de estos barcos aguardaban ahora ociosas.

Tras abrirse paso en medio de los cascos flotantes, alrededor de cadenas y cuerdas de anclas, Vannevar y Riley llegaron al fin a uno de los muelles de madera --al más largo de la docena aproximada que albergaba la ensenada-- y guiaron el esquife con cautela hasta un amarradero, donde aseguraron la embarcación junto a un grasiento y maloliente ballenero de Nueva Inglaterra. Aseguraron el esquife antes de ascender por la escalerilla hasta la parte alta del muelle, donde fueron recibidos por un vigilante con una linterna.

--Hay que pagar una tarifa para amarrar aquí en Long Wharf, saben --dijo el hombre, desafiando a los dos.

--No es nuestra barca --respondió Vannevar, sereno--. Y hay un muchacho herido a bordo. Unos bandidos le han disparado. Nosotros solo somos pasajeros de pago.

El vigilante se asomó al borde del muelle, sosteniendo su linterna en alto para ver qué yacía en el bote de abajo.

--¡Por mis tierras! --exclamó--. Pero si es Davey Foster. ¿Está muy malherido? --preguntó a Vannevar.

--La herida no es grave, pero necesita que lo vea un médico. Tome. --Entregó al guardia una de las bolsas llenas de polvo de oro que había arrebatado a los bandidos--. Ocúpese de que cuiden de él.

--Desde luego --respondió el vigilante--. Sí, señor. --Dicho lo cual, salió corriendo en busca de un médico.

Vannevar y Riley se alejaron del muelle y se encaminaron hacia el

norte, paseando por las dársenas, la sección más bulliciosa de la ciudad. Aunque iban a dar las once de la noche, el puerto era un hervidero de actividad; se descargaban barcos a la luz de lámparas de aceite mientras malhablados carreteros cargaban las mercancías en vagonetas tiradas por caballos. El sonido de los martillos y las sierras despertaba ecos en la docena aproximada de calles que se extendían hacia el oeste desde las dársenas, mientras la construcción de nuevos hoteles, restaurantes y salones de baile no cesaba ni de día ni de noche. Oyeron algún que otro disparo, y pudieron observar que muchos de los habitantes exhibían sus armas sin ningún pudor. La población parecía ser completamente masculina. Ninguno de ellos vio una sola mujer.

Los salones eran tan comunes como cualquier otro establecimiento, y en la mayoría de ellos no cabía ni un alfiler; la música de los pianos y las canciones entonadas a voz en grito se propagaban hasta las calles. Aquí divisaron alguna mujer, en su mayoría muchachas de salón contratadas para entretener a los mineros. En la ciudad había también algunas camareras empleadas en las docenas de restaurantes, o lavanderas que llegaban a cobrar hasta dos dólares por ocuparse de la camisa de un hombre. La ciudad al completo estaba orientada hacia los buscadores; abundaba el polvo de oro y los precios llegaban a ser hasta diez veces más elevados que en el este. Incluso había un letrero que anunciaba huevos frescos a un dólar la unidad.

La población, si bien predominantemente masculina, también era abigarrada. La noticia de la abundancia de oro se había propagado rápidamente por todo el océano Pacífico y, con el tiempo, llegaría a todos los confines del globo. Allá donde miraran veían hombres ataviados con ropas exóticas y oían el barboteo de idiomas extranjeros. Vieron alemanes, franceses, escoceses, suecos e ingleses; tramperos rusos con botas altas de piel; mejicanos cubiertos por amplios sombreros y ponchos; kanakas de los Mares del Sur; chinos con túnicas que habían cruzado el Pacífico en barcos atestados; suramericanos procedentes de Chile, Perú y la Argentina. Por todas partes había multitudes, gritos, emoción y expectación desatada.

Mucha gente se vestía con sencillas ropas de trabajo, pero había otros, ataviados con menor fortuna, que habían llegado a California llevando encima lo que tuvieran puesto al salir de casa. Vannevar se había sentido preocupado por su aspecto y el de Riley, pero no tardó

en descubrir que un elegante aristócrata virginiano acompañado por un negro armado con una escopeta apenas si llamaba la atención en este lugar casi salvaje. En cualquier caso, estaban sucios a causa del largo viaje que los había llevado de una parte a otra del país, y las botas de Vannevar, todavía empapadas desde la batalla a orillas del río, estaban cubiertas por una costra de polvo. Sus ropas, pese al chapuzón en el río, estaban acartonadas y hedían tras meses de hacinamiento en la caja de madera en la plataforma de la carreta. También Riley necesitaba darse un buen baño y dormir en una cama limpia. Tenían que encontrar un lugar en el que alojarse.

Emprendieron rumbo al norte siguiendo el borde de la cala hasta llegar a una calle llamada Pacífico, cerca de los límites al norte del asentamiento. Aunque costara creerlo, esta zona parecía más pendenciera y anárquica que las secciones que habían atravesado con anterioridad. Los salones se alineaban a ambos lados de la calle y los hombres voceaban a pleno pulmón mientras las mujeres chillaban y gritaban. Un enorme oso pardo encadenado junto a la entrada de uno de los establecimientos gruñía a los clientes que entraban y salían por la puerta principal.

Giraron de nuevo hacia el sur, hasta pasar de nuevo por Long Wharf, el lugar donde habían amarrado el bote. Espiaron a un grupo de hombres que se habían reunido cerca del final del muelle. Había un médico atendiendo a Davey, que ahora yacía tumbado en una camilla.

--Procuraremos no perderlo de vista y asegurarnos de que salga con bien de esta --comentó Vannevar a Riley de pasada.

--Es buen chaval --convino Riley. Sabía que Vannevar se acordaba de los que le hacían algún favor.

Un bloque más al sur torcieron al oeste en una calzada cuyo letrero pintado a mano proclamaba "calle California". Al igual que el resto de la ciudad, la polvorienta calle estaba pavimentada con maderos distribuidos de cualquier manera e iluminada por lámparas de aceite que colgaban de clavos en las fachadas de los edificios. La calle, de solo dos bloques de longitud, terminaba de golpe al pie de una empinada colina casi yerma que se elevaba más de cien metros hacia el firmamento nocturno. Cerca del final de la calle encontraron una zona relativamente tranquila donde Riley creyó divisar un alojamiento adecuado.

--¿Qué tal ahí? --preguntó, señalando un hotel de dos plantas y considerable tamaño. Al igual que la mayoría de los edificios, había sido recién construido con secoyas indígenas taladas hacía poco. En

un alarde de extravagante orgullo, el propietario había aplicado una capa de pintura amarilla al edificio, lo que lo distinguía de sus vecinos.

Cruzaron la calle y pasaron al interior, con Vannevar al frente. Un recepcionista parco en cabello levantó sus quevedos detrás del mostrador.

--Queríamos un par de habitaciones, por favor --dijo Vannevar, dirigiéndose al recepcionista--. Con baño.

El hombre de detrás del mostrador vaciló por un momento.

--Ah... ¿para usted y el caballero? --preguntó. El recepcionista ladeó la cabeza en dirección a Riley, observando a Vannevar con ojos maliciosos por encima de sus lentes redondas. Esperaba no tener que explicar a este forastero que la Casa Braxton era un hotel de calidad, un lugar vetado a la gente de color.

Vannevar sintió, más que vio, cómo se tensaba Riley. Le indicó que guardara silencio con un gesto.

--Mi socio no supondrá ningún problema --repuso Vannevar, lacónico pero seductor al mismo tiempo. Miró directamente a los ojos al recepcionista, sin parpadear.

--Por supuesto, señor --contestó el recepcionista, súbitamente apaciguado y complaciente.

--Va usted a registrarnos inmediatamente --añadió Vannevar, guiñando un ojo a Riley.

--Eso está hecho, señor --respondió el recepcionista, obediente--. Es un honor para la Casa Braxton contar con su amigo y con usted como invitados.

Giró el libro de registros para que Vannevar firmara y le entregó una pluma. Vannevar mojó la punta en el tintero y firmó por los dos, antes de pagar al hombre con monedas de oro tejanas que extrajo de una gran bolsa que llevaba amarrada a la cintura. El recepcionista entornó los ojos al ver la exótica moneda, la sostuvo frente a la luz y la sopesó en su mano. Por último, después de propinarle un mordisco para comprobar su autenticidad, la dejó caer en la caja registradora y se volvió hacia sus clientes.

--Gracias, señores. Esperamos que disfruten de una estancia agradable en San Francisco.

Vannevar le devolvió la sonrisa y siguió al botones escaleras arriba hacia sus habitaciones.

A la noche siguiente, vigorizado, relajado y vestido con ropa limpia, Vannevar buscó al propietario del hotel y, al cabo de una hora, había comprado el lugar en su totalidad. Lo primero que hizo en

calidad de nuevo propietario fue despedir al llorica que se ocupaba de la recepción.

* * *

El dúo dedicó la semana siguiente a familiarizarse con la ciudad y recabar toda la información que les fue posible. Vannevar había cambiado de atuendo: pantalones de cuero de ante, camisa blanca de cuello rígido y corbata de fantasía, todo ello rematado por un chaleco a la última de terciopelo negro. Llevaba sus nuevas botas negras por dentro de los pantalones y había dado en resguardarse con una capa corta de las frías nieblas nocturnas que llegaban a la ciudad procedentes del océano Pacífico durante los meses de verano. Riley iba vestido con una camisa de trabajo sin cuello, zapatos robustos y un par de rígidos pantalones azules de trabajo, de tela vaquera, que había comprado a un sastre judío local que respondía al nombre de Levi Strauss. El sastre le había garantizado que los pantalones remachados duraban "para toda la vida", promesa que había propiciado la sonrisa de Riley.

El corazón de la ciudad envolvía la Ensenada de Yerba Buena, la zona con mejor anclaje de la bahía, consistente en nada más que unas cuantas docenas de calles distribuidas en cuadrícula. Pero la ciudad seguía creciendo día a día y se trazaban y entablaban nuevas calles, y casi de la noche a la mañana surgían nuevos almacenes, hoteles y salones. Vannevar, que ya se había convencido de que permanecerían ahí por una temporada, empezó a planear la mejor manera de invertir el dinero que habían traído consigo desde Tejas.

San Francisco era una ciudad sin ley, crecía tan deprisa que no gozaba de gobierno viable ni nada que se pareciera a una fuerza policial. Los asesinatos y las desapariciones estaban a la orden del día y, con decenas de miles de soñadores buscadores de oro pasando continuamente por la ciudad, era casi imposible estar al corriente de todo lo que trascendía. Las disputas y los tiroteos eran el pan de cada día.

Pero en ninguna otra parte se parecía tanto la violencia a un estilo de vida como en el distrito norte, al pie de una empinada colina rocosa de cien metros de altura. Esta zona, conocida como Sydneytown, estaba habitada por un numeroso contingente de criminales australianos exiliados que se habían abierto camino hasta San Francisco ya fuera por medios legales o ilegales. La calle Pacífico

constituía el corazón de Sydneytown, una franja conflictiva que discurría durante varios bloques desde las dársenas.

Fue en esta zona donde Vannevar y Riley descubrieron la primera evidencia de que al menos otro vampiro residía en la ciudad. Eran demasiadas las muertes acaecidas en el área que exhibían las inconfundibles señales de la sed vampírica, y Vannevar supuso que el misterioso vampiro probablemente estaba detrás de la desaparición de McNaughton. Vannevar y Riley ahondaron en sus pesquisas, de incógnito, frecuentando los salones y las tascas de la calle Pacífico una noche sí y otra también, invitando a beber a los vecinos y conversando con ellos.

Hacía casi una semana que estaban en San Francisco cuando Riley estableció su primer contacto tangible. Vannevar se encontraba en el salón Beef and Bear en la esquina de la calle Jackson con Dupont cuando Riley dio con él. Vannevar se había convertido en un visitante asiduo del Beef and Bear, atraído por una camarera chilena de ojos negros a la que llamaban Doña. La muchacha, de piel olivácea, labios carnosos y cabello como ala de cuervo, vivía en el campamento chileno sito en la colina que gobernaba Sydneytown, donde compartía una casa con su anciano padre, Fernando. Vannevar había flirteado con muchas mujeres a lo largo de los años, pero encontraba a Doña particularmente atractiva. Había sido criada en el catolicismo y era tímida y casta, cualidades que él encontraba sugerentes.

Riley interrumpió la conversación entre Vannevar y la joven.

--¿Qué has descubierto? --quiso saber Vannevar, impaciente.

--Creo que he encontrado algo en el Salón de Donovan, al final de la calle Pacífico.

El Salón de Donovan, regentado por uno de los australianos de Sydneytown, era un local de variedades en el que las muchachas entretenían a los clientes en la planta de arriba además de en la pista de baile. Las chicas de Donovan, al contrario que las de la mayoría de los salones, bebían cerveza de verdad y no agua coloreada; Donovan se jactaba de que eso las volvía más "vivaces". El Salón de Donovan era uno de los caladeros favoritos de los Patos de Sydney, la banda australiana que tenía aterrorizada y casi controlada por completo la parte norte de la ciudad.

--Allí he conocido a un tipo llamado Burt --explicó Riley--. Uno de los Patos. Es un auténtico bocazas (por cierto, la tiene repleta de dientes cariados) que alardea de tener "contactos importantes" por

toda esa parte de la ciudad. Finge ser humano pero me parece que es probable que se trate de un ghoul. En cualquier caso, empecé a tirar de la lengua a este palurdo, hasta llegar al quid de la cuestión, pero el tipo afirma que ni él ni "su jefe" saben nada de McNaughton. Me dice que hay un español que vive en alguna parte del sur de la ciudad y que supuestamente está detrás de unas cuantas "muertes extrañas". No le creo, pero hago como que sí. Se marcha enseguida y yo le sigo, sin que se entere de que ando tras sus pasos. Entró en una pensión a las afueras de Broadway. No me extrañaría que fuese la guarida de nuestro hombre.

Vannevar asintió con la cabeza para indicar su conformidad.
--Enséñame el sitio.

* * *

La pensión estaba situada en un callejón de tierra que discurría al sur de Broadway, una calzada de un solo bloque al final de la calle Pacífico que formaba parte del actual límite al norte de la ciudad. Riley y Vannevar se encontraban en la calle, contemplando el callejón.

--Está ahí arriba, me parece --dijo Riley, señalando la ventana de un segundo piso, iluminada por una luz amarilla--. Creo que es ahí donde vive su "jefe".

--De acuerdo. Iré a investigar. Reúnete conmigo en el callejón de la parte de atrás del Beef and Bear, dentro de una hora.

Riley asintió y se escabulló, desapareciendo sin hacer ruido en la calle cubierta por la niebla.

Cuando se hubo adentrado en el estrecho callejón, Vannevar alzó la vista hacia la ventana tenuemente iluminada y vio unas sombras que se movían detrás de las cortinas, cursis y sin almidonar. La ventana estaba abierta y su agudo oído detectó un par de voces que conversaban, aunque no consiguió distinguir las palabras. Se volvió hacia el edificio que se alzaba al otro lado del callejón. Trepando por la pared podría colocarse a la par de la ventana sin renunciar a mantenerse a una distancia prudencial.

Tras descalzarse y dejar el sable en el suelo, se agarró a las toscas tablillas del edificio cercano y subió por la fachada con rapidez y seguridad. Se detuvo al alcanzar casi la misma altura que la de la ventana del otro lado del callejón, aferrado a la pared igual que una lagartija, estirando el cuello para encarar la ventana. La capa negra le ayudaba a confundirse con las sombras y dificultaba que pudieran

descubrirle.

Vannevar vio a un hombre que supuso que sería Burt, sentado en una deslucida silla de madera. Incluso a esa distancia pudo distinguir los dientes verdes y podridos del hombre. Burt departía con alguien que quedaba oculto a los ojos de Vannevar. La conversación, no obstante, resultaba audible.

--En serio, Choker, aquí pasa algo raro --decía Burt a su compañero invisible--. Primero va este forastero y aparece la semana pasada para comprar la Casa de Braxton así, sin más. Encima tiene a su servicio a un negro que se ha plantado esta noche donde Donovan y ha empezado a hacer todo tipo de preguntas ridículas. También lo he visto husmeando por las dársenas a principios de esta semana.

--¿Crees que es uno de los otros? --preguntó el misterioso hombre que atendía al nombre de Choker. Su acento era australiano; su voz, un gruñido.

--A lo mejor. Va por ahí despilfarrando el dinero igual que aquel tipo, McNaughton.

El hombre invisible se incorporó y cruzó la estancia. Vannevar lo entrevió gracias al resquicio que separaba las cortinas. Choker era alto, fuerte y huesudo, un hombretón con la cara marcada por las cicatrices de la viruela. Hablaba con el ceño fruncido.

--Él no me preocupa. Delfonso no tardará en darse cuenta, y supongo que luego se decantará hacia un lado o hacia el otro.

Burt soltó una risotada y Choker lo imitó. El vampiro se apartó de la ventana y volvió a perderse de vista.

Vannevar se preguntó quién sería Delfonso. ¿Tal vez otro vampiro?

Permaneció a la escucha durante unos cuantos minutos más mientras Choker y el ghoul debatían acerca de sus planes de futuro para los Patos: robos, timos y extorsión. Al cabo, tras decidir que no convenía tentar a la suerte, bajó de la pared y salió del vecindario.

* * *

Llegó un poco tarde al lugar de reunión detrás del Beef and Bear y le sorprendió descubrir que Riley no había acudido todavía. Escogió un portal en la sombra y se dispuso a aguardar pacientemente su aparición.

El callejón sin salida estaba a oscuras y desierto, y Vannevar lo había escogido debido a que constituía un emplazamiento aislado y

apartado del centro de la ciudad. Los hilachos de bruma comenzaban a cernirse sobre la ciudad, impulsados por el viento desde el océano al oeste, reluciendo a la luz de la luna.

No tardó en escuchar el sonido de los cascos de un caballo que caminaba despacio por la calle que discurría detrás del callejón, cascos que repicaban en los listones de madera. Aguzó el oído ante aquel sonido y oyó cómo el caballo se detenía, vacilaba, y a continuación se adentraba en el callejón donde aguardaba Vannevar.

Este se pegó más al vano de la puerta, fundiéndose con las tinieblas, escrutando a través de la niebla, intentando divisar al caballo y al jinete que se acercaban. La negra cabeza del animal fue lo primero que apareció, emergiendo de la bruma como un espectro, moviéndose arriba y abajo, orgulloso, adornada con una brida de delicada confección decorada con plata. El hombre que lo montaba surgió a continuación, vestido por entero de negro, con pantalones ajustados que se ensanchaban a la altura del tobillo y una chaquetilla cortada a medida como las que solían utilizar los *californios* mejicanos. Al igual que los adornos del animal, la ropa del hombre estaba imbricada de plata. Se tocaba con un sombrero negro de ala ancha a juego con el conjunto.

Era un hombre mayor, tal vez superara los cincuenta, de bigote negro minuciosamente recortado y perilla puntiaguda. Tenía la piel pálida, casi luminiscente en la oscuridad. A un costado colgaba un pesado estoque con la empuñadura de alambre de oro y la guarda delicadamente labrada.

El hombre detuvo su caballo delante del umbral en el que se guarecía Vannevar.

--Buenas noches, señor --saludó el jinete, mirando directamente a Vannevar.

Su español era castellano puro, seco y preciso, distinto de la forma de hablar lenta y pesada de los mejicanos a los que se había acostumbrado a escuchar Vannevar. Comprendiendo que cualquier intento por permanecer escondido era fútil, se apartó de la puerta y salió al callejón, relativamente mejor iluminado.

--Buenas tardes --contestó Vannevar, mirando a los ojos al desconocido.

Ambos vampiros se evaluaron mutuamente; Vannevar sintió de inmediato el poder del extraño.

--Bienvenido a San Francisco, amigo --dijo el hombre, pasando la pierna derecha por encima de la silla para echar pie a tierra con

agilidad, donde sus afiladas espuelas tintinearón al chocar con el suelo. Mientras examinaba a Vannevar de arriba abajo, el español, de menor estatura, daba vueltas a su alrededor, inspeccionándolo con detenimiento—. Americano, ¿sí? --inquirió el hombre. Sus pasos lo habían conducido detrás de Vannevar, donde este no podía verle.

--Sí --respondió Vannevar, obligándose a mantenerse firme—. Me llamo Vannevar Thomas, y vengo de Tejas. --Mantuvo la mirada al frente, resistiéndose al impulso de dar la vuelta y encararse con el otro vampiro.

--Ya vino otro americano por aquí --dijo el español, colocándose delante de Vannevar una vez finalizada su inspección—. Pero ahora me temo que se ha ido. --Ensayó una sonrisa maliciosa.

Vannevar tuvo el convencimiento de que se enfrentaba al asesino de McNaughton.

--¿Dónde está Riley? --preguntó Vannevar, intuyendo que el español tenía algo que ver con el hecho de que su amigo no hubiera acudido a la cita a la hora convenida.

--Está a salvo, amigo. No temas. Tratamos bien a nuestros invitados. --Guiñó un ojo—. Aunque tengo que admitir que nos ha dado guerra.

Vannevar, moviéndose con cuidado para no delatarse, buscó la empuñadura de su espalda. El español se percató del movimiento.

--Espadachín, ¿eh? --Delfonso dio un repentino paso hacia atrás y desenvainó el afilado estoque con un tañido—. Quieres ponerme a prueba, ¿eh? Por favor, desenfunde su espada, señor.

Vannevar, a sabiendas de que no tenía elección, extrajo el sable de su vaina. Aunque era el más diestro de sus camaradas en el manejo de la pesada arma corta, lo cierto era que nunca se había batido de verdad en duelo con el filo. Su arma era la más lenta y pesada, mientras que el extranjero blandía una espada más ligera pensada para propinar estocadas.

Ambos filos se tocaron, se saludaron, y a continuación atacó el español, proyectando una lluvia de borrosas embestidas y tajos que obligaron a Vannevar a retroceder, defendiéndose a duras penas. El español, aprovechando la ventaja que le confería la ligereza de su arma, obligó a Vannevar a ceder terreno, empujándolo implacable contra la pared del edificio que se levantaba a su espalda. Cortada la retirada, Vannevar levantó la espada tan solo para ver cómo salía despedida de su mano a causa de un potente golpazo del estoque del español, que le dejó la muñeca entumecida y palpitando. Acto

seguido, el español se puso serio, apoyó la punta de su hoja en el torso de Vannevar y le obligó a aplastarse contra la pared. Vannevar sabía que, si intentaba moverse, su oponente le traspasaría el corazón.

--¿Te rindes? --preguntó el español.

--Me rindo --respondió Vannevar, con cautela.

El español bajó su espada, hizo una reverencia, y se presentó:

--Me llamo Diego don Delfonso. Me gustaría saber quién sois vos, señor.

--Soy un enviado.

--¿Un enviado? ¿De quién?

--De la Camarilla, por supuesto --dijo Vannevar, esperando que el español diera muestras de comprensión.

Pero Delfonso frunció el ceño; era evidente que no lo comprendía.

--¿Y qué haría esta "Camarilla" si acabara con vos, como maté al otro? Llevo viviendo aquí desde mil setecientos setenta y siete y este lugar me pertenece. No pienso permitir que venga nadie a arrebatármelo. No sé a quién representáis, pero me temo, señor Thomas, que no habéis demostrado ser más digno que McNaughton.

--Guiñó un ojo a Vannevar, que comenzaba a darse cuenta de que Delfonso sabía muy poco o nada acerca de otros vampiros. Al igual que él mismo, había sido abandonado a su suerte poco después de su Abrazo y no tenía ni idea de las potencias a las que pretendía plantar cara. Vannevar vio en Delfonso a un camarada marginado. Intentó razonar con él.

--Vendrán más. Algunos ya se dirigen hacia aquí --explicó Vannevar, esforzándose por hacerle entender.

--En tal caso, me veré obligado a matarlos también --dijo Delfonso, altanero.

--Son demasiados. Y demasiado poderosos. A la larga, caeréis.

Delfonso observó a Vannevar con recelo, reconociendo el dejo de verdad en las palabras del vampiro. Llevaba casi setenta y cinco años viviendo aquí sin ser molestado, pero ahora, con el descubrimiento del oro, Delfonso sabía que este somnoliento trozo de costa nunca volvería a ser el mismo. Era inevitable que se sintieran atraídos otros vampiros. Delfonso ya tenía motivos para temer el creciente poder de Choker Barnes.

--Harías bien en seguir mi consejo y aliaros con nosotros --dijo Vannevar--. Hay más que de sobra para compartir, y creo que aún habrá más.

Delfonso envainó la espada.

--Hace mucho tiempo que vivo aquí. Desde que vinieron los misioneros. Hace mucho que esto es mío, pero sé que decís la verdad. Decidme, si accediera a aliarme con vuestra gente, ¿qué obtendría yo a cambio?

--La cooperación y los recursos de la Camarilla. Y, como residente original del territorio, podrías optar al título de príncipe. Yo respaldaría vuestra propuesta, señor.

Vannevar, que había percibido la naturaleza honorable de Delfonso, pensaba que podría tener madera de príncipe. Al apoyar a Delfonso desde el principio, esperaba ganarse su confianza, y gozar de cierta ventaja si el español conseguía llegar al trono.

--¿Sería príncipe? --preguntó Delfonso, intrigado por la idea. Había nacido en el seno de la nobleza española pero, como hijo tercero, no había tenido derecho a heredar las propiedades de su familia. Había llegado al Nuevo Mundo siendo todavía humano, en busca de su fortuna, con la esperanza de encontrar un reino para sí.

--Sí. Aunque vuestro gobierno no sería absoluto. Tendríais que responder ante un consejo de antiguos. No se os permitiría emprender determinadas acciones sin su consentimiento y aprobación.

Delfonso sopesó la propuesta durante unos momentos, interrogando a Vannevar acerca de los pormenores de la resolución. No tardaron en llegar a un acuerdo, y convinieron reunirse la noche siguiente para discutir la propuesta con detenimiento. Vannevar se alegraba de haber evitado el sangriento conflicto que habría resultado si Delfonso se hubiera negado a atender a razones. Aunque sin duda el español habría perdido la guerra contra la Camarilla, siempre era preferible resolver las diferencias por medios pacíficos. Además, Vannevar había conseguido ganarse la confianza del español. Si Delfonso se sentara en el trono, Vannevar y su familia obtendrían pingües beneficios de la amistad que se había forjado.

Delfonso condujo a Vannevar hasta un almacén cercano, donde dos mejicanos atezados montaban guardia frente a un Riley maniatado y amordazado. Una vez liberado, el ghoul descargó su rabia sobre sus captores.

--Si cualquiera de vosotros vuelve a ponerme las manos encima --prometió, tirando al suelo los rollos de cuerda que lo habían retenido--, os romperé el cuello a los dos. ¿Entendido?

Los dos ghouls mejicanos de Delfonso se apartaron, cautelosos, del furibundo Riley.

--Tranquilízate --le dijo Vannevar--. Me gustaría presentarte a nuestros nuevos amigos.

4 1851: LOS VIGILANTES

Vannevar supo más tarde que Delfonso había nacido en España y que había llegado a las Américas en calidad de conquistador como integrante de la tripulación de Hernán Cortés. La historia del Abrazo del español, así como los primeros años de su vida como vampiro, era algo que Delfonso mantenía en secreto; es más, su verdadera línea de sangre era un misterio, desconocido su clan. En cualquier caso, se trataba de un vampiro poderoso que, tras haber existido en este lugar durante tanto tiempo, podía reclamar legítimamente la primacía sobre los vampiros que habían llegado más tarde a la ciudad. Vannevar apoyaba la propuesta de Delfonso y contribuyó a convencer a los representantes de la Camarilla que acudieron con posterioridad para que acataran su liderazgo.

Vannevar había llegado a San Francisco en el momento exacto. Delfonso, hasta entonces el dueño indiscutible de toda la zona, había tenido problemas con los Patos de Sydney, una banda de humanos y Vástagos australianos comandados por un vampiro poderoso y especialmente sádico conocido como Choker Barnes. Gángsteres, matones y asesinos, violaban y saqueaban los distritos del norte de la ciudad casi a su antojo. Durante algún tiempo habían limitado sus pillerías a los vecindarios del norte, pero ahora comenzaban a aventurarse algo más al sur. Por consiguiente, la alianza con los vampiros de la Camarilla beneficiaba a Delfonso.

* * *

Llegado el año 1851, la población de la ciudad había crecido de forma espectacular hasta alcanzar la cifra de casi cuarenta mil personas. Ya se veían más mujeres en la urbe, e incluso algunos niños. El mercado de la propiedad estaba en auge y, en un intento por conseguir tierras vendibles adicionales, se estaba rellenando constantemente la ensenada a orillas de las dársenas, a fuerza de arena, mercancías inservibles y los cascos de las embarcaciones

abandonadas. Los puertos que en su día se extendieran incluso doscientos cincuenta metros bahía adentro eran ahora vías públicas rodeadas de tierra seca, flanqueadas por almacenes y tiendas. Multitud de veleros habían sido engullidos por el proyecto de rellenado y, abandonados en sus puntos de fondeo, servían ahora de comercios y restaurantes; incluso hubo uno que llegó a convertirse por un breve espacio de tiempo en la cárcel de la ciudad.

El centro urbano seguía concentrándose en el margen de las dársenas, pero las calles, los establecimientos y las viviendas se habían extendido en todas direcciones e incluso comenzaban a trepar por algunas de las laderas más empinadas de San Francisco. Se habían amasado numerosas fortunas y los vecinos más acaudalados de la ciudad habían empezado a construir en la cima de la escarpada Rincón Hill, al sur del paso principal de la calle Market. La colina, erizada ahora de mansiones, se había convertido en el vecindario más codiciado de San Francisco y proveía a sus residentes de espléndidas vistas al puerto.

También a Vannevar le habían ido bien las cosas durante los últimos dos años, puesto que había invertido con acierto su capital, comprando terrenos y financiando en ocasiones proyectos especiales de edificación. Hubo una temporada en que contempló la idea de construir su propia mansión en lo alto de Rincón Hill, pero sus esperanzas se desvanecieron cuando el vampiro que regentaba aquella parte de la ciudad, el primogénito Brujah Snake Whitcomb, se negó a concederle el permiso. Decepcionado, Vannevar había continuado alojándose en la Casa Braxton, en el centro de la ciudad, escasos bloques al sur de Sydneytown. Se encontraba en pleno corazón de su dominio, encajado entre la parte lucrativa del centro que poseía el clan Tremere al sur, y la violenta zona de Sydneytown, al norte. Además de las tiendas, hoteles y edificios de oficinas de su dominio, controlaba una considerable porción de la zona norte de las dársenas.

Y seguía viéndose con Doña. Ambos intimaban cada vez más pese a las frecuentes objeciones de Fernando, el estricto padre católico de la muchacha. Hacía mucho que Doña conocía el secreto de Vannevar, pero Fernando seguía sumido en la ignorancia. Aun así, Vannevar creía que el anciano albergaba sospechas sobre él. Había pensado en abrazar a Doña, convertirla en su igual, pero había terminado por descartar la idea. No deseaba transmitirle la maldición. Nunca había hablado del tema con ella.

Una noche, Vannevar y Doña se citaron en los reservados de la parte de atrás de un elegante restaurante sito en la calle Washington. Vannevar era dueño del local y pagaba una bonita suma a Doña para que lo regentara en su nombre.

Pasaban las once de la noche y Vannevar acompañó a Doña a su casa, paseando por la calle Dupont, una zona que ya comenzaba a ser conocida como el Enclave Chino. Los "Celestiales" --como seguían llamando los periódicos a los chinos-- llevaban emigrando a San Francisco en gran número desde que se descubriera oro. Si bien eran muchos los que se aventuraban en los yacimientos de oro, otros habían preferido quedarse en San Francisco. Las lavanderías chinas lavaban camisas al precio de un dólar la unidad, lo que había dejado sin empleo a la mayoría de las mujeres lavanderas, que cobraban el doble por el mismo servicio. Las lavanderías estaban en auge en San Francisco, donde la prolongada carestía de este tipo de servicios había obligado a Vannevar, entre otros muchos hombres, a embarcar las prendas sucias rumbo a Hawai a fin de conseguir un lavado y almidonado decentes.

Doña seguía viviendo junto a los demás chilenos que poblaban las estribaciones de la que ahora se llamaba Telegraph Hill, bautizada así por el alto semáforo de madera que se había erigido en lo alto de su achatada cima para anunciar la llegada de naves que arribaban a puerto. Su padre y ella residían en una casa grande que les había construido Vannevar, cerca de la cima.

--¿Te ha prohibido expresamente tu padre que me veas?
--preguntó Vannevar mientras recorrían las aceras elevadas de madera.

--No. No creo que lo hiciera nunca.

--Agradece el dinero extra, sin duda --dijo Vannevar, con un dejo de cinismo. Se ocupaba de que Doña y su padre recibieran una ayuda adicional con regularidad.

--No es eso --protestó la joven, sin convicción--. Eso le daría igual. Es solo que nunca se atrevería a decirme lo que tengo que hacer.

--¿Ni siquiera aunque temiera por la salvación de tu alma?
--inquirió Vannevar, con una sonrisa desprovista de humor.

--Ni siquiera --se reafirmó ella--. Cree en la libertad de elección de las personas.

Vannevar comulgaba con ese sentimiento, pero le costaba creer que el avellanado padre de Doña pudiera ser tan liberal cuando estaba en juego el bienestar de su propia hija. No estaba convencido de que

el hombre se hubiera resignado.

--¿Y tú? ¿No temes por tu alma?

Doña asió su brazo un poco más fuerte y apoyó la cabeza en su hombro.

--A tu lado no temo nada.

* * *

Se despidió de ella en la puerta de su casa para no encontrarse con el viejo Fernando, antes de regresar a la ciudad. Esa misma noche planeaba entrevistarse en la Casa Braxton con otro miembro de la primogenitura, un francés llamado Montelaine, el representante en la ciudad del clan Tremere, cuyo dominio quedaba justo al sur del de Vannevar. Habían acordado cabalgar juntos hasta la Misión Dolores, donde iba a celebrarse una reunión del consejo de la primogenitura.

Vannevar se encontraba detrás de la Casa Braxton, ensillando su caballo en los establos, cuando apareció Montelaine a lomos del suyo por el camino de grava. El francés, de cabello cano, cabalgaba erguido en la silla, ofreciendo una estampa gallarda con su abrigo gris y los pantalones a juego. Se tocaba con un sombrero de copa de fieltro, también gris. Sostenía un bastón rematado por una cabeza de oro en la misma mano con la que sujetaba las riendas.

--¿Listo, *mon ami*? --preguntó, observando a Vannevar mientras este tensaba la cincha en torno al gran morgan negro que montaba.

--Todo preparado --respondió Vannevar, antes de encaramarse a la silla. Partieron juntos y giraron al sur en la calle Kearney, que seguía estando muy transitada. Se colocaron a la par y conversaron mientras cabalgaban.

--¿Sabes por qué se celebra la reunión de esta noche? --inquirió Montelaine, mientras avanzaban hacia el sur.

--Lo único que sé es que los Patos van a acaparar la discusión.

Los Patos de Sydney, liderados por Choker Barnes, había continuado alborotando en la parte norte de la ciudad, que ya se conocía como la Costa de la Barbarie. Había aumentado el número de robos y asesinatos, y recientemente los Patos habían llegado incluso a cometer delitos a plena luz del día. La semana anterior, el propietario de una tienda había sido apaleado casi hasta la muerte por dos miembros de la banda, que habían escapado tras escamotear apenas seis dólares de la caja registradora. Lo peor eran los incendios. Seis conflagraciones considerables habían asolado la ciudad en el último

año y medio, y se sospechaba que los Patos habían estado detrás de cada uno de ellos; utilizaban el humo y la confusión para cubrir sus atracos y saquear a voluntad. El último de tales incendios había sido el más serio, puesto que había reducido a cenizas casi dos mil edificios y había causado la muerte de varias docenas de personas. La población se sentía ultrajada y el pueblo de San Francisco exigía que se tomaran medidas.

Cuando hubieron llegado al final de Kearney, cruzaron la amplia calle Market, y dos bloques después alcanzaron la polvorienta carretera llamada calle de la Misión. Tendrían que seguir esta carretera para salir de la ciudad durante casi kilómetro y medio antes de llegar al edificio de adobe que era la Misión Dolores, la construcción más antigua de la ciudad y el escenario elegido para la reunión de esa noche.

--Delfonso debería tener ya claro que Choker está fuera de control --observó Montelaine--. Si no lo detenemos nosotros lo hará la gente de la ciudad, y eso pondría en peligro nuestro secreto.

Un grupo de quinientos ciudadanos preocupados había formado recientemente un Comité de Vigilancia y había amenazado en público con someter a los futuros infractores a juicios sumarios que los conducirían al patíbulo. Tanto Montelaine como Vannevar temían que este tipo de acciones pudiera revelar la condición de vampiro de Barnes, lo que pondría en peligro a los demás Vástagos. Vannevar y Montelaine había debatido largo y tendido acerca de la eliminación del salvaje australiano. Pero Delfonso era reticente a ordenar una Caza de Sangre.

--Tal vez haya llegado el momento de pensar en coronar a otro príncipe --dijo Montelaine, mirando al frente.

No era ningún secreto que Montelaine ambicionaba el trono, y Vannevar tenía que admitir que el Tremere estaba mucho mejor preparado para ostentar el cargo que Delfonso. Pero urdir la destitución de un príncipe regente era tarea hartamente peligrosa. De fracasar el golpe de estado, las repercusiones serían desastrosas. Los planes de este tipo se mantenían en el más estricto secreto, y los protagonistas de tales dramas tenían cuidado de no pillarse nunca los dedos. Además, había más aspirantes a príncipe. Vannevar omitió hacer comentario alguno acerca de la sugerencia de Montelaine y se guardó sus pensamientos para sí. Esa noche planeaba exponer ante el príncipe Delfonso su propia petición especial. Quería que el príncipe le diera permiso para engendrar prole.

* * *

Media hora más tarde llegaban a la entrada de la antigua misión. La Misión Dolores, construida en 1791, estaba levantada con ladrillos de adobe; sus muros medían algo más de un metro de espesor. El Acta de Secularización mejicana la había cerrado en 1834 y ya no era ninguna iglesia, sino una cantina frecuentada en su mayoría por los *californios* mejicanos de los alrededores. Aunque muchos san franciscanos seguían considerando que la misión quedaba fuera de los límites de la ciudad, esta crecía rápidamente y Vannevar sabía que no habrían de pasar muchos años antes de que la misión fuera engullida por nuevas calles y hogares construidos a su alrededor.

Pero por el momento la misión se recortaba en solitario, pálida, a la luz de la luna, un edificio largo y estrecho de picudo tejado de baldosas y columnas en la entrada. Era un edificio humilde, levantado con barro cocido al sol por indios que trabajaban a las órdenes de monjes franciscanos. Junto a la misión se hallaba un pequeño cementerio que contenía las tumbas de monjes y algunos oficiales españoles y mejicanos que habían tenido la desgracia de morir estando destacados en ese lugar.

Dos mejicanos de ojos negros --ghouls al servicio de Delfonso-- aguardaban junto a la puerta principal de la misión, vigilando a Vannevar y Montelaine mientras estos desmontaban y amarraban sus caballos al poste que había delante del edificio.

--Buenas noches, Emilio, Rodríguez --saludó Montelaine, ladeando el sombrero mientras trasponía el umbral. Vannevar siguió sus pasos.

--Buenas noches --musitó la pareja, llevándose la mano al ala de sus sombreros y asintiendo al paso de los dos vampiros.

La reunión iba a celebrarse, como de costumbre, en una pequeña estancia de la primera planta de la misión, lejos del estruendo y el bullicio de los clientes que ocupaban la planta baja. La parroquia mejicana de la cantina se alineaba ante el mostrador y se arracimaba en torno a pequeñas mesas. Montelaine y Vannevar parecían completamente fuera de lugar en este entorno, pero ninguno de los clientes de la cantina les prestó atención. Muchos suponían que los hombres que solían reunirse en la parte de arriba eran importantes, pero ninguno era tan estúpido como para preguntar al respecto.

En el primer piso, Vannevar y Montelaine encontraron a Delfonso

y a los otros dos primogénitos de la ciudad, ya sentados y esperando a los dos rezagados. Delfonso ocupó la cabecera de la mesa corta; Snake Whitcomb estaba repantigado en una silla a su izquierda, mientras que el primogénito Nosferatu, un ruso llamado Sergei, se había sentado a su diestra.

--Buenas noches, caballeros --saludó Snake, arrastrando las palabras, cuando entraron Vannevar y Montelaine. Llevaba puesta una camisa blanca. Su cabello era negro y lacio, su bigote largo, rizado, y se lo había encerado con mimo--. Ya pensábamos que a lo mejor no veníais.

Whitcomb, sureño de Nueva Orleáns, pretendía descender de noble linaje, pero Vannevar sabía que el hombre se había ganado la vida en su día como tahúr en los casinos flotantes. Era un personaje ingenioso, tan resbaladizo como su cabello aceitoso. Perteneecía al clan Brujah, era el más subversivo de los primogénitos de la ciudad y, Vannevar lo sabía, aspirante en secreto al trono de Delfonso.

--Venga, venga, Snake --respondió Delfonso, de buen talante--. De vez en cuando hay que sacar tiempo para el romance.

Snake sabía que el príncipe se refería a la vida sentimental de Vannevar.

--¿Sigues con la virgen Doña, Thomas? --preguntó, sarcástico.

Vannevar no se molestó en responder. Ocupó un asiento a la derecha de Delfonso, junto a Sergei y frente a Snake.

--Buenas noches, Sergei --dijo Vannevar al Nosferatu oculto en la sombra.

La figura se inclinó hacia delante, a la tenue luz, revelando una cabeza calva, hinchada de manera desmesurada. La piel apergaminada que se tensaba sobre el cráneo tumescente era de un pútrido tono azulado. El hombre era uno de los Nosferatu, el clan maldito de vampiros, y tenía varios siglos de edad.

--Buenas noches a los dos --murmuró Sergei con amabilidad; un fuerte acento ruso teñía sus palabras.

Sergei había llegado a San Francisco procedente de alguna parte de Rusia, tras cruzar el estrecho de Bering y recorrer a pie la costa del Pacífico. Su repugnante apariencia enmascaraba un alma cordial y razonable.

--Por favor, no creáis que nos habéis hecho esperar. Snake acababa de llegar cuando habéis entrado vosotros --informó Sergei, disculpándose por el comportamiento del presuntuoso primogénito Brujah.

Vannevar le dio las gracias por su amabilidad mientras Montelaine tomaba asiento al otro lado de la mesa, al lado de Snake.

--Ya estamos todos --comenzó Delfonso--. ¿Cuál es el primer punto del día?

Snake fue el primero en hablar.

--Va siendo hora de que paremos los pies a Choker Barnes. No tenemos por qué postergarlo por más tiempo.

Montelaine se mostró de acuerdo.

--Nos amenaza a todos. El Comité de Vigilancia actuará pronto contra los Patos. Puede que descubran el secreto de Barnes. No queremos que los habitantes de esta ciudad sepan qué se oculta en su seno.

--De acuerdo --convino Delfonso--. Pero sigo sin ver por qué debemos tomar una decisión apresurada. Creo que aún disponemos de tiempo. Sugiero que actuemos con cuidado y cautela.

Como de costumbre, Delfonso se oponía a tomar una decisión inmediata. Era una manía que Vannevar encontraba cada vez más exasperante. Aunque Delfonso era elegante, inteligente y carismático, Vannevar estaba descubriendo que carecía de la determinación necesaria en un príncipe. Gozaba en demasía de los placeres de la no-vida y siempre estaba dispuesto a dejar la toma de decisiones para otro momento. Vannevar suscribió las exigencias de Whitcomb y Montelaine y abogó por la exterminación de Choker. Incluso el cordial Sergei intervino para presionar al príncipe en la toma de algún tipo de medida.

* * *

Dos horas más tarde seguían sin llegar a ninguna parte.

--Por el amor de Dios, hombre --protestó Snake--. ¿Hasta cuándo piensas permitir que ese maldito australiano siga saliéndose con la suya?

--No es que no le hayamos invitado a unirse a nosotros --añadió Montelaine, de acuerdo con Snake por una vez.

--Caballeros, caballeros. Ya está bien. He tomado una decisión. No hay motivos para actuar precipitadamente. Podemos esperar y ver cómo se desarrollan los acontecimientos, antes de decidir qué hacer. Creo que ya está todo dicho con respecto a este tema por esta noche --concluyó Delfonso--. Seguiremos discutiéndolo en nuestra próxima reunión. Ahora, antes de que se levante la sesión, ¿hay algún otro

asunto que debatir?

Era la oportunidad que estaba esperando Vannevar. Formularía su solicitud.

--Me gustaría pedir permiso para engendrar progenie --dijo a Delfonso--. Necesito a alguien más a mi servicio.

Vannevar quería crear un vampiro que fuese suyo, un retoño en el que pudiera confiar, un criado leal. No un esclavo Vinculado por Sangre como había sido él para Quincy, sino un aprendiz honesto y leal dotado de voluntad propia. Ya tenía un candidato en mente.

--¿Quieres abrazar a Riley? --preguntó Delfonso, pensando que Vannevar pretendía convertir al ghoul en un no-muerto de pleno derecho.

--Mierda, qué demonios, claro que sí --interpuso Snake--. Justo lo que más falta nos hace, un negrata vampiro merodeando por ahí y creyéndose el rey del puto mundo. Y supongo que también querrás que beba sangre de mujeres blancas, faltaría más.

Vannevar, enfurecido por los comentarios de Snake, se contuvo para no enfrentarse a él y optó por hacer como si no existiera.

--No, no me refiero a Riley --dijo Vannevar a Delfonso, con calma. Hacía mucho que le había ofrecido esa oportunidad a su ghoul, pero Riley la había rechazado. No le entusiasmaba la idea de renunciar a su libertad para caminar durante el día. Continuó:

»Hay un antiguo marinero que trabaja en estos momentos en la Costa de la Barbarie, un hombre llamado Sullivan, un irlandés grandote. Creo que podría resultarme de utilidad.

Sullivan, que no tenía familia ni contactos, le había parecido una elección idónea. Pese a su falta de refinamiento --era más bien brutal--, poseía una faceta leal que Vannevar admiraba. Tenía la impresión de que sería un buen hombre si se le ofrecía la guía adecuada.

--¿Por qué crees que es un buen candidato? --quiso saber Delfonso--. ¿Es inteligente, cauto, sutil, particularmente útil para nosotros en algún sentido? --Estaba burlándose de Vannevar. El príncipe, que conocía al candidato, sabía que Sullivan no era ninguna de esas cosas.

Vannevar pensó por un momento.

--Es muy honesto y leal, creo --respondió, al cabo.

Delfonso esbozó una sonrisa.

--Permiso concedido. --Le alegraba poder conceder un privilegio tan simple tras una larga noche de discusiones acerca de Choker

Barnes y los Patos. A Delfonso le gustaba poder mostrarse magnánimo.

* * *

Más tarde, fuera de la cantina, Vannevar se despidió de Montelaine. El vampiro brujo se dirigía al sur para inspeccionar un campo de hierbas especiales que había cultivado en las laderas de las montañas centrales de la ciudad. Sergei se había retirado de la reunión utilizando la puerta de atrás para no ser visto por los clientes que quedaban todavía en el bar. Snake se había quedado arriba con Delfonso, aduciendo que tenía asuntos personales que tratar con el príncipe.

--Es una pena que no podamos hacer cambiar de opinión al príncipe a este respecto --dijo Montelaine a Vannevar--. Llegará el momento en que nos veamos en la necesidad de obligarle a abdicar.

Vannevar se mostró de acuerdo y añadió que esperaba que no fuese necesario llegar a ese extremo.

Montelaine partió rumbo al sur mientras Vannevar daba media vuelta y emprendía el regreso a la ciudad. Ya había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de la calle Market cuando vio las primeras llamas que surgían de la cara sur de Telegraph Hill. Comprendió que los Patos estaban atacando el campamento chileno y espoleó a su caballo para que galopara.

Para cuando hubo llegado a la ciudad, su montura estaba rendida, pero no dio tregua al morgan, sino que lo impulsó hacia delante, a través del corazón de la ciudad, resonando sus pezuñas en las calles de madera mientras los peatones se dispersaban a su paso. Tiró ligeramente de las riendas al pie de la empinada Telegraph Hill, antes de clavar las espuelas con más ahínco y conducir su bestia jadeante colina arriba, hacia el hogar de Doña.

En lo alto de la colina no encontró más que locura: casas en llamas, chilenos que huían aterrorizados, y Patos por todas partes --humanos y de los otros-- apaleando y robando, saqueando y violando. El fuego ascendía hacia el suelo a medida que un hogar tras otro era víctima de las antorchas y el viento propagaba las llamas. Vannevar guió a su caballo a través de la carnicería, ignorando los horrores que se sucedían a su alrededor, concentrado en encontrar a Doña antes de que fuera demasiado tarde. Cerca del altiplano de la colina, por fin dio con ella.

En la boca de un callejón a seis metros de distancia, dos miembros de los Patos la sujetaban mientras un tercero abusaba de ella. Choker Barnes, con su rostro salpicado de viruelas, se encontraba de pie observando, con los brazos cruzados sobre su amplio torso, riéndose del espectáculo. Doña, con la vestimenta parcialmente desgarrada, se desgañitaba y se debatía inútilmente contra sus violadores.

Vannevar detuvo a su caballo y, al tiempo que este se alzaba de manos y giraba, desenvainó su sable, gritando:

--¡Choker!

Los agresores de Doña se dieron la vuelta para mirar, al igual que el interpelado. Choker enseñó los dientes cuando vio a Vannevar.

En ese momento alguien surgió de un salto y se estrelló contra Vannevar, arrancándolo de la silla. Vannevar aterrizó de espaldas en el suelo, pugnando con su asaltante, que apretó el codo contra la garganta del vampiro. Cerca de los combatientes, una casa incendiada se desplomó de golpe sobre sus cimientos con un rugido, proyectando una lluvia de chispas al aire.

--Oye, compañero --gruñó el atacante a Vannevar, impregnándole con su hediondo aliento--. ¿Por qué no coges y te unes a la fiesta? --Era Burt, el ghoul de Choker, con el semblante convertido en una máscara demoníaca por las llamas ondulantes de la casa que ardía a sus espaldas. Abrió la boca de par en par, revelando sus podridos dientes verdes, y emitió su siseo.

Pero Burt no era rival para Vannevar, que se quitó de encima al ghoul sin ningún problema y se puso de pie, buscando con la mirada el sable que se le había caído.

Alguien más le atacó por detrás: uno de los humanos que había estado ensañándose con Doña. Vannevar se mantuvo en pie y, proyectando el codo hacia atrás con todas sus fuerzas, destrozó varias costillas al hombre. El agresor soltó un gruñido de dolor y soltó a Vannevar, que se dio la vuelta, lo asió por los cabellos y lo dobló de espaldas sobre su rodilla, rompiéndole la columna antes de tirarlo al suelo, paralizado de cintura para abajo.

Al instante volvió a tener encima a Burt, agarrándolo por la espalda. Un brazo fuerte y nervudo se enroscó en torno al cuello de Vannevar. Este lo cogió y tiró de él hacia abajo, rompiendo el hueso. Tras zafarse de la presa de Burt, Vannevar se volvió hacia el ghoul, enfurecido.

Burt se amedrentó cuando Vannevar saltó sobre él, lo cogió y lo

levantó en vilo sobre su cabeza. El ghoul bregó en vano, profiriendo alaridos cuando Vannevar lo arrojó al infierno de las ruinas en llamas. Los aullidos de agonía del ghoul devorado por el fuego no tardaron en ser ahogados por el rugido de las llamas que lo consumieron.

Vannevar se giró para acudir al rescate de Doña y descubrió que Choker se había apresurado a huir de la escena. Una enorme silueta se cernía ahora sobre la postrada Doña, un hombre deforme cuyos rasgos quedaban ocultos por la informe capa marrón que lo cubría. Se trataba de Sergei.

Pero cuando Vannevar quiso acercarse, Sergei se apartó de la mujer en el suelo, indicando a Vannevar que se mantuviera alejado.

El anciano padre de Doña llegó corriendo y se arrodilló junto a su hija herida, seguido del sacerdote local. Este portaba un enorme crucifijo, que empuñaba con cautela en dirección a Sergei y Vannevar, que se retiraban. El objeto no surtía efecto alguno sobre ninguno de los vampiros, pero retrocedieron de todos modos, prefiriendo no interferir.

Sergei cogió a Vannevar del brazo.

--Creo que vivirá, amigo --susurró Sergei con su voz profunda y resonante--. No la han mordido.

--Gracias, Sergei. --Vannevar observó impotente cómo el anciano y el sacerdote ayudaban a la aturdida Doña a ponerse de pie, haciendo todo lo posible por cubrirla con los jirones de tela que permanecían adheridos a su cuerpo magullado y maltrecho.

Sergei miró en rededor con urgencia.

--Tengo que irme. No quiero que me vean más de lo necesario.

El sacerdote ayudaba ahora a Doña a regresar a su hogar. Fernando caminaba tras ellos, portando el crucifijo. El anciano se detuvo y se giró para encararse con Vannevar y Sergei, que seguían juntos de pie cerca de los restos en llamas de la casa. Mirando fijamente a Vannevar, Fernando se santiguó apresuradamente antes de dar la vuelta para seguir los pasos del sacerdote y su hija.

--Allí está tu hombre --dijo Sergei antes de marcharse, señalando calle abajo, al otro lado de la colina. Acto seguido desapareció, fundiéndose rápidamente con las sombras.

Era Riley, que acudía corriendo ante Vannevar, recargando su revólver sobre la marcha. Llevaba una bufanda blanca anudada en torno a su brazo, el estandarte que utilizaban los Vigilantes para identificarse.

--Tienes que salir de aquí --dijo Riley a Vannevar cuando hubo

llegado junto a él. Cerró el revólver con un chasquido y lo agitó en dirección al pie de la colina—. Se acercan los Vigilantes. Persiguen a los Patos, jurando que esta vez acabarán con ellos. Quieren recuperar la ciudad. Será mejor que no nos pillen aquí.

Ya podían oírse los gritos y las voces de los encolerizados ciudadanos de San Francisco. Cerca de la falda de la colina vieron hombres que corrían por las calles, empuñando sus pistolas, persiguiendo a los Patos que se retiraban y a otros gángsteres.

Vannevar permitió que Riley lo apartara de la colina, lejos del peligro, y lejos de Doña.

* * *

A la noche siguiente, Vannevar intentó visitar a Doña, pero no pudo entrar en la casa. El viejo Fernando se enfrentó a él en la puerta principal, acompañado del médico que atendía sus heridas. En la calle, el doctor explicó a Vannevar que Doña seguía conmocionada y consciente solo a medias. Según su dictamen, la mayoría de sus heridas revestían poca gravedad y estaba seguro de que estaría recuperada dentro de escasas semanas. Pero le preocupaban los ojos de la joven; al parecer, Doña se había quedado ciega. No se apreciaban rastros de heridas y el médico suponía que era una reacción histérica al trauma que había experimentado.

--Me atrevería a afirmar que se pondrá bien en cuestión de un par de semanas --dijo el amable doctor a Vannevar, antes de darle las buenas noches.

Vannevar, que no sentía deseos de entrar en la casa por la fuerza, decidió ir a buscar a Sullivan. Retrasado por el alboroto de los Patos y la batida de los Vigilantes, Vannevar se había visto obligado a retrasar la adopción de su futuro chiquillo. Pensaba ponerle remedio esa noche.

Nunca había creado a otra criatura --exceptuando la conversión a ghoul de Riley--, pero ahora había llegado la hora. La ciudad crecía a pasos agigantados y necesitaba una familia que le ayudara a controlar el dominio que regentaba. Delfonso ya tenía un chiquillo, salido de una de las familias de *californios* locales, y Snake disponía al menos de un retoño, tal vez más. Montelaine había fundado una capilla y pronto habría en ella un joven aprendiz italiano, que ya se había embarcado en una nave que lo transportaría desde Europa.

La ciudad estaba tranquila esta noche, las calles no ofrecían su

acostumbrado bullicio. Los Vigilantes patrullaban en pandillas, y si bien no interferían con aquellos que parecían ciudadanos respetuosos con la ley, no dudaban en llevar a los sospechosos de cualquier crimen ante la justicia, empleando indistintamente porras, pistolas y cuchillos. Vannevar tuvo cuidado de no llamar la atención.

Visitó primero la Costa de la Barbarie, buscando a Sullivan entre las tabernas y los salones de baile. Probó suerte en el asilo para pobres de Maggie, donde Sullivan estaba empleado en calidad de gancho. Como gancho, era su tarea trabar amistad con los marineros que arribaban a puerto y convencerlos para que se alojaran en alguna de las pensiones de Maggie. Allí los proveía de licor, drogas y mujeres, separándolos rápidamente de sus salarios de marinero y obligándolos a contraer deudas con él. Una vez desplumados, los vendía al primer barco que fuera a zarpar y necesitara tripulación, todo ello en el plazo de un par de días desde que pisaran el puerto por vez primera.

Preguntando por ahí, Vannevar descubrió que nadie había vuelto a ver a Sullivan desde la noche anterior. Salió de la Costa, en dirección sur, manteniendo los ojos y los oídos bien abiertos en busca de cualquier rastro del ruidoso irlandés. En la calle Mott preguntó a algunas de las prostitutas de baja estofa que ofrecían servicio a los escuchimizados "ganchos" que se alineaban en la angosta y sucia calle. Casi todas ellas conocían a Sullivan, pero ninguna lo había visto esa noche. Perplejo, Vannevar regresó al norte, vagando por los confines del oeste de la ciudad, todavía en busca de su objetivo.

Se encontraba en la calle Dupont, atravesando el exótico Enclave Chino, cuando divisó por fin a su hombre. Sullivan, vestido con su acostumbrada gorra y chaqueta de marinero, estaba apoyado con aire de indiferencia en la pared de un edificio al final de la calzada, observando a los chinos que pasaban frente a él con una extraña mirada ausente. Parecía pálido. Ante los ojos de Vannevar, Sullivan se apartó de la acera y, tras doblar la esquina de un oscuro callejón, se perdió de vista caminando despacio. Se conducía de manera extraña, y Vannevar se preguntó cuál sería el problema.

Anduvo tras sus pasos y entró en el lóbrego callejón al tiempo que Sullivan llegaba al final y desaparecía tras otra esquina. Vannevar escuchó un portazo y supuso que Sullivan había entrado en algún edificio. Se apresuró a seguirlo, preguntándose qué estaría haciendo el hombre en esa parte de la ciudad. En ese momento surgió una sombra de la nada, cortándole el paso.

El hombre era chino, más alto que Vannevar y de una delgadez sobrecogedora. Su piel seca parecía tensarse sobre su osamenta, lo que le confería una apariencia cadavérica. Iba vestido con una vaporosa túnica de seda roja. Vannevar supuso que sería algún ghoul.

--No, no --dijo el alto y enjuto ghoul, señalando a Vannevar con sus manos como garras--. Ahora vete a casa. --Hablabla una vacilante variedad de inglés dialectal--. Aquí no vengas más. Ahora con nosotros Sullivan está. Vete a casa por favor. --Espantó a Vannevar con las manos.

Vannevar podría haber apartado al ghoul de su camino con facilidad, pero en ese momento apareció otra figura de la nada: otro chino, bastante joven y mucho más menudo que el cadavérico ghoul. Vannevar examinó al recién llegado y reconoció enseguida al vampiro que era. El hombre --de poco más de metro y medio de altura--, vestido con pantalones y camisa de seda negra, miró a Vannevar de arriba abajo con un brillo peligroso en los ojos. Sostenía en una mano un hacha pequeña forjada en plata. Dijo algo al ghoul en cantones, llamándole Chi.

Vannevar comprendió entonces que el chiquillo al que aspiraba estaba perdido, que había sido adoptado y Abrazado por esta misteriosa familia de Vástagos chinos. Hizo una reverencia en silencio, salió del callejón y abandonó Chinatown a sus misteriosos habitantes no-muertos.

Aunque Vannevar aceptaba la pérdida del chiquillo, sufrió durante varios días el acoso de una ominosa pesadilla: el perdido Sullivan de pie junto a una enorme y sombría figura de refulgentes ojos rojos.

* * *

En cuestión de días, el Comité de Vigilancia había arrestado y ahorcado a uno de los Patos, y amenazaba sin reparos con más de lo mismo. Durante el breve espacio de tiempo que ocupó la existencia del Comité, varios criminales célebres de San Francisco fueron capturados y ajusticiados en la plaza Portsmouth, en pleno centro de la ciudad. Otros fueron obligados a abandonar la ciudad, y los pocos que se atrevieron a quedarse procuraron no llamar la atención, temiendo por sus vidas. Choker Barnes se marchó de San Francisco escasas noches más tarde. No se descubrió evidencia alguna de vampirismo y, cuando el Comité se desbandó al fin algunos meses después, la ciudad se había convertido en un lugar notablemente más

seguro y tranquilo.

Durante este tiempo, Vannevar visitó repetidas veces a la convaleciente Doña. Su anciano padre consentía a regañadientes las atenciones de Vannevar, aunque se mantenía a una distancia prudencial del hombre al que consideraba un agente del diablo.

Aunque las heridas de Doña cicatrizaban con rapidez, no podía decirse lo mismo de su mente. El doctor no encontraba un origen físico para su ceguera y no recetaba más que descanso y reposo, con la esperanza de que se recuperaría con el tiempo. Pero Doña siguió sin ver, con la mente desquiciada. Por su propia seguridad, la mantuvieron encerrada en la casa de Telegraph Hill.

5

1859: VIENTOS DE GUERRA

--Veo que ya estamos todos. Puede comenzar la reunión.

Era Montelaine el que hablaba. Había convocado una reunión extraordinaria de la primogenitura para estudiar los acuciantes asuntos que arrostraban. Había siete poderosos vampiros sentados en torno a la larga mesa pulida que ocupaba un lujoso despacho en la trastienda de la tercera planta de un edificio de oficinas recién construido en el centro de la ciudad. El edificio, emplazado en la esquina de Jackson con Montgomery, no era más que el más reciente de un torrente de construcción financiado por Montelaine y su clan Tremere. La Misión Dolores, rodeada ya de vecindarios de clase media baja poblados de inmigrantes irlandeses y vuelta a consagrar hacía poco como iglesia católica, había dejado de servir de lugar de reunión.

--Creo que todos sabemos por qué estamos aquí --dijo Montelaine.

Nadie asintió, pero la silla vacía que gobernaba la mesa --el tradicional asiento de honor del príncipe-- era elocuente por sí sola. Delfonso no estaba al corriente de la reunión.

--Va siendo hora de que nos deshagamos del viejo --dijo Snake, inclinándose hacia delante en su silla, con los codos apoyados en la mesa. Un enorme anillo de diamantes relucía en su mano. Snake controlaba el lucrativo sector portuario del sur, y su dominio del Mercado del Sur superaba ahora en valor al de Vannevar y casi rivalizaba con el territorio del centro financiero de Montelaine--. No

podemos seguir permitiendo que reine sobre la ciudad. Ya hemos visto todo lo que ha ocurrido durante su mandato.

La ciudad había atravesado una mala racha en los últimos tiempos. Una recesión en 1853 --el resultado de la sequía generalizada de los yacimientos de oro-- había estado a punto de provocar el desplome financiero de la ciudad, una crisis exacerbada todavía más después de que el alcalde Meiggs, el "Honesto Harry" --supuesto hombre de Delfonso--, malversara los fondos del ayuntamiento y zarpara rumbo a Suramérica. En 1856, el asesinato del famoso director de un periódico a manos de un concejal corrupto había propiciado la creación de un segundo Comité de Vigilancia que, en su celo por limpiar la ciudad, había estado a punto de descubrir la sociedad secreta de vampiros que se alojaba en su seno. Delfonso había demostrado una y otra vez que era sencillamente incapaz de controlar la ciudad que supuestamente gobernaba.

Mas, a despecho de estos altibajos, la ciudad había seguido creciendo y la población actual ascendía a más de cincuenta mil personas. El reciente descubrimiento del Filón de Comstock en las montañas de Sierra Nevada prometía ingentes cantidades de plata y una natural recuperación de la economía, pero el país se encontraba ahora al borde de la guerra civil y nadie estaba seguro del bando en que se encontraba California. La mayoría de la ciudadanía profesaba lealtad a la Unión, pero una poderosa facción apoyaba el derecho a la secesión de los estados del sur. Hacía apenas algunas semanas que el jefe del Tribunal Supremo de la Corte de California --sureño hasta la médula-- había acabado con la vida del senador de los Estados Unidos por California en un duelo público por este mismo tema. Pronto, California tendría que tomar partido. La Estirpe de las ciudades de San Francisco y Sacramento --la capital del estado-- estaba en posición de inclinar la balanza. Con Delfonso o Montelaine en el trono, la ciudad, y a la larga el estado, se aliarían con la Unión. Si Snake Whitcomb cogiera las riendas, haría todo cuanto estuviera en su mano por conseguir que el estado respaldara la secesión.

--Todos sabemos que Delfonso es incapaz de tomar la decisión --dijo Montelaine--. Lo hemos visto en repetidas ocasiones. Tiene que abdicar.

Era peor que eso. Parecía que Delfonso estuviera perdiendo la cabeza; todos se habían dado cuenta en uno u otro momento. Si se debía a la presión de la responsabilidad o a algún inexplicable efecto de su desconocido linaje, nadie lo sabía. Pero todos estaban de

acuerdo en que tendría que marcharse.

Montelaine guardó silencio acerca del posible candidato a reemplazar al príncipe. Todos sabían que tanto Snake como él ambicionaban el cargo, y que sólo uno de ellos podría asumirlo. El consejo estaba dividido a partes iguales en lo que a partidarios se refería, con tres a favor de Montelaine y tres a favor de Snake Whitcomb; Sergei se abstenía.

--A mí me parece --dijo la menuda vampira que estaba sentada al lado de Vannevar-- que es un hombre razonable, y debería ser capaz de comprender el porqué de nuestra solicitud.

Marie Richaud era la primogénita Toreador. La mujer, nacida y criada en París, era delicada y bajita, un par de centímetros por debajo del metro y medio, incluso con tacones. Era atractiva y seductora, aunque sus rasgos resultaban un tanto angulosos para que pudiera calificársela de atractiva. En su hogar, en Francia, había trabajado de diseñadora de moda y escenografía para la Ópera de París. Había llegado a San Francisco en 1851, poco después de la disolución de los Patos de Sydney, y ahora residía en una gran casa en Russian Hill, en la zona noroeste de la ciudad. Era la exquisita anfitriona de un salón periódico que atraía a algunos de los mejores escritores, poetas y pintores de la ciudad, y la escarpada colina comenzaba a forjarse una reputación como refugio bohemio oficial de la localidad.

--¿Y si se niega? --inquirió Snake--. ¿Entonces qué haremos?

Marie se limitó a encogerse de hombros. Era probable que Delfonso se negara a claudicar, lo que desembocaría en una guerra abierta entre los vampiros, algo que nadie quería. En cualquier caso, Marie vacilaba a la hora de coincidir con Snake en cualquier asunto. Se oponía al Brujah tanto filosófica como políticamente, y expresaba en voz alta y con franqueza su apoyo a su paisano, Montelaine, en la carrera velada por el trono de Delfonso.

Joachim, el Gangrel de ojos negros sentado cerca del extremo de la mesa, junto a Snake, había sugerido el asesinato sin ambages, pero la primogenitura se había apresurado a rechazar la idea, dejándola únicamente como último recurso. Joachim era partidario de la política de Snake. Mestizo de origen canadiense, había sido descubierto por Snake corriendo con las tribus de Lupinos del condado de Marin, al norte, camuflado entre los hombres lobo. Snake le había invitado a la ciudad, proporcionándole territorio y protección. Joachim merodeaba ahora por los confines occidentales de la península, una zona de errantes dunas de arena, vientos cargados de polvo y un puñado de

robles. No tenía gran cosa que aportar en cuanto a lo que ideas políticas se refiere, pero podía contarse con que apoyaría a Snake y cualquier moción que este presentara ante el consejo.

El último miembro del consejo, perteneciente al lunático clan Malkavian, era un hombre que se hacía llamar "el Comodoro". Iba vestido con un uniforme de oficial de un rico azul marino que resplandecía de galones de oro y se comportaba de manera harto excéntrica, merodeando por las dársenas en plena noche, simulando gozar de privilegios en todo lo que estuviera relacionado con la actividad portuaria, los muelles y las naves allí fondeadas. San Francisco se caracterizaba por acoger a este tipo de personajes llamativos, y se permitía que el Comodoro continuara con su charada, yendo y viniendo a su antojo y recibiendo la mayor de las deferencias en todo momento. Todos los marineros, capitanes y estibadores lo conocían de sobra y, cuando visitaba sus embarcaciones en sus periódicas rondas de inspección, a nadie se le ocurría poner en tela de juicio su fingida autoridad.

El Comodoro se encontraba retrepado en su asiento en esos momentos, con los ojos fijos en sus manos enlazadas, aparentemente ajeno al debate en curso. Pero Vannevar sabía con certeza que, cuando se le llamara, el Comodoro votaría por Snake. No porque sintiera devoción alguna por la causa del Brujah, ni siquiera impulsado por una lealtad ciega, sino tan solo para asegurarse de que el consejo permaneciera dividido y estancado. El Comodoro había llegado a exasperar a todos los miembros del consejo en un momento u otro, y se vanagloriaba de ello. Vannevar lo despreciaba por el mismo motivo. El Comodoro proclamaba que estaba loco, pero lo único que veía Vannevar en él era un afán de anarquía infructuosa y regodeo en el obstruccionismo.

Vannevar había cambiado poco en todos estos años, aunque los que le conocían mejor afirmaban que se había tornado más taciturno y cínico desde el ataque sufrido por Doña. Su dominio había prosperado y, tras la desaparición de los Patos, se había anexionado el territorio antes llamado Sydneytown. Se reafirmaba en su apoyo a la candidatura al trono de Montelaine. Snake había solicitado su respaldo en varias ocasiones, pero él siempre había rechazado las ofertas de territorio que le hiciera el Brujah a cambio de su sustentáculo.

Se puso de pie y habló ante la primogenitura.

–Creo que esta situación se ha prolongado durante demasiado tiempo –dijo al consejo, que continuaba enzarzado en discusiones.

Luego se dirigió a Snake--. Por favor, cuéntenos cuál es el plan para eliminar a Delfonso del que tanto has alardeado. Es evidente que no podremos tomar ninguna decisión a este respecto. Escuchemos lo que tengas que decir.

Snake sonrió muy despacio. Había llegado su hora. Se incorporó.

--Como casi todos sabréis ya, he mantenido cierto contacto con la familia de Vástagos chinos de la calle Dupont. A pesar de su reticencia a sumarse a nuestro consejo, desean coexistir con nosotros de manera pacífica y amistosa. Conocen el problema al que nos enfrentamos y nos han ofrecido su ayuda. Comprenden que muchos de nuestros objetivos son similares a los suyos, aunque difiramos en otros aspectos.

Los misteriosos vampiros chinos que se hacían llamar "la Familia" se habían apoderado casi por completo de Chinatown, un vecindario que contenía apenas un puñado de bloques, lo que no impedía que albergara a unos diez mil chinos, casi todos ellos hombres. Las escasas mujeres procedentes de China que vivían aquí eran, salvo contadas excepciones, prostitutas importadas.

El irlandés Sullivan era la última adquisición de su prole, y el único miembro de la Familia que no era de origen asiático. Vannevar había conocido a algunos de los otros: un joven vampiro llamado Loo, y Chi, un ghoul de más edad. También había una mujer, que solo había sido avistada en contadas ocasiones. La figura a la que llamaban Abuelo era un hombre misterioso que nunca había sido visto en la calle. Se trataba del patriarca de la Familia, que habitaba un sótano en alguna parte de Chinatown, atendido por los demás. La primogenitura había hecho extensibles sus invitaciones al Abuelo, rogándole que asistiera a sus reuniones, pero todas las ofertas se habían visto rechazadas. De forma recíproca, la primogenitura al completo había sido invitada a visitar al Abuelo en su guarida subterránea. Hasta la fecha, nadie se había atrevido a aceptar el ofrecimiento.

La Familia no planteaba ningún problema a la primogenitura, pero su influencia crecía al tiempo que continuaba expandiéndose Chinatown.

--En uno u otro momento --continuó Snake--, todos hemos expresado nuestra preocupación acerca de los objetivos de la Familia, pero me han asegurado en persona de que no suponen ninguna amenaza para nosotros. Y en esta situación pueden sernos de indudable ayuda.

Snake había intentado pactar con la Familia para que se le

permitiera escoltar al príncipe a una entrevista en privado en los aposentos del Abuelo. Que el príncipe convidara a hacer algo a uno de sus súbditos constituía una infracción del protocolo. Por derecho, el príncipe debería exigir que sus súbditos le rindieran pleitesía, pero Snake estaba seguro de que, con el respaldo de la primogenitura, se podría convencer a Delfonso para que asistiera a la reunión. De un tiempo a esta parte, Snake había sabido aprovechar la merma de facultades del príncipe para ganarse el favor de Delfonso. No obstante, requería la ayuda de los demás primogénitos para persuadirlo.

Se produjo un largo debate al respecto, cuajado de disensiones. Vannevar, entre otros, se oponía a lo que tenía visos de ser una acción deshonrosa: tender una encerrona al príncipe para atentar contra su vida.

--No me malinterpretéis --abogó Snake--. El príncipe no va a sufrir ningún daño. La Familia me ha dado su palabra al respecto y, si conocéis a su gente, sabréis que no pueden faltar a su palabra. No, amigos, se limitarán a convencer al príncipe de que debe abdicar. Tienen sus métodos, sabéis.

Vannevar seguía sintiéndose escéptico acerca del Brujah y su plan, pero acató la decisión del resto del consejo cuando se votó aceptar la propuesta de Snake, por unanimidad.

Se sugirió que la reunión fuera a celebrarse a la noche siguiente. Snake se pondría en contacto con Delfonso y le convencería de que era algo necesario, antes de escoltarlo a la guarida del Abuelo. La entrevista tendría lugar una hora después de medianoche.

* * *

Al cierre de la sesión, Vannevar dio alcance a Sergei en la calle, antes de que el Nosferatu tuviera ocasión de escabullirse.

--Sergei, ¿no piensas reconsiderar tu postura con respecto a la elección de un nuevo príncipe? El consejo está dividido. Si te pones de parte de Montelaine, será él el regente. Me cuesta creer que te quedes de brazos cruzados y permitas que Snake suba al trono.

El antiguo vampiro exhaló un suspiro y se sentó al borde de un abrevadero para los caballos, antes de mirar a Vannevar a los ojos.

--Tienes que entenderlo, Vannevar. Es mi elección, y la elección ha de ser que *no* haya elección.

Sergei había explicado ya por qué se negaba a implicarse en este

tipo de luchas por el poder, pero Vannevar continuaba sin convencerse.

–Debo mantenerme a distancia de esta clase de deseos –dijo Sergei–. La búsqueda de poder es solo para aquellos que lo anhelan, y no es mi caso. Pero incluso el mero hecho de decantarme por uno u otro me convertiría en parte interesada, y correría el peligro de perder de vista mis propios objetivos.

Vannevar no se dejó conmovir por la explicación. ¿Cómo era posible que Sergei se mostrara indiferente? De sobra sabía el tipo de persona que era Snake.

–Lo mejor es que ocurra lo que tenga que ocurrir. Estoy seguro de que, al final, redundará en beneficio de todos.

Dicho lo cual, Sergei se despidió, dejando a Vannevar solo e insatisfecho.

* * *

A la noche siguiente, Vannevar acudió a visitar a Doña a Telegraph Hill. En los años posteriores a su agresión, su estado había ido empeorando gradualmente. Al principio, Vannevar la visitaba varias veces a la semana y permanecía sentado durante horas junto a su cama, velándola mientras dormía, aguardando el día en que recuperara al fin la vista y la cordura. Pero la salud de Doña se deterioraba paulatinamente. No solo seguía ciega sino que, conforme transcurría el tiempo, se tornaba más infantil, desvalida y exigente, atendida en todo momento por su envejecido padre.

Vannevar había permanecido muchas noches sentado a su vera, llorando en silencio, derramando lágrimas teñidas de rojo por la sangre, pero sus visitas se habían vuelto más infrecuentes en los últimos años. El padre de Doña temía y detestaba a Vannevar, le odiaba por lo que sospechaba que era; ahora, al filo de la senilidad, culpaba a Vannevar de lo que le había ocurrido a su hija.

Vannevar seguía pasando por la casa al menos una vez a la semana; entraba en silencio para pasar algunas horas junto a la cabecera de su amor perdido antes de marcharse furtivamente. Dejaba algo de dinero en cada visita, más que suficiente para sustentar al anciano y pagar los cuidados de su hija inválida, pero Fernando seguía mostrándose distante. Vannevar se preguntaba a menudo qué sería de Doña cuando falleciera su padre. ¿Quién se ocuparía de ella?

* * *

La casa de la colina estaba tenuemente iluminada esa noche. La puerta principal estaba abierta. Vannevar, sin molestarse en llamar, entró sigilosamente. El anciano y el sacerdote estaban allí y se giraron para mirarlo cuando entró.

No hubo intercambio de palabras; el sacerdote observó atemorizado cómo cruzaba Vannevar el vestíbulo hasta llegar a la habitación de Doña, mientras que el anciano, como siempre, se persignaba con cautela al paso del vampiro.

Doña estaba tumbada en la cama, con el negro cabello extendido sobre las almohadas igual que una corona mortuoria. Pálida y delgada, con el semblante enjuto y surcado de arrugas, todavía conservaba su hermosura.

Sin hacer ruido, Vannevar se sentó en la silla que había junto a la cama y esperó; el qué, no lo sabía. La mujer rara vez se despertaba ya, se pasaba durmiendo casi todo el día y la noche. Durante sus breves periodos de vigilia se mostraba incoherente, a menudo deliraba. El médico decía que ya no cabía esperar nada. Empero, Vannevar seguía siendo fiel a la mujer que amaba. El silencio de la casa solo era infringido por el tictac del reloj que ocupaba la repisa de la chimenea.

A las diez, el padre de Doña se acostó. Vannevar permaneció allí hasta la medianoche, momento en el que se levantó con cuidado de la silla y, tras dejar cinco piezas de oro de diez dólares cada una junto al reloj de la repisa, salió de la casa.

Bajó por la colina amortajada por la niebla y cruzó la tumultuosa Costa de la Barbarie, camino de Chinatown. La Costa de la Barbarie se recreaba en su reputación como principal reducto de la iniquidad de la ciudad. Sus salones, prostíbulos y casas de juego abrían siete días a la semana, veinticuatro horas al día, y el negocio no decaía en ningún momento.

Con la anexión del territorio de Choker Barnes, Vannevar había asumido el control de gran parte de la zona norte de las dársenas y parte del centro de la ciudad, incluida una hilera de muelles, varios bancos, la Casa de Aduanas estadounidense y diversas propiedades más de gran valor. Había invertido con acierto y había conseguido transformar sus fondos iniciales en un considerable imperio. Todas las inversiones se habían tramitado vía empresas fantasma, muchas de

ellas controladas por Davey Foster. Davey era ahora la tapadera de Vannevar, aunque no lo supiera. Las instrucciones sobre cómo y en qué invertir y las transacciones monetarias eran responsabilidad de Riley, que se había mantenido en contacto con Davey durante todos estos años.

Vannevar se reunió con Montelaine en la esquina de la calle Kearney, al borde de Chinatown. El distrito se había expandido con los años, propagándose por la ladera de Nob Hill hasta la calle Stockton, y al norte, hasta Broadway. Los belicosos vecinos de la Costa impedían que los asiáticos ensancharan sus fronteras hacia el este.

Montelaine parecía ansioso esa noche. Se mostraba más reservado de lo habitual.

--¿Estás preparado? --preguntó a Vannevar cuando este surgió de la niebla sin hacer ruido.

Vannevar asintió y, juntos, se encaminaron hacia Chinatown.

Se había fijado la reunión a la una de la madrugada. Snake acompañaría al príncipe hasta los laberínticos túneles y sótanos que discurrían debajo de Chinatown, garantizando personalmente la seguridad de Delfonso. Se iba a permitir el paso a la zona de otros miembros de la primogenitura, para que montaran vigilancia, pero nadie más que Snake y Delfonso podrían entrevistarse con el Abuelo.

Corrían muchos rumores acerca del Abuelo. Se decía que era increíblemente anciano y muy sabio. Algunos afirmaban que era un ser enorme y monstruoso, que había perdido su humanidad. Lo cierto era que nadie había visto jamás a la criatura... al menos, nadie que siguiera con vida.

La pareja dio alcance a Delfonso y Snake en la calle Dupont, a un bloque de distancia de la guarida del Abuelo. Se había sumado a ellos Joachim, el Gangrel de los ojos negros, que tenía la responsabilidad de montar guardia y esperar. Las calles de Chinatown estaban a oscuras y prácticamente desiertas. Solo los salones *fan-tan*, los fumaderos de opio y los prostíbulos permanecían abiertos a esta hora de la noche, y no se anunciaban con carteles.

Delfonso, aunque se mostrara sonriente y animado, parecía distraído. A Vannevar le resultaba evidente que la reunión de esta noche le inquietaba. Cuando se adentrara en los pasadizos secretos que discurrían por debajo de la ciudad, estaría a merced de la Familia, sería vulnerable a cualquier ataque. Las constantes palabras de ánimo de Snake eran lo único que le convencían de que este era el mejor camino a seguir. Snake, por su parte, parecía resuelto y alegre.

--Esta va a ser la gran noche, muchachos --dijo a los dos primogénitos cuando reparó en ellos--. Si la reunión sale bien, se acabaron nuestros problemas.

Delfonso no prestó demasiada atención a las palabras del Brujah, puesto que asumía que Snake estaba refiriéndose a la incierta amenaza que suponía la presencia de la familia en la ciudad. No se percató del guiño que dedicó Snake a Vannevar y Montelaine cuando hubo hablado. Sin embargo, el príncipe no las tenía todas consigo. Se dirigió directamente a Vannevar:

--Hijo --sonrió--. Siempre hemos confiado el uno en el otro, desde la noche en que nos conocimos. Dime... estás de acuerdo con esto, ¿no es así? Piensas que es lo mejor. --A pesar de la influencia que había conseguido Snake con el príncipe, Delfonso nunca había dejado de respetar a Vannevar, al que contaba entre sus más viejos y leales amigos--. Esta visita no rebaja mi dignidad como príncipe, ¿verdad?

Vannevar mintió y le aseguró que no, pero se mordió la lengua antes de decir que podía confiar en Snake. Aunque Vannevar había accedido a ejercer presión para que se celebrara este encuentro y Snake le había garantizado en repetidas ocasiones que el príncipe no iba a sufrir daño alguno, no conseguía evitar sentir que estaba traicionando a un amigo que solicitaba su consejo.

--En tal caso, estoy listo --dijo Delfonso, girándose para encarar el callejón al otro lado de la calle, donde estaban a punto de aparecer sus escoltas. Alisó su abrigo corto, se ajustó la corbata y se atusó las guías del bigote con las yemas de los dedos--. ¿Dónde están?

Como si les hubieran dado una orden, los escoltas aparecieron en la boca del callejón al otro lado de la calle. Se trataba del dúo con el que se encontrara Vannevar en Chinatown en 1851, cuando descubrió que había perdido a Sullivan: el ghoul alto y cadavérico llamado Chi, y Loo, el joven y menudo vampiro. Ambos iban vestidos con los pijamas de seda negra que acostumbraban a utilizar casi todos los residentes de Chinatown. Vannevar pudo ver detrás de ellos otras siluetas que se movían en el oscuro callejón. Rezó para que no hubiera ayudado a que Delfonso se metiera en una trampa.

El ghoul y el vampiro chinos se acercaron al centro de la estrecha calle Dupont y permanecieron a la espera.

--Vamos --dijo Snake. Cogió a Delfonso del brazo y condujo al príncipe por la acera de madera hasta la calle. Los otros tres primogénitos se quedaron en la sombra, observando, esperando.

Ambos grupos coincidieron en el centro de Dupont. Chi y Loo

realizaron sendas reverencias respetuosas cuando fueron presentados al príncipe. El ghoul habló entonces, con un inglés casi perfecto y desprovisto de acento, una sombra de la variedad dialectal que había utilizado la noche en que lo había visto Vannevar por vez primera. Chi, según había descubierto Vannevar, era sumamente viejo y, según decían, también notablemente sabio y educado. Vannevar observó que Chi se ocupaba de la conversación mientras el joven vampiro guardaba un respetuoso silencio.

--Bendito es el hijo que tiene padre --dijo Chi a Delfonso, haciendo una nueva reverencia. A continuación, tras dar media vuelta, condujo al grupo al otro lado de la calle, hacia el callejón.

Cerca de la entrada del mismo, Loo se separó del grupo y adoptó una posición de centinela junto a la pared. Una sombra del callejón se separó de repente del muro y Vannevar vio que alguien se unía a Chi, Snake y Delfonso, siguiendo sus pasos. Era una mujer, con los rasgos ocultos por la oscuridad.

Cuando los cuatro se hubieron perdido de vista, tras doblar la esquina del fondo del callejón, Vannevar espía a otra figura que vigilaba el desarrollo de los acontecimientos. Se trataba de Sullivan, que veía pasar al cuarteto apoyado en una pared.

* * *

Delfonso, visiblemente nervioso, recorrió el callejón y traspasó una puerta que conducía a una alcoba subterránea. Allí cruzó una serie de angostos túneles y lóbregas cámaras antes de llegar por fin a los aposentos del Abuelo. La atmósfera de la estancia estaba cargada de humo e incienso, y las ineficaces lámparas de aceite que se iban consumiendo en el fétido aire proporcionaban una iluminación insuficiente. Bajo el penetrante olor a incienso acechaba otro aún más fuerte... a podredumbre y descomposición.

Lo esperaba el Abuelo, una enorme y corpulenta figura embozada en telas de seda, con el semblante oculto tras una máscara negra de madera tallada.

--Bienvenido a mi hogar --saludó la monstruosa criatura--. Me... congratula que haya decidido... venir esta noche. --Al contrario que la Familia de vampiros, la criatura respiraba, despacio y de manera entrecortada.

--Es un placer --respondió Delfonso, inclinándose levemente.

En ese momento, sin previo aviso, dos miembros de la Familia se

abalanzaron sobre el desprevenido Snake, tirándolo al suelo e inmovilizándolo con la ayuda de un alambre antes de que él o Delfonso tuvieran ocasión de reaccionar. El príncipe quiso huir, pero se encontró con que era incapaz de moverse, presa de algún tipo de magia.

--Espere... --dijo el Abuelo a Delfonso--. Hay algo... que quiero que vea.

Delfonso contempló horrorizado cómo el difunto Snake Whitcomb era decapitado y su cabeza terminaba encima de un brasero candente en el centro de la estancia. Se ensayaron gestos y ensalmos sobre la cabeza y se avivó la lumbre con ayuda de un fuelle. En ese momento, para espanto de Delfonso, la cabeza se pronunció, profiriendo gritos de dolor y temor mientras expelía penachos de humo que adoptaron la forma de siluetas móviles, presagios del porvenir.

Delfonso intentó zafarse de nuevo pero, todavía inmovilizado, fue obligado a escuchar al oráculo según la Familia que era la cabeza del difunto Snake, promesas de un tiempo futuro en el que gobernarían la muerte y la locura, de una noche en que surgirían seres de sus tumbas para destruir a todos los Vástagos de la ciudad, dejando a la Familia al mando.

Delfonso soltó un grito de pavor, pero lo peor estaba aún por llegar. La humeante cabeza de Whitcomb habló de nuevo, esta vez acerca del ominoso futuro del propio príncipe, de la suerte que le aguardaba, idéntica a la que había sufrido Snake Whitcomb.

Delfonso se desmayó y se desplomó en el suelo.

* * *

Vannevar y Montelaine aguardaron durante horas a que regresara Delfonso, consultando sus relojes en varias ocasiones. Joachim, en cuclillas, husmeaba el aire de vez en cuando. Al otro lado de la calle, también Loo esperaba pacientemente, casi sin moverse, sin perder de vista a los tres primogénitos. Vannevar pudo atisbar aquí y allá el destello argénteo del hacha pequeña que guardaba Loo en la amplia manca de su abrigo. Sullivan se paseaba arriba y abajo al fondo del callejón, se sentaba, volvía a levantarse y se apoyaba en la pared, aparentemente aburrido y desasosegado.

Eran cerca de las cinco de la madrugada cuando emergieron del callejón Delfonso y sus escoltas. La inquietud de Vannevar se acentuó al ver que ahora solo eran tres.

El grupo llegó al extremo del callejón y Vannevar se sintió embargado por el alivio cuando vio que Delfonso volvía a contarse entre ellos. Algo había salido mal en el plan de Snake, eso era evidente. ¿Pero qué? Lo único que sabía Vannevar era que Delfonso seguía con vida, y que él no era, como había temido, responsable de la muerte del príncipe. Observó de soslayo a Montelaine y vio que el alivio se reflejaba también en el semblante del Tremere. Se preguntó hasta qué punto estaría Montelaine al corriente de lo sucedido, si no habría pactado el brujo Tremere en secreto con la misteriosa Familia.

Reparó fugazmente en la mujer que acompañaba al grupo: el destello de un rostro de inmaculada porcelana adornada por dos llamativos ojos verdes. Acto seguido, desapareció, retrocedió al interior del callejón mientras Loo se adelantaba para ayudar a Chi a escoltar a Delfonso de regreso al centro de la calle.

Los escoltas dejaron allí a Delfonso, cuya perturbación saltaba a la vista, mirando a un lado y al otro, inseguro sobre la dirección a seguir. Los tres primogénitos se apresuraron a abandonar la acera y se unieron a él en la calle. Vannevar cogió del brazo al antiguo príncipe y percibió su estremecimiento.

--¿Qué ha ocurrido ahí dentro? --quiso saber Vannevar--. ¿Dónde está Snake?

Delfonso apenas si logró responder.

--Snake ya no existe --dijo, al cabo, zangoloteando la cabeza, incrédulo.

La Familia había respetado su palabra y no había hecho daño al príncipe. Lamentablemente, Snake se había olvidado de arrancarles la misma promesa con respecto a sí mismo. Vannevar acució a Delfonso para que les proporcionara los detalles, pero el antiguo vampiro no alcanzaba a describir lo que había presenciado.

--Tengo que volver a casa --dijo, con la mirada vuelta hacia el cielo--. Sale el sol.

Era cierto. Ya casi había amanecido; la pálida luz gris del día despuntaba sobre la línea de colinas que cerraba la bahía.

Escoltaron al conmocionado príncipe hasta el final de la calle, donde le esperaba el carruaje que lo devolvería al distrito de la Misión. Tras ocuparse de su partida, Montelaine y Vannevar corrieron a guarecerse en sus respectivos refugios mientras el Gangrel Joachim, tras asumir la forma de un enorme murciélago, batía las alas sobre los tejados en dirección a los promontorios occidentales y la pequeña cueva que era su hogar.

Delfonso no habló jamás de lo ocurrido, y el resto de la primogenitura aprendió muy poco acerca de las circunstancias que habían rodeado la muerte de Snake Whitcomb. Pero fuera lo que fuese lo que había presenciado el príncipe aquella noche en las cámaras subterráneas de la Familia había dejado su impronta en su mente. Dos días después de la tragedia, anunció su abdicación del trono y Montelaine, sin oposición, asumió el título de príncipe. Poco después, California votaba para seguir con la Unión.

* * *

Tres días más tarde, Vannevar se encontraba ascendiendo la pendiente de Nob Hill, al otro lado de Chinatown, en dirección a un barrio residencial más agradable situado cerca de la cima. Corría el mes de noviembre, y aunque la temperatura no experimentaba grandes cambios en San Francisco a lo largo del año, comenzaba la estación de lluvias. Empezaba a caer una llovizna que extendía su manto y empapaba el sombrero de Vannevar hasta tal punto que el agua caía a chorro de su ala.

Su destino era la calle Sacramento, donde Davey Foster, que ya había cumplido los veintisiete, vivía con su esposa y sus dos hijos. Davey había prosperado en el transcurso de los últimos diez años. Vannevar se había ocupado de que recibiera un dinero extra tras recuperarse de sus heridas de bala y el joven, tomando como modelo las propias inversiones de Vannevar, había sabido utilizar su capital. Poseía ahora varias embarcaciones que entraban y salían de San Francisco, así como un puñado de propiedades que le reportaban una renta. En 1854 se había casado con una joven llamada Bess, que había llegado a California procedente del este junto a su familia. Ya tenían dos hijos: un niño de cuatro años y una hija aún bebé. Riley había confiado a Vannevar que parecían dichosos juntos y que a la familia le iban bien las cosas.

Davey nunca había visto a Vannevar y no sabía nada de él. Creía que invertía el dinero de Riley y sus socios, que se habían topado con un recibimiento poco caluroso por parte de los círculos financieros de la ciudad, exclusivamente blancos. Recibía una sustancial parte de los beneficios a cambio de sus servicios, además de propinas que variaban según supiera invertir su propio capital. La cooperativa había dado sus frutos, y Riley y Davey habían trabado una estrecha amistad con el paso de los años.

Se suponía que Riley iba a visitar a la familia esa noche, para proporcionar a Davey nuevos fondos e información financiera, y a Vannevar se le había ocurrido que podía dejarse caer para echar un vistazo.

La enorme casa de dos plantas de los Foster se alzaba en la esquina de la calle Powell, cerca de la cumbre de la colina, y cuando llegó Vannevar estaban encendidas todas las luces, así como la chimenea, para mitigar la fría humedad. Se quedó en la calle, oculto en la sombra, observando por una ventana cómo Riley y Davey, sentados en un sofá estampado, conversaban y reían juntos. Entró Bess en la estancia, portando una bandeja con café mientras el joven Samuel retozaba por la habitación.

Vannevar sintió envidia mientras asistía a la reunión, percibiendo la calidez que embargaba a Davey y a Bess, y a la familia y a Riley. Bess salió del cuarto, antes de reaparecer, esta vez con la niña en brazos. Entregó el bebé a Riley que, sin levantarse del sofá, hizo cosquillas a la pequeña y compuso muecas para su diversión. Samuel, mientras tanto, tironeaba sin cesar de la rodilla de Riley, exigiendo la atención que pensaba que le pertenecía por derecho. Vannevar, acordándose de tiempos mejores pasados junto a Doña, descubrió que la escena era casi más de lo que podía soportar.

Ahora tenía su propia familia: un joven llamado Swede, al que había elegido y captado no mucho después de la pérdida de Sullivan; y una reciente adición al grupo, una muchacha que respondía al nombre de Margaret. La había abrazado hacía apenas unos cuantos días y ahora descansaba en el refugio de Vannevar, recuperando sus fuerzas.

Oyó que alguien se le acercaba por la espalda. Se giró y vio a Swede.

El chiquillo de Vannevar era un muchacho rubio de pálidos ojos azules. Medía algunos centímetros más que Vannevar, tenía los hombros anchos y un cuello fuerte, de toro. Había demostrado ser un buen hombre --fuerte y honrado--, muy del agrado de Vannevar. Hasta la fecha, había servido bien al vampiro más veterano. Se detuvo delante de Vannevar y aguardó a que hablara su mayor.

--¿Qué sucede, Swede? --inquirió Vannevar. El semblante de Swede delataba su preocupación; Vannevar se dio cuenta enseguida--. ¿Hay algún problema?

--Han visto a Choker.

--¿Dónde?

Corría el rumor de que, no se sabía cómo, el Pato había regresado a hurtadillas a San Francisco y había vuelto a las andadas. Hacía mucho que había jurado vengarse de Vannevar, y había amenazado con volver algún día y reclamar el dominio que consideraba legítimamente suyo.

--Por la calle Pacífico. En el local de Donovan, alardeando de cómo pensaba ocuparse de ti.

--Vuelve a casa --instruyó Vannevar--. Quédate con Margaret y ocúpate de que esté a salvo.

Por algún motivo, la nueva chiquilla de Vannevar no había asimilado bien el cambio. Seguía sintiéndose débil y necesitada de sustento y protección. Vannevar y su familia residían aún en la Casa Braxton y tenía que Choker pudiera pasarse por allí en su busca.

--Ten --dijo Swede, antes de marcharse--. Te he traído esto.

Hizo entrega a Vannevar de su viejo sable.

--Gracias --respondió Vannevar, mientras se ceñía el cinto. A continuación, Swede se alejó colina abajo, de regreso al hotel. Vannevar se encaminó hacia la Costa sin perder el tiempo, en dirección a Telegraph Hill y la casa de Doña. Estaba convencido de que Choker aparecería por allí.

* * *

Cuando hubo llegado al hogar de Doña le sorprendió encontrarlo a oscuras y en silencio, a pesar de la temprana hora de la noche. El anciano no solía acostarse antes de las diez, y a Vannevar le preocupó no ver señales de vida en los alrededores. Subió al porche y, como tenía por costumbre, entró sin llamar a la puerta.

En el interior, el olor a sangre caliente asaltó su olfato de inmediato; toda la casa hedía. El impulso de alimentarse surgió con fuerza dentro de él, pero lo suprimió, se obligó a contenerse.

La casa estaba a oscuras. No se escuchaba movimiento alguno.

--¿Doña? --susurró--. ¿Fernando?

No hubo respuesta, únicamente un frufú procedente de la habitación contigua. Vannevar traspuso el umbral.

Al otro lado de la estancia había algo agazapado debajo de la ventana, de espaldas a Vannevar. Se cubría con un camisón de color blanco.

--¿Doña? --preguntó Vannevar, tentativamente, al tiempo que daba otro paso hacia delante.

La figura que había cerca de la ventana se dio la vuelta, todavía agazapada. Su rostro cruento refulgía cubierto por una pátina fantasmagórica a la pálida luz del exterior. Estaba sentada a horcajadas sobre un cuerpo inane y tendido en el suelo.

--¡Doña! --exhaló Vannevar.

La cara de la mujer era el de una lunática, su cabello colgaba en húmedos mechones, empapados con las entrañas de su víctima. Siseó igual que un gato enfurecido, revelando sus largos colmillos.

El cadáver mutilado que había en el suelo era el del padre de Doña. El viejo Fernando yacía muerto, desgarrada la carne de su garganta, con la camisa y el tosco suelo de tablas empapados con su sangre coagulada.

No fue hasta ese momento que Vannevar comprendió que Doña había recuperado la vista.

Avanzó un paso hacia ella, con la mano extendida, pero ella se limitó a sisear de nuevo y se retrajo atemorizada, aplastándose contra la pared.

--Me temo que llegas un poco tarde, compañero --dijo una voz a espaldas de Vannevar.

Este se giró para encararse con el intruso, desenvainando automáticamente su sable. Choker Barnes apareció en la puerta.

--Ahora está conmigo. --El australiano dedicó a Vannevar una torva sonrisa--. He vuelto y pienso recuperar lo que me pertenece... empezando por ella.

Choker reparó en el filo de Vannevar por vez primera.

--Vaya, ¿qué tenemos ahí? --Su voz traicionaba el miedo que sentía. Retrocedió un paso--. No pretenderás a ensartarme con ese pincho, ¿verdad?

Choker portaba un enorme cuchillo enfundado a la cadera, pero Vannevar no le dio ocasión de empuñarlo. El primer tajo de Vannevar abrió una herida terrible en el torso de Choker, que gritó de miedo y dolor e intentó huir corriendo, pero Vannevar le asestó una estocada por la espalda, hundiéndole la hoja en el hombro. Trastabillando, Choker giró en redondo y cayó de rodillas frente a su rival, con la sangre borbotando de sus heridas. Quiso levantar la vista hacia su atacante, tal vez para implorar clemencia, pero Vannevar trazó un nuevo arco con su arma y lo decapitó limpiamente. La cabeza de Choker rebotó en el suelo, y su cadáver rodó sobre su espalda, en medio de salvajes aspavientos, mientras la cabeza, tras detenerse, componía muecas y siseaba, mordiéndose la lengua.

Doña profirió un alarido, con los ojos saltando enloquecidos de un lado para otro, de la cabeza de su señor ejecutado a la siniestra figura de Vannevar, que ahora se había situado delante de ella, ensangrentada espada en ristre. Vannevar miró a los ojos a la mujer que amaba y no vio más que irremediable locura.

La mujer chilló de nuevo cuando le vio alzar la espada, que descendió a continuación, cortando el grito en seco y separando la cabeza de Doña de su cuerpo.

Volvió la espalda al escenario de la matanza, salió y, con calma, prendió fuego a la casa. Tras arrojar piedras a las ventanas de los vecinos, para alertarles del peligro, huyó de la colina y se perdió en la oscuridad.

6 1877: LOS REYES DE LA BONANZA

"Algún día, el ferrocarril..."

Las palabras todavía resonaban en la cabeza de Vannevar, hacían mella en él.

Se encontraba de pie ante un espejo de cuerpo entero con marco de oro, contemplando su reflejo con los ojos entornados, intentando dar los últimos toques al nudo de su corbata de satén blanco. Satisfecho al comprobar que al fin estaba bien recto, se abrochó los puños de su camisa blanca con el par de grandes gemelos de diamante que había cogido del aparador.

--¿Cómo me veo? --preguntó, girándose para examinar de nuevo su aspecto delante del espejo. Se encontraba en su cuarto de la segunda planta del Hotel Pacífico, en la calle Clay. Había sacado a su prole de la Casa Braxton hacía años y se había instalado junto a su familia en este hotel, más moderno. Las habitaciones eran espaciosas, altos los techos. Las paredes estaban revestidas de roble pulido, con las mitades superiores empapeladas en verde oscuro con estampados. Las lámparas de gas del cuarto de Vannevar estaban encendidas al máximo y emitían un suave siseo.

--Impresionante --dijo Margaret, sentada en la cama. Llevaba puesta una falda larga de tela marrón y una blusa blanca impecablemente almidonada. Al contrario que Vannevar, ella no iba a asistir al baile que se celebraría esa noche en la Mansión Crocker.

Margaret aún no había sido reconocida como miembro de la alta sociedad de San Francisco—. Ojalá yo pudiera ir --se quejó sin convicción, con los ojos fijos en la colcha de la cama, tirando con gesto ausente de un hilo suelto.

Vannevar sonrió al espejo. La joven tenía solo diecinueve años, o eso aparentaba. Podía verla reflejada, amohinada.

--A lo mejor la próxima vez. --Se prometió que intentaría conseguirle una invitación para el próximo convite. Había demostrado ser una chiquilla problemática en ocasiones y Vannevar sabía que haría bien en apaciguarla siempre que le resultara posible.

Las reuniones formales eran habituales en esos momentos. La ciudad había recibido una afluencia de capital en los últimos años, dinero procedente de la plata y, aún en mayor medida, del ferrocarril, aunque había sido muy poco el que se había abierto camino hasta los bolsillos de Vannevar.

Esa noche asistiría a una fiesta de celebración en honor del final de las obras de la nueva Mansión Crocker, en la cima de Nob Hill. El edificio, que se había completado hacía apenas un mes, no era sino el último de una serie de opulentos palacios construidos por los ciudadanos más destacados de San Francisco: los reyes de la bonanza y los barones del ferrocarril.

La veta Comstock, descubierta en 1859, había demostrado ser un filón, pero al contrario de lo sucedido durante la fiebre del oro, donde el buscador solitario todavía tenía alguna oportunidad de enriquecerse, la arcilla azul que contenía el precioso mineral de plata exigía maquinaria especial, financiación y organización. Los beneficios habían ido a parar a los pocos hombres que consiguieron obtener el control de las minas; los mineros propiamente dichos trabajaban por una miseria de jornal.

Casi todo el dinero procedente de la plata había caído en manos de cuatro irlandeses: James Fair, James Flood, John Mackay y William O'brien. Los otros nababs de la colina eran los empresarios del ferrocarril, llamados a veces los Cuatro Grandes, o los cuatro tentáculos del "Pulpo", como solía llamarse a la empresa de Ferrocarriles Central Pacific. Charles Crocker, Mark Hopkins, Leland Stanford y Collis Huntington --antiguos tenderos y comerciantes de Sacramento-- habían amasado una fortuna inimaginable.

La carrera de construcción de mansiones había comenzado a principios de la década de los setenta, cuando William Sharon, socio del Banco de California, levantó la primera casa de estilo Victoriano en

la calle Taylor, cerca de la cima de la colina, desde donde se divisaba la ciudad a una altura de más de novecientos metros. No tardaron en imitarlo otros, Crocker entre ellos. Mark Hopkins había erigido un lugar de ensueño, una monstruosidad de seis plantas de connotaciones góticas que se encumbraba sobre la esquina de las calles California y Mason. Se sabía que la casa había costado más de tres millones de dólares.

La ciudad había experimentado un crecimiento tremendo en los últimos años, expandiéndose hacia el oeste por encima de las dunas de arena hasta llegar casi a orillas del océano Pacífico, y hacia el sur hasta la falda de las montañas de San Bruno. San Francisco era ahora una de las principales ciudades americanas, e incluso alardeaba de alojar una Casa de la Moneda del gobierno de los Estados Unidos. Abundaban los proyectos de construcción, entre los cuales destacaba el fabuloso Hotel Palace. El Palace, que ocupaba un bloque entero de la céntrica calle Market, medía seis pisos de altura. Había costado más de cinco millones de dólares y, una vez terminado, había pasado a ser el hotel más grande del mundo. Su creador, William Ralston, fundador del Banco de California, no había reparado en gastos. Entre otros lujos, el hotel ofrecía un centenar de cuberterías de oro macizo. Se habían construido fábricas en la Costa Oeste sólo para abastecer al Palace de muebles y ventanas, ofreciendo a Ralston y sus socios campos de inversión adicionales. Como guinda del pastel, Ralston había contratado los servicios del *chef* del afamado restaurante neoyorquino Delmonico, dejándolo al mando de las cocinas del Palace.

A pesar de todo, gran parte de la ciudad sufría problemas económicos. El ferrocarril transcontinental, cuyo tendido había comenzado en 1863 y se había completado en 1869, había prometido una nueva época de prosperidad, pero cuando las vías murieron en Sacramento, a ciento veinte kilómetros hacia el interior, San Francisco se quedó plantada. No solo se resintió de la pérdida de la estación de ferrocarril sino que, ahora que se podía transportar la mercancía rápida y eficazmente de un extremo a otro del país, la antaño vital industria naviera de la ciudad vio su mercado reducido a la mitad. Los únicos que sobrevivieron a la crisis financiera fueron los que habían invertido en el ferrocarril y participaban de los beneficios de su éxito. Vannevar, por desgracia, no se contaba entre ellos.

Al principio había invertido grandes sumas de dinero en el proyecto pero, cuando estalló el conflicto acerca del final de la línea,

retiró su capital, pensando que si cancelaba su apoyo el número suficiente de inversores de la ciudad, podrían obligar al tendido ferroviario a llegar a San Francisco. La idea había partido de un nuevo primogénito Brujah, un irlandés llamado Dugan, y tanto Vannevar como Montelaine se habían dejado convencer. Como se vería más tarde, el número de inversores de fuera demostró ser más que suficiente para financiar el proyecto hasta su culminación, y ambos vampiros se habían quedado con un palmo de narices.

Se había producido una importante recesión tras la finalización del tendido y, algunos años más tarde, el colapso del Banco de California de Ralston les había provocado pérdidas aún mayores a los dos. Al día siguiente de la quiebra del banco, Ralston se ahogó mientras disfrutaba de su baño diario frente a los muelles de Meigg. Se estableció que la causa oficial de la muerte había sido un paro cardíaco, aunque muchos sospecharon que se había suicidado. Vannevar era uno de los pocos que sabían que la muerte de Ralston había sido el resultado de una venganza sobrenatural por parte del príncipe Montelaine.

Ni Vannevar ni Montelaine se quedaron en la indigencia, pero habían visto cómo caía en picado el valor de sus propiedades, y ambos se habían visto obligados a subastar posesiones en un esfuerzo por reunir capital. Vannevar perdió porciones de su dominio además del control de su propiedad; otros Vástagos comenzaron a usurpar las tierras de sus límites en cuanto les parecía que podrían salirse con la suya. A pesar de los acuerdos formales que suscribía la primogenitura, la rivalidad entre clanes y vampiros individuales era feroz, y cualquier indicio de debilidad era rápidamente aprovechado.

Vannevar había acabado de vestirse y se disponía a salir cuando alguien llamó a la puerta.

–Adelante.

Riley abrió la puerta y entró.

–Hola, Riley --dijo Vannevar al ver a su viejo amigo--. ¿Qué te trae por aquí?

–Se me ocurrió pasar a saludar. Me dirigía a pasar la velada en casa de Davey. --Reparó en Margaret, que estaba sentada en la cama--. Hola.

La mujer le devolvió la sonrisa.

–Hola.

–Hay un carruaje esperando abajo --informó Riley a Vannevar--. ¿Es tuyo?

--Aja --respondió Vannevar, al tiempo que se ponía la chaqueta negra con faldones del frac. Había encargado a Swede que ordenara venir al carruaje a las diez--. Llegan temprano --dijo, tras consultar su reloj de bolsillo. Cambió de tema--. ¿Cómo le va a Davey últimamente?

--Bien. Muy bien, en realidad.

La situación económica de Davey Foster era estable. Por una vez no había seguido el consejo de Vannevar y había mantenido su inversión en el ferrocarril. Su renta era modesta, pero seguía bastando para proporcionar a su familia un estilo de vida desahogado.

--La semana pasada se convirtió en abuelo, sabes --recordó Riley a Vannevar.

--Es verdad. --Vannevar recogió su abrigo y lo dobló sobre el brazo--. Margaret, le mandaste el regalo, ¿verdad, tesoro?

Margaret, que se había puesto de pie, colocó a Vannevar de cara a la pared para rehacer el nudo de la cinta roja que le mantenía la coleta en su sitio.

--Claro que sí. Era un vestidito de comunión precioso, todo de satén blanco. --Sujetó a Vannevar por los hombros mientras comprobaba que la cinta estuviera recta.

--Gracias. --Vannevar se dio la vuelta y le dio un beso paternal en la mejilla. Volvió a mirar el reloj--. Es hora de irse.

Vannevar y Riley bajaron las escaleras, dejando a Margaret sola en la habitación.

--¿Has descubierto algo acerca de Kearney? --preguntó Vannevar a Riley cuando estuvieron fuera del alcance del oído de Margaret.

Dennis Kearney, un carretero desempleado, había aprovechado la recesión económica para convertirse en el charlatán y agitador político más persuasivo de la ciudad. Había encontrado un fuerte respaldo entre los numerosos parados irlandeses del sur de los distritos del Mercado y la Misión, y el verano anterior había soliviantado a sus seguidores y había encabezado una manifestación contra Chinatown. La turba, furiosa por la disposición de los chinos a trabajar por salarios mucho menores de los que exigían los irlandeses, había invadido Chinatown, donde incendiaron y saquearon comercios y vapulearon sin piedad a todo oriental lo bastante desafortunado como para caer en sus manos. Kearney había utilizado su influencia política para librarse de la cárcel y desde entonces había permanecido relativamente tranquilo, aunque abundaban los rumores que hablaban de renovadas insurrecciones.

--No se ha alejado mucho de su hogar en la Misión --respondió Riley--. Pero puedes apostar a que trama algo.

--¿No has descubierto nada que lo relacione con Dugan?

Tanto Vannevar como el príncipe Montelaine sospechaban que Dugan respaldaba e incitaba a Kearney, aunque todavía no habían reunido pruebas sólidas.

--Nada.

Enfrente del Hotel Pacífico, en la calle Clay, Vannevar encontró su coche esperándolo. Dos caballos negros tiraban del vehículo, laqueado de negro y ribeteado de oro. El conductor y el lacayo vestían librea escarlata. Cuando Vannevar salió del hotel, el lacayo bajó al suelo de un salto y abrió la puerta del carruaje, permitiendo a Vannevar que pasara al interior. El lacayo, al igual que el conductor, era un ghoul.

--Luego nos vemos --dijo Riley, subiendo a pie la calle Clay, camino del siguiente bloque.

Vannevar se despidió con la mano asomado a la ventanilla y ordenó al conductor que emprendiera la marcha.

La calle Clay comenzaba en el puerto. Los primeros bloques se levantaban sobre la tierra que había servido de relleno para la antigua cala pero, al pie de Nob Hill, la calle comenzaba un ascenso constante, elevándose durante varios y tortuosos bloques antes de alcanzar por fin la cima de la colina.

El carruaje de Vannevar subía por el segundo bloque, aún no había alcanzado la mitad del mismo, con los dos caballos tensando sus arneses, cuando el teleférico de la calle Clay, con la campana repicando estruendosamente, los adelantó por la izquierda. Vannevar se asomó para ver a Riley que, sentado en un banco exterior, le sonrió mientras el vehículo colgado del cable ascendía la colina a buen ritmo, adelantando sin esfuerzo al carruaje y los esforzados caballos.

El teleférico de Clay salía del muelle y pasaba por encima de Nob Hill, hasta llegar a la amplia avenida Van Ness, el límite occidental más reciente de la ciudad. Este teleférico, el primer vehículo de su tipo, enseguida había demostrado ser todo un éxito y no se había tardado en tender una segunda línea en la calle Sutter, algunos bloques hacia el sur. En esos momentos, Leland Stanford estaba construyendo un trayecto por la calle California que pasaría justo por delante de la puerta de su casa. También funcionaban otras líneas, que estaban reemplazando paulatinamente a los autobuses tirados por caballos, no solo en las empinadas colinas, sino también en las

calzadas llanas como la calle del Mercado.

El coche de Vannevar seguía subiendo la colina y atravesaba la siempre creciente Chinatown, que ahora, tras extenderse hacia el norte y el sur, había alcanzado casi el mismo tamaño que el territorio del propio Vannevar. La población de Chinatown había aumentado de manera espectacular en los últimos años, ya que las contratistas chinas que trabajaban en el ferrocarril, desempleadas tras la culminación del tendido transcontinental, habían regresado a San Francisco para residir. El repentino crecimiento de Chinatown y el consiguiente aumento del poder del Abuelo habían sido motivo de preocupación para el príncipe Montelaine y el resto de la primogenitura. Las intenciones y los objetivos del Abuelo eran, como siempre, misteriosos y desconocidos. La Familia era una sombra ominosa posada al pie de la colina, desde donde oteaba los territorios del centro que pertenecían a Vannevar y Montelaine.

El conductor torció a la izquierda y atajó por la ladera de la colina durante varios bloques, permitiendo que los caballos recuperaran el aliento antes de girar a la derecha para entrar en la calle California y cubrir los dos últimos bloques que faltaban para la cima.

* * *

Era otoño y empezaban a retirarse las nieblas propias del verano. El cielo se mostraba inusualmente despejado y un rutilante mosaico de estrellas contemplaba a Vannevar mientras este descendía de su carruaje delante de la colosal mansión de estilo italiano de Crocker. Las ventanas de la inmensa casa refulgían iluminada por lámparas de gas. Charles Crocker era uno de los hombres más acaudalados de la Costa Oeste y no sentía reparos a la hora de alardear de su opulencia.

La reunión estaba en pleno apogeo cuando llegó Vannevar. Encontró el espacioso salón de baile de la planta baja atestado de invitados, un mar de terciopelo negro y satén blanco, de hombros al descubierto y joyas resplandecientes. Una pequeña orquesta de cuerda tocaba al fondo de la estancia, llenando la atmósfera de música, manteniendo en vilo a los bailarines. Una tenue luz dorada se vertía desde las miles de velas que se consumían en los candelabros de cristal importados que colgaban del techo. La flor y nata de San Francisco estaba presente. Algunos asistentes habían venido desde tan lejos como las minas de plata de Nevada y las tierras maderables de Oregón.

En alguna parte se le cayó a alguien un vaso que fue a romperse contra el suelo. La risa estridente de una mujer beoda y los malsonantes juramentos de un hombre recordaron a Vannevar que, a pesar de las apariencias, la alta sociedad de San Francisco no era más que una panda de antiguos granjeros, carreteros y mineros enriquecidos gracias a la suerte y la perseverancia.

Al otear la sala, Vannevar divisó a casi todos los vecinos de Nob Hill: financieros, banqueros... y también muchos Vástagos. Delfonso se encontraba al otro lado de la estancia, ofreciendo un aspecto elegante y europeo con su frac negro. En la actualidad, el antiguo príncipe se hacía pasar por un conde español y ocupaba una gran suite en la última planta del Hotel Palace. Esta noche, como de costumbre, lo acompañaba la vivaz Emma Flood, la guapa sobrina morena de uno de los reyes de la bonanza. Desde que abandonara el trono parecía haberse recuperado de la conmoción que había experimentado hacía años en Chinatown, aunque su conducta seguía provocando comentarios. Circulaban rumores entre los Vástagos acerca de las extrañas y clandestinas operaciones que tenían lugar en las cámaras bajo la Misión Dolores.

Delfonso pasaba mucho tiempo últimamente con Marie Richaud y su cada vez más numeroso séquito de vampiros Toreador y otros artistas. También Marie estaba aquí esta noche, de pie al fondo del salón, acompañada de un joven petimetre de pelo largo y negro, un pintor al óleo con talento al que Marie se dedicaba a promocionar entre los ciudadanos influyentes y adinerados de la ciudad.

Había más Vástagos, miembros secundarios de la ciudadanía no-muerta de la ciudad. Vannevar divisó a Cyrano, el Tremere italiano de Montelaine, con el ralo pelo moreno peinado cuidadosamente hacia atrás para cubrir su calva. En opinión de Vannevar, se trataba de un personaje veleidoso, pero parecía que Montelaine confiaba en él.

Vannevar no vio a Montelaine al principio, pero luego lo encontró junto a la chimenea al otro lado de la habitación, solo. El príncipe Tremere ofrecía un semblante preocupado, como ocurría con frecuencia de un tiempo a esta parte. Las responsabilidades del trono habían resultado ser una carga, y las tribulaciones añadidas de la inestabilidad económica no habían conseguido más que complicar su situación.

Vannevar estaba a punto de reunirse con él cuando alguien lo cogió del brazo.

--Me preguntaba cuándo llegarías --dijo una mujer, que ahora asía

el antebrazo de Vannevar con ambas manos--. Ya pensaba que me ibas a abandonar.

La mujer tenía el cabello dorado como la miel, rizado y decorado con violetas recién cortadas. Su vestido, hecho para la ocasión, de satén blanco, ofrecía un generoso escote. Sus ojos, de un azul marino, parecían relucir cuando hablaba o se reía. Se llamaba Claire y era la hija de uno de los socios inversores de Stanford, un antiguo curtidor de Nevada. Hacía seis meses que flirteaban Vannevar y Claire, a la que el vampiro había cogido afecto. Era graciosa y jovial, una alegre compañía, aunque Vannevar sabía que no sentía un amor real por ella. No había vuelto a amar a nadie desde la pérdida de Doña.

--Vamos --dijo Claire, tirando de su brazo--. Quiero que conozcas a alguien.

Vannevar se vio arrastrado a la otra punta del salón, lejos de Montelaine. Pasó la hora siguiente conversando con un banquero de Sacramento y su esposa, ensalzando las virtudes de la ciudad al tiempo que reunía información valiosa acerca de los negocios que estaban llevándose a cabo en la actualidad en la capital del estado.

Sentía curiosidad acerca de los controladores mayoritarios de Sacramento. La ciudad estaba en manos del clan de los Tremere, muchos de los cuales, suponía Vannevar, ejercían su control sobre los miembros de la legislatura californiana. Hacía algunos años que se sucedían las votaciones en contra de los intereses de San Francisco, resultando las más veces en algún tipo de ventaja para Sacramento. La decisión de detener la línea transcontinental a ciento veinte kilómetros de la costa había sido la primera maniobra a las claras que tomara contra la ciudad el grupo de Sacramento, pero no la última. Desde aquel entonces, Vannevar y Montelaine habían visto sus planes frustrados casi de continuo.

Claire y la esposa del banquero acabaron por hacer una visita al tocador y Vannevar, tras haber sonsacado al banquero todo lo que creía posible, se disculpó y dejó a su interlocutor solo en la barra.

Vannevar vio a Dugan de pie al borde de la pista de baile, rodeado de un grupo de admiradoras. El primogénito Brujah había llegado hacía escasos minutos, pero ya estaba repartiendo sonrisas y halagos entre las jovencitas.

Dugan había aparecido en la ciudad hacía algunos años, reemplazando al difunto Snake Whitcomb en calidad de antiguo y primogénito del clan Brujah. Pelirrojo, braco y belicoso, había combatido contra el régimen inglés en su Irlanda natal antes de

emigrar a América. A Vannevar le costaba trabajo encontrar alguna virtud en Dugan, y tampoco estaba seguro de saber cuáles eran sus motivaciones. Montelaine estaba convencido de que Dugan los había conducido intencionadamente al fiasco del ferrocarril y, en consecuencia, sentía desprecio hacia él. Si pudiera reunir pruebas suficientes, había prometido Montelaine a Vannevar, se ocuparía de que Dugan no volviera a molestarlos jamás.

De improviso, apareció Montelaine al lado de Vannevar.

--Tenemos que hablar --dijo el Tremere. Sujetaba un vaso de güisqui en la mano. Fingía dar algún que otro sorbo, pero lo cierto era que no llegaba a beber ni una gota y el nivel de licor se mantenía siempre constante.

Vannevar, sin decir nada, se limitó a ladear la cabeza.

--Tengo información fehaciente que relaciona a Dugan con Kearney --susurró Montelaine--. Los dos están compinchados, sin duda.

Vannevar preguntó a Montelaine qué tipo de pruebas había obtenido, pero el francés se mostró esquivo. Desde su nombramiento como príncipe, el ingenioso Tremere había dado en tornarse más reservado ante Vannevar y rara vez compartía todo lo que sabía con su viejo amigo y sostén. Vannevar había seguido a Montelaine de buen grado durante todos estos años, pero tenía cada vez más motivos para dudar de lo acertado de algunas de sus decisiones. De un tiempo a esta parte, Vannevar disentía las más veces con Montelaine y desaprobaba sus decisiones. Empero, se sentía obligado a mostrar lealtad a su príncipe.

Vannevar estaba a punto de preguntar a Montelaine qué pensaba hacer con Dugan cuando de repente reapareció Claire, adhiriéndose de nuevo al brazo del Ventrue.

--Luego hablamos --dijo Montelaine, saludando a Claire con una reverencia, antes de marcharse.

--Ven --dijo Claire, arrastrando de nuevo a Vannevar--. Mi tío quiere hablar contigo.

El tío de Claire era Leland Stanford, hombre de mucho talento y un auténtico mago de las finanzas y los negocios. Hacía algún tiempo que Vannevar se esforzaba por congraciarse con Stanford, con la esperanza de aprender algo acerca de los futuros planes de inversión del multimillonario. Vannevar había llegado incluso a plantearse la idea de someter a Stanford directamente a su control, pero la descartó cuando se dio cuenta de las repercusiones que podría ocasionar esa

acción en el seno de la Estirpe regente de la ciudad. Pero, como había sugerido Montelaine, nadie podría culparle por intentar cultivar una amistad. Stanford, que sentía que había algo extraño con el pálido desconocido que cortejaba a su sobrina, se mostraba cauteloso con Vannevar, aunque era evidente que sentía cierto respeto por ese hombre misterioso y algo taciturno que era el amante actual de Claire.

--Buenas noches, Vannevar --saludó Stanford, con una sonrisa, cuando se hubo reunido con él la pareja.

--Una fiesta encantadora --dijo Vannevar--. Esta vez Crocker se ha superado a sí mismo.

Stanford se mostró de acuerdo y, cambiando de tema, preguntó:

--¿Has vuelto a pensar en el puesto que te ofrecí?

Stanford, que reconocía el talento inversor de Vannevar, le había propuesto entrar a formar parte de una de sus muchas empresas ocupando un cargo de responsabilidad.

--Sí --sonrió Vannevar--. Pero me temo que tengo que rechazarlo. Mis negocios exigen toda mi atención en estos momentos... aunque he de decir que tu oferta me ha parecido muy generosa.

El resto de la conversación con los Stanford estuvo cargado de trivialidades, con la señorita Stanford hablando sin cesar de sus planes de remodelación para la lujosa mansión que poseía la pareja dos bloques más abajo en la calle California, cerca de Powell. Vannevar escuchaba cómo describía un nuevo cargamento de alfombras orientales que acababa de recibir cuando sintió un tirón en la pernera del pantalón. Miró abajo y vio el semblante radiante y sonriente de un niño que rondaría los ocho años de edad, vestido con un traje de terciopelo color vino. Era Leland hijo, el único retoño de los Stanford y la niña de sus ojos, nacido cuando la pareja llevaba casada ya más de veinte años.

--Vaya, pero si es el joven Leland --sonrió Vannevar, agachándose para dar unas palmaditas en la cabeza al pequeño. Bebía los vientos por el niño--. ¿Qué haces levantado tan tarde esta noche?

--Papá me deja --respondió Leland júnior--. Voy a estar despierto toda la noche.

--Ah, ¿conque esas tenemos? --bromeó Vannevar.

--Aja. Igual que tú, tío Vannevar.

Todos se rieron. La costumbre de Vannevar de trabajar durante toda la noche y dormir de día era bien conocida en el grupo... aunque solo Claire conocía la verdadera razón que explicaba su extraña

tendencia.

Minutos más tarde, la pareja se despedía de los Stanford. Claire condujo a Vannevar fuera del salón y subió con él la enorme escalera curvada que conducía a la primera planta.

Ya en el dormitorio de Claire, la joven se sentó en la cama con doseles mientras Vannevar, tras quitarse las botas, se arrodillaba detrás de ella, masajeándole con delicadeza los hombros desnudos. Un pálido haz de blanca luz de luna se filtraba a través de las cortinas que cubrían la ventana a sus espaldas.

Claire le cubrió las manos con las suyas, sujetándolas con firmeza. Tenía los ojos brillantes, aunque no se giró para mirarle.

--Mi padre quiere saber si tus intenciones hacia mí son honorables --dijo, con coquetería.

--Para nada --contestó Vannevar, abrazándola, inclinándose sobre ella para hundir los colmillos en su suave garganta. Claire dejó escapar un suspiro al tiempo que ambos se dejaban caer de espaldas en la cama.

* * *

Una hora más tarde seguían tumbados uno junto a otro, a oscuras, cuando oyeron gritos procedentes del exterior y se escuchó cómo se rompía un cristal. Vannevar se levantó de la cama y se acercaba a la ventana cuando la atravesó una piedra, esparciendo trozos de vidrio por toda la alfombra.

--¿Qué ocurre? --boqueó Claire, al tiempo que se sentaba. Se había quedado dormida.

--Hay gente en la calle --dijo Vannevar, de pie junto a la ventana, escrutando el exterior--. Creo que se trata de Kearney.

Una muchedumbre de cientos de personas se había reunido en torno a la Mansión Crocker, rodeándola casi por completo. Algunos esgrimían antorchas; otros blandían rastrillos y otras herramientas, como si de armas se trataran.

--¡Sal, Crocker! ¡No puedes esconderte ahí dentro eternamente! --gritó un hombre frente a la casa.

Vannevar vio a Dennis Kearney a la cabeza de la turba. Agitaba el puño contra la mansión y continuaba vociferando:

--¡Sal, cobarde! ¡Bastardo! Y saca también tus millones para que podamos dar de comer a nuestros hijos.

Los manifestantes gruñeron al unísono. Voló otra piedra y, en

alguna parte, se rompió otra ventana.

--Ven --dijo Vannevar, calzándose las botas--. Será mejor que bajemos.

Regresaron corriendo al salón y encontraron a los invitados enmudecidos, en silencio los músicos. Los hombres se asomaban a las altas ventanas mientras casi todas las mujeres se agolpaban en el centro de la pista. Vannevar y Claire se reunieron con Montelaine cerca de una de las grandes ventanas. El príncipe sujetaba todavía su vaso de güisqui, intacto.

--Es Kearney --dijo Vannevar.

--Lo sé.

--¿Qué pretende esta vez?

--Ni idea --respondió Montelaine, lacónico--. Pero mira ahí.

Señaló en dirección a la otra punta de la estancia, donde Dugan, asomado a otra ventana, observaba entusiasmado a la enfervorizada multitud congregada afuera. Parecía que no cupiera en sí de gozo.

--¿Qué te había dicho? --comentó Montelaine.

Vannevar espía a Dugan por un momento, antes de asentir, conforme.

* * *

Pese al temor inicial a que el gentío pudiera asaltar la residencia, la situación se mantuvo casi inalterada. Los manifestantes deambulaban sin saber qué hacer a continuación, hasta que se presentó la policía y comenzó a dispersarlos, convenciendo a los hombres de que volvieran a sus casas. Los agentes, temerosos de provocar un alboroto, no arrestaron a nadie. Incluso Dennis Kearney, responsable de proferir explícitas amenazas de muerte contra Crocker mientras duró el asedio, pudo marcharse libre de cargos.

La fiesta había tocado a su fin y los invitados comenzaron a irse en cuanto les pareció que las calles eran seguras y que ya no quedaba ningún alborotador en la cresta de la colina. Vannevar se encontraba en el porche de entrada, despidiéndose de Claire, cuando Montelaine pasó junto a él al salir de la casa.

--Me pondré en contacto contigo dentro de un par de días --dijo el Tremere al pasar por su lado. Vannevar indicó con un gesto que se daba por enterado.

* * *

Vannevar regresaba al Hotel Pacific media hora después, cansado tras los acontecimientos de la velada, preocupado por Dugan y Kearney, así como por los planes de Montelaine. No contaba con que habría más problemas esperándolo en su hogar.

Riley yacía tendido de espaldas en la cama de Vannevar mientras Swede y Margaret se ocupaban de sus heridas. Presentaba un corte cruento y profundo en la frente, y tenía el rostro cubierto de arañazos. Se había roto un brazo y tenía la mano destrozada, con los dedos irreconocibles debido a la hinchazón.

--¿Qué ha sucedido? --preguntó Vannevar, acercándose corriendo a la cama, apartando a Swede con delicadeza para situarse al lado de Riley.

--Me vi metido en un lío con los muchachos de Kearney --dijo Riley, torciendo el gesto cuando Margaret le acarició la frente con un paño húmedo--. Algunos debieron de verme en casa de Davey. Estaba en el patio, Bess me enseñaba su huerto, cuando nos vieron. Supongo que pensaron mal.

--¿Es grave?

--Nada que el tiempo no cure.

Aunque Riley distaba de poseer la fuerza o la resistencia de un vampiro, su constitución de ghoul se encargaría de cicatrizar cualquier herida que pudiera haber recibido esa noche. Además, le aliviaba saber que había salido mejor parado que sus agresores. Más de un camorrista de barrio se lo pensaría dos veces antes de volver a desafiar a Riley.

--Los que me preocupan son Davey y Bess. He oído que algunos hombres de Kearney han amenazado con ir a quemar la casa.

--No se atreverán --dijo Vannevar.

--En cualquier otro caso estaría de acuerdo contigo, pero esta vez parece que se hayan vuelto locos. Yo no pondría la mano en el fuego.

Vannevar asintió para indicar que lo comprendía. Si Dugan estaba detrás de Kearney y los alborotadores, incitándolos, no había forma de saber qué estarían dispuestos a hacer.

Riley pasó el resto de la noche en el hotel, recibiendo dosis periódicas de sustento de las propias venas de Vannevar, y no tardó en recuperar sus fuerzas. Por la mañana se sentía lo suficientemente fuerte como para caminar solo y salió del hotel cuando despuntaba el alba, para regresar a su propia guarida, a escasos bloques de distancia.

Vannevar se retiró para pasar el día.

* * *

A la noche siguiente, Vannevar, Swede y Margaret se turnaron para vigilar la casa de Davey Foster. Vannevar eligió el último turno y se presentó a las dos para relevar a Swede. Todo estaba tranquilo, le dijo éste. No se había producido ningún problema.

Vannevar se había ocultado en las sombras del otro lado de la calle, inmóvil, casi invisible, montando guardia sobre la casa a oscuras y sus dormidos ocupantes, cuando sintió que alguien se aproximaba.

--¿Sergei? --susurró, girándose para encarar la corpulenta figura que bajaba por la calle a su espalda. Como siempre, Sergei era tan silencioso como una sombra.

--Buenas noches, amigo --saludó Sergei cuando hubo llegado junto a Vannevar--. He venido a despedirme.

--¿Despedirme?

--Me voy esta noche, pero quería verte por última vez.

--¿Adónde vas? --quiso saber Vannevar. Sergei no le había mencionado nada de esto la última vez que hablaron.

--Lejos. No sé exactamente adónde. --El rostro del vampiro, aunque fuera horrendo, parecía refulgir con una luz interior.

Vannevar percibió la demacración de Sergei. Había estado ayunando y hacía más de un año que no probaba la sangre humana. Sergei perseguía la Golconda, un supuesto estado de gracia que habían descubierto muy pocos Vástagos en todos los milenios de existencia de la raza. Eran muchos los que pensaban que la Golconda era una leyenda.

--¿Por qué tienes que irte?

--Ya he aprendido todo lo que podía aprender aquí --fue la única explicación que supo dar Sergei--. He oído que el príncipe pretende amonestar a Dugan por su implicación en el levantamiento encabezado por Kearney. ¿Es eso cierto?

Vannevar le dijo que creía que sí.

--¿Es lo correcto?

Vannevar explicó la supuesta relación entre Dugan y Kearney. Sergei ya estaba al corriente de la intervención de Dugan en la frustrada inversión del ferrocarril.

--Deberías tener cuidado.

--Ya lo tengo --respondió Vannevar--. Por eso estamos vigilando

esta casa esta noche.

--No me refiero a eso. Ten cuidado con el modo en que respaldas a Montelaine. Es un buen hombre, pero tiende a tomar decisiones apresuradas. Si sigues a Montelaine, te arriesgas a verte atrapado en las luchas internas por el poder del clan Tremere.

El clan Tremere, pese a estar fuertemente vinculado por medio de juramentos y promesas, y presentar el frente más unido de todos los clanes, era famoso por sus pugnas políticas. Las puñaladas por la espalda y los trucos sucios estaban a la orden del día. Incluso el asesinato se consideraba una práctica aceptable.

Vannevar aseguró a Sergei que sabía lo que se hacía; luego, comprendiendo que había despreciado el consejo de un viejo amigo, se disculpó y le prometió que tendría los ojos bien abiertos.

--Te deseo prosperidad --dijo Sergei, antes de marcharse--. Espero que consigas todo lo que quieres, y que quieras todo lo que consigas.

Dicho lo cual, desapareció.

* * *

Vannevar esperó, vigilando la casa casi hasta el amanecer, antes de apresurarse a bajar por la colina en dirección a su refugio en el Hotel Pacífico. Allí encontró un mensaje de Montelaine, que le pedía que se reuniera con él a la noche siguiente en un almacén abandonado, al sur de la calle del Mercado.

* * *

A la noche siguiente, Vannevar llegó al almacén de los muelles del distrito sur a la hora señalada por Montelaine. Como le rogara este, había acudido a pie para evitar que alguien divisara su bien conocido carruaje en la zona. El sur de la zona del Mercado, antiguo territorio Brujah, había sido ocupado por Montelaine poco después de la muerte de Snake Whitcomb. Montelaine había expulsado a todos los Brujah que allí residían y les había obligado a instalarse en los barrios residenciales centrales del recién desarrollado Ensanche Occidental de la ciudad. El sur de la zona del Mercado había sido un lugar lucrativo, lleno de almacenes y otros edificios relacionados con el transporte de mercancías, pero la recesión lo había sumido en la miseria. La mayoría de los almacenes se veían ahora vacíos, las

calles estaban desiertas y oscuras. No costaba trabajo darse cuenta del motivo por el que Montelaine había escogido esta sección de la ciudad para la reunión de esta noche.

Vannevar llamó a la herrumbrosa puerta de acero, que se abrió con un chirrido para revelar el rostro de Cyrano, el segundo al mando de Montelaine.

--Adelante --dijo Cyrano, con expresión preocupada. Era evidente que se sentía tan desconcertado como Vannevar por la cita.

Siguió a Cyrano por el vestíbulo hasta llegar a una zona de almacenaje sucia y vacía. Allí estaba Montelaine, de cara a su prisionero, Dugan, al que había encadenado enérgicamente a una columna de hierro. El Brujah estaba desnudo de cintura para arriba y tenía la barbilla apoyada en el pecho. Montelaine se había quitado el abrigo y se había arremangado la camisa.

--Buenas noches, Vannevar --dijo Montelaine, en voz baja, cuando vio a su amigo--. Gracias por acudir esta noche.

Vannevar esbozó una sonrisa forzada y volvió a mirar al prisionero.

--¿Ha confesado algo?

--No --admitió Montelaine--. Insiste en que no tiene nada que ver con Kearney... pero yo conozco la verdad. --Tenía el rostro enjuto. Montelaine no encontraba más placer en esto que Vannevar o Cyrano.

Vannevar se acercó al prisionero, lo agarró del cabello y le levantó la cabeza para poder mirarle a la cara.

--¿Qué tienes que alegar en tu defensa, Dugan? Dinos la verdad. Dinos lo que sepas... sobre Kearney, sobre el grupo de Sacramento. Todo. No tenemos motivos para torturarte. Solo queremos la verdad.

El vapuleado vampiro miró a su interrogador, sus ojos desenfocados escrutaron el semblante de Vannevar por un momento antes de reconocerlo.

--¡Vannevar! --exclamó, desesperado, con la voz ronca y desgarrada--. No tuve nada que ver, en serio. Sé que lo del ferrocarril fue culpa mía. No debí apoyar aquella idea. Hice caso de un consejo equivocado, eso es todo. Lo siento... tú lo sabes. Yo también sufrí mis pérdidas, sabes. Pero no tengo nada que ver con Kearney. Ni siquiera lo conozco.

--Anoche parecía que estabas pasándotelo en grande. --Vannevar estaba pensando en lo que le había sucedido a Riley, y en las amenazas contra el hogar de los Foster. Estaba furioso--. Venga. Dinos la verdad.

Le sacudió la cabeza, pero Dugan se limitó a proferir un quejido. Vannevar soltó al Brujah y dejó que su barbilla volviera a estrellarse contra su pecho. Se volvió hacia Montelaine y se encogió de hombros. Parecía que no había nada que pudieran hacer para conseguir que hablara.

Montelaine guardó silencio por un instante, se limitó a observar al prisionero, frotándose las manos.

--Eso es todo --dijo, al cabo, como si hubiera tomado una decisión--. Tenemos que matarlo.

Vannevar se sobresaltó. Condujo a Montelaine a un lado, para susurrar fuera del alcance del oído de Dugan.

--¿Estás seguro? --preguntó al francés--. No está claro que haya tenido nada que ver.

--Estoy convencido --dijo Montelaine, con firmeza--. Y no soy el único. No te lo he contado todo, Vannevar. Hace tiempo que conspiran contra el trono y estoy seguro de que el clan Brujah está detrás del complot.

Vannevar miró de soslayo al cautivo que colgaba de sus cadenas, y de nuevo a Montelaine.

--Habrá repercusiones. La desaparición de Dugan no pasará desapercibida.

--Tienes razón, sin duda --convino Montelaine--. Pero debemos estar preparados para afrontar las consecuencias. Es nuestro futuro lo que está en juego.

Montelaine, de pie ante el prisionero, cogió una varita de incienso encendida de manos de su ayudante. A continuación, tras describir una serie de círculos en el aire con la vara humeante, comenzó a musitar las palabras del encantamiento que pretendía lanzar sobre su víctima, con la mirada clavada en el derrengado Dugan. Conforme Montelaine imprimía rapidez al ensalmo, el cuerpo del Brujah empezó a palpar y convulsionarse en respuesta. Dugan se despertó, levantó la cabeza para contemplar a sus captores. Abrió la boca, quiso hablar, pero no pronunció palabra alguna, tan solo un repugnante sonido untuoso. Gimió de dolor.

Sus ojos se distendieron, se le desencajó la mandíbula y su lengua osciló sin fuerza. Su torso subía y bajaba al son del cántico de Montelaine, hinchándose y desinflándose rítmicamente a medida que el corazón del Brujah latía enloquecido, descontrolado. Dugan gimió de nuevo y se produjo un sonido desgarrador cuando se abrió de par en par su pecho y el corazón desbocado se liberó y cayó al sucio

suelo de cemento en medio de un torrente de sangre negra y humeante. El Brujah se desplomó, muerto.

Montelaine, al borde del desvanecimiento, se sentó y se enjugó la frente con la manga de su camisa; el episodio le había dejado profundamente estremecido. Vannevar se despidió del Tremere y se marchó mientras Cyrano emprendía la tarea de limpiar el almacén y eliminar las pruebas.

De camino a casa, Vannevar recordó el último consejo que le diera Sergei la noche que se fue de la ciudad. No podía quitarse de encima la sensación de que habían cometido un grave error al asesinar a Dugan. Vannevar no sentía ningún aprecio por el Brujah, habida cuenta de su pendenciera reputación, pero no había disfrutado viéndolo sufrir. Seguiría apoyando a Montelaine, pero temía que se hubieran excedido en sus funciones.

* * *

A la noche siguiente, Vannevar y Montelaine irrumpieron en el dominio Brujah del Ensanche Occidental, comandando a sus seguidores en una serie de rápidas batidas que sofocaron rápidamente cualquier revuelta que se hubiera podido fraguar. Los dos chiquillos reconocidos de Dugan juraron lealtad al príncipe, sancionando oficialmente la ejecución de su antiguo. Como se sospechaba, descubrieron a otros vampiros Brujah en la zona, retoños ilegítimos de Dugan de los que el príncipe no había sabido nada y cuya creación no había aprobado. Para dar ejemplo a los futuros infractores, estos Vástagos fueron destruidos.

Una vez se hubo pacificado el territorio, el Ventrue y el Tremere se lo repartieron, incorporando sus zonas de caza y sus beneficios a sus propios dominios. Los miembros del clan Brujah que habitaban allí tendrían permiso para cazar como en el pasado, pero habrían de responder en última instancia ante sus dos nuevos señores, Vannevar y Montelaine. El primero se quedó con la mitad sur del territorio y asignó a Riley para que se ocupara de él, instalándolo en un refugio en el distrito Fillmore, cerca del ayuntamiento. La mitad norte, correspondiente a Montelaine, pasaría a ser administrada por Cyrano.

Con el Ensanche Occidental asegurado, Vannevar fue a buscar a Kearney, sediento de venganza. Mas sus esfuerzos fueron infructuosos. Kearney, que se había enterado de las convulsiones que sacudían la sociedad secreta de la ciudad, había aprovechado la

confusión para abandonar San Francisco. Deambuló por el país durante algún tiempo, cobrando por enardecer los ánimos de los trabajadores y pronunciar discursos, hasta establecerse definitivamente en Sacramento.

Dugan fue reemplazado en el consejo por la actual figura principal del clan Brujah, una prostituta morena de la zona de Fillmore que respondía al nombre de Sarah. Se trataba de una mujer alta y cimbreña que sentía predilección por la ropa de vivos colores y que parecía sentirse satisfecha con el ascenso.

* * *

Varios meses más tarde, todo parecía en orden y tranquilo. Las potencias no-muertas de la ciudad tenían el convencimiento de que la situación se había estabilizado. Fue entonces cuando llegó un forastero a la ciudad. Nadie supo de su venida ni de su presencia hasta recibir la visita del individuo en persona. Montelaine fue el primero de la lista del desconocido; Vannevar recibió su visita una noche después.

El sol estaba bajo y Vannevar se había despertado. Como de costumbre, tras levantarse, se acercó a la ventana y descorrió las cortinas para examinar la calle a sus pies. Cuando se dio la vuelta se sobresaltó al encontrar al forastero en su cuarto, sentado en su silla.

--¿Quién eres? --preguntó Vannevar, con la sangre hirviendo en reacción a la inesperada y repentina intrusión. En su voz siseaba la amenaza.

El extraño era la viva imagen de Oriente, vestido con unos holgados pantalones de seda roja y una camisa amarilla. Llevaba una faja negra anudada a la cintura, de la que colgaba una cimitarra de aspecto letal. El hombre llevaba las orejas anilladas, adornadas con aros de oro, y dos anillos de menor tamaño ocupaban la aleta izquierda de su nariz. Su melena, rizada y alborotada, era de un negro lustroso, aceitunada su piel.

Sus ojos oscuros traspasaban a Vannevar con una mirada fría y firme. No le pasaba inadvertida la ira que brillaba en los ojos del Ventrue.

--Ni se te ocurra --dijo el forastero, con voz misteriosa, profunda y resonante, como si fuese un eco que rebotara en un abismo. Su acento era gutural, desconocido para Vannevar.

Vannevar pensaba en su sable, oculto tras el buró de caoba que

tenía junto a sí. No sabía cómo, el desconocido le leía el pensamiento.

--No lo intentes siquiera. --El hombre se incorporó, despacio--. Eres motivo de indignación --acusó fríamente a Vannevar, con voz glacial--. Has transgredido.

Se trataba de Karsh, comprendió Vannevar, reconociendo por fin al poderoso vampiro. El corazón le dio un vuelco. Karsh, un turco, era el agente más mortífero de la Camarilla en Europa. Según tenía entendido, Karsh era capaz de destruir a un vampiro de la talla de Vannevar con apenas ponerle los ojos encima.

--He viajado durante mucho tiempo y desde muy lejos para enmendar las faltas cometidas aquí... en esta parte del mundo. --Los ojos de Karsh se entornaron sin apartarse del Ventrue.

Vannevar supo con certeza que iba a morir. Dugan había sido el favorito de un Brujah irlandés próximo a los más altos poderes de la Camarilla en Europa. Su ejecución había ofendido gravemente a ciertos sectores que ahora exigían una satisfacción. Pensó fugazmente en suplicar por su vida, pero sabía que no serviría de nada. En cualquier caso, no habría podido hacerlo; prefería morir de pie.

--Montelaine ya ha sido apercebido --dijo Karsh; sus dientes resplandecían en la penumbra--. Estoy aquí para lanzar un aviso.

Karsh contó a Vannevar que Montelaine había sido paralizado por una estaca que le había atravesado el corazón y que, tras ser encerrado en un ataúd sellado, había sido embarcado rumbo a Europa, donde tendría que responder ante las potencias regentes de la Camarilla. Vannevar, no obstante, saldría mejor parado. Las circunstancias que rodeaban el asesinato de Dugan eran de dominio público, y Vannevar no sería juzgado responsable de lo ocurrido. Al parecer, algunas voces influyentes de Tejas habían abogado por él. Pero Karsh le advirtió que, de ahora en adelante, lo vigilarían de cerca.

Vannevar se inclinó respetuosamente ante el poderoso vampiro, y le rogó que transmitiera sus más sinceros agradecimientos a los antiguos de la Camarilla por su consideración y magnanimidad. A continuación, el ceñudo Karsh desapareció con un destello de luces diminutas, dejando a Vannevar solo en la habitación.

Sin embargo, Vannevar no escapó al castigo por completo. Cyrano asumió rápidamente el trono y, en cuanto estuvo investido de autoridad, comenzó a ejercerla de manera implacable. Su primera decisión fue devolver el Ensanche Occidental al clan Brujah, dejándolo en manos de la nueva primogénita, Sarah. Acto seguido despojó a

Vannevar de una importante sección de su antiguo territorio y ofreció una porción a la Familia a modo de obsequio, si bien se reservó para sí la parte del león. Para cuando Cyrano hubo terminado con él, Vannevar se encontró en posesión de poco más que la antigua Costa de la Barbarie y los escasos y precarios bloques de viviendas que se levantaban algo más al sur. Cyrano se había quedado con casi todas sus propiedades de valor: bancos, despachos gubernamentales, y las importantes dársenas y la industria naviera a la que abastecían.

* * *

En el transcurso de los meses siguientes, Vannevar descubrió que el taimado Cyrano había estado detrás de la caída de Montelaine desde el primer momento. Tras aliarse con los Tremere de Sacramento, había proporcionado información falsa a Dugan acerca de la financiación del ferrocarril y, por medio de intermediarios, había sido la mano que moviera los hilos de Dennis Kearney y su banda. Dugan, aunque destruido, fue exonerado, y Cyrano expresó sus condolencias a los demás Brujah, pese a su complicidad en la muerte del vampiro. Hizo correr la voz de que lamentaba que la Camarilla no hubiera eliminado a Vannevar al mismo tiempo que destronaba a Montelaine.

Vannevar continuó siendo el primogénito Ventrue y retuvo su asiento en el consejo, pero ahora, sin territorio, posibles ni el apoyo del consejo, su influencia era nula. Solo Marie Richaud, la Toreador, siguió mostrándole su amistad abiertamente.

Obligado por la precariedad de su economía, Vannevar se vio obligado a trasladarse junto a su familia a un hogar más humilde.

7

1884: LAS GUERRAS TONG

Vannevar corría por un angosto callejón oscuro, flanqueado por inmensas hileras de casas de estilo Victoriano levantadas la una junto a la otra. Una turba enfurecida aullaba pisándole los talones. Giró a la derecha en una intersección al final del callejón... y se topó con que no había salida. El griterío a su espalda se tornaba ensordecedor por

momentos.

Se encontraba en Chinatown, perdido en medio de un dédalo de calles estrechas y sucios callejones. Los edificios Victorianos de roble que ascendían hasta las dos plantas lo encajonaban igual que las paredes de un cañón escarpado.

La muchedumbre apareció en la esquina y, al divisarlo, se detuvo en seco. Una docena aproximada de *highbinders* --gángsteres de Chinatown ataviados con pijamas de seda negra, tocados con sombreros de ala ancha y armados con hachas pequeñas y revólveres-- comenzaron a dirigirse hacia él, caminando muy despacio.

Vannevar rugió a la multitud, enseñando los dientes, y los rufianes aminoraron el paso, su determinación se tambaleó; pero entonces uno de ellos gritó algo en chino y, agitando la mano en el aire, volvió a impulsarlos hacia delante.

Saltó sobre ellos con un siseo, con los ojos encendidos de un rojo brillante. Los rufianes retrocedieron, amedrentados por el inesperado ataque del vampiro. Vannevar aprovechó su pánico momentáneo, giró en redondo y se elevó por los aires para aterrizar en la accidentada pared del edificio más cercano, desde donde se abrió paso hasta el tejado ayudándose de sus garras. Los *highbinders* clamaron y saltaron tras él, pero ya se encontraba demasiado alto, lejos de su alcance. Uno de ellos disparó su pistola y el proyectil se incrustó en la fachada de la casa, cerca de la cabeza de Vannevar. Un hacha se clavó en la pared, a su lado, y otra le produjo un rasguño en la pierna, pero para entonces ya había coronado el tejado y se había puesto a salvo, mientras los vociferantes gángsteres proferían airadas invectivas contra él.

A salvo por el momento, se puso de pie y oteó el paisaje de los tejados de Chinatown, orientándose, preguntándose cómo les estaría yendo a Swede y Margaret.

* * *

Las guerras Tong asolaban Chinatown desde hacía años, pero recientemente la violencia había alcanzado su paroxismo. Ahora había Vástagos poderosos que respaldaban a los tongs, proporcionándoles armas y dinero e incitándolos a efectuar atentados, secuestros y asesinatos. Se libraba la guerra a plena luz del día; los contratos de asesinato se exhibían a la vista de todos, en callejones y escaparates.

Aunque los diarios lanzaban campañas periódicas contra los numerosos fumaderos de opio de Chinatown, sus salones fan-tan, sus burdeles y su reconocida trata de blancas, la policía de la ciudad solía recibir sobornos y la actividad de Chinatown se mantenía inalterable.

Chinatown estaba regentada ahora por dos Vástagos enfrentados: el antiguo Abuelo, que ya llevaba más de tres décadas viviendo allí, y una relativamente recién llegada, una mujer a la que llamaban la Viuda. Ambos se habían enzarzado en una cruenta guerra por ver quién se quedaba con el territorio, y se valían de los tongs locales como herramientas para prevalecer en su mortífera lucha por el poder. Vannevar y su pequeña familia se habían visto involucrados en el conflicto, contra la voluntad del Ventrue.

La Viuda había llegado de China a petición del príncipe Cyrano, que esperaba que la presencia de otro vampiro asiático en Chinatown obligara al Abuelo a abdicar. Vannevar había puesto en duda lo acertado de esa acción, pero Cyrano había insistido. La Viuda había llegado hacía pocos años, a bordo de un barco procedente del Lejano Oriente, acompañada por un miembro del clan Tremere, un antiguo misionero español llamado don Benedicto.

El príncipe había solicitado a Vannevar que ayudara a la Viuda en su cruzada, y por oneroso que le pareciera al Ventrue, no tenía lugar a elegir. Diezmado su territorio, con su influencia política pasando por unas permanentes horas bajas, debía cooperar o arriesgarse a despertar las iras de Cyrano y, probablemente, las de la Camarilla al completo. Una carta de Tejas le había advertido de que estaba siendo vigilado de cerca desde el asesinato de Dugan, y que oponerse a las exigencias del príncipe no sería acertado. Se había visto obligado a cumplir los deseos de Cyrano con respecto a la Viuda, quedando relegado su papel a poco más que el de teniente al servicio de la mujer.

* * *

Vannevar, aún en el tejado, cruzó al otro lado y se fijó en una intersección lejana, aguzando el oído, ignorando el clamor que perduraba en la calle mientras los atónitos *highbinders* debatían a viva voz sobre la fuga sobrenatural de la que acababan de ser testigos. Vannevar sabía que Margaret y Swede estaban ahí fuera, en alguna parte.

A cinco bloques de distancia, oyó el distante entrecuchar de

armas y gritos de hombres, y supuso que Swede y Margaret estaban en problemas. Recorrió los tejados a toda prisa, siguiendo la hilera de edificios, sin permitir que la herida de su pierna le estorbara. Unos cuantos saltos lo impulsaron y sobrevoló las calles que discurrían dos pisos más abajo, con su capa negra ondeando tras él.

Siguió el sonido de la batalla y encontró al fin a sus dos chiquillos, atrapados en un callejón, con dos grupos de bandidos del Abuelo cerrándoles las dos posibles vías de escape. Y no todos estos *highbinders* eran humanos. Había varios ghouls entre ellos.

Swede y Margaret recibían el apoyo de un puñado de hombres de la Viuda, pero la suya era una resistencia fútil; varios de los esbirros de la Viuda yacían sin vida en el suelo. Vannevar saltó desde el borde del edificio, descendió una altura de dos plantas y aterrizó directamente en el seno de los seguidores del Abuelo.

Se abrió paso entre ellos con las garras, enfurecido, espantándolos en medio de gritos y alaridos, permitiendo que Margaret y Swede pudieran salir de la encerrona y huir del callejón. Vannevar partió en pos de ellos, dejando a los hombres de la Viuda a merced de los *highbinders* restantes. Corriendo a gran velocidad, los tres vampiros escaparon de Chinatown y descendieron por la colina hasta alcanzar la Costa de la Barbarie y la seguridad de su hogar.

--Volved al hotel --ordenó Vannevar cuando hubieron cruzado la frontera de Chinatown--. Asearos y, Swede, cuídate esa herida. Tengo otros asuntos que atender.

Swede presentaba un corte en la frente, de resultas de una reyerta anterior con el temido secuaz del Abuelo, Sullivan.

--Tú también estás herido --le dijo Margaret a Vannevar, señalando la pernera ensangrentada que cubría la herida de bala.

--Nada grave. Vosotros volved a casa y estad alerta. Tengo que regresar y ver a la Viuda.

Cyrano ya no confiaba en su confederado Tremere, don Benedicto, para que le ayudara a controlar a la Viuda, y había ordenado a Vannevar que actuara en calidad de embajador ante ella. Lo cierto era que Vannevar hacía poco más que de chico de los recados. Cyrano había dejado escapar pocas oportunidades de denigrar a Vannevar en los últimos años, y se esforzaba por dejar bien claro a los demás vampiros de la ciudad que no sentía ningún respeto por el primogénito Ventrue.

Vannevar se encaminó hacia Chinatown, pero esta vez pasando por la calle California, una ruta que circunvalaba sin peligro el

escenario de la batalla. Al torcer en Dupont, encontró la puerta señalada con la leyenda "Las Seis Compañías" y entró en la guarida de la viuda.

La mujer lo recibió en sus aposentos privados, donde se sentó en una silla semejante a un trono que coronaba un estrado bajo. Esta noche se cubría con espléndidas sedas rojas y púrpuras, imbricadas de oro. Un amplio abanico de papel de arroz aleteaba en su mano, ocultándole el rostro.

--Vengo a informar del enfrentamiento de esta noche --dijo Vannevar, una vez dentro y tras dedicarle una reverencia por puro compromiso.

--Excelente --respondió la Viuda, abanicándose--. ¿Qué tal nos ha ido?

--No demasiado bien. Hemos sufrido varias bajas.

--Pero ¿cuántas ha sufrido el Abuelo?

--Al menos tantas como nosotros.

La Viuda recogió su abanico, revelando un semblante grotesco. Era una Nosferatu, con la cabeza deforme incrustada de dos ojos porcinos emplazados sobre un hocico acampanado y una boca retorcida inhumanamente por los curvos colmillos que le cuajaban la boca.

--Bien --arrulló la Viuda--. Pronto tendremos al Abuelo donde queremos. Entonces podremos aplastarlo.

--Esta noche estás radiante.

La Viuda, de la que se sabía que antaño había sido una belleza, conservaba su vanidad y Vannevar había aprendido que la mejor manera de congraciarse con ella era no escatimar en halagos. Una sola queja por su parte que llegara a oídos de Cyrano podría acarrearle aún más problemas.

--Gracias. --Se rió por lo bajo, ocultando de nuevo su cara detrás del abanico.

Se levantó de su trono y Vannevar le ofreció la mano para ayudarla a bajar del estrado. Embutidos en altos zapatos de plataforma, sus pies parecían dos feos lechones, con los dedos achatados, casi planos, rematados por feos uñeros amarillos.

--Gracias de nuevo. --Le dedicó una sonrisa mientras descendía con cuidado--. Ven. Tengo algo para ti.

Vannevar la siguió en su descenso de una escalerilla trasera que comunicaba con el piso inferior, con la Viuda avanzando pasito a pasito, como requerían sus pies deformados.

--Hemos hecho un prisionero y estamos interrogándolo.

Lo condujo a una pequeña cámara oculta en la trastienda del edificio. No había ventanas en esta sala, y se habían insonorizado las paredes con gruesos colchones de algodón. Atado a una gran mesa en el centro de la habitación estaba uno de los ghouls del Abuelo. Sobre su cabeza pendía un tanque de agua al que se había instalado un medidor. Cada cinco segundos, el tanque derramaba una gota de agua que iba a estrellarse contra la frente del ghoul, arrancando alaridos enloquecidos a la indefensa criatura.

--Lleva ahí varios días --susurró la Viuda--. Pronto hablará.

Vannevar reparó en las yemas ensangrentadas de los dedos del ghoul y comprendió que le habían arrancado las uñas. Conforme fueran creciendo de nuevo, la Viuda seguiría extrayéndoselas.

--Excelente. --Vannevar sonrió, aunque el espectáculo le revolvió el estómago.

Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que la Viuda estaba loca de remate. Muchos Nosferatu lo estaban, según había descubierto. Pero no había forma de saber qué efecto tendría la maldición del clan sobre su víctima. Algunos, como Sergei, se tornaban introspectivos y buscaban la verdad; otros, como la Viuda, se asomaban al abismo de la locura y, en ocasiones, iban un paso más allá. La Viuda se deleitaba con el dolor y el sufrimiento de los demás; Vannevar pensaba a veces que lo que quería la mujer no era tanto ganar la guerra con el Abuelo sino limitarse a pelear en las calles, descargando más muerte y dolor sobre la comunidad. Los tongs, cierto era, existían desde mucho antes de que diera comienzo la batalla entre los dos Vástagos, pero ahora, bajo la influencia de ambos vampiros, la violencia y los asesinatos habían experimentado un aumento considerable. Los vecinos de Chinatown vivían atemorizados, temerosos de salir de casa por la noche. Hoy, Vannevar había estado a punto de perder a sus dos chiquillos en este conflicto sin sentido.

Había discutido con Cyrano en un intento por forzar un tratado de paz, pero el testarudo Tremere, aunque comprendía que tal vez hubiera sido un error incitar a la Viuda y promover la guerra, no estaba dispuesto a dar marcha atrás. En lugar de negociar buscando la paz, Cyrano continuaba alimentando la contienda, con la esperanza de lograr una victoria decisiva sobre el Abuelo. Vannevar, no obstante, sabía que las probabilidades de alcanzar una resolución a corto plazo eran mínimas. El Abuelo, con independencia de la cuantía de las bajas entre sus filas, parecía poseer un interminable abastecimiento de

fuerzas de reemplazo.

Tras debatir acerca de los futuros planes de batalla con la Viuda, Vannevar se despidió y regresó a su hogar en la Costa. Eran casi las tres de la mañana.

Vannevar y su familia vivían ahora en el Hotel Occidental, un edificio modesto de la calle Jackson, cerca de la Costa de la Barbarie. Distaba de ser tan lujoso como su antigua vivienda; se habían visto obligados a acudir a esta zona por culpa de la inexorable absorción del dominio de Vannevar por parte de Cyrano.

Cuando llegaba a la entrada trasera del hotel, salió de la oscuridad un hombre alto y muy delgado.

--¿Qué haces aquí? --preguntó Vannevar cuando reconoció al hombre.

Se trataba de Chi, el antiguo ghoul de la Familia.

--He venido para solicitar tu ayuda. --Chi estaba violando el territorio de Vannevar al acudir aquí--. Vivimos tiempos desesperados.

Vannevar, temiéndose una encerrona, no se acercó y se mantuvo a dos metros de distancia del ghoul. La temeridad de su enemigo lo enfurecía y amedrentaba a la vez. Desconocía que el Abuelo y la Familia estuvieran enterados del paradero de su refugio. Sin proponérselo, sus ojos se fijaron en las ventanas del segundo piso, donde deberían estar Margaret y Swede.

--No temas --dijo el ghoul, adivinando el pensamiento de Vannevar--. Estoy solo. No busco la guerra, sino la paz.

Chi explicó que representaba a Kwon, una integrante de la Familia, la hermosa mujer de ojos verdes que vislumbrara Vannevar fugazmente en un callejón oscuro la noche en que asesinaron a Snake Whitcomb.

--¿Qué quiere tu señora?

--Le gustaría hablar contigo esta noche.

Chi era un ghoul viejo y artero, Vannevar lo sabía, pero al escuchar sus palabras se convenció de que podía confiar en él... al menos por esa noche.

--He jurado por mi honor que no te haría ningún daño --dijo Chi, como si pudiera leer los pensamientos de Vannevar.

--Llévame junto a ella.

* * *

El lugar de reunión era la Plaza Portsmouth, el antiguo centro de

la ciudad, convertido ahora en un pequeño y agradable parque con árboles y bancos, situado en la frontera entre Chinatown y la Costa de la Barbarie. Cuando llegaron Vannevar y Chi encontraron a Kwon sola, sentada en un banco de madera en el rincón más apartado de la plaza. Chi le indicó a Vannevar dónde estaba la mujer, antes de retirarse a algunos metros de distancia, concediéndoles algo de intimidad sin perderlos de vista.

--Hola --saludó Kwon, en voz baja, cuando se acercó Vannevar. No se levantó del banco pero volvió la cabeza hacia arriba, contemplándolo con sus llamativos ojos verdes. Su voz era prístina, musical, tañida aún con el acento de su China natal. Kwon pasaba poco tiempo en el mundo exterior y su inglés no estaba pulido como el de otros miembros de la Familia.

--Me han dicho que deseabas verme. --Vannevar se quedó de pie delante de ella. Como ocurriera la primera vez que la vio, se sintió conmovido por su belleza y su gracia contenida, pero procuró no dejarlo entrever.

--Sí. El asunto reviste la mayor urgencia. Por favor, siéntate.

Era una invitación, no una orden. Vannevar se sentó en otro banco, enfrente del que ocupaba Kwon. La mujer no se anduvo con rodeos.

--Debemos traer la paz a Chinatown --anunció, inopinadamente.

--Es el Abuelo, tu antiguo, el que prefiere la guerra.

--Eso no es cierto. La Viuda promueve la violencia, los asesinatos y la muerte. Alimenta la guerra.

Era verdad y Vannevar lo sabía. El Abuelo sólo peleaba por conservar lo que le pertenecía.

--¿Qué esperas que haga yo al respecto? --Estaba seguro de que la Familia sabía que posición ocupaba actualmente dentro de la Estirpe de la ciudad.

--Puedes mantenerte al margen. Apártate y aparta a tu familia del conflicto. Sin tu ayuda, la guerra terminará por llegar a un punto muerto y podrá firmarse un tratado de paz.

--¿Y si no?

--Si no --respondió Kwon--, la Viuda vencerá, pero solo de momento. El Abuelo dispone de grandes recursos y su venganza será terrible.

--¿Por qué me cuentas todo esto? Quebrantas tu lealtad al Abuelo.

Kwon agachó la cabeza.

--Nunca haría algo así --dijo, mirándose las delicadas manos blancas, que tenía recogidas en el regazo.

--¿Cuáles son las intenciones de tu señor? --preguntó Vannevar, presionándola para que revelara los planes de la Familia. Estaba seguro de que el Abuelo tenía planes futuros para la ciudad. Aunque hablaba poco de ello, Vannevar seguía sufriendo pesadillas recurrentes en las que se le aparecía una enorme bestia siniestra de brillantes ojos rojos. Estaba seguro de que los sueños tenían algo de proféticos, que predecían un futuro en el que el Abuelo actuaría por fin.

--Eso no puedo decirlo --contestó Kwon, sin levantar la mirada--. No puedo traicionar al Abuelo.

Vannevar guardó silencio.

Kwon volvió la vista hacia él.

--Todavía faltan años para que se produzca el conflicto definitivo. Ahora no puede decidirse. Chi lo ha visto y me lo ha contado.

Vannevar miró al lugar en que se había apostado el ghou, en la sombra, a la espera. Sabía que el aguzado oído de Chi captaba hasta la última palabra que estaban intercambiando, aunque hablaran en susurros.

--No te mentaría, Vannevar.

El Ventrue la miró a los ojos y supo que decía la verdad.

--¿Por qué yo? ¿Por qué no se lo propones al príncipe?

--Porque tú eres un hombre noble, un hombre de honor. Lo supe la primera noche que te vi, la noche en que Delfonso visitó al Abuelo.

--Esa fue la noche en que traicioné a Delfonso --repuso Vannevar, con amargura--. Me pidió consejo y respondí con mentiras.

--Hiciste lo que creías que sería lo mejor para la ciudad, Vannevar, incluso a costa de traicionar a un amigo. Fue muy beneficioso que Delfonso renunciara al trono.

Vannevar prestaba atención. Se había dicho eso mismo en muchas ocasiones, aunque en vano. No se sentía absuelto.

--Hiciste lo que pensabas que era lo mejor en ese momento. ¿Lo harás ahora?

Vannevar no sabía qué responder. Quebrantar su alianza con la Viuda supondría un revés para el príncipe. Cyrano no permitiría que la traición quedara impune.

--Me da miedo correr el riesgo. No sé. --Ahora fue él el que apartó la mirada de la determinación que veía en los ojos de Kwon.

Chi se acercó a ellos, colocándose en silencio a espaldas de su

señora.

--Tenemos que irnos --dijo el ghoul--. Antes de que nos echen en falta.

Vannevar alzó el rostro, desconcertado.

--¿No sabe el Abuelo que habéis venido a hablar conmigo?

--No --respondió Kwon, incorporándose--. Chi y yo hemos decidido actuar por nuestra cuenta en lo que a este asunto concierne.

Vannevar se quedó sentado en el banco, viendo cómo la pareja se perdía en la oscuridad.

* * *

A la noche siguiente, Vannevar llevó a Margaret a visitar el salón de la primogénita Toreador, Marie Richaud, en la cima de Russian Hill. La menuda francesa se había erigido en mecenas de las artes de San Francisco. Muchas galerías y teatros debían su existencia a la capacidad para recaudar fondos de Marie, y era de dominio público que nadie en la ciudad había hecho más que ella por fomentar el crecimiento artístico y cultura de San Francisco en las dos últimas décadas.

Marie abría su hogar a las visitas dos veces a la semana, para recibir a artistas, escritores y otros bohemios de pro. Osear Wilde, durante su visita de 1882, no se había perdido una sola gala, como tampoco hicieran muchas otras celebridades que habían recalado en la ciudad a lo largo de los años. Sus invitados eran siempre interesantes y los debates, intensos. Margaret, que se quejaba a menudo de que Vannevar nunca la llevaba lejos de casa, había depositado grandes expectativas en la velada.

La espaciosa casa de Marie se erigía casi en la cima de la empinada cara norte de Russian Hill, desde donde se miraba en la bahía de San Francisco, con una vista que abarcaba Fishermen's Wharf y la isla de Alcatraz, que en esos momentos era un puesto militar. Russian Hill se había convertido en una célebre zona residencial y, al igual que Nob Hill y Telegraph Hill, estaba cubierta por completo de casas y edificios de apartamentos.

Vannevar y Margaret llegaron cerca de la medianoche. Pese a lo intempestivo de la hora, encontraron la casa aún repleta de invitados. La doncella de Marie los recibió en la puerta y recogió sus abrigos. Vannevar condujo a Margaret al salón principal antes de dejarla sola para que se divirtiera con los invitados. Era una joven tenaz, sociable y

hambrienta de conversación, y Vannevar había comprobado que lo mejor era dejarla a su aire.

Buscó a la anfitriona y encontró a Marie replegada en una esquina junto a Ned Greenway. Greenway era oriundo de Baltimore, un habitante del este que había llegado a San Francisco hacía algunos años en calidad de representante de ventas de la casa de champán Mumm. La ciudad y su clima resultaron de su agrado y había decidido quedarse aunque, al descubrir enseguida la deplorable falta de abolengo social de San Francisco, se propuso remediar la situación y comenzó a organizar opulentos cotillones y a escribir una columna de sociedad para el *Chronicle* de San Francisco. Tras alcanzar el reconocimiento como dictador social de la urbe, su opinión era tenida en alta estima por los llamados "400", la clase alta de la ciudad. Greenway era un asiduo visitante del hogar de Marie y ella lo agasajaba, aprovechándose de su influencia para recaudar fondos para obras de arte, museos, galerías y salas de teatro.

Tras coger un vaso de vino tinto de la bandeja de un camarero itinerante, Vannevar se sumó a la pareja.

--Buenas noches, Sr. Thomas --sonrió Greenway ante el acercamiento de Vannevar--. Me alegro de volver a verle.

Vannevar devolvió el saludo, antes de felicitar a la anfitriona por el éxito de la velada.

--Está muy animado --convino Marie, con una sonrisa--. Bierce me envió una nota disculpándose por no poder asistir, pero casi todos los invitados relevantes están presentes. --Ambrose Bierce, periodista e íntimo amigo de Marie, también residía en Russian Hill. Bierce escribía para el competidor *Examiner*; su jefe era un enérgico y joven publicista llamado William Randolph Hearst. El *Examiner* estaba llevando a cabo una campaña para desbancar a Greenway como arbitro social de la ciudad.

--Qué pena --bufó Greenway.

--¿Te has enterado de lo de los Stanford? --preguntó Marie a Vannevar, intentando cambiar de tema.

--He oído que el pequeño Leland está enfermo.

--Sí --asintió Marie--, pero su estado ha empeorado, o eso me ha contado Ned.

Greenway lo confirmó. El joven, que ya contaba quince años de edad, había contraído la fiebre tifoidea. Los doctores temían que no pudiera recuperarse.

--Lamento oír eso --dijo Vannevar. Lo sentía de corazón. Quería al

pequeño y sabía que sus padres lo adoraban. Era el único retoño de los Stanford, y Vannevar sabía que el padre pensaba entregarle todas sus posesiones en cuanto alcanzara la edad suficiente.

--Es desolador --convino Greenway, antes de disculparse y alejarse, tras divisar en la otra punta de la sala a alguien con quien quería hablar--. Nos veremos más tarde.

Vannevar y Marie esbozaron sendas sonrisas.

--¿Alguna nueva? --inquirió Vannevar en cuanto Greenway se hubo alejado. Marie era su última aliada, su única amiga dentro de la primogenitura, y dependía de ella para conseguir información que de otro modo le estaría vedada.

Marie negó con la cabeza.

--Nada interesante.

--Me han propuesto una posible capitulación en Chinatown.

Hacía tiempo que Marie abogaba por la instauración de la paz en Chinatown.

--No he encontrado a nadie que me apoye --dijo Marie.

La mayor parte de la primogenitura estaba de parte de Cyrano, por un motivo u otro. La Viuda, claro está, había sido seleccionada cuidadosamente, y la nueva primogénita Brujah, Sarah, también le apoyaba, por miedo a perder sus territorios del Ensanche Occidental si se opusiera a las exigencias de Cyrano. El Comodoro, que seguía siendo un viejo conocido en las dársenas del Embarcadero, solía respaldar a Cyrano, y no se esperaba que el último primogénito Gangrel, recién llegado al puesto, fuera a interponerse en el camino del príncipe. Delfonso había dejado de asistir a las reuniones del consejo.

--Me temo que no puedo darte demasiadas esperanzas --se lamentó Marie--. El control de Cyrano parece absoluto.

--¿Quién es ese? --preguntó Vannevar, cambiando de tema. Había reparado en un vampiro alto y delgado que coqueteaba con Margaret en la otra punta de la sala.

--Un nuevo chiquillo de Sarah. Tal vez deberías prevenir a Margaret.

--Pienso hacerlo.

--Ven --dijo Marie, al avistar a uno de sus invitados que bajaba las escaleras--. Quiero que conozcas a ese hombre.

Marie presentó a Vannevar a un hombrecillo de ascendencia japonesa llamado Iwo. Iwo, según Marie, era un adivino muy dotado. El hombrecillo recibió el cumplido con risas. Aparentaba cincuenta

años o más y una perilla rala y cana le adornaba la barbilla, pero cuando se reía su rostro se iluminaba igual que el de un chiquillo.

--Marie es muy amable al decir eso, pero no es nada especial, se lo aseguro.

--Ah, tonterías --repuso Marie--. Puedes hacerlo mejor, Iwo --regañó al japonés--. Ve arriba con Vannevar y léele el futuro. En estos momentos necesita toda la ayuda que pueda conseguir.

Marie sonreía pero parecía sincera. Iwo arqueó las cejas al escuchar sus palabras.

--Tiene razón, sabes --sonrió Iwo a Vannevar, cambiando de parecer por las buenas--. Creo que sería beneficioso, tal vez. ¿Quién sabe? Por favor. ¿Me permite?

Vannevar sonrió, sintiéndose un poco bobo, pero le siguió la corriente. Confiaba en Marie y sabía que no haría algo así sin un buen motivo.

Vannevar acompañó al hombrecillo a un dormitorio de la planta de arriba. Se enteró de que Iwo ya había leído el futuro a muchos invitados esa misma noche.

--Bueno, ¿qué le trae por América, señor...? --Vannevar se dio cuenta de que desconocía el nombre completo del hombre.

--Llámame Iwo. Iwo a secas.

No abundaban los japoneses en la ciudad, puesto que su gobierno feudal y aislacionista los mantenía apegados a su isla. Los primeros ciudadanos nipones habían llegado a San Francisco en 1873, después de que su barca fuera arrastrada a alta mar, donde fue recogida por un buque mercante americano que se dirigía a California.

--Nuestro gobierna afloja los nudos poco a poco --respondió Iwo--. He salido de nuestra isla para conocer mundo. Soy muy curioso --añadió, guiñando un ojo.

Vannevar se sentó en la silla que le indicó Iwo.

--Ponte cómodo. ¿Has oído hablar del I Ching?

--No --admitió Vannevar.

--Es un antiguo método --explicó Iwo, que ahora rebuscaba en el interior de un baúl--, utilizado desde hace tiempo por aquellas personas que desean conocer el futuro. Los japoneses lo hemos adoptado de nuestros vecinos, los chinos, pero creo que el concepto básico es incluso anterior a ellos.

Vannevar, al recorrer la estancia con la mirada, comprendió que Iwo debía de estar alojado allí mismo, en casa de Marie.

El japonés sacó algo del baúl.

--¡Ja! --exclamó, triunfal. Sostuvo en alto una gran bolsa de terciopelo que encerraba algo redondo y pesado. Con una sonrisa, Iwo la acercó a la chimenea, donde todavía refulgían las brasas candentes de un fuego anterior. Dejó la bolsa en el suelo y removió las cenizas hasta reavivar una pequeña llama--. Verás, todas las cosas son una sola con el todo, ¿no es así?

Por decir algo, Vannevar se mostró de acuerdo, aunque con qué, no estaba seguro.

--Si una cosa está vinculada a otra y a otra y a otra, nada podrá afectar a esa cosa sin afectar también a las demás. ¿Sí?

Las brasas brillaban ahora con fuerza. Iwo soltó el atizador y aflojó los cordones que cerraban la bolsa.

--Por lo general, para este tipo de lectura utilizo una concha de tortuga o el omoplato de un ciervo, pero en tu caso necesitaré algo especial.

Guiñó un ojo a Vannevar y extrajo de la bolsa una osamenta humana, amarilla, a la que le faltaba la quijada. Vannevar se mostró sorprendido.

--No te preocupes. Su propietario murió por causas naturales, y le pagué bien por su calavera hace muchos años. Su esposa y sus hijos todavía subsisten gracias a aquel dinero.

Con cuidado, depositó el cráneo en la chimenea, distribuyendo las brasas para proporcionar el máximo de calor sin tocar ni chamuscar el hueso.

--Ahora tenemos que esperar --dijo Iwo, acucillado delante de la chimenea, sin perder de vista la osamenta.

Un momento después se escuchó un chasquido cuando se agrietó el cráneo a causa del calor. Iwo lo sacó de inmediato, con cuidado de no desprender ninguno de los trozos que se habían fracturado. Eran estas grietas al azar las que iba a examinar, y a partir de ellas predeciría el sino de Vannevar.

El Ventrue observó con curiosidad cómo el hombrecillo colocaba la calavera encima de una mesa y la estudiaba con detenimiento, girándola, manejándola con precaución para no quemarse los dedos.

--Hmm, ya. Aja --decía, como si de un médico que auscultara la garganta de un paciente se tratara--. Sí, desde luego --concluyó, enderezándose--. Ahora veo por qué insistía tanto Marie en que te leyera el futuro. Eres una persona de lo más interesante.

Iwo se fijó en algo más que había pasado por alto en la calavera y se inclinó de nuevo para estudiarlo.

--Sí, claro que sí --dijo, satisfecho después de haber comprendido todo lo que podía contarle la calavera.

Vannevar aguardaba, impaciente.

--Y, ¿qué ha ocurrido? --preguntó, al fin.

--Te enfrentas a graves decisiones, según veo. Decisiones que podrían afectar al destino de muchos.

--¿Te ha dicho lo que debería hacer? --preguntó Vannevar, curioso por saber si era cierto que el hombrecillo había visto algo o si estaba inventándose todo.

--Un hombre sabio escogería la senda de en medio frente a tales dificultades. Ese camino terminaría por conducirte al triunfo, aunque puedo ver que te aguardan grandes obstáculos y sufrimientos.

Eso era todo lo que estaba dispuesto a contarle Iwo.

De nuevo en la planta baja, Marie encontró a Vannevar y le preguntó cómo había ido la sesión.

--Bien, supongo. No sé si tengo que hacerle caso o no.

--Oh, puedes fiarte de Iwo, eso seguro --le aseguró Marie--. Escucha sus palabras. Yo confío en él con los ojos cerrados.

* * *

Vannevar y Margaret abandonaron el convite a las tres; su carruaje llegó puntual a recogerlos en la colina. Camino de casa, el Ventrue previno a su chiquilla contra el joven Brujah con el que esta había pasado casi toda la noche, y le aconsejó que no se codeara con sus enemigos.

--Lo que ocurre es que no te fías de mí --repuso Margaret, con petulancia.

Vannevar cedió terreno.

--No te estoy pidiendo que dejes de verlo --explicó--. Lo único que digo es que deberías andarte con ojo, nada más. No podemos bajar la guardia en ningún momento.

Margaret mantuvo su mal talante. Detestaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Vannevar comprendió que no estaba consiguiendo más que agravar el problema y lo dejó correr. Parecía que últimamente discutieran cada vez con mayor frecuencia y que Margaret desaprobara todo lo que él decía o hacía. Pasaron el resto del camino a casa sumidos en el silencio.

Vannevar se encontraba a solas en su habitación cuando alguien llamó a la puerta. Era el recepcionista del hotel, con un mensaje que

habían entregado la noche anterior. Vannevar dio las gracias al ghoul y cerró la puerta. Al abrir la carta, descubrió que la remitía Stanford, desde su residencia en Nob Hill. Necesitaba ver a Vannevar de inmediato. El Ventrue quemó la misiva en la chimenea y, a continuación, se echó la capa sobre los hombros y salió del hotel.

Había despedido al coche de caballos y se vio obligado a subir Nob Hill a pie. Llegó a la mansión Stanford quince minutos más tarde y, esperando que no fuese demasiado tarde, llamó a la puerta. Se abrió.

--Estaba preocupado --dijo el hombre que lo recibió--. Pensaba que no te había llegado mi mensaje.

--He acudido en cuanto lo he leído --respondió Vannevar. El cielo comenzaba a adquirir una tonalidad grisácea conforme se acercaba la alborada.

Tras invitar a Vannevar a pasar, el hombre cerró la puerta tras él. La enorme mansión estaba en silencio y tranquila, las lámparas alumbraban a medio gas.

--¿Cómo se encuentra? --se interesó Vannevar.

--El médico dice que no durará mucho más. El pequeño está muy débil.

Los ojos del padre estaban empañados de lágrimas.

--¿Estás seguro de que quieres hacerlo? ¿Comprendes las repercusiones?

--Lo entiendo perfectamente --dijo el hombre, convencido--. Ya se ha previsto todo.

--En tal caso, haré lo que me pides. ¿Dónde está su cuarto?

El hombre señaló las escaleras. Vannevar subió solo.

Menos de una hora más tarde, reapareció.

--He terminado --anunció a Stanford.

--Gracias --dijo el hombre, de corazón, abarcando la mano de Vannevar con las suyas, apretándola con fuerza--. Nunca podrá recompensártelo.

--Esperemos tan solo que el pequeño Leland encuentre motivos para agradecermelo algún día --dijo Vannevar, lanzado una mirada de soslayo, ceñuda, a las escaleras.

Acto seguido, abandonó la casa de luto. Ya empezaban a colgarse coronas mortuorias en puertas y ventanas.

* * *

Vannevar solicitó reunirse con Kwon a la noche siguiente y ella accedió. Se encontraron cerca de Fishermen's Wharf, en la parte norte de la ciudad, al pie de Russian Hill. Este era el territorio de Marie, apartado tanto de Chinatown como de la Costa de la Barbarie. El lugar era tranquilo a esa hora de la noche; todos los pescadores italianos se habían retirado a sus hogares para pasar la noche. Sus embarcaciones se mecían en silencio en sus amarraderos. Vannevar había informado a Marie de la celebración de este encuentro y la mujer había hecho cuanto estaba en su mano por garantizar que el vecindario estuviera libre de posibles espías. Cuando llegó al lugar de reunión, Vannevar encontró a Chi y a Kwon esperándolo.

--Me alegra que decidieras acudir --dijo Vannevar a Kwon.

--La paz es nuestro anhelo --respondió ella. Chi asintió detrás de su señora.

La reunión fue breve. Vannevar le dijo que retiraría su apoyo activo a la guerra, lo que dejaría a la Viuda sola enfrentada al Abuelo. A cambio, Kwon le dio su palabra de que la Familia capitularía a la menor oportunidad.

--Gracias, Vannevar --dijo Kwon--. Sabemos el riesgo que corres al enfrentarte a los deseos del príncipe.

También Vannevar lo sabía. Tan solo esperaba que su familia y él pudieran sobrevivir a la ira de Cyrano.

Concluida la entrevista, regresó andando a la Costa, reticente a correr el riesgo de que vieran su carruaje por las calles. Se encontraba en North Beach, a algunos bloques de casa, cuando se tropezó con Margaret. Parecía atemorizada, preocupada.

--¿Qué sucede? --preguntó Vannevar, nada más verla.

--Es Swede. Ha entrado en Chinatown, en busca de Sullivan.

Vannevar masculló una maldición. Había dejado a Margaret y Swede encargados de montar guardia en la frontera entre Chinatown y la Costa, pero había hecho hincapié para que no se implicaran en ninguna reyerta a menos que fuese absolutamente necesario.

--Está dispuesto a ajustar cuentas con él. Ha jurado venganza.

Sullivan había sido el que hiriera en la frente a Swede hacía algunas noches. No era sino el último incidente de una larga rivalidad que enfrentaba a los dos hombretones desde que Vannevar se hubiera visto implicado en las guerras de los tongs.

--Quiero que vuelvas a casa y esperes allí --instruyó Vannevar a Margaret. Pensaba ir en busca de Swede y llevárselo al hotel a rastras.

--Yo también quiero ir.

--No. Te he dicho que vayas a casa, estarás más segura.

Enfadada, Margaret pateó y fulminó a Vannevar con la mirada, pero este no dijo nada, sino que se limitó a esperar a que ella entrara en razón. Su silencio no consiguió más que espolear la rabia de su chiquilla, que dio media vuelta y se alejó a largas zancadas. Vannevar la observó por un momento, antes de encaminarse hacia el sur, hacia Chinatown.

Escaló a los tejados, corrió en silencio por ellos, saltando por encima de las calles sin dificultad, buscando por todas partes al desobediente Swede. Por fin lo divisó, a cierta distancia, bajando por una calle a la carrera antes de meterse en un lóbrego callejón. Vannevar cogió un atajo por los tejados y llegó al escenario a tiempo de ver cómo Swede trasponía un umbral inmerso en las tinieblas.

Un par de segundos después doblaba Sullivan la misma esquina, moviéndose sigiloso, siguiendo la pista de Swede. Ajeno a la emboscada que le habían tendido, el irlandés pasó junto al escondrijo de Swede. Vannevar tenía que intervenir.

--¡Alto! --exclamó.

Al escuchar su voz, Sullivan giró en redondo, sorprendido, reparando por casualidad en Swede, que se abalanzaba sobre él desde el umbral cercano.

--¡Deteneos! --gritó Vannevar, saltando desde el borde del edificio, aterrizando en el callejón. Pero los dos rivales, obsesionados por satisfacer sus ansias de venganza, no le prestaron atención.

Swede era un hombre fuerte, equiparable en tamaño a Sullivan, pero carecía de la ferocidad y el instinto de supervivencia animal del irlandés. Swede vacilaría antes de machacar a alguien con sus puños; Sullivan no se lo pensaría dos veces, ni antes ni después de hacerlo.

En el momento en que los pies de Vannevar tocaban el pavimento, Sullivan recibía la embestida de Swede y, girando con el impulso, levantó en vilo a su contrincante y lo arrojó al suelo sin contemplaciones. A continuación, Sullivan se lanzó sobre el abatido Swede y le aplastó la garganta con la rodilla, al tiempo que desenfundaba el enorme cuchillo que llevaba siempre consigo; su hoja resplandeció en la penumbra. Vannevar volvió a gritar, pero el cuchillo ya descendía para clavarse en el corazón de Swede. Un poderoso segundo golpe y la cabeza de Swede se apartó rodando de su cuerpo.

--¡No! --exclamó Vannevar, corriendo hacia ellos.

Sullivan levantó la cabeza y, al reconocer a Vannevar, profirió un

siseo antes de volverse y huir del lugar. Vannevar no se molestó en perseguirlo, sino que se detuvo para examinar al derrotado Swede.

Estaba muerto. Empalado y decapitado, era imposible que volviera a la vida. Ante los ojos de Vannevar, el cuerpo de Swede comenzó a disolverse y descomponerse, reduciéndose a la nada.

--¡Cabrón! --aulló alguien desde lo alto de uno de los tejados. Vannevar alzó la mirada y vio a Margaret, que lo observaba. Volvió a gritar:-- ¡Eres un hijo de puta! He visto lo que has hecho. ¡Traidor! --Antes de que Vannevar pudiera explicar nada, su chiquilla se apartó del alero del tejado y se perdió de vista, corriendo en dirección a su hogar.

* * *

La encontró en el hotel, pero Margaret se negaba a dirigirle la palabra y sus explicaciones caían en oídos sordos. Convencida de que la intromisión de Vannevar había provocado la muerte de Swede, hizo las maletas y, a la noche siguiente, se marchó para alojarse en alguna parte del Ensanche Occidental, como invitada del joven Brujah al que conociera aquella noche en la mansión de Marie.

La noticia de la destrucción de Swede llegó a oídos de la primogenitura; Cyrano, que aprovechó la situación para condenar públicamente a Vannevar, se refirió a él como "un ser sin corazón e indigno del respeto de los demás Vástagos". En privado, comenzó a urdir la caída de Vannevar.

Pero el Ventrue había dejado de intervenir en las guerras Tong, y pronto, como había prometido Kwon, la Viuda y el Abuelo llegaron a un acuerdo para compartir el territorio. Las guerras de los tongs se prolongarían de forma intermitente durante otros treinta años, pero jamás volverían a recibir el respaldo de ningún miembro de la Estirpe.

8

1894: LA FERIA DEL SOLSTICIO DE INVIERNO

La Feria del Solsticio de Invierno de San Francisco se había inaugurado en febrero de 1894 y duraría seis meses. La feria, la primera exposición de categoría mundial de la ciudad, ocupaba

doscientos acres en el extremo oriental del Golden Gate Park. El parque en sí era una extensión verde de casi un kilómetro de ancho y cinco de largo, que abarcaba desde el centro de la ciudad hasta la orilla del océano Pacífico. El terreno, antaño nada más que una zona cubierta de itinerantes dunas de arena, había sido reclamado con tesón, redistribuido y sembrado de flores exóticas originarias de todos los rincones del mundo.

La feria propiamente dicha presentaba pabellones de multitud de distintos países, amén de casi todos los estados de la Unión. El principal atractivo del evento era la soberbia Torre de la Electricidad, que se erguía decenas de metros en el aire y estaba coronada por un brillante faro giratorio cuya luz podía verse a kilómetros de distancia.

Vannevar era un asiduo visitante del recinto ferial. Le gustaba el bullicio y la escenificación, los edificios de corte egipcio e indio y, en particular, el Salón de Té japonés. Lo más importante era que se sentía seguro estando en la feria. Esta había sido declarada Elíseo por la Estirpe, lo que permitía que cualquier vampiro pudiera deambular dentro de sus confines sin temor a sufrir el asalto o la venganza de otros congéneres.

Se encontraba en el salón de té cuando encontró a Iwo. El menudo japonés no desentonaba en absoluto en medio de aquel escenario.

--De nuevo de visita --dijo Iwo, cuando vio a Vannevar.

--Me gusta este sitio. --El Ventrue estaba desarrollando cierta afinidad por el sencillo estilo japonés, tan alejado del abigarrado estilo Victoriano que imperaba en San Francisco y el resto de Norteamérica--. Siento mucho lo de la torre.

La Torre de la Electricidad había sido diseñada por Iwo. Este había albergado la esperanza de que la ciudad decidiera conservarla al cierre de la feria, pero se había tomado la decisión de demolerla al término del evento, junto al resto de las atracciones. Iwo había batallado con fiereza contra la ciudad, y Vannevar se había esforzado por persuadir al consejo de la primogenitura, en vano. La torre tendría que desaparecer.

--Es una lástima --añadió Vannevar. La torre se había construido siguiendo las especificaciones de Iwo. El mago japonés había contado a Vannevar que moraba un gran dragón debajo de la ciudad, una bestia mágica a la que la torre de Iwo permitiría "respirar". Sin la torre, Iwo temía que el dragón tuviera que buscar otra alternativa para respirar. Pero el japonés aceptaba la derrota con buen humor.

--Lo que haya de ser, será --sonrió.

Mas Vannevar no estaba tan convencido. Sabía poco acerca de la extraña metafísica del mago japonés, pero le parecía evidente que Iwo había luchado desesperadamente para que la torre se mantuviera en pie. A Vannevar le preocupaba que la pérdida de la torre pudiera desembocar en una tragedia.

--He estado explorando el parque --dijo Iwo a Vannevar, cambiando de tema--. Es un lugar de lo más interesante.

En los escasos años de su existencia, el parque había sido escenario de varios sucesos extraños. Algunos Vástagos habían informado de que habían visto espíritus que vagaban por el bosque al caer la noche; otros afirmaban que el parque podía utilizarse como portal para acceder a otros mundos. El parque recibía las atenciones de un huraño escocés del que Iwo afirmaba que conocía su buena ración de magia y encantamientos.

Ambos hombres guardaron silencio por un momento, contemplando el estanque cuajado de nenúfares, escuchando la música que componía el agua al derramarse sobre las rocas y verterse en el embalse, y observando a los peces de colores que nadaban lánguidamente. Iwo inhaló hondo, antes de decir:

--He oído rumores. Rumores que conciernen tu bienestar, Vannevar. Me temo que tus enemigos piensan actuar.

El Ventrue se limitó a encogerse de hombros. Le costaba imaginar qué podría hacer nadie para lastimarlo en la actualidad. Desde que se enfrentara a la voluntad de Cyrano a causa de las guerras de los tong, había visto su territorio mermado paulatinamente hasta verse arrinconado en el reducto más sórdido de la Costa de la Barbarie. Swede había muerto y Margaret le había abandonado; el único criado leal que le quedaba era Riley. No había vuelto a crear más chiquillos y, aunque en ocasiones contrataba los servicios de vampiros de menor categoría, estos no solían permanecer mucho tiempo junto a él. La mayoría optaba por buscarse otro señor o eran encontrados asesinados poco después de implicarse con Vannevar. El Ventrue conservaba su asiento en el consejo de la primogenitura y seguía siendo el antiguo oficial de su clan en San Francisco, pero su poder menguaba y su influencia era nula. El estado de sus finanzas era tan precario que se había visto obligado a vender su carruaje y renunciar a sus empleados.

Un grupo de jóvenes alborotados cruzó el puente de madera que se arqueaba por encima del estanque, sacándolo de su ensueño.

Reparó en un muchacho risueño, radiante, de unos quince o dieciséis años, que rodeaba con el brazo el talle de una guapa jovencita que tendría su misma edad. El muchacho era clavado a Davey Foster y, por un momento, Vannevar creyó que *era* Davey. Pero entonces, al rememorar todos los años que habían transcurrido, Vannevar comprendió que el joven debía de ser el nieto de Davey. Ahora tendría esa edad, supuso, y Riley había comentado a menudo el parecido que guardaba este mozo con su abuelo. El nieto había sido bautizado David, en honor de su abuelo.

Los jóvenes pasaron de largo y, cuando se hubieron alejado, Vannevar volvió a dirigirse a Iwo.

--Mañana voy a reunirme con Cyrano. ¿Tienes algún consejo que darme?

--Solo que si vais a veros a solas, no bajéis la guardia.

--Hemos quedado en entrevistarnos en las cámaras de la primogenitura, en la Casa Cliff. No creo que se le ocurra intentar nada allí.

--Supongo que tienes razón.

* * *

La Casa Cliff era una recargada mansión victoriana de seis plantas que se alzaba en lo alto de un promontorio rocoso frente al océano Pacífico. No era la primera estructura que ocupaba aquel emplazamiento, pero sin duda era la de mayor tamaño. La mansión con capiteles, construida por el multimillonario Adolph Sutro, empujaba los acantilados sobre los que se cimentaba; en la planta baja disponía de salones y restaurantes, de bares y salas para banquetes, con habitaciones privadas en los pisos superiores. Siguiendo las especificaciones de Cyrano, la última planta estaba reservada para la Estirpe y alojaba las cámaras del consejo de la primogenitura.

La casa gozaba de un emplazamiento idóneo desde que el que se divisaban los conos gemelos de Seal Rocks, al sur de la entrada al puerto. La vista desde la ventana inspiraba a todos los visitantes. Todos los barcos que entraban en la bahía tenían que pasar frente a la Casa Cliff. El refugio personal de Cyrano estaba situado en un edificio de oficinas en el corazón del distrito financiero, pero la Casa Cliff estaba ocupada en todo momento por sus criados, que vigilaban el tráfico marítimo. Cyrano se refería a la Casa Cliff como "su castillo".

Para llegar a la Casa Cliff desde la Costa de la Barbarie, Vannevar tuvo que coger el teleférico de California hasta el antiguo Presidio y allí hacer transbordo con el pequeño tren de vapor que atravesaba las dunas de las zonas occidentales de la península antes de llegar por fin a la costa. Aunque la distancia era inferior a los diez kilómetros, Vannevar hubiera sentido reparos en exponerse de este modo de no ser porque el decreto del príncipe le garantizaba un salvoconducto. Había muchos vampiros jóvenes en la ciudad que aspiraban a forjarse una reputación, y destruir a un Vástago de la talla de Vannevar sería todo un triunfo para cualquiera.

Había evitado cualquier tipo de enfrentamiento durante los últimos años, ateniéndose a los límites de su pequeño territorio. Pero en más de una ocasión había tenido que defenderse de los ataques de vampiros jóvenes e ignorantes, e incluso una vez se vio obligado a matar a su agresor.

El traqueteante teleférico de California condujo a Vannevar sobre la cima de Nob Hill. Las enormes mansiones continuaban coronando la colina, pero ahora casi todas estaban desocupadas. Todos los grandes millonarios se habían ido, muchos habían perdido sus fortunas y se habían visto obligados a venderlo todo, otros sencillamente habían fallecido al llegar a viejos. Leland Stanford había sido el último de ellos; su muerte había tenido lugar en 1890. La casa de los Stanford se erguía oscura y silenciosa al paso del vagón del teleférico, y Vannevar recordó aquella noche, hacía diez años, en que había visitado al muchacho enfermo en su cuarto y, a petición de su desesperado padre, había maldecido al pequeño con la inmortalidad vampírica.

Stanford, a falta de un heredero, había donado su fortuna a la construcción de una gran universidad frente a la costa de la península. La Universidad de Stanford había abierto sus puertas en 1891; Leland júnior residía en una pequeña capilla en los terrenos del campus.

Mientras el vagón dejaba atrás la calle Jones y comenzaba el descenso hacia Polk Gulch, Vannevar recordó aquellas noches en la colina: las espléndidas fiestas, las hermosas mujeres, los alborotadores hombres de negocios y los timadores que eran los ciudadanos más acaudalados e influyentes de San Francisco. El propio Vannevar había deseado durante mucho tiempo edificar en la cima de la colina, pero sus planes se habían visto frustrados por el fracaso financiero y la merma de su poder. Ahora la zona estaba desierta; los ricos construían sus magníficos hogares a lo largo de la

amplia avenida Van Ness y más allá, en Pacific Heights, desde donde se dominaba el norte de la bahía.

* * *

Aislada y solitaria, la Casa Cliff resplandecía con fuerza en lo alto de su asentamiento rocoso, una nota de calidez en el oscuro firmamento nocturno que se miraba en las negras y gélidas aguas del Pacífico. Estaba subiendo la marea, la niebla avanzaba tierra adentro mientras las monstruosas olas retumbaban contra los acantilados, reverberando en el suelo igual que truenos lejanos.

Los carruajes se arracimaban en el aparcamiento frente a la Casa Cliff. Los niveles inferiores del edificio rebosaban de celebrantes de fin de semana; la música atronaba y corría el licor mientras los camareros corrían de un lado para otro con sus blancas chaquetas. El portero reconoció a Vannevar y, tras desenganchar la cuerda de terciopelo que impedía el paso a una estrecha escalera alfombrada, realizó una leve reverencia mientras Vannevar ascendía las escaleras privadas que conducían a las cámaras superiores del consejo. Allí, en una estancia espaciosa y en penumbra, Vannevar encontró a Cyrano esperándolo. El mofletudo aprendiz de Cyrano, Honerius, también estaba presente, un par de pasos por detrás del príncipe.

--Buenas noches --saludó Cyrano cuando hubo entrado Vannevar--. Por favor, siéntate. --Invitó a Vannevar a sentarse a la larga mesa de caoba pulida que era testigo de las reuniones del consejo de la primogenitura--. Tenemos que hablar --añadió, con una sonrisa.

Cyrano ocupó una gran silla decorada que presidía la mesa. Vannevar, en lugar de sentarse cerca de la mano de Cyrano, arrastró una de las sillas del consejo y, tras situarla en el otro extremo del mueble, se acomodó directamente enfrente del príncipe, casi a tres metros de distancia. El mensaje implícito de Vannevar no pasó desapercibido para Cyrano.

El melindroso Honerius, temeroso de sentarse a la mesa de la primogenitura, vaciló y arrastró los pies nerviosamente antes de decidirse a quedarse de pie detrás de Cyrano. Vannevar y el príncipe estaban frente a frente; sus ojos eran puntos de luz roja en la cámara ensombrecida.

--Iré directo al grano --comenzó Cyrano--. Quiero que te marches de San Francisco. Te quiero fuera de esta ciudad y de la zona.

Vannevar guardó silencio. Esperaba algo parecido y ya había decidido cuál sería su respuesta.

--Tienes que darte cuenta de que tu momento ha pasado --arguyó Cyrano. Una sonrisa afloró a sus labios mientras se retrepaba en la alta silla forrada de terciopelo--. Has perdido tu influencia. Ni siquiera los vampiros más jóvenes e inexpertos querrán trabajar para ti... por lo menos no después de escuchar la historia del pobre Swede.

Las palabras de Cyrano calaron hondo en Vannevar. La historia de la muerte de Swede había sido difundida entre todos los Vástagos, exagerada hasta lo indecible. Su resentida chiquilla, Margaret, había sido su más ardiente delatora.

Vannevar seguía sin decir nada.

--No queremos que te vayas con las manos vacías, claro --añadió Cyrano--. Todos apreciamos lo que has hecho por esta ciudad, y estoy seguro de que tus esfuerzos no caerán en el olvido. Seguro que podemos alcanzar una cifra razonable... lo suficiente para que puedas comenzar de nuevo en otra parte.

Vannevar sonrió para sus adentros. El que Cyrano estuviera haciéndole esta oferta significaba que todavía sentía reparos en desafiarlo directamente.

Apoyó la mano en la mesa y tamborileó con los dedos, fingiendo analizar la propuesta. En la penumbra, percibía el nerviosismo de Cyrano y sabía que el príncipe aguardaba ansioso su respuesta.

--No --dijo Vannevar, al cabo--. Me parece que no. --Se levantó de la silla--. Si eso ha sido todo, solicito permiso a su eminencia para abandonar la sala.

Cyrano se incorporó de un salto, volcando la silla y sobresaltando a Honerius.

--¡No seas estúpido, Thomas! Podría aplastarte en cualquier momento si me lo propusiera. Tú lo sabes.

--Tienes el poder, Cyrano, pero no tienes agallas para ejercerlo --repuso Vannevar, fríamente--. Todavía me quedan algunos amigos en esta ciudad, y no te pondrán las cosas fáciles. Sé que puedes asesinarme, como también sé que no te atreverías a intentarlo. Te faltan redaños --concluyó, con una sonrisa maliciosa.

Cyrano aporreó la mesa con los puños, provocando que crujiera la madera.

--¡Podría destruirte ahora mismo! --amenazó, entre dientes--. No tientes a la suerte.

--¿Te atreverías a eliminarme en el salón del consejo? --El

Ventrué se rió del príncipe—. Hazlo, querido Cyrano, y serás tú el que reciba la visita de una delegación de la Camarilla.

El semblante de Cyrano se ensombreció. Vannevar sabía que el príncipe había manipulado a Kearney y la muchedumbre enfurecida, acontecimientos que habían desembocado en la ejecución del Brujah, Dugan. También había estado detrás del fiasco del ferrocarril, aliado con la poderosa facción Tremere de Sacramento. En pocas palabras, había vendido la ciudad para satisfacer los intereses de su propio clan. Vannevar no podía demostrarlo, pero el temor a verse descubierto mantenía a raya a Cyrano.

--Será mejor que te andes con cuidado --le advirtió Vannevar—. En estos precisos instantes, el rollizo Honerius, ahí donde lo ves, podría estar planeando hacer contigo lo que hiciste tú con Montelaine.

Cyrano miró instintivamente por encima del hombro a Honerius, de pie a su espalda. Honerius, atemorizado por el giro que había tomado la conversación, negó con la cabeza, desesperado por enmendar cualquier posible falta. El príncipe, enfurecido por la treta de Vannevar, se volvió hacia su adversario.

--Recuerda mis palabras --siseó Cyrano a Vannevar, que ya había dado la espalda al príncipe y abandonaba la estancia—. Te arrepentirás de lo de esta noche, Vannevar. Te lo garantizo.

* * *

Seis semanas más tarde, Vannevar se despertó en su humilde dormitorio en el Occidental para encontrar un cuchillo clavado en la almohada, junto a su cabeza. Era el tradicional aviso de los asesinos, y Vannevar supo que significaba que debía salir de la ciudad de inmediato o prepararse para morir.

* * *

--Preferiría quedarme contigo --protestó Riley—. Te hará falta ayuda.

--No pienso permitir que te arriesgues --rechazó Vannevar, viendo cómo el ghoul empaquetaba sus escasas pertenencias—. Estarás más seguro al otro lado de la bahía.

Riley emprendía el viaje rumbo a Oakland. Vannevar había decidido que la situación en la ciudad era demasiado peligrosa para que Riley se arriesgara a permanecer allí por más tiempo. Un asesino

a sueldo perseguía al Ventrue... un miembro del clan Assamita. La daga clavada en su almohada había sido un aviso; la siguiente puñalada apuntaría a su corazón. Lo que Vannevar desconocía era si había sido contratado por Cyrano o por la Camarilla. La comunicación con Tejas era esporádica últimamente y Vannevar no tenía manera de descubrir quién había enviado al vampiro asesino. Si el Assamita cumplía órdenes de la Camarilla, Vannevar sabía que nada de lo que hiciera podría salvarlo, como no fuera abandonar la ciudad, y ya había decidido que eso era algo que no haría jamás. San Francisco era su hogar y, en cierto modo, sentía que le pertenecía. Si no podía vivir aquí, pensaba, moriría aquí.

--De acuerdo --dijo Riley, sujetando las correas de su bolsa y echándosela al hombro--. Cuídate. --Se dieron la mano y el ghoul se marchó, camino del Ferry Building para subirse al último transbordador que cruzaba la bahía. Vannevar se quedó solo.

El Ventrue recogió las últimas pertenencias que necesitaba y salió a su vez del Occidental. Tenía que encontrar otro refugio, un lugar que no conociera ningún otro Vástago.

Los Assamitas constituían un pequeño clan de vampiros. Eran originarios de algún lugar de Oriente y no se prodigaban en esta parte del mundo. Dominaban las artes secretas del asesinato y desconocían el miedo; eran cazadores silenciosos que casi nunca fracasaban en su misión. Pese a no ser miembros de hecho de la Camarilla, los antiguos de la secta solían recurrir a ellos en calidad de asesinos a sueldo.

Vannevar, necesitado de un refugio seguro, lo había dispuesto todo para alojarse en una modesta pensión frecuentada por marineros al final de la calle Pacífico, donde ocuparía una pequeña habitación con una sola ventana minúscula. Se dirigía a la pensión cuando se topó con un grupo de marineros beodos. Tras persuadir a uno de ellos para que se alejara de sus compañeros, se reunió con el hombre en un callejón algunos minutos más tarde y, tras satisfacer su apetito, lo dejó roncando plácidamente, apoyado en una pared.

Él marinero estaba bastante ebrio y Vannevar, de camino a su nuevo hogar, sintió cómo el alcohol que fluía por sus venas ejercía en él un efecto relajante. Ese día durmió profundamente, despertándose apenas ocasionalmente por el deambular de los marineros que subían y bajaban las escaleras o se paseaban entre las habitaciones.

* * *

Al día siguiente, Vannevar se despertó cerca del crepúsculo al escuchar unos pasos al otro lado de su puerta. El sonido le hizo abrir los ojos de golpe, su oído se ajustó al sonido desconocido. Se había producido un crujido procedente de la escalera que daba a su puerta.

Escuchó, pero no oyó nada. La casa estaba en silencio, faltaban incluso el acostumbrado tumulto de los marineros residentes.

El panel superior de la puerta se astilló hacia dentro de repente. Vannevar vislumbró una hoja ancha que penetraba en la madera. Otro mandoble y el panel salió despedido de su marco.

Vannevar ya se había levantado de la cama, estaba de pie y rebuscaba detrás del buró tanteando para encontrar su sable. Cuando al fin dio con él, lo liberó de su funda de un tirón al tiempo que una tercera embestida destrozaba partes del marco. Alguien propinó una patada y arrancó la puerta de sus goznes. Acto seguido, un hombre traspuso el caótico umbral y entró en la habitación de Vannevar.

El Assamita medía unos cinco centímetros más que él y era de constitución robusta; sus gruesos músculos se marcaban contra la piel oscura y ungida con aceite. Llevaba el torso al descubierto e iba descalzo, con el largo cabello negro recogido en un moño sobre la nuca. Blandía una cimitarra en su mano izquierda.

Los ojos del Assamita ardían como brasas al rojo cuando miró a Vannevar; sus labios delgados se retorcieron en una torva sonrisa mientras propinaba estocadas al aire con la amplia hoja. El Ventrue vio un puñal largo que sobresalía de la faja naranja que rodeaba la cintura del Assamita.

El asesino dio un paso hacia delante, describiendo un giro con su cimitarra. Vannevar retrocedió, rodeando el borde la cama que ocupaba casi por completo su diminuta y abarrotada habitación. Detestaba ceder terreno, pero sabía que no sería rival para un espadachín consumado como el Assamita.

Pero no tenía a donde ir. Un par de pasos y el asesino se le echaría encima. Vannevar, atrapado en un rincón, no tendría ninguna posibilidad. El asesino siguió sonriendo mientras le cerraba cualquier posible vía de escape.

Vannevar hizo una finta inesperada en dirección al asesino, cogiéndolo por sorpresa. A continuación, antes de que el Assamita pudiera recuperarse, Vannevar se arrojó de espaldas contra la pequeña ventana que había junto a la cama, rompiendo el cristal y el marco, cayendo dos pisos hasta estrellarse hecho un ovillo en el callejón adoquinado.

Se puso de pie al instante y, al mirar arriba, vio al Assamita que lo observaba furioso desde la ventana destrozada. Con un rugido, el asesino se agazapó y saltó al suelo, aterrizando sobre los pies descalzos igual que un gato.

Pero Vannevar ya había desaparecido y huía como alma que lleva el diablo por las calles y callejones de la Costa de la Barbarie, con el rostro ensangrentado a causa de los cortes producidos por la caída, con la coleta deshecha, el largo cabello castaño ondeando a su espalda. Despistó a su atacante y se perdió en la noche.

A partir de ese momento, Vannevar no pasó más de un día en el mismo sitio. Noche tras noche buscaba un nuevo refugio, a sabiendas de que cada uno de ellos, una vez utilizado, sería descubierto por el infatigable Assamita y, por consiguiente, no le serviría de nada.

Terminó por despertarse una noche en la mugrienta planta superior de los restos carbonizados de una antigua fábrica de cerveza, asqueado por encontrarse completamente manchado de ceniza, polvo y porquería, con la ropa sucia y arrugada. Decidió en ese preciso instante que no podía seguir viviendo así. No era ningún animal para que lo persiguieran de ese modo. No pensaba seguir siendo un fugitivo.

Esa misma noche abandonó la Costa de la Barbarie para buscar refugio en otra parte de la ciudad. El Assamita, sin duda, lo seguiría, pero mientras tanto Vannevar esperaba que pudiera encontrar una forma de derrotar al asesino.

Reunió sus escasas pertenencias y se marchó, deslizándose por la ventana de atrás, saliendo a hurtadillas de la Costa.

El primer lugar al que acudió fue Chinatown, en busca de Kwon. Ambos habían continuado viéndose en secreto durante los últimos años y Vannevar sentía la necesidad de volver a hablar con ella antes de despedirse de esa parte de la ciudad. Sus reuniones habían sido esporádicas, una o dos al año, y siempre con Chi presente, pero Vannevar sentía una enorme veneración –pasión, incluso– por la mujer. Las palabras de Kwon, siempre meditadas y pronunciadas con cautela, habían contribuido en gran medida a aplacar su ira por las injusticias que cometía Cyrano. Ella le había aconsejado y él sentía que le debía al menos un adiós. Con el Assamita tras sus huellas, no sabía si volvería a verla otra vez.

No encontró a ninguno de los agentes del Abuelo en las calles y, no sin cierta frustración, Vannevar decidió apostarse en la esquina de Stockton con Washington, oculto en las sombras del callejón mientras

observaba y esperaba.

Una media hora más tarde seguía aguardando en el mismo sitio cuando atisbó un destello por el rabillo del ojo y un hacha pequeña se incrustó en la pared del edificio adyacente, junto a su cabeza. Se agazapó por instinto, desenvainó su sable debajo de la capa y miró en rededor en busca de su agresor.

No vio más que a un pandillero chino bajito, que apenas levantaba metro y medio del suelo, al otro lado del callejón. El *highbinder* sujetaba un cigarrillo con fuerza entre los labios y miraba fríamente a Vannevar. Era Loo, el chiquillo del Abuelo.

--¿Qué estás haciendo aquí? --inquirió Loo, mientras cruzaba la calle en dirección al parapeto de Vannevar. El Ventrue se hizo a un lado para que Loo pudiera desclavar su hacha de la pared--. Estás fuera de tu territorio. Podría matarte por esto.

Eran palabras huecas. Mano a mano, Vannevar podría haber destruido sin dificultad a ese vampiro, mucho más pequeño y menos poderoso. Pasó por alto la amenaza del hombrecillo.

--Vengo a ver a Kwon --dijo Vannevar--. ¿Dónde está?

Loo no dijo nada e ignoró a Vannevar, mirando a uno y otro lado de la calle antes de contestar:

--¿Para qué la buscas?

--Quería hablar con ella un momento. Eso es todo.

Vannevar sabía que Loo sentía celos de su amistad con Kwon.

--Le daré tu mensaje.

--Gracias --dijo Vannevar, antes de que Loo se marchara.

Kwon apareció minutos más tarde. Al principio Vannevar pensó que estaba sola, pero luego vio al cadavérico Chi acechando en la calle tras ella, siempre en su papel de custodio.

--Buenas noches, Vannevar --saludó la mujer, deteniéndose a escasos pasos de él, enhiesta, con los brazos recogidos a la altura de la cintura y las delicadas manos ocultas en el interior de las amplias mangas de su vestido de seda.

Una vez más, Vannevar se sintió conmovido por su inmaculada hermosura, su piel de porcelana y sus hipnóticos ojos verdes.

--Me marcho por una temporada.

--¿Te vas de la ciudad? --La voz de Kwon era dulce y aflautada.

Ella, igual que los demás Vástagos, sabía que Cyrano había amenazado con destruir a Vannevar. El Ventrue vaciló antes de responder, preguntándose si debía decirle la verdad. Decidió no hacerlo.

--Sí. Aunque espero volver dentro de poco.

--Espero que todo te vaya bien --deseó Kwon, de corazón--.

¿Espero que volvamos a vernos? --Era una pregunta.

--Te lo prometo.

A continuación, la mujer desapareció. Cuando se fue tenía lágrimas en los ojos, puesto que había intuido el verdadero motivo de la visita de Vannevar.

El Ventrue abandonó Chinatown por el norte y, tras cruzar Broadway, llegó a North Beach, que ahora había sido ocupado por los italianos. Este era el territorio de Virgilio, un Toreador y poeta siciliano que respondía ante Marie, pero Cyrano gozaba de cierta influencia entre ciertos miembros de la comunidad italiana y Vannevar sabía que aquí no estaría a salvo. Bordeó la frontera sur del territorio y se encaminó hacia las empinadas laderas de Russian Hill.

Buscaba un refugio para esa noche. Tenía la ropa raída y manchada tras una semana de clandestinidad, se sentía sucio. Le hacía falta asearse y cambiar su atuendo. Pedir ayuda a un amigo sería exigir el mayor de los favores, puesto que el Assamita sin duda le seguiría la pista hasta la residencia de su anfitrión, pero Vannevar estaba dispuesto a pedir ese favor, y estaba seguro de que Iwo no le dejaría en la estacada.

Era medianoche cuando llegó a la curiosa casa octogonal de Iwo, que estaba oculta en un calvero boscoso cerca de la cima de la colina. Acudió directamente a la puerta principal y llamó al timbre, vigilando con atención la calle ensombrecida mientras esperaba a que Iwo abriera la puerta.

--¡Vannevar! --exclamó el japonés, cuando apareció--. ¿Qué te trae por aquí esta noche? --Iwo vio la expresión de preocupación en el rostro de Vannevar y se apresuró a franquearle la entrada; cerró la puerta tras él y echó la llave.

El interior de la vivienda era espacioso y estaba bien iluminado, libre de artificios innecesarios, decorado sobriamente con algunas de las acuarelas de Iwo y unos cuantos objetos cuidadosamente seleccionados que adornaban las esquinas o las repisas de las ventanas: una gran roca pulida; una rama seca con una forma interesante; algunos pedazos retorcidos de madera de playa. En un rincón estaba el extraño instrumento de cuerda que Iwo tocaba con virtuosismo en ocasiones.

--Necesito un lugar en el que pasar la noche. Pero te advierto que todo aquel que me acoja correrá un gran riesgo.

--No me asustan los riesgos --se rió Iwo--. Estás invitado a quedarte todo el tiempo que quieras.

--Gracias, pero eso no será necesario. Me basta con una noche para descansar y asearme.

--Como prefieras.

Se escuchó un ruido en la parte posterior de la casa. Las curiosas habitaciones en forma de cuña del edificio estaban separadas por paneles corredizos de papel de arroz. Como de costumbre, estos estaban abiertos, convirtiendo el hogar en un único espacio abierto. Vannevar se tensó.

--¿Tienes compañía?

--Sí --respondió Iwo--. Cosas del azar, don Benedicto también ha decidido visitarme esta noche.

Al oír el nombre de Benedicto, Vannevar decidió marcharse. No quería compartir la hospitalidad de Iwo con un Tremere. El japonés correría peligro si Cyrano supiera que había alojado a Vannevar en su casa.

--No. Por favor, quédate --insistió Iwo--. Confía en mí si te digo que Benedicto y tú tenéis más cosas en común de las que piensas.

Don Benedicto había llegado a San Francisco procedente de China, acompañando a la Viuda en su largo viaje, según estipulara Cyrano. Había ejercido de intermediario entre la Viuda y el príncipe antes de que este comenzara a desconfiar de él y lo sustituyera por Vannevar. Se esperaba que Benedicto saliera de San Francisco, pero había optado por quedarse. Ahora que Vannevar había caído en desgracia, el príncipe había vuelto a solicitar a Benedicto que lo representara ante la Viuda.

Vannevar solamente había visto a Benedicto en un par de ocasiones en todos estos años. El hombre le había parecido agradable, pero también estaba demasiado escarmentado de los armeros Tremere y su encarnizada y bizantina política como para confiar en ningún miembro de su clan. El propio Cyrano había parecido en su día nada más que un neonato petimetre hasta que salió a la luz que llevaba años conspirando contra Montelaine. Vannevar sabía que Benedicto y Cyrano disentían en numerosas ocasiones, pero eso solo no era motivo para creer que debiera confiar en el monje franciscano devenido mago y vampiro.

Pero Vannevar confiaba en Iwo y, después de quitarse los zapatos y reemplazarlos por los extraños calcetines *tabi* que le entregó el japonés, siguió a su anfitrión hasta la parte posterior de la vivienda.

Allí encontró a don Benedicto esperándolos, sentado en el suelo con las piernas cruzadas frente a una mesa baja.

Iwo estaba preparando el té e invitó a Vannevar a ocupar un sitio a la mesa. Mientras el Ventrue se situaba, cruzando las piernas incómodamente en la esterilla que había delante de la mesa, Iwo le trajo una taza de té. Tras dársela, el japonés se sentó a su vez, colocándose entre los dos vampiros, que ahora estaban el uno frente al otro, separados por la mesilla.

--Bienvenido, Vannevar --dijo Benedicto, cuando el recién llegado se hubo acomodado cuanto le era posible--. Es un placer volver a verte. --Benedicto, al igual que Iwo, estaba sentado plácidamente encima de sus piernas y, al contrario que Vannevar, no lamentaba la ausencia de sillas. Había pasado muchos años en Asia y se había amoldado a las costumbres orientales. Ambos observaron a Iwo mientras este bebía la infusión caliente, cada uno con su taza en la mano pero incapaces de probar la bebida. Vannevar devolvió el saludo a Benedicto pero no dijo mucho más; la presencia del Tremere lo incomodaba.

--Vannevar ha pedido permiso para pasar aquí la noche --explicó Iwo a Benedicto.

Vannevar arqueó las cejas de golpe al escuchar aquellas palabras. ¿Acaso no se daba cuenta aquel hombre del peligro que corría? ¿Tan inocente era Iwo que no comprendía el peligro que entrañaba revelar este tipo de secretos a un Tremere?

Iwo reparó en la preocupación de Vannevar e intentó tranquilizarlo.

--No te preocupes, amigo --dijo, apoyando una mano en el brazo de Vannevar--. Nada de lo que se diga aquí saldrá de estos muros. Te lo prometo.

--Puedes estar seguro de eso, Vannevar --añadió Benedicto--. Nunca traicionaría a Iwo... ni a ti, ya puestos.

Benedicto sonaba sincero, pero a Vannevar seguía costándole confiar en él.

--Gracias por decir eso. No me gustaría tener que pensar que Iwo corre peligro por acceder a hacerme un favor. Me lo tomaría como una grave ofensa que no podría dejar sin reparar.

Benedicto comprendió lo que implicaba.

--Desde luego --dijo, mirando ahora la taza de porcelana negra que sujetaba en sus manos.

Iwo conversó animado, intentando animar el ambiente de la sala,

acercar a los dos hombres. Vannevar se mostró renuente al principio, pero pronto se hizo evidente que Benedicto estaba al corriente de casi todo lo que concernía a la situación del Ventrue. Sabía que Vannevar sufría el acoso de un asesino a sueldo.

--La cuestión es --comenzó Vannevar, ya más distendido-- que no sé seguro si ha sido contratado por Cyrano o por la Camarilla.

--Oh, sin duda es obra de Cyrano --dijo Benedicto--. Él es el único responsable.

Vannevar sintió un atisbo de esperanza. Si hubiera sido la Camarilla, no habría forma de que pudiera escapar a la venganza de la secta. Sus agentes le perseguirían allá donde fuera, sin detenerse ante nada con tal de cumplir con su misión. Si era obra de Cyrano, Vannevar creía que tal vez pudiera sobrevivir y, a la larga, cambiar las tornas. Le impresionaba que Benedicto desafiara tan abiertamente la lealtad ciega y la naturaleza misteriosa que exigía su clan. No debería haber revelado el plan de su antiguo en ninguna circunstancia. A menos, se dijo Vannevar, que aquello formara parte de un intento por granjearse su confianza y encontrar así la manera de destruirlo.

--Podría terminar con esto por la vía rápida si matara a Cyrano --espetó Vannevar, temerario--. Es decir, si tú estuvieras dispuesto a ayudarme, don Benedicto. Si yo estuviera en el trono me encargaría de que tú te sentaras en el consejo de la primogenitura en calidad de portavoz de tu clan.

Iwo se quedó atónito ante la ruda propuesta de Vannevar. Benedicto la rechazó de plano.

--Lo siento, pero no puedo hacer eso. Violaría todas las tradiciones de mi clan. Por favor, no vuelvas a pedirme que haga algo así.

Vannevar tan solo estaba poniendo a prueba a Benedicto. Si el hombre se hubiera avenido al plan sin pensárselo dos veces, Vannevar habría tenido motivos para recelar de él. Pero la negativa de Benedicto demostraba que todavía respetaba las tradiciones que lo vinculaban. Estaba dispuesto a tender la mano de la amistad a Vannevar, pero solo hasta cierto punto.

--Por favor, perdóname. Hablaba sin pensar. No debería haber presumido algo semejante. --Las disculpas eran sinceras y Benedicto las aceptó.

--No le des más vueltas. Lo entiendo perfectamente.

Pasaron a discutir la situación de Vannevar más abiertamente, preguntándose qué podría hacer.

--Supongo que no pensarás irte de la ciudad --sugirió Benedicto. Vannevar no quería ni oír hablar de ello.

--San Francisco es mi hogar. Además, me resisto a huir de alguien como Cyrano.

Benedicto comprendía cómo se sentía.

--Yo tampoco le importo gran cosa, me temo. Lamentablemente, soy su único contacto de confianza con la Viuda en estos momentos.

--La que Cyrano esperaba que fuera la tan anhelada solución para el problema de Chinatown, la inescrutable Nosferatu, había resultado ser otra fuente de preocupaciones para el príncipe.

--Cyrano desconfía de la afición de Benedicto a las tradiciones orientales --intervino Iwo, con una risita--. Recela de nuestra magia y nuestra filosofía, y desaprueba el hecho de que don Benedicto haya renunciado a su herencia occidental en favor de la nuestra. --Cyrano no aprobaba las costumbres extranjeras, puesto que creía que, de alguna manera, quebrantaban los preceptos mágicos de su clan.

--Me habría expulsado de la ciudad hace mucho tiempo --dijo Benedicto-- si no fuera porque me necesita para trabajar con la Viuda.

La conversación tocó a su fin un par de horas más tarde. Cuando Benedicto hubo salido de la casa, Iwo mostró su habitación a Vannevar. El japonés calentó agua para la bañera y Vannevar, tras limpiarse meticulosamente fuera del agua siguiendo las instrucciones de su anfitrión, se pasó una hora o más sumergido en el agua caliente antes de acostarse por fin.

* * *

Vannevar se dispuso a abandonar la casa de Iwo a la noche siguiente, en cuanto se hubo puesto el sol. Antes de marcharse, advirtió a su anfitrión acerca del Assamita y sus métodos.

--No temas por mí --dijo Iwo, que al parecer confiaba en sus facultades--. Son pocos los que se atreven a invadir mi intimidad --sonrió--. Sabes que me sé defender. --La magia de Iwo era potente.

Vannevar le dio de nuevo las gracias por su generosidad y se fue.

Se encaminó hacia el oeste, pensando que tal vez pudiera encontrar donde guarecerse en las avenidas escasamente pobladas al norte del Golden Gate Park. La Estirpe aún no se había repartido esa zona; tal vez Vannevar pudiera pasar allí alguna noche, cambiando de refugio a diario, burlando al Assamita tanto tiempo como pudiera. Aparte de ese, no tenía otro plan.

Viajaba en el autobús Geary cuando percibió una presencia en el interior del coche. Escrutó los rostros de los pasajeros. Todos ellos parecían normales, hasta que sus ojos se posaron en un hombre trajeado de mediana edad, sentado, leyendo el periódico. El hombre miró a Vannevar y una mueca perversa asomó a sus labios.

Era el asesino Assamita, disfrazado, pisándole los talones.

Vannevar se apeó en la siguiente parada, saltando del vehículo en el último instante, con la esperanza de coger desprevenido a su perseguidor. Cruzó la calle a la carrera, dirigiéndose al sur, hacia la feria. Sabía que el Assamita estaba justo detrás de él.

Pretendía llegar a la Feria del Solsticio de Invierno y la seguridad del Elíseo. Dudaba que el asesino se sintiera restringido por la sanción de la Camarilla, pero sentía que al menos el gentío le ofrecería cierta protección. Ni el Assamita ni su jefe querían que el asesinato de Vannevar tuviera lugar delante de un millar de testigos.

Llegó al recinto ferial a la carrera, esquivando las taquillas y al vendedor de entradas, saltó la valla, cayó al otro lado y se perdió entre la multitud. Mientras zigzagueaba entre el agolpamiento de visitantes, entre las luces destellantes y la trepidante música, sentía que el Assamita todavía lo seguía de cerca. Vannevar no aminoró el paso, sino que se adentró en el océano de personas, abriéndose paso a empujones cuando era necesario, lanzando furtivas miradas por encima del hombro. El Assamita lo seguía, disfrazado aún de inocuo empresario de pelo rubio que hubiera decidido disfrutar de un par de horas en la feria antes de regresar a casa.

Vannevar no tardó en comprender que sus intentos por perderse en la multitud eran inútiles. El Assamita le pisaba los talones igual que un sabueso, sin rezagarse en ningún momento más de seis metros. Tal vez estuviera a salvo en medio de la aglomeración, pero ¿por cuánto tiempo? Quedaba menos de una hora para que cerrara la feria y entonces se quedaría a solas con el asesino. Al llegar al enorme edificio que albergaba las atracciones secundarias, dobló la esquina bruscamente y huyó de la zona, dejando atrás la feria para desaparecer en la frondosidad del Golden Gate Park.

Corriendo tan deprisa como le era posible, atravesó las colinas que delimitaban el parque, esquivando espectaculares palmeras importadas de las Islas Canarias y los colosales helechos de Malasia. Probó hasta el último ardid que conocía, pero el Assamita seguía pegado a su rastro, sin cejar en su persecución.

Vannevar comenzaba a agotarse, llegaba al final de sus fuerzas,

cuando se dio cuenta de que había cruzado el parque casi por entero. Ahora se encontraba cerca del océano Pacífico y la niebla nocturna avanzaba, se abría paso entre los árboles y por encima de sus copas, convirtiendo el paisaje en un jardín místico y misterioso.

Fue entonces cuando le pareció divisar a don Benedicto.

--¿Benedicto? --susurró. Se detuvo, pese a estar convencido de que el Assamita acertaba distancias a cada segundo.

Una forma lechosa apareció ante él, humano el perfil, apenas reconocibles los difusos rasgos de su rostro.

--Vannevar --dijo la forma fantasmagórica; su voz sonaba como si proviniera de muy lejos--. Sigue el camino que pasa junto al molino.

--¿Benedicto? --preguntó Vannevar de nuevo, sin saber qué veían sus ojos. Estiró el brazo para tocar la forma ondulante y la encontró insustancial al tacto. Su mano la atravesó limpiamente. Se trataba de algún tipo de protección mágica.

--No puedo quedarme --dijo la forma fantasmal de Benedicto--. No puedo mantener esta forma por mucho tiempo. Sigue el camino que pasa junto al molino. Es tu única salvación.

La aparición neblinosa se disolvió.

Vannevar huyó de allí, rumbo al gran molino que se erguía en la linde occidental del parque. Aunque todavía desconocía las intenciones de Benedicto, Vannevar presentía que no le quedaba más remedio que seguir su consejo. Se había quedado sin opciones.

Encontró el sendero que discurría junto al molino, un estrecho camino de tierra pisoteada. Estaba casi oculto por una bruma que se arremolinaba erráticamente, impulsada por los fríos vientos procedentes de la orilla.

La niebla fluía siguiendo unos patrones tan extraños que no tardó en perder todo sentido de la orientación; giró a un lado y a otro, sin saber dónde estaba. Ya no podía sentir al asesino detrás de él, pero ahora había algo más... un sonido en el aire, un palpar rítmico, el son de un tambor en la lejanía. Siguió el sonido hasta su origen.

Encontró al músico en un pequeño claro rodeado de niebla convulsa: un hombre achaparrado, fuerte, con la piel cobriza y el pelo negro y liso, cubierto por una capa de piel de jaguar. Se tocaba con la cabeza del animal, adornada con plumas; pesados aros de oro y jade pendían de sus orejas. Sostenía bajo el brazo un pequeño tambor que aporreaba con un palo.

Vannevar se detuvo y contempló al hombre. Parecía pertenecer a una raza distinta a la de los indios que había visto en esta parte de la

costa. Al recordar algunos libros que había leído, le recordó a los aztecas que conquistara Cortés hacía siglos... y sus cruentos sacrificios humanos.

--Tienes razón --dijo el indio, dejando de tocar y depositando el instrumento encima de una roca cercana. Su voz era profunda, autoritaria--. Soy azteca. --De alguna manera, había leído el pensamiento de Vannevar--. Me llamo Hortator, sumo sacerdote y súbdito de Moctezuma.

El líder azteca Moctezuma había entregado todo su imperio y sus riquezas a los invasores españoles. Sus hombres sabios habían pronosticado la llegada de un "dios blanco" y Cortés había sido aceptado como la manifestación de la profecía. Cuando se dieron cuenta de su error ya era demasiado tarde. Supuso su ruina.

--Yo era aquel vidente --dijo Hortator--. El que convenció a Moctezuma para que confiara en los españoles.

Vannevar se preguntó por qué le contaba eso aquel desconocido. Se acordó entonces del Assamita que lo perseguía; escuchó, pero no oyó nada.

--No temas --dijo el indio--. Aquí estás a salvo, al menos por el momento. Me alegra que hayas venido. Benedicto me ha hablado mucho acerca de ti.

--¿Benedicto? --repitió Vannevar, hablando esta vez de viva voz, recordando el encuentro con el espectral Benedicto del bosque.

--Sí. Sospecho que haya tenido algo que ver con el hecho de que me encontraras.

--Me indicó el camino. O, por lo menos, su espíritu me lo indicó. Hortator asintió con la cabeza.

--Eso es cuanto se atrevería a hacer, estoy seguro. Debe tener cuidado para no ofender a Cyrano.

--¿Por qué estoy aquí? --quiso saber Vannevar, al darse cuenta de que aquel encuentro no era casual.

--Busco al nuevo Dios Blanco --contestó Hortator.

La respuesta desconcertó a Vannevar.

--¿A qué te refieres? --inquirió, preguntándose qué habría querido decir el salvaje.

--Oh, lo siento. No debería haber empleado ese término. Es "arcaico", inadecuado para esta época. --Hortator se relajó. Desapareció su acento, y con él las expresiones formales--. Es solo una forma de hablar, sabes.

Hortator se sentó en la roca al lado de su tambor, indicando a

Vannevar que hiciera lo propio en otra piedra cercana.

--Mira --dijo, cuando Vannevar hubo tomado asiento--. No me andaré con rodeos. He sido yo el que ha organizado esta reunión. Tenemos que hablar.

Vannevar asintió con la cabeza.

--¿Benedicto estaba implicado? ¿Y también Iwo?

--Benedicto ha contribuido. Iwo, no tanto. Se mantiene en su papel de observador. No le gusta implicarse, tú ya me entiendes.

Hortator prosiguió ante el silencio de Vannevar.

--El viento trae grandes cambios, y creo que tu destino está relacionado con ellos. ¿Es cierto que hay parte de sangre india en tu familia?

Vannevar lo admitió.

--Tengo una octava parte de powhatano. Por parte de madre.

--Me lo imaginaba. Se nota un poco.

--Bueno, ¿y por qué estoy aquí?

--Hace siglos auguré la venida del hombre blanco, y otros, a este país. Tuve claro que el pueblo que ocupaba esta tierra, mi pueblo, no tendría ninguna oportunidad cuando tu especie nos "descubriera". Era tan evidente como que dos y dos son cuatro, la verdad.

Vannevar asintió, comprensivo. Conocía la historia de la población nativa de su país. Como tantos otros, Vannevar opinaba que la llegada del hombre blanco al Nuevo Mundo había supuesto una bendición para esta tierra salvaje, pero al mismo sentía una punzada de culpa. Los nativos habían sido despojados de casi todas sus tierras, destruidas sus culturas, hacinados en reservas donde llevaban una existencia miserable. Vannevar no era ajeno al sufrimiento de los indios.

--Me embargó una profunda preocupación cuando lo descubrí --prosiguió Hortator--. Pero saltaba a la vista que era inevitable. Y, afrontémoslo, mi pueblo cayó en la trampa de cabeza, ansiosos de caballos, güisqui, armas de fuego. Demostraron ser tan susceptibles a los juguetes y los vicios de los europeos como los propios colonizadores. Me temo que la mayor parte de mi gente estaba tan dispuesta a renunciar a su cultura como lo estaban los europeos a extinguirla. Para cuando comprendimos lo que sucedía, era demasiado tarde. *C'est la vie*, que dicen.

Hizo un gesto con la mano, su lengua pronunciaba el francés con un marcado acento parisino... pero había una expresión de melancolía en sus ojos y un dejo de tristeza en su voz. Era evidente que el azteca

añoraba el pasado. Al escuchar la facilidad con que hablaba en francés, Vannevar se preguntó dónde habría pasado aquel indio todos estos años.

--He viajado mucho. --Hortator le guiñó un ojo, anticipándose de nuevo a su interlocutor--. Mira --dijo, cambiando de tema--, olvidémonos de todo este asunto del Dios Blanco. Me arrepiento de haber empezado por ahí. Ese término ya no tiene ningún significado hoy día. El caso es que hace mucho tiempo vi dos fuerzas que se cernían sobre este continente, una procedente del oeste y otra del este. Medité largo y tendido al respecto y, cuando comprendí que mi pueblo se vería aplastado de todos modos, sopesé una y la otra y acabé decidiendo que las fuerzas del oeste eran un poco mejores que las del este. Al menos, hasta donde supe entender.

--¿Quieres decir que te decidiste a respaldar a la Estirpe europea antes que a la china?

--Oh, no, no, no --protestó Hortator--. No es así de simple. Lo cierto es que todo forma parte de algo mucho mayor y mucho más antiguo que las razas actuales de la humanidad. Los chinos al servicio del Abuelo no son sino herramientas en manos de potencias aún mayores. No, me temo que es mucho más complejo. --No se explicó, aludiendo tan solo al hecho de que las potencias del este moraban en alguna parte de Asia, en elevadas planicies montañosas--. Hace muchos años que se mantienen al margen, pero pronto intentarán penetrar en el oeste... y cuando lo hagan, San Francisco y el Golden Gate serán los primeros en caer.

Vannevar pidió más detalles, pero Hortator no disponía de información añadida.

--Casi todo el futuro es neblinoso, incluso invisible.

Mas Hortator --o el destino, según afirmaba el azteca-- había elegido a Vannevar para que representara a las fuerzas en lid.

--¿Qué hay de Cyrano?

El sacerdote azteca hizo una mueca.

--Un inútil --calificó al príncipe Tremere--. No vale para nada.

--Vale, ¿y cómo sabes que soy el elegido?

--¿El *elegido*? --repuso Hortator, con una sonrisa--. No. Te equivocas. No hay ningún *elegido*.

Vannevar no lo entendía.

--Verás --explicó Hortator--. Hay cosas que es casi seguro que ocurran, como también es casi seguro que surgirán ciertos personajes para desempeñar un papel en estos acontecimientos, pero no creas

que las cosas sucederán del modo en que lo hagan gracias tan solo al esfuerzo de un único individuo. No es así de sencillo. Hay otros que podrían representar la parte que te adjudico. Lo que ocurre es que creo que tú eres el más adecuado. Lo cierto es que al principio pensé en Delfonso. Lo Abracé hace siglos, con la idea de que la mezcla de sangre española y vampirismo azteca desembocaría en algún tipo de raza superior. Pero me temo que el experimento resultó ser un fracaso. Delfonso no se ha convertido en lo que yo esperaba --concluyó, ceñudo.

Lo cierto era que Delfonso se había convertido justo en lo contrario. En lugar de ser un líder y visionario elevado y competente, había ido desvinculándose de la realidad, se había tornado caprichoso, y casi senil.

--Creo que tú eres el hombre adecuado para este trabajo.

¿Alguna vez has pensado en gobernar la ciudad?

A decir verdad, Vannevar había dedicado mucho tiempo a meditar esa posibilidad, pero no se había decidido a inmiscuirse en las luchas de poder que enfrentaban a Delfonso, Montelaine y Cyrano, limitándose a respaldar a aquellos vampiros que consideraba más apropiados. Pero había llegado a la conclusión de que estaba tan preparado para gobernar como cualquiera de ellos. Sus carencias y errores le resultaban evidentes, y estaba seguro de que él podría hacerlo mejor.

--Desde luego --respondió, con sinceridad.

Hortator esbozó una sonrisa.

--Ya tendrás tu oportunidad, y cuando lo hagas creo que librarás bien tu batalla.

--Así pues, ¿me ayudarás a hacerme con el trono?

--No. No puedo ayudarte con eso. Deberás conseguirlo por tu cuenta. Aguarda tu oportunidad y, cuando se presente, no la dejes escapar.

Vannevar dijo que seguiría su consejo.

»Bueno. --Hortator rebuscó detrás de la gran roca y cogió una bolsa de piel de cuero de ante--. Ahora tu problema consiste en ocuparte del Assamita. Afortunadamente, con eso *sí* que puedo ayudarte.

Sacó una lanza corta de la bolsa. Medía apenas un metro y veinte centímetros de largo, era de madera tallada, pero su punta estaba incrustada de afiladas esquirlas de obsidiana.

--Ten. Esto debería pararle los pies a nuestro amigo Assamita.

Vannevar sopesó la jabalina en su mano. Nunca había arrojado un arma de esas características.

--No te preocupes por eso --lo tranquilizó Hortator--. Esta arma sabe cuidarse sola. Tú límitate a lanzársela al Assamita en cuanto le pongas la vista encima... la jabalina hará el resto.

Vannevar indicó que lo comprendía con un cabeceo mientras tanteaba el asta, buscando el punto de equilibrio.

--Cuando estés listo --dijo Hortator, incorporándose-- me iré y podrás ocuparte de tus asuntos. --Se puso de pie, recogió el tambor y su bolsa de ante--. ¿Preparado? El Assamita vendrá por ahí. --Indicó el sendero--. Te pisaba los talones, así que disponte a actuar en cuanto se despeje la niebla.

--Entendido --dijo Vannevar por encima del hombro, colocándose en posición para arrojar la lanza.

--Buena suerte. --Dicho lo cual, Hortator subió por la pendiente y desapareció en silencio, tragado por la niebla.

El aire comenzó a despejarse, la niebla se disipó, y Vannevar volvió a percibir la proximidad de su perseguidor Assamita. Tal y como predijera el azteca, el asesino surgió de repente en medio de la bruma, abalanzándose sobre Vannevar, describiendo lentos círculos con la cimitarra por encima de su cabeza.

Vannevar arrojó la lanza con todas sus fuerzas y vio cómo volaba en línea recta hacia el corazón del asesino, para hundirse profundamente en el torso del vampiro.

Al contacto, la jabalina emitió un fulgor rojo y el Assamita se desplomó de espaldas, gritando, aferrado al asta que sobresalía de su cuerpo. Conforme la lanza continuaba brillando y palpitando, el asesino sufrió una última convulsión en la hierba encharcada de sangre, pataleando antes de morir.

Vannevar se acercó al cadáver para ver cómo se desintegraba la lanza, desapareciendo en el agujero irregular donde había consumido el corazón viviente del Assamita. Recogió la cimitarra que había soltado el asesino y remató la faena.

* * *

Una hora más tarde, Vannevar se encontraba sentado en los escalones del Coliseo, en pleno centro del recinto ferial sumido en la oscuridad. El lugar estaba vacío ahora, cerrado para pasar la noche, hacía tiempo que se habían ido los visitantes. A sus pies descansaba

la cabeza del asesino, que lo miraba con ojos empañados por la muerte. Tras haber eliminado su amenaza, Vannevar sabía que nunca más tendría que temer nada del clan Assamita. Toda víctima que consiguiera destruir al asesino encargado de aniquilarlo se ganaba el respeto del clan, que jamás volvería a atentarse contra su vida. Pero Cyrano seguía suponiendo un problema. La muerte del Assamita no era sino un descanso. El príncipe continuaría atosigando a Vannevar por todos los medios, intentando obligarle a salir de la ciudad.

Caviló acerca de las palabras de Hortator, acordándose también de la críptica lectura del cráneo que llevara a cabo Iwo hacía años. Asimismo, recordó las palabras del viejo Sergei: "La búsqueda del poder es solo para los que lo ansian". ¿De veras lo ansiaba él?

El problema de los príncipes Tremere había sido su falsedad inherente, pensó. Siempre conspirando y enfrentado a unos Vástagos con otros, manteniendo en vilo a sus adversarios políticos, fomentando la desconfianza, la rabia y los deseos de venganza. La ciudad necesitaba un príncipe en el que se pudiera confiar y que atrajera de forma natural la lealtad que otros intentaban conseguir por medio del terror y la intimidación.

Se levantó de su asiento y deambuló frente al Coliseo, diseñando las normas que instauraría si tuviera ocasión.

Una hora más tarde, había tomado una decisión. Como le aconsejara Hortator, tendría paciencia y aguardaría su oportunidad, pero mientras tanto pensaba enviar un mensaje a Cyrano, comunicar al príncipe que la batalla aún no había terminado. Envolvió de nuevo la cabeza y se alejó de la feria.

* * *

Cyrano sufrió una tremenda conmoción a la noche siguiente cuando, al entrar en las cámaras del consejo de la primogenitura, encontró la cabeza ensangrentada del Assamita aniquilado encima de la mesa de reuniones, rodeada por un charco de sangre coagulada, de cara al trono. El mensaje de Vannevar no podía ser más explícito.

Con la destrucción del Assamita y la advertencia dirigida a Cyrano, Vannevar regresó a su refugio en el hotel Occidental, cerca de la Costa de la Barbarie. Riley regresó de Oakland, después de que su señor hubiera difundido el rumor de que cualquiera que osara hacerle daño lo pagaría con creces.

Vannevar conservó su condición de primogénito, pero dejó de asistir a las sesiones del consejo. Su asiento permaneció vacío, puesto que ninguno de los restantes Ventrue de la ciudad era tan temerario como para usurpar su puesto. Se convirtió en una figura malhumorada y solitaria que merodeaba por la antigua Costa de la Barbarie al anochecer; su presencia activa en la ciudad actuaba de constante e irritante recordatorio del fracaso de Cyrano a la hora de eliminar a su rival.

Vannevar había perdido el miedo. Algún que otro vampiro joven, deseoso de llamar la atención, lo había desafiado, pero él los había destruido a todos --sin piedad-- aprovechando su irreflexión para dar ejemplo. Cyrano no se atrevía a retarlo directamente.

Vannevar retomó su casto romance con Kwon, para enfado de Loo que, según había descubierto el Ventrue, también sentía pasión por la belleza de ojos verdes. Kwon trataba a Loo como a un hermano pequeño, no obstante, sin responder en ningún momento a sus torpes intenciones. Había explicado a Vannevar que él era el único que le importaba. Vannevar sabía muy pocas cosas acerca del clan del que descendía, aparte de que sus miembros poseían la habilidad de cambiar de forma. A menudo acudía a sus reuniones como una paloma blanca que descendía del cielo. Solían verse en la Plaza de Portsmouth, siempre bajo la atenta mirada del custodio de Kwon, Chi, sentados en bancos separados, sin tocarse nunca, separados para siempre por su raza, su cultura y su clan.

En el ínterin, Vannevar aguardaba pacientemente a que se le presentara una oportunidad de adueñarse del trono.

* * *

El timbre del teléfono despertó a Vannevar la noche del diecisiete de abril. Se levantó y cruzó la estancia para levantar el auricular de la caja de madera montada en la pared.

--¿Diga?

Era Riley al habla.

--Hola, jefe. Estoy en la otra punta de la ciudad.

--¿Qué sucede?

--Nada, ocupándome de unos asuntos. Nos vemos más tarde, ¿vale?

--Vale --dijo Vannevar. Colgó el teléfono.

Esa noche salió solo.

Había hecho un calor inusitado durante el día y la noche estaba extrañamente tranquila. No corría ni un soplo de brisa.

Hambriento, Vannevar se encaminó hacia el norte, a la calle Pacífico, en busca de alimento. La caza fue fructífera y el Ventrue cenó bien esa noche.

Alrededor de las doce, Vannevar reparó en una bandada de aves que se despertaron de repente, emprendieron el vuelo y describieron un par de círculos sobre el centro de la ciudad antes de descender en formación y cruzar la bahía en dirección a Oakland. A las dos de la mañana, los perros de la ciudad dieron comienzo a una serenata de aullidos que se prolongó durante casi treinta minutos. Vannevar no supo determinar el origen de estos extraños sucesos.

A su regreso al Occidental, extrañado aún por lo acontecido esa noche, Vannevar se encontró con Riley, que aparecía por la curva al volante de su flamante Oldsmobile. Tras aparcar el vehículo, apagó el motor y bajó de un salto. Sonreía orgulloso.

--¿Y bien? --preguntó a Vannevar--. ¿Qué te parece?

--¿De dónde has sacado eso? --El Ventrue recelaba de las nuevas máquinas. Lo cierto era que todavía no había montado en un coche. No le gustaban el humo ni el ruido que hacían.

--Se lo he comprado a un amigo. ¿Qué te parece? --volvió a preguntar Riley.

--Me quedo con nuestros amigos de cuatro patas, si no te importa --respondió Vannevar, bromeando. Aunque tenía que admitir que el auto tenía un aspecto imponente a la luz de gas. Estaba equipado con una reluciente bocina de latón rematada por una pera de goma.

--Esto va a imponerse. Hay que esforzarse por estar a la moda.

Vannevar admitió a regañadientes que Riley probablemente estaba en lo cierto.

Casi amanecía y, después de algunos minutos dedicados a admirar la nueva adquisición de Riley, Vannevar se despidió y se retiró a su habitación en el hotel.

* * *

A las cinco y doce minutos de la madrugada, se desató el terremoto. Vannevar estaba sentado en el borde de su cama, a punto de acostarse, cuando oyó --o sintió-- un rugido que brotaba desde las entrañas de la tierra. Acto seguido, el cuarto empezó a estremecerse, los pequeños objetos se volcaban y rodaban en las baldas y las mesas para estrellarse contra el suelo. Vannevar intentó levantarse y rescatar algunas de las piezas más delicadas, pero las sacudidas se tornaron más violentas y pronto hubo de esforzarse por mantener el equilibrio, aferrado desesperadamente al poste de la cama. En el exterior, imperaba el estruendo de los cristales rotos y se sucedían los grandes estrépitos; las fachadas de ladrillo de los edificios se desplomaban y rompían contra las calles.

Supo entonces que el terremoto era de gran magnitud. Había sentido centenares en los años que llevaba viviendo aquí, y recordaba el último gran temblor que se había producido en 1868, pero este era mayor que cualquiera de los que hubiera experimentado.

Tras aproximadamente un minuto, las oscilaciones remitieron paulatinamente. Vannevar se agachó para recoger algunos de los objetos derribados; en ese momento, golpeó el segundo terremoto, obligándole de nuevo a apoyarse en la cama para no caerse. El segundo temblor duró solo veinte segundos. Cuando se acallaron los últimos rumores, Vannevar escuchó voces que gritaban por todo el hotel. Afuera, en la calle, se alzaban más voces.

Riley asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

--¿Estás bien?

--Sí. ¿Cómo están las cosas ahí fuera?

--No he mirado. Pero parece que los destrozos son considerables. Voy a echar un vistazo. Tú acuéstate, va a salir el sol. Si surge cualquier peligro, vengo y te despierto.

Vannevar dio las gracias a Riley y se recostó para pasar el día.

La Falla de San Andrés, descubierta hacía poco, se había movido de repente, sembrando la devastación a lo largo de cientos de kilómetros de costa. Aunque San Francisco, que se asentaba a varios kilómetros al oeste de la línea de falla propiamente dicha, había sufrido menos que San José al sur o Punta Reyes al norte, el efecto sobre la ciudad había sido igualmente devastador. Los testigos del sur de la calle del Mercado afirmaban haber visto cómo el blando terreno arenoso se encrespaba con olas de tierra de hasta un metro de altura, sacudiendo edificios, destrozando el tendido eléctrico, los suministros de agua y de gas, y retorciendo los raíles del tren y el trolebús. Pero

los daños más graves se habían concentrado en el norte de la calle del Mercado, en los distritos bursátil y financiero. Allí se había venido abajo edificios de ladrillo y fachadas de piedra, colapsando las calles, enterrando a residentes y transeúntes por igual. Gran parte de la zona centro estaba levantada sobre el relleno que había acabado con la antigua ensenada; esos cimientos inestables y arenosos habían tenido la culpa del derrumbamiento de numerosos edificios de gran tamaño.

Riley se sobrecogió ante lo que encontró en las calles. Allá donde mirara veía restos de mampostería, ladrillos y piedras arrancadas de sus armazones de acero, interiores de edificios expuestos igual que casas de muñecas expuestas al público. Otros se habían ladeado sobre sus cimientos y se sostenían en ángulos inclinados, amenazando con desplomarse de un momento a otro. Pocas ventanas de la ciudad permanecían intactas y todas las calles estaban cubiertas de relucientes fragmentos de cristal. Los cables de alta tensión se retorcían en el suelo, chisporroteando y crepitando mientras los gritos, lamentos y alaridos de las víctimas atrapadas escapaban por doquier entre los escombros.

El Occidental capeó bien el temporal, pero el nuevo Oldsmobile de Riley se había convertido en un amasijo de hierros bajo los restos de un viejo almacén. Riley disfrutó de escasos momentos durante los que lamentar la pérdida antes de reparar en los primeros penachos de humo que ascendían al cielo cerca de las dárseñas.

El terremoto había desencadenado más de cincuenta incendios; aún más, casi todos los parques de bomberos de la ciudad, levantados sobre ladrillos, se habían derrumbado, hiriendo a los bomberos y destruyendo su equipo. Para empeorar las cosas, el acueducto que discurría por la península --la única fuente de agua de la urbe-- se había roto a causa de los temblores y los escasos bomberos que habían conseguido rescatar sus enseres y responder a las llamadas encontraron los pozos secos, sin agua que bombear. Lo peor de todo era que soplaba un viento cálido y seco procedente del oeste, en contraste con las habituales brisas frías cargadas de niebla que venían del océano. Estos vientos cálidos avivaron las llamas en cuanto comenzaron a propagarse los incendios.

Las peores conflagraciones tuvieron lugar a lo largo del muelle, tanto al norte como al sur de la calle del Mercado. Mientras estos incendios comenzaban a avanzar tierra adentro, un tercero de gran envergadura se desató en Hayes Valley, cerca del ayuntamiento, la Biblioteca Pública y la Casa de la Ópera.

Los incendios en los muelles al sur de la calle del Mercado fueron los que se extendieron más deprisa, hasta fundirse en una sola conflagración que pronto adquirió proporciones cataclísmicas a medida que avanzaba hacia el distrito de oficinas del sur, destruyéndolo todo a su paso.

Al norte del Mercado, el distrito comercial sito en plena línea de playa fue el primero en sucumbir cuando los vientos del este alimentaron las llamas, lanzando chispas al aire y propagando el fuego por las principales zonas comerciales. Ya se habían originado dos grandes incendios a un par de bloques de distancia del Occidental. Las llamas que arrasaban el muelle se unieron para levantar una sola muralla de fuego que avanzaba hacia el oeste a través de la ciudad; el humo se elevaba a kilómetros de altura, eclipsando el sol.

Riley sabía que, si no conseguía salvar el Occidental, Vannevar tendría que huir. En pleno día, el vampiro sería vulnerable al sol.

Tras reclutar a los escasos leales de que disponían Vannevar y él en la zona e insistir a varios vecinos, ocupantes del hotel y una cuadrilla de empleados del gobierno que trabajaban en la cercana oficina de Tasaciones, Riley comenzó a organizar grupos para sofocar el incendio en un intento desesperado por impedir que las llamas llegaran al Occidental.

Algunos nombres comenzaron a excavar cortafuegos entre los escombros, mientras otros se encaramaban a los tejados y evitaban que prendieran las chispas que transportaba el aire. Se descubrió una vieja cisterna y se subió el agua verdosa en cubos para mitigar las llamas.

El fuego seguía avanzando hacia el oeste, engullendo bloque tras bloque en el distrito financiero, prosiguiendo su avance inexorable hacia el Occidental. Pero el grupo de Riley consiguió detener las llamas en la calle Montgomery, justo al otro lado de la calle donde se levantaba el edificio de Tasaciones. Durante las horas siguientes, el fuego lo devoró todo alrededor de la zona del hotel, transmitiéndose de uno a otro lado, pero dejando intacto el territorio que defendía Riley y su infatigable cuadrilla.

Al norte del Occidental, las llamas fueron controladas a la larga y consiguió salvarse la zona de North Beach, pero no antes de que la calle Pacífico y la Costa de la Barbarie ardieran hasta los cimientos. La muralla de fuego del sur, no obstante, ardía descontrolada y no tardó en avanzar por la colina que conducía a Chinatown y Nob Hill.

* * *

Delfonso se había retirado a dormir a su suite en el Hotel Palace minutos antes de que comenzara el terremoto. Había disfrutado de una noche espléndida: visita a la ópera, donde había aplaudido la interpretación de Caruso en *Carmen*, seguida de una cena a altas horas de la noche en la habitación que ocupaba el famoso cantante en el Palace. Una experiencia irrepetible, se había dicho Delfonso al acostarse.

Se despertó de golpe a causa de las sacudidas de la cama y el estallido de las ventanas de su cuarto.

--¡Adolfo! --gritó, despavorido, súbitamente despejado. Había estado inmerso en uno de los extraños sueños que lo acosaban desde hacía algún tiempo y no estaba seguro de qué era real y qué pesadilla--. ¡Adolfo! ¡Por favor!

Adolfo, un mejicano delgado y servicial que trabajaba de ayuda de cámara de Delfonso, apareció en la puerta, aferrándose con fuerza al marco mientras el Palace se estremecía y oscilaba; la lámpara que colgaba del techo se balanceaba enloquecida mientras se desprendían regueros de polvo de escayola del techo resquebrajado.

--Es un terremoto, señor --dijo Adolfo, asido desesperadamente al quicio de la puerta mientras era zarandeado de una lado a otro.

Se daba cuenta de que su señor estaba aterrorizado; el semblante de Delfonso estaba desencajado de horror. Ya había visto al español en ese estado, siempre que se despertaba de una de sus terribles pesadillas.

--No se alarme, señor. Parará enseguida.

Como si hubiera impartido una orden, los temblores cesaron, el edificio se detuvo despacio, en medio de crujidos.

Delfonso salió a rastras de la cama.

--¡Tenemos que huir! --dijo a Adolfo, agarrando al hombre por los hombros y desgañitándose frente a su rostro.

--No, señor. Por favor, vuelva a la cama. Es de día. No puede salir ahora.

Delfonso, comprendiendo al fin el consejo de su criado, permitió que Adolfo lo condujera a la cama.

--El hotel es seguro, créame --lo tranquilizó Adolfo--. Me han dicho que fue construido expresamente para resistir terremotos como este.

Y así era. Ralston no había reparado en gastos para asegurarse de que su sueño pudiera resistir cualquier desastre. Había siete

enormes depósitos de agua en lo alto del tejado, siempre a punto para combatir cualquier incendio.

--Por favor, descanse --dijo Adolfo, persuadiendo a Delfonso para que regresara a la cama--. Si surgiera algún problema, vendré a despertarlo sin demora.

Delfonso, mascullando, todavía con los ojos desorbitados, dejó que el ghoul lo arrojara y agradeció a su leal sirviente las atenciones prestadas y su preocupación.

Los incendios del sur de la calle del Mercado se propagaban deprisa, avanzando tierra adentro desde las dársenas, destruyendo los grandes edificios de oficinas que flanqueaban la calle del Mercado y convirtiendo las tierras llanas del sur del Mercado en un infierno en cuestión de segundos. Hacia las diez y media de la mañana, el emblemático edificio de oficinas del *Cali* de San Francisco, a escasos bloques de distancia, se consumía y el Palace corría grave peligro.

El personal del hotel luchaba valientemente por salvar el enorme edificio, arrojando agua desde el tejado, empapando los edificios que rodeaban el hotel para impedir que se incendiaran, pero los grandes depósitos de agua se habían secado hacia la una del mediodía. Ya no quedaba nada con lo que combatir el fuego.

--Rápido, señor. Tiene que levantarse --dijo Adolfo, zarandeando por los hombros a un somnoliento Delfonso--. Debemos huir. El fuego se acerca.

Delfonso abrió los ojos de repente. El terror no lo había abandonado. Asió los brazos de Adolfo y lo miró a los ojos.

--Voy a morir --dijo, despavorido sin remedio--. Me consumirán las llamas del infierno, tal y como predijeran los sueños y el Abuelo.

Preocupado por las palabras de su señor y la locura que destellaba en sus ojos, Adolfo intentó conservar la calma.

--No se preocupe, señor --tranquilizó al antiguo vampiro--. Lo he dispuesto todo para salir de aquí sanos y salvos.

Ayudó a Delfonso a levantarse y vestirse.

--Aprisa. Hay una carroza esperándonos abajo. Pero tenemos que salir enseguida. --Los últimos empleados del hotel escapaban ya del edificio, abandonando el hotel a su suerte.

Adolfo sacó a empujones al vacilante Delfonso de la suite y lo guió por unas escaleras traseras hasta el patio de la planta baja. Esperaban afuera, en un callejón alejado de las voraces llamas, un carruaje y su conductor. Tras envolver el rostro de Delfonso en un paño resistente para protegerlo del escaso sol capaz de penetrar la

cortina de humo, Adolfo lo sacó por la puerta y lo condujo al callejón, donde lo aguardaba un ataúd abierto en la parte posterior del vehículo. Delfonso abrió mucho los ojos al ver el féretro y se sintió desfallecer.

--Deprisa, señor. Nos queda poco tiempo.

Pero la visión del ataúd aterrorizaba a Delfonso.

--No sé si... --dijo, reticente a ceder.

Pero Adolfo persuadió a su señor para que entrara en el ataúd.

--¿Estás seguro? --preguntó Delfonso, implorante, cuando se hubo metido en el féretro y Adolfo comenzó a cerrar la tapa.

--Es la única manera, señor. No he podido encontrar otra forma de transporte con tan poco tiempo.

Delfonso cerró los ojos con fuerza cuando Adolfo terminó de cerrar la tapa y la aseguró.

El ghoul subió al carruaje, se sentó al lado del conductor y dieron la vuelta, saliendo de la zona, rumbo al sudoeste, lejos de las llamas, hacia el refugio de una antigua casa en el distrito de la Misión, levantada tras la vieja ermita.

* * *

A gran profundidad, bajo Chinatown, los miembros de la Familia dormían en su cripta comunal cuando fueron despertados por el estremecimiento y el estrépito del terremoto.

Chi, tras asegurarse de que el lugar era seguro, visitó a cada uno de los vampiros en sus alcobas individuales, garantizándoles que todo estaba en orden y que pensaba comprobar la situación en la superficie.

El ghoul chino se pasó el día montando guardia en la pendiente más baja de Nob Hill, observando el avance inexorable del fuego, que ascendía desde los muelles, cruzaba el distrito financiero y amenazaba la colina. Entrada la tarde, los improvisados equipos de bomberos de la ciudad, tras decidir que no podrían detener la marcha del fuego por medios convencionales, intentaron crear un cortafuegos dinamitando bloques enteros de edificios en un amplio margen que se interponía en el camino de las llamas.

Hacia las seis y media de la tarde, con el sol poniéndose todavía en el oeste, la dinamita ya estaba en su sitio y las explosiones comenzaban poco después. Por desgracia, los equipos de demolición distaban de estar compuestos por expertos. Las detonaciones lanzaron trozos de escombros en llamas por los aires, que sirvieron de

avanzadilla al grueso del incendio; pronto, toda Chinatown fue pasto de las llamas. En cuestión de minutos, la totalidad de la calle Dupont sucumbía víctima del fuego mientras el incendio principal superaba el ineficaz cortafuegos y proseguía su avance, incontrolado.

Chi comprendió que tenía que actuar deprisa. Se habían previsto todas las contingencias para realizar una evacuación de emergencia, pero tendría que despertar a la Familia. Regresó a las profundidades subterráneas y corrió entre los Vástagos dormidos, alertando al Abuelo, Loo y Sullivan, preparándolos para la ordalía que se avecinaba. Kwon ya había abandonado la cripta comunal para impartir órdenes a una embarcación que aguardaba en Meigg's Wharf, en el norte. Tras asumir la forma de un toro blanco, pudo moverse sin peligro incluso a plena luz del día. Había prometido a Chi que regresaría enseguida.

Los tres vampiros estaban entontecidos, desconcertados por su abrupto despertar. Podían vislumbrar haces de luz solar que se filtraban por el amplio hueco de las escaleras que comunicaban con el callejón en la superficie. Luego repararon en el humo, el polvo y las cenizas que bailaban en medio de los brillantes rayos de luz y comprendieron.

Tras ayudar a ponerse de pie al corpulento y vacilante Abuelo, Loo y Sullivan le sirvieron de guías, conduciéndolo hasta el antiguo palanquín rojo y dorado en el que lo transportarían a lugar seguro.

Chi proveyó a Loo y Sullivan de grandes rollos de seda negra y les instruyó que se envolvieran el rostro y las manos para protegerse del sol. Los dos vampiros de menor rango, junto a Chi y otro ghoul, atravesarían Chinatown cargando con el palanquín del Abuelo, subirían Dupont y cruzarían North Beach hasta llegar a Meigg's Wharf, donde los esperaba un bote para ponerlos a salvo. Chi sabía que Chinatown no tardaría en quedar reducida a un montón de cenizas.

--¿Dónde está Kwon? --preguntó Sullivan, mientras se protegía la cara y las manos.

--Se ha adelantado en forma de toro --respondió Chi--. Se dirigía a las dársenas para comprobar que todo esté preparado; luego se reunirá aquí con nosotros.

Tras asir las pértigas del palanquín, los cuatro hombres doblaron el espinazo y, gruñendo a causa del esfuerzo, se echaron la silla de manos al hombro. Trastabillaron a causa del peso mientras ascendían las escaleras hacia el callejón inundado de humo.

Ya en la superficie, se abrieron paso a través de la muchedumbre

que congestionaba la angosta calle Dupont, ateniéndose a la vertiente occidental, aprovechando las sombras de los edificios para protegerse del sol crepuscular. Su avance era lento y tedioso; Sullivan propinaba puntapiés a los chinos aglomerados, sus maldiciones los perseguían en su huida de Chinatown, con sus pertenencias cargadas a la espalda y apiladas en carretillas. Cuando cruzaban las calles se exponían momentáneamente a los últimos rayos de sol, lo que procuraba a Loo y Sullivan un fuerte dolor, pero seguían adelante, inflexibles, cubriendo lentamente la distancia que los separaba del embarcadero y, por consiguiente, la seguridad.

Kwon todavía no les había dado alcance y todos empezaban a preocuparse cuando Chi la divisó de repente corriendo hacia ellos, por el centro de la calle, aún en forma de toro blanco.

--Ahí está --dijo Chi, señalando hacia ella, animado. Entonces reparó en la turba que la perseguía.

Blandiendo cuchillos, hachas y porras, un tropel de chinos aulladores la acosaba mientras corría y la apaleaba y abría grandes tajos en sus flancos. Los acosadores, en su pánico, la habían confundido con uno de los Grandes Toros que, según la mitología china, sostenían el mundo sobre sus espaldas. Creían que Kwon era uno de los toros que había abandonado su puesto, provocando así el terremoto, e intentaban devolverla a su sitio.

Chi y el resto de la Familia vieron horrorizados cómo el toro que era Kwon, desjarretada ahora por sus atacantes, sucumbía bajo una tormenta de cuchilladas, cayendo primero de rodillas y luego de costado mientras la sangre de vida brotaba de sus heridas, llenando las sucias cunetas. La multitud enfurecida retrocedió asombrada cuando la forma del toro se distorsionó, tornándose brevemente la de Kwon antes de que ésta quedara reducida a polvo bajo la luz dorada del sol del ocaso.

La Familia no tenía tiempo de lamentar su pérdida ni vacilar.

--Adelante --ordenó Chi, apartando a patadas a la gente que les obstaculizaba el paso--. Tenemos que seguir adelante.

Una hora más tarde, llegaban a salvo al muelle y subían al barco en el que habrían de vivir durante los próximos meses.

* * *

Quando Vannevar se despertó a la noche siguiente, el fuego ya había dejado atrás el hotel Occidental y se encontraba en vías de

devorar Chinatown en el transcurso de su inexorable marcha a través de la ciudad. Tras subir al tejado del hotel, en compañía de Riley, el Ventrue contempló con temor reverencial y asombro la devastación que se extendía al sur de su refugio. Un bloque tras otro, al este de las dársenas y al sur de la calle del Mercado, no se veían más que escombros calcinados, un mar de brasas refulgentes, retorcidos esqueletos de acero que habían pertenecido a los edificios que seguían brillando al rojo vivo conforme entraba la noche. No quedaba nada.

A sus espaldas, la muralla de fuego aún rugía; había alcanzado los treinta metros de altura y proyectaba su ondulante luz naranja sobre el páramo de ruinas que rodeaba al hotel. En cuestión de horas alcanzaría Nob Hill, destruyendo las grandes mansiones desiertas que la coronaban, para proseguir su avance por el otro lado.

Mientras escrutaba la planicie carbonizada que era el distrito financiero, Vannevar intentó divisar el abovedado Tower Office Building que utilizara Cyrano como refugio, pero no consiguió vislumbrar el inconfundible perfil recortado contra el negro cielo. Se diría que el edificio había sido destruido junto a todo lo demás.

Tras dejar a Riley para que echara un vistazo a la situación en el hotel, Vannevar salió del Occidental y se sumergió en los escombros.

El avance era complicado. Las calles, negras como el carbón, estaban cubiertas de deshechos, bloqueadas en ocasiones por cables de alta tensión que crepitaban y se retorcían en la oscuridad. Los conductos de gas, rotos, ardían con fuerza, iluminando porciones de las ruinas con una fantasmagórica luz pálida. Aquí y allá se escuchaban chasquidos y estallidos procedentes de los cascotes abrasados a medida que el aire nocturno enfriaba el metal candente.

Vannevar caminaba con cautela, sin ser visto. Había soldados patrullando las calles y corría el rumor de que los saqueadores habían sido fusilados sumariamente.

Tardó casi toda una hora en encontrar un camino seguro entre los siete bloques de escombros que lo separaban de la guarida de Cyrano. Cuando llegó a su destino, le gratificó encontrar que no quedaba nada de la otrora soberbia estructura del príncipe. Parecía que el edificio se había derrumbado durante las primeras sacudidas, cayendo sobre sí mismo para desplomarse sobre sus propios cimientos. Lo que no había sucumbido al derrumbamiento había sido incinerado por la muralla de fuego que le había pasado por encima horas después.

Se adentró en las ruinas con precaución y comenzó a explorar los restos. Mientras escarbaba entre los cascotes con un trozo de madera, escuchó un lamento que procedía de algún lugar enterrado. Siguió el sonido y encontró a Cyrano en el segundo sótano del edificio arrasado, muy por debajo de la superficie, atrapado por una viga de hierro que le aprisionaba las piernas. Había caído desde los pisos superiores y los escombros lo habían sepultado. Oculto a la luz del sol por el destrozo que lo aprisionaba, había permanecido paralizado mientras el fuego pasaba sobre él, provocándole graves quemaduras. Había perdido casi toda la piel y tenía el rostro consumido parcialmente. El hueso amarillento y chamuscado asomaba por sus carbonizadas mejillas y el cuero cabelludo. Delirante a causa del dolor, tardó un momento en reconocer a Vannevar, de pie ante él.

--Vannevar --grajeó--. Ayúdame a salir de aquí --suplicó. Pese a la gravedad que revestían las heridas de Cyrano, conseguiría recuperarse con el tiempo, si se liberaba.

Vannevar lo miró sin decir nada, analizando la situación. Hortator le había dicho que estuviera preparado para reconocer la oportunidad cuando se le presentara, y ahora la tenía delante. Levantó una de las pesadas piedras que aplastaban las trituradas piernas de Cyrano.

--Gracias --boqueó el príncipe, antes de asustarse al ver cómo Vannevar alzaba la roca por encima de su cabeza, con los ojos fríos clavados en él--. ¡No! Por favor, no...

Pero Vannevar lanzó la piedra y le aplastó la cabeza, destruyéndolo para siempre.

Minutos después salía a rastras de las ruinas humeantes, sacudiéndose el hollín y el polvo de su traje. Se enderezó y volvió a contemplar los escombros. Sus ojos brillaban, iluminados por el fulgor de los fuegos dispersos, distantes. Su mentón ofrecía un perfil de determinación. Se alejó del escenario, enfriándose ahora su corazón, adormeciéndose sus sentimientos.

* * *

Los incendios perduraron otros dos días, arrasando a la mañana siguiente la ladera de Nob Hill hasta la amplia Van Ness Avenue. Allí, valiéndose de dinamita y piezas de artillería, el ejército destruyó muchas de las enormes mansiones que flanqueaban el gran bulevar, en un último esfuerzo por frenar las llamas creando un cortafuegos. Pero, casi al mismo tiempo, la dirección del viento cambió de repente,

soplando del oeste, y el fuego se volvió hacia el norte y el este; al caer la noche había alcanzado la falda de Russian Hill, ardiendo todavía descontrolado.

Mientras tanto, al sur de la ciudad, los fuegos de la calle del Mercado, tras consumir el Palace, se propagaron al sur y al oeste, recorriendo la calle de la Misión antes de ser sofocados finalmente al día siguiente, en el preciso momento en que llegaban a la antigua Misión Dolores. Las llamas respetaron a la vieja iglesia de adobe, igual que a muchas de las modestas viviendas del vecindario. En una de estas casas de madera se encontraba Delfonso, agarrotado por el miedo.

Durante la segunda noche del incendio, las llamas intentaron adueñarse de Russian Hill pero Iwo, mediante el uso de sortilegios secretos, consiguió sofocarlas. El fuego rodeó la colina en dirección al norte de Fishermen's Wharf y las dársenas, antes de torcer al este y surcar las llanas extensiones de North Beach. Para cuando la conflagración se hubo controlado al día siguiente, el fuego había destruido toda la zona norte del territorio de Vannevar --salvo la cima de Telegraph Hill-- dejando tan solo algunos bloques en pie alrededor del hotel Occidental, una auténtica isla en medio de un océano de ceniza.

Siguiendo el consejo de Hortator, Vannevar había aprovechado su oportunidad cuando se le había presentado, y aunque la ciudad había sido arrasada, juró que, como el fénix, San Francisco resurgiría de sus cenizas. Esta vez sería su reino.

--Ten. Firma también estos.

Un hombre alto y fuerte, con la cabeza afeitada, entregó a Vannevar un fajo de contratos y otros papeles. El Ventrue, sentado a una pequeña mesa redonda cubierta por un pesado tapete de terciopelo negro, sonrió con tristeza al recoger los documentos de manos del hombre y colocarlos en la mesa, al lado del montón que ya había firmado.

--¿Estos para qué son, Nickolai? --preguntó al bien trajeado ruso que estaba sentado frente a él.

–Más de lo mismo. Contratos, seguros, lo de siempre.

El alto aristócrata ruso había llegado a San Francisco hacía tan solo algunos meses, pero Vannevar ya confiaba en él con los ojos cerrados. Tras haber sido expulsado de su tierra natal por la incipiente Revolución Bolchevique, se había refugiado en San Francisco. Vannevar lo había aceptado enseguida. Nickolai, sin contactos ni amistades en este país, dependía de Vannevar para todo y por consiguiente, había razonado el Ventrue, sería leal al hombre que lo apoyara en este momento de necesidad. Nickolai, también Ventrue, había sido consejero del Zar Nicolás II, y ya había demostrado su utilidad a Vannevar de diversas maneras. Ahora ocupaba un asiento en el consejo de la primogenitura en calidad de antiguo Ventrue.

Habían transcurrido más de diez años desde que se produjeran el gran terremoto y el incendio, y aunque habían sido muchos los que predijeron que San Francisco no se recobraría jamás, Vannevar les había demostrado lo equivocados que estaban. Algunos habían estimado que la mera limpieza de los escombros duraría años, pero Vannevar se había ocupado de que se tardara poco más de tres meses. Incluso había ordenado que se utilizaran los cascotes para rellenar los bordes de la bahía, creando así nuevos y valiosos terrenos edificables para la ciudad y él mismo. Con la mayor parte de la propiedad de la ciudad ya desarrollada, estas nuevas parcelas paralelas a la costa alcanzarían un precio histórico.

La ciudad había celebrado su recuperación y renacimiento en mil novecientos quince con la Exposición Pan-Pacífica, su segunda feria mundial, con la que se pretendía festejar la apertura del Canal de Panamá. La feria había sido el gran logro de Vannevar, puesto que con ella había conseguido mostrar al mundo que la ciudad de San Francisco se había repuesto de la devastación del terremoto, y había enseñado a los antiguos de la Camarilla que era un dirigente capaz y competente. El recinto ferial se había instalado en la orilla norte de la ciudad, junto a la bahía, y se había levantado sobre los restos de la catástrofe con los que se habían rellenado aquellas antiguas zonas pantanosas. La Torre de las Joyas, con sus ciento treinta metros de altura, la última creación de Iwo, se había convertido en la atracción principal y el emblema de la feria. Estaba incrustada de miles y miles de trozos de cristales de colores; unos potentes focos la iluminaban por la noche, creando un efecto cegador.

La feria había cerrado tras operar con éxito durante varios meses; la torre y casi todos los pabellones habían sido desmantelados y se

había vendido el terreno, reportando a Vannevar una considerable suma de dinero. Desde entonces se había estado edificando en la zona, llamada ahora distrito Marina.

Vannevar firmó un papel tras otro y se los devolvió a Nickolai.

--Gracias --dijo el ruso, revisando el montón para comprobar que Vannevar no había pasado ningún documento por alto. Vannevar había firmado utilizando los numerosos alias y distintas rúbricas que desarrollara a lo largo de los años para encubrir sus prácticas empresariales--. Creo que con esto ponemos punto y final a las trabas legales.

Dicho lo cual, Nickolai se fue corriendo a archivar las copias de Vannevar antes de entregar el resto a un mensajero.

Aquellos papeles eran los últimos que quedaban por firmar antes de la apertura de la nueva empresa de Vannevar, una sala de fiestas que algunos ya habían dado en bautizar "El club de los vampiros".

En esos momentos, Vannevar se encontraba sentado en el salón principal del club, en penumbra, una planta por debajo del nivel del suelo. La fausta ceremonia de inauguración estaba prevista para la noche siguiente y por todas partes había obreros dando los últimos toques al lugar.

El club era en realidad un yate con el casco de acero que había pertenecido a un excéntrico millonario inglés. El yate, llamado *Royal Phoenix*, había encallado en la orilla durante el terremoto, que lo había impulsado contra los bancos de arena. Abandonado en el sitio, medio enterrado en el fango, y sepultado aún más por el proyecto de rellenado, la nave había compuesto los cimientos de una de las salas de exhibición de menor tamaño de la feria celebrada en 1915. Se había dispuesto su demolición al término de la feria, pero uno de los Vástagos de la ciudad había sugerido que se rescatara la estructura y se le diera otro uso.

Después de meditarlo, Vannevar había accedido y, a partir de aquel momento, la exposición del pabellón de la superficie se había redecorado y bautizado Sala Alejandrina, en honor al lugar de nacimiento de Vannevar. Bajo tierra, las cubiertas del barco habían sido desalojadas de motores y maquinaria y habían experimentado una remodelación, convirtiéndose en una sala de fiestas que abriría sus puertas exclusivamente a los invitados más selectos. Los niveles inferiores estarían reservados para vampiros y ghouls; los pisos superiores, para sus criados humanos y otros. El club estaría regentado por el hombre al que se le había ocurrido la idea, Sebastian

Melmoth.

--¡Vannevar!

Vannevar se giró hacia la voz que lo interpelaba. Hablando del rey de Roma...

--Vannevar --repitió Sebastian, cruzando el salón en dirección al príncipe. Parecía preocupado. Los problemas de última hora se habían acumulado y amenazaban con estropear los planes que tenía reservados Sebastian para la inauguración de la sala--. Todavía no han llegado los vasos --dijo, resoplando, sentándose a la mesa al lado de Vannevar--. ¡Abrimos mañana por la noche y tengo una sala de fiestas y un restaurante sin vasos!

Vannevar sonrió al hombre. Melmoth, casi siempre tan desenfadado, ingenioso y encantador, comenzaba a dar muestras de nerviosismo. Cada vez surgían más problemas a medida que se acercaba la fecha de la apertura, y Melmoth estaba a punto de volverse loco. Los había resuelto todos, pero la presión se incrementaba con cada nuevo contratiempo. Al igual que el miedo al fracaso de Sebastian. Se había encargado una partida de vasos de reserva hacía varios días, cuando hubo llegado la primera remesa, hecha trizas, a bordo de un camión.

--Alguien me la tiene jurada --dijo Melmoth, sujetándose la cabeza con las manos, mirando sin ver el tapete de terciopelo negro--. Quieren ponerme en ridículo. Lo sé.

Vannevar sintió deseos de reírse, pero no lo hizo. Nunca había visto a Melmoth tan aturdido.

El vampiro Sebastian Melmoth había llegado a San Francisco en 1908, como chiquillo de un Toreador británico llamado Endymion. Se habían quedado algunos meses en la ciudad pero, cuando Endymion anunció que pensaba volver a su hogar, Melmoth le dijo que le gustaría establecerse en San Francisco. Con la bendición de su antiguo y el permiso del príncipe Vannevar, se había convertido en residente permanente de la ciudad.

Melmoth había visitado la ciudad en una ocasión anterior, en 1882, cuando seguía siendo humano y aún se hacía llamar Oscar Wilde. Vannevar lo había visto varias veces en las fiestas de Marie. Siempre le había gustado aquel joven, y Melmoth se había abstenido acertadamente de zaherir al príncipe con su afilado ingenio.

--Tranquilízate, Sebastian. Estoy seguro de que la cristalería llegará a tiempo, y si no siempre podremos encargarnos que nos traigan otra de cualquier otro sitio. --Las posesiones de Vannevar en la ciudad

eran considerables. Había quienes murmuraban que, desde el terremoto, el príncipe había conseguido adquirir hasta el cincuenta por ciento de los negocios de la ciudad. Esa cifra era una exageración, pero lo cierto era que la influencia de Vannevar parecía abarcar todos los ámbitos.

--Pero nuestros vasos tienen monogramas --insistió Melmoth--. Encargué que los diseñaran para que resultaran especiales.

--Ya se solucionará el problema --le aseguró Vannevar--. Tengo mucha fe en ti. --No pudo resistirse a pinchar a Melmoth en ese momento de frustración.

Sebastian levantó la cabeza de sus manos y miró por encima del hombro de Vannevar, donde tres trabajadores se afanaban por colgar un enorme óleo en la pared.

--¡No, no, no, no! --exclamó, levantándose de la mesa y cruzando la sala a largas zancadas, sin dejar de despotricar contra los obreros--. ¡Ahí no! ¡Ahí! --insistió, señalando una pared al otro lado del club.

Vannevar decidió marcharse y consultó su reloj. Eran casi las dos de la mañana. Tenía una cita a las dos y media. Se incorporó y, tras devolver unos cuantos papeles al interior de su maletín de cuero negro, se encaminó hacia las escaleras.

La Sala Alejandrina estaba más tranquila; allí hacía tiempo que habían finalizado las obras. Nickolai se encontraba en una esquina, conversando con el ghoul que regentaría el club durante el día. Vannevar dio las buenas noches a los dos y traspuso la puerta principal, donde lo aguardaba su alargada limosina Lincoln de color negro. Un chófer de librea se levantó del asiento del conductor cuando vio que Vannevar salía del club y abrió la puerta para que entrara el príncipe. A continuación, el ghoul volvió a ocupar su puesto detrás del volante y condujo por el sendero de entrada, dejó atrás la puerta vigilada y se adentró en la ciudad.

--Vamos al sur del puerto --informó Vannevar a su conductor--. Muelle diez, por favor.

--Sí, señor.

Vannevar se acomodó en el asiento para disfrutar de la vista de la resplandeciente ciudad por cuya reconstrucción tanto había hecho. Seguían levantándose nuevos edificios, pero la mayoría de los distritos financieros y del centro ya habían sido reconstruidos, reemplazadas las ruinas por estructuras nuevas y aún más espléndidas que las que habían engalanado antes las calles. Después del terremoto, mucha gente había pronosticado el final de la ciudad, y los Tremere de

Sacramento no habían aportado mucha ayuda, pero San Francisco --y Vannevar-- habían triunfado sobre la adversidad.

Aunque antes se hubiera reído de la preocupación de Melmoth, casi cómica, también él sentía la presión de la noche de apertura. El Club de los Vampiros era una idea radical, algo que no había intentado nadie en una ciudad de ese tamaño, ni en esa época. La sala de fiestas sería un Elíseo en el que la Estirpe de la ciudad podría reunirse y relacionarse sin temor a las hostilidades. Habían acudido muchos Vástagos nuevos a la ciudad tras la tragedia del terremoto y el incendio, y eran muchos más los que recalaban en ella camino de otros lugares o, sencillamente, venían de visita. Vannevar esperaba que el club se convirtiera en un lugar donde pudieran intercambiarse ideas y se solucionaran problemas. Cuanta más comunicación hubiera entre los Vástagos, en su opinión, más cordiales serían las relaciones de unos con otros. La comunicad al completo saldría beneficiada.

También aspiraba a que el club le sirviera de ojos y oídos añadidos. Sin duda se transmitirían rumores e información con regularidad, rumores de los que la gente de Vannevar tomaría buena nota y que le harían llegar a través de canales discretos. Se sabría qué Vástagos acababan de llegar a la urbe, se descubrirían complots y se revelarían alianzas secretas. Y Vannevar estaría enterado de todo.

Pero antes el club tenía que resultar un éxito. Vannevar había delegado en Melmoth los detalles concernientes a la decoración, el entretenimiento y la atmósfera, confiando en el anfitrión del local para que ideara un lugar capaz de halagar y atraer a la Estirpe de toda la ciudad. De Vannevar dependía convencer a la Camarilla de lo acertado de la idea.

Se habían enviado invitaciones a todos los rincones del país e incluso a otras partes del mundo. Se había solicitado la asistencia a la gran inauguración de algunos de los Vástagos más poderosos de la Camarilla. La respuesta había sido sorprendentemente positiva y varias figuras de relevancia habían accedido a asistir. Algunas se encontraban ya en la ciudad. Su aprobación era fundamental, y Vannevar lo sabía. Si quisieran, podrían obligar a Vannevar a cerrar el local... permanentemente. Todavía tenía enemigos entre los Tremere de Sacramento y sabía que no cejaban en su empeño por desacreditarlo. Asimismo, de un tiempo a esta parte habían comenzado a aparecer anarquistas --vampiros desvinculados de cualquier clan y de la Camarilla-- en la ciudad. Deambulaban de un lado a otro de la Costa Oeste, sembrando problemas a su paso.

Varios de los antiguos de la Camarilla más conservadores se habían opuesto al club de Vannevar, tildándolo de ejemplo de las subversivas tendencias liberales que ahora imperaban. Vannevar se disponía a intentar convencerlos de lo contrario.

* * *

Llegó al muelle desierto exactamente a las dos y veintiocho minutos, dos minutos antes de la hora acordada para la cita. No había ni rastro del grupo con el que pensaba entrevistarse; el conductor aparcó la limosina en una esquina ensombrecida, resguardada de miradas indiscretas. Vannevar esperó.

Minutos más tarde, consultó su reloj y comprobó que pasaban seis minutos de las dos y media. El hombre con el que estaba citado llegaba tarde. Comenzaba a impacientarse.

Estaba a punto de ordenar al conductor que se marchara cuando dos figuras doblaron la esquina. La pareja paseaba desenfadadamente, con la mujer colgada del brazo del joven, riendo de buena gana mientras él bromeaba y le hacía cosquillas. El hombre divisó la limosina aparcada de Vannevar y pidió a la muchacha que esperara; cruzó la calle en solitario, en dirección a la limosina y su cita. A pesar de que llegaba tarde, no parecía tener ninguna prisa; caminaba con paso moderado, las manos en los bolsillos, silbando ninguna melodía en particular. Iba vestido con una modesta chaqueta y una vulgar camisa marrón con el cuello abierto. Un arrugado sombrero flexible se asentaba ladeado en su cabeza.

El joven vampiro se llamaba Dirk y era un anarquista procedente de alguna parte del este. Era un Caitiff, un paria sin clan, un vampiro al que habían Abrazado y abandonado a su suerte. No debía fidelidad a nadie.

Dirk se habían presentado en la ciudad hacía algunos años, alojándose en diversos lugares en la zona de los muelles. Estaba implicado activamente en muchos de los sindicatos de la ciudad, y Vannevar sabía que era el responsable de la reciente plaga de huelgas salvajes, sabotajes en las fábricas y otros problemas laborales que padecía la industria naviera de San Francisco. Dirk y Sullivan habían andado juntos una temporada, provocando alborotos por todo el Embarcadero, buscando camorra con navieros, marineros y agentes de seguridad. Vannevar había hablado con el Abuelo y este había puesto fin a las correrías de Sullivan, que había recibido órdenes de

atenerse a su territorio en Tenderloin, pero Dirk continuaba con sus actividades sin darse por aludido. El puerto de Oakland, en la otra punta de la bahía, se beneficiaba en gran medida de los temores de los propietarios de buques, y cada vez atracaban menos naves en San Francisco. Su reputación de puerto conflictivo era cada vez mayor y Vannevar quería poner fin a esta situación. Nickolai temía que se hubieran infiltrado comunistas y anarquistas políticos en los sindicatos. Vannevar sabía que, hasta cierto punto, sus sospechas estaban fundadas.

Peor aún, Dirk no se había presentado ante el príncipe. Por Tradición, cualquier vampiro que entrara en el dominio de otro debía pedir permiso y rendir tributo al príncipe regente. Dirk nunca lo había hecho, pese a las reiteradas invitaciones que se le habían hecho llegar a través de distintos canales. Vannevar había tolerado el desplante de momento, pero ya se prolongaba demasiado. Había muchas figuras poderosas e influyentes en la ciudad y Vannevar sabía que todas las miradas estaban puestas en él, que estaban mirando su gobierno con lupa. No le hacía ninguna falta que Dirk causara problemas durante los próximos días. Había llegado hasta el extremo de proponer la reunión de esta noche, accediendo a acudir a un punto de encuentro neutral en lugar de exigir a Dirk que se personara ante él, como estipulaban las convenciones. Vannevar había mantenido la reunión en secreto. Solo algunos de sus más allegados estaban al corriente de la misma.

Al ver a Dirk acercándose, a Vannevar le sorprendió la actitud desenfadada que exudaba el joven anarquista. Parecía que nada le importara un comino, pese a estar a punto de conocer a su príncipe, un vampiro que Dirk sabía que podría destruirlo casi con solo una mirada. A pesar de las ofensas que había perpetrado contra Vannevar, de algún modo Dirk parecía estar convencido de que el príncipe no traicionaría su confianza.

El Caitiff llegó junto al coche y se asomó a la ventanilla de Vannevar.

--Hola. ¿Es aquí? --sonrió.

--Llegas tarde. Entra.

--Lo siento. --Dirk abrió la puerta y entró en el vehículo, tomándose un segundo para saludar con la mano a la joven que lo esperaba al otro lado de la calle. Ella levantó la mano a su vez y giró sobre sus talones para volver la espalda a la limosina aparcada. Vannevar la vio encender un cigarrillo--. Me entretuve en una reunión de sindicalistas.

El príncipe miró a Dirk de arriba abajo, reparando en sus desgastados zapatos y sus pantalones con remiendos. La suela de uno de los zapatos presentaba un agujero.

Dirk se quitó el sombrero y se peinó el alborotado cabello con los dedos, alisándoselo hacia atrás antes de volver a calarse el gorro flexible.

--En fin --dijo, volviéndose hacia Vannevar--. ¿De qué querías hablar?

Vannevar se quedó mirándolo por un momento, desconcertado por la actitud altanera del hombre. Eligió conservar la calma.

--Como ya sabrás, o tal vez no --comenzó Vannevar--, esta semana es muy importante para mí.

--Ya me he enterado de que vas a abrir un local --lo interrumpió Dirk.

Vannevar supuso que el Caitiff tenía algo que ver con la partida de vasos destrozados. No sacó a relucir el tema.

--No es solo eso. En estos momentos hay muchos personajes importantes de visita en la ciudad y estoy seguro de que será mejor para ambos que San Francisco les parezca una ciudad civilizada y gobernada convenientemente. --Omitió mencionar las conexiones sindicalistas de Dirk, pero el joven anarquista no pudo resistirse a responder a la acusación velada.

--Oye, mira. No me eches la culpa si los trabajadores ya están hartos y se sienten obligados a empuñar las riendas de su futuro. El precio de la libertad exige...

--No sigas --advirtió Vannevar, atajando el discurso, con la mano en alto--. No me hace falta escuchar todo esto.

Dirk guardó silencio.

--Aquí tengo una declaración de intenciones que quiero que firmes --dijo Vannevar. Sacó un par de documentos mecanografiados de su maletín y se los ofreció a Dirk, además de una pluma.

--¿Cómo? --protestó el Caitiff, arrugando el entrecejo, sin recoger los papeles de manos de Vannevar.

--Tú fírmalos --le ordenó Vannevar, dejando traslucir su enfado en el tono de su voz. Empujó los papeles hacia Dirk.

El anarquista aceptó los documentos y, tras coger la pluma, garabateó su firma en ambas copias antes de devolvérselas a Vannevar.

--Esta es para ti --dijo el príncipe, tras separar las dos copias y ofrecer una a Dirk.

--Quédatela. Además, ¿eso para qué vale?

--En pocas palabras --explicó Vannevar, calmado, guardando las dos hojas y cerrando el maletín--, dice que si no te portas bien durante este período de tiempo me das tu permiso para ejecutarte... y que tu muerte sirva de ejemplo para futuros infractores. ¿Alguna pregunta?

Dirk fulminó al príncipe con la mirada, pero no dijo nada.

--Es que nos gusta que todo conste en acta --dijo Vannevar--. Por si luego surgiera alguna duda.

--¿Puedo irme ya? --preguntó Dirk, con un dejo burlón.

--Solo una cosa. --Vannevar cogió a Dirk por el brazo, en tono más conciliador--. Quería preguntarte cómo le va a Margaret.

Margaret seguía aguardando el regreso de Dirk al otro lado de la calle. El anarquista la había invitado a sumarse a la reunión con el príncipe, pero ella había declinado. No quería tener nada que ver con Vannevar.

--¿A ti qué te importa? Ya me ha contado cómo cuidas de tus chiquillos.

Aquellas palabras se clavaron como un cuchillo helado en el corazón de Vannevar. Era evidente que Margaret no le había perdonado la muerte de Swede. Dirk quiso apartar el brazo, pero la presa de hierro de Vannevar se lo impidió hasta que, al darse cuenta de que seguía sujetando al Caitiff, la aflojó.

--Gracias --dijo Dirk, con sarcasmo, liberando su brazo y plisando la arrugada manga de su chaqueta--. Nos vemos. --Salió del coche y se alejó.

Vannevar ordenó al chófer que lo llevara a casa.

* * *

A la noche siguiente, Vannevar llegó a la inauguración del club a las once y media, vestido de esmoquin y con una corbata de seda blanca. Melmoth lo recibió en la puerta, con el mismo aspecto desasosegado de la noche anterior. Pero se mostraba vivaz y lleno de energía.

--Pasa, pasa --saludó al príncipe--. Ya está aquí todo el mundo... o casi.

Las invitaciones estaban minuciosamente calculadas: todos los vástagos de la ciudad, incluidos los miembros de la primogenitura, deberían aparecer a las once en punto. El príncipe llegaría media hora más tarde, seguido de los primeros invitados de honor venidos de

fuera de la ciudad, a los que se esperaba cuando fuera medianoche.

--¿Falta alguien?

--Sólo Delfonso y Serata. Querrán presentarse elegantemente tarde.

Vannevar se encogió de hombros. Delfonso había dado en frecuentar la compañía de una Toreador recién llegada que respondía al nombre de Allanyan Serata, una joven por la que la Toreador regente, Marie Richaud, sentía cierta antipatía. Serata se había instalado en la cumbre de Telegraph Hill, rodeada de una caterva de afectados sicofantes. Hasta la fecha acataba a regañadientes la voluntad de su mayor, Marie, pero la rivalidad entre ambas aumentaba día a día, y su antagonismo estaba en boca de todos los Vástagos de la ciudad.

--Supongo que llegarán cuando tengan que llegar --dijo Vannevar, deseando en silencio que al menos tuvieran la decencia de aparecer antes de que comenzaran a acudir los invitados de honor.

Vannevar entregó su abrigo a una ghoul encargada del guardarropa de la planta de arriba, antes de cruzar junto a Melmoth la Sala Alejandrina, en penumbra y en silencio, camino de las escaleras que descendían al escenario de la gala. La Sala Alejandrina no abriría hasta la noche siguiente. La celebración de esta noche era solo para Vástagos.

En el piso inferior, a Vannevar le complació encontrar la fiesta en pleno apogeo; los corrillos estaban tan animados y eran tan bulliciosos que Melmoth tuvo que levantar la voz para anunciar al príncipe. Se produjo una breve ronda de aplausos ante su llegada, tras la que los invitados reanudaron sus conversaciones. Marie Richaud se abrió paso entre el gentío y fue la primera en saludar a Vannevar en persona.

--Buenas noches. Me alegro de verte --dijo a Vannevar, rodeándole la mano con las suyas--. Para mí que el club va a ser todo un éxito, ¿no crees? --Miró en rededor, observando a los vampiros sentados a las mesas o apoyados en las paredes; casi todos ellos charlaban animadamente entre sí. Marie había elegido un ceñido vestido de terciopelo negro que resaltaba su menuda figura. Una vistosa gargantilla incrustada con diamantes le rodeaba el cuello. Llevaba el pelo rubio corto, con el flequillo sobre las cejas.

La acompañaba Virgilio, su amigo y poeta siciliano procedente de North Beach; ambos eran Toreador.

--Enhorabuena, excelencia --felicizó Virgilio a Vannevar,

estrechándole la mano vigorosamente—. Es una satisfacción para mí decirles que habéis tenido una idea estupenda.

Virgilio, como de costumbre, se perdía delante del príncipe. A Vannevar le caía bien, pero lamentaba que intentara ganarse su simpatía en todo momento.

--Fue idea de Melmoth --respondió Vannevar--. Todo esto era su sueño.

--Desde luego --dijo Virgilio, amagando una reverencia--. Lo comprendo. Pero no se habría convertido en realidad sin vuestra ayuda, de eso estoy seguro.

Vannevar le dio las gracias y buscó una excusa para alejarse de la pareja.

--Perdonad, pero he visto a Nickolai por ahí. Me urge hablar con él. Disculpadme, por favor.

Vannevar se alejó del dúo; Virgilio se preguntó una vez más qué había hecho para ofender al príncipe.

--Nickolai --dijo Vannevar. Se colocó a su lado y apoyó una mano en el hombro de su consejero--. ¿Puedo hablar contigo un minuto?

--Claro que sí. --El ruso se disculpó con la joven Brujah con la que estaba hablando--. Solo serán un par de minutos, querida --prometió, antes de retirarse junto al príncipe. Nickolai iba vestido con un esmoquin immaculado; su cabeza afeitada resplandecía. Como tantos rusos, sus rasgos eran inequívocamente asiáticos. Aunque Nickolai era más corpulento, guardaba un enorme parecido con su aborrecida némesis, el comunista revolucionario, Lenin.

--¿Se sabe algo del príncipe Lodin? --preguntó Vannevar. Había estado esperando una respuesta de última hora por parte del poderoso príncipe de Chicago. Lodin era una figura influyente dentro de la Camarilla americana. Se decía que gobernaba su ciudad con mano dura.

--Nada. --Nickolai meneó la cabeza, frunciendo el ceño--. Ni una palabra desde su última negativa.

Vannevar torció el gesto, aunque lo cierto era que no le sorprendía. Lodin era el Vástago más poderoso del Medio Oeste y su asistencia a la gala de esa noche habría significado que aprobaba el proyecto. Pero el príncipe de Chicago, conservador reaccionario por naturaleza, no era partidario de la idea. Reinaba en su ciudad de una manera que Vannevar consideraba prácticamente medieval.

--Bueno. Pensaba que a lo mejor nos llegaba un telegrama en el último momento.

--Lo siento --dijo Nickolai.

No suponía una gran diferencia, en opinión de Vannevar. Tanto la princesa Marissa, de Washington, D.C., como don Sebastián, regente de la floreciente ciudad de Los Angeles al sur, habían aceptado la invitación... así como dos representantes de la Camarilla en Europa. Si todo salía bien, Vannevar no necesitaría el apoyo de Lodin.

--Vuelve con tu amiga --dijo Vannevar a Nickolai, guiñándole un ojo.

Se dio la vuelta para alejarse y a punto estuvo de tropezar con Sarah, la primogénita Brujah de piel morena.

--Hola --dijo la mujer, poniéndose de puntillas para dar al príncipe un rápido beso y un abrazo. Su llamativo vestido púrpura era una imitación parisién con lentejuelas, sin tirantes, con el lateral izquierdo abierto casi hasta la rodilla. Sus escaarpines a juego presentaban fundas de plata en la puntera y el talón. Su piel atezada ofrecía un elegante contraste con el regio púrpura. Sus ojos brillaban con la anticipación de los acontecimientos de la velada.

Vannevar le devolvió el abrazo, con una sonrisa. Sarah, desde la muerte de Cyrano, se había convertido en una de las aliadas más incondicionales de Vannevar. Resultaba que nunca había simpatizado con el Tremere, pero se había visto obligada a apoyarlo so pena de perder su territorio del Ensanche Occidental. Desde la ascensión de Vannevar al trono, había respaldado sin dudarle todos sus planes y proyectos. Aunque, de un tiempo a esta parte, tenía una queja.

--Detesto tener que hablar de negocios esta noche, pero ¿has llegado ya a un acuerdo con el Abuelo?

Tras la reconstrucción que había tenido lugar después del terremoto, la Familia había efectuado su primera adhesión territorial desde que se instalara en la ciudad, colocando a Sullivan al cargo de un sórdido vecindario al pie del sur de Nob Hill, un lugar llamado Tenderloin, que había formado parte siempre del dominio del clan Brujah. Sullivan había irrumpido sin avisar y se había apoderado por la fuerza del control sobre las prostitutas, el tráfico de drogas y otras actividades ilegales que, de alguna manera, se las apañaban para prosperar en las calles de esta zona; con el tiempo, había llegado a expulsar al acólito Brujah que Sarah había nombrado responsable del lugar.

Lamentablemente, las relaciones entre la primogenitura y la Familia seguían siendo ambiguas. Si bien Chi, Loo y Sullivan habían asistido a la ceremonia de coronación de Vannevar y habían jurado la

debida obediencia a sus normas, el Abuelo, claro está, no había acudido. Permanecía, como siempre, oculto en su guarida subterránea. Vannevar ya se había puesto en contacto con la Familia para discutir el asunto de Tenderloin.

--Le he enviado una solicitud. Sigo esperando su respuesta.

Lo que Sarah no sabía era que Vannevar ya había decidido que iba a permitir que Sullivan se quedara en el Tenderloin. Desde que se produjera el terremoto y falleciera Kwon, las relaciones de Sullivan con la Familia se habían enfriado, sin duda debido en parte a que no era de origen asiático. Vannevar se temía que, si obligaba a Sullivan a regresar a Chinatown, el Abuelo procediera a su eliminación.

--Pero no esperes gran cosa --advirtió Vannevar a Sarah--. Cabe la posibilidad de que no reciba ninguna. --Le recordó que ya había compensado su pérdida con territorios añadidos más prósperos en la zona oeste.

--Pero sigue sin ser justo --se lamentó la Brujah.

--Chitón. Ya está bien de hablar de negocios por esta noche. Se supone que estamos en una fiesta.

Sarah se encogió de hombros, sonriendo tímidamente.

--Perdona. Olvídalo. Lamento haberte agobiado con esto.

--No importa. Además, seguro que estás mejor así.

Vannevar se propuso saludar al resto de la primogenitura:

Joaquín, el de los ojos negros; Honerius, el actual antiguo Tremere en sustitución de Cyrano; e incluso la Viuda de Chicago, la repulsiva Nosferatu ataviada con espléndidas sedas y asistida por un elenco de leales criados. Incluso buscó y estrechó la mano de Olaf Petersen, el nuevo antiguo Malkavian que había tomado el relevo del Comodoro, desaparecido desde la catástrofe del terremoto, hacía once años. El nuevo antiguo Malkavian musitó algo en respuesta al saludo de Vannevar antes de volver a concentrarse en la lectura de la revista que estaba sujetando al revés.

Como era de esperar, Delfonso y Serata llegaron tarde, escasos minutos antes de la hora prevista para que acudiera el primero de los invitados de honor; convirtieron su descenso de las escaleras, cogidos del brazo, en todo un espectáculo. Mientras la pareja se entregaba a su grandiosa entrada, Vannevar vio que Marie daba la espalda a propósito a los dos vampiros, ignorándolos explícitamente. Delfonso y Marie, antaño íntimos amigos, apenas si se dirigían la palabra en la actualidad, desde que el antiguo español se hubiera dejado seducir por la lozana Toreador.

Delfonso, como de costumbre, hizo gala de su encanto y buenos modales mientras escoltaba a Serata, prendida de su brazo. Serata era la viva imagen de la bohemia, con el pelo corto a la moda europea, tocado por una elegante boina francesa.

Cuando el español hubo divisado a Vannevar en medio del gentío, saludó afectuosamente al príncipe, tratándolo siempre como al "hijo" al que de alguna manera hubiera ayudado a alcanzar su posición actual. Vannevar se había esforzado siempre por seguir la corriente al antiguo vampiro y había obsequiado a Delfonso con privilegios de caza de los que no gozaba ningún otro vampiro en San Francisco, pero le preocupaba que el proyecto español estuviera perdiendo sus facultades mentales. Desde que consiguiera escapar por los pelos del incendio del Hotel Palace, se había mantenido lejos de la ciudad, prefiriendo habitar una humilde casa de madera en el distrito de la Misión. Corría el rumor de que había adoptado la manía de dormir dentro de un ataúd, lo que solía considerarse muy mala señal entre los Vástagos, puesto que indicaba que el vampiro empezaba a considerarse algo más muerto que vivo.

Justo a medianoche hizo su aparición el príncipe don Sebastián, señor de Los Ángeles. Vannevar lo recibió al pie de las escaleras, le dio la bienvenida a su dominio y formuló las acostumbradas promesas protocolarias de hospitalidad y seguridad.

Sebastián dio las gracias a Vannevar y le permitió que le presentara al resto de los invitados. El Toreador príncipe de Los Angeles lideraba una ciudad de origen modesto que, casi de la noche a la mañana, había empezado a crecer a pasos agigantados. La anodina población, en la que la industria cinematográfica había descubierto un escenario natural en el que rodar escenas al aire libre durante todo el año, era ahora el corazón de una industria en pleno auge y alardeaba de superar el millón de habitantes, empequeñeciendo a la población de San Francisco. Muchos estimaban que el dominio de don Sebastián estaba creciendo demasiado rápido para un príncipe que estaba acostumbrado a gobernar con guante de seda. Se había difundido el rumor de que la urbe estaba convirtiéndose en un nido de anarquistas. Durante las reuniones que habían mantenido a lo largo de la semana, Sebastián había comentado con Vannevar algunos de los problemas a los que debía hacer frente para intentar mantener el control de una ciudad que crecía casi sin ton ni son. Vannevar había experimentado contratiempos similares durante los primeros días de San Francisco,

pero nada parecido a los dilemas que arrostraba este príncipe del sur.

Diez minutos después de que apareciera Sebastián, llegó el príncipe de Washington, D.C. Marissa era un personaje alto, fulgurante, más formal y menos amigable que su contrapartida de Los Ángeles. Era una Tremere que ocupaba el trono de la capital del país desde hacía muchos años. Mas, pese a sus diferencias, Vannevar y Marissa habían descubierto que tenían algunas cosas en común. A Marissa le impresionaba particularmente la rapidez con que Vannevar había restaurado su ciudad tras la devastación y, según habían hallado, ninguno de ellos sentía mucho aprecio por el presuntuoso príncipe Lodin de Chicago. Vannevar empezaba a alimentar la esperanza de que podría llegar a solicitar la ayuda de Marissa para proyectos futuros.

Los dos representantes de la Camarilla en Europa se presentaron quince minutos después. Ambos eran Ventrue, aunque el mayor, lord Kelvin, era la mitad dominante de la pareja. Procedía de Londres. Su socio, Josef Bar, era un judío prusiano que residía actualmente en Zurich. Estos dos poderosos vampiros representaban a los Ventrue de mayor rango de la Camarilla europea y habían viajado hasta San Francisco para atestiguar los logros de Vannevar y solicitar su respaldo.

En esos momentos, el clan Ventrue se encontraba enzarzado en una lucha con algunos miembros de otros clanes de la Camarilla, un enfrentamiento encarnizado no exento de repercusiones en el mundo de los humanos y que había originado la Gran Guerra que estaba devastando Europa. Los dos Ventrue habían recorrido los Estados Unidos, visitando a influyentes miembros del clan en distintas ciudades, en un intento por conseguir su apoyo y arrastrar así a los Estados Unidos a la guerra. La creencia popular afirmaba que la intervención norteamericana en el conflicto desequilibraría la balanza y se alcanzaría antes una solución. Vannevar sabía poco acerca de lo que estaba realmente en juego entre bastidores, pero lo que sí sabía era que el clan Tremere mantenía su tradicional cuartel general en Viena, la capital del componente austro-húngaro del Eje.

Los antiguos estaban dejando una estela de fervor bélico a su paso por los Estados Unidos y Vannevar se había sumado al mismo; les había prometido que mañana se celebraría un Desfile del Día de la Preparación Militar, una muestra del apoyo de la ciudad a la causa de la guerra.

Cuando se hubo anunciado la llegada de los dos antiguos,

Vannevar reparó en que se reducía el bullicio. Lord Kelvin y Josef Bar era criaturas tan poderosas como antiguas, sus voces eran profundas y resonantes, su apariencia física rayaba lo sobrecogedor. Comprobó que los demás Vástagos se sentían incómodos en su presencia. Incluso a él le sucedía.

Los dos antiguos fueron presentados a la concurrencia y hasta el último Vástago les ofreció inequívocas muestras de respeto. Kelvin y Bar intentaron parecer abiertos y amigables, pero no resultaban convincentes. Después de la ronda de presentaciones, Kelvin se llevó a Vannevar a parte para conversar en privado.

--¿Sigue previsto el desfile para mañana?

--Desde luego que sí.

--Es un bonito gesto, tengo que decirlo --lo felicitó Kelvin--. Creo que os dará buena prensa allá en Europa.

--Gracias, milord --respondió Vannevar; le complacía saber que sus esfuerzos no habían pasado desapercibidos--. Creo que puedo prometeros que San Francisco respaldará sin condiciones vuestros esfuerzos por poner fin a esta horrible guerra.

--Y nosotros le damos las gracias por ello, señor. Vuestra ayuda y asistencia os serán recompensadas, no os quepa duda. Sabemos ser agradecidos.

Kelvin y Bar se marcharon poco después; su visita al club había durado una media hora escasa. Su partida devolvió la jovialidad a la fiesta y se elevó de nuevo el tono de las voces. Al observar a los Vástagos reunidos, algunos de los cuales no se habían conocido hasta esa misma noche, Vannevar no pudo reprimir una sonrisa. Parecía que la gala iba a ser todo un éxito, después de todo.

Minutos más tarde se prepararon para irse el príncipe Marissa y el príncipe Sebastian. Tenían que comenzar sus viajes de regreso a la noche siguiente; ambos volverían a sus respectivas ciudades en vagones de tren particulares. Vannevar los acompañó a la planta baja y salió con ellos hasta el lugar donde aguardaban sus limosinas. Les dio las buenas noches y les deseó un viaje sin contratiempos.

--Buena suerte con el desfile de mañana --le deseó Marissa antes de irse. Washington ya había sido escenario de su propio desfile, al igual que numerosas otras ciudades por todo el país.

Vannevar le dio las gracias y vio cómo se alejaban los dos coches. Regresó al interior, con la intención de reincorporarse a la fiesta, pero en lo alto de la escalera observó que la gala se había vuelto un poco más animada desde que salieran los otros dos

príncipes y él. Se quedó indeciso; a continuación, sin querer suponer un obstáculo para el avance de la velada, abandonó el club. Recogió su abrigo en el guardarropa y pidió a la encargada que avisara a su coche.

Minutos después, el chófer lo dejaba en la puerta de su refugio, el nuevo Hotel Breakstone; catorce plantas construidas directamente encima de las ruinas de la antigua Tower Building de Cyrano. Vannevar no entró de inmediato, sino que entabló conversación con el portero hasta que su limosina se hubo perdido de vista. Acto seguido, tras dar las buenas noches al conserje, el príncipe dio media vuelta y se encaminó al norte, a la antigua plaza Portsmouth.

Vannevar era un asiduo visitante de la vieja plaza; acostumbraba a acudir a altas horas de la noche para permanecer sentado durante horas, a solas, recordando los albores de la ciudad. Se acordaba de la antigua casa de adobe que había poseído Richardson en ese mismo sitio, y de las correrías de los Patos de Sydney pero, sobre todo, se acordaba de las reuniones que habían celebrado Kwon y él de madrugada.

La plaza estaba cerca de la calle Pacífico, y el vecindario lindaba con la antigua Costa de la Barbarie, pero ahora era una zona mucho más tranquila. El terremoto y el incendio habían arrasado todas las tascas de la antigua calle Pacífico y, si bien se habían reconstruido algunas e intentaban volver a levantar el negocio, nunca sería lo mismo. En 1914, la legislatura californiana, controlada por los Tremere, había aprobado el acta de clausura de locales de alterne, lo que había supuesto el fin de los burdeles de la ciudad; la jugada había sido un intento rayano en lo patético por parte de los brujos para vengarse de la subida al trono de San Francisco de Vannevar. En cualquier caso, la ley había acabado con la Costa de la Barbarie.

El asesinato de Cyrano seguía pesando en la conciencia de Vannevar. Ciertamente era que nunca había sentido ningún respeto por aquel hombre, ni le parecía que Cyrano se hubiera merecido algo mejor de lo que obtuvo al final; pero al matarlo del modo en que lo hizo, Vannevar sentía que había traicionado sus ideales. La ciudad estaba mejor sin Cyrano, de eso estaba seguro, pero aun así seguía sintiendo una punzada de remordimiento en ocasiones.

Y ahora estaba solo. Los Vástagos que conociera en su día y que considerara sus mejores amigos le trataban con vileza. La trágica muerte de Kwon durante el terremoto le había dejado sin el ánimo necesario para buscar otro romance. Descontando a Riley, Vannevar

no tenía a nadie en quien confiar.

Mientras contemplaba la ciudad desde la atalaya de la plaza, no pudo menos de maravillarse por lo mucho que había logrado en tan poco tiempo, aunque todavía sentía un vacío en su interior.

Rozaba el alba cuando Vannevar renunció por fin a su asiento y se dirigió a casa.

* * *

Lo despertó el teléfono al ocazo siguiente. Era la recepción del hotel.

--Tiene una llamada, señor. ¿Quiere que se la pase?

--Sí --respondió Vannevar, preguntándose quién podría llamarle tan temprano.

Era Nickolai.

--Se ha producido un accidente --dijo el ruso--. ¿Te has enterado?

--No --contestó Vannevar, angustiado. Ese día había sido el Desfile del Día de la Preparación Militar, que habría dado comienzo a las dos de la tarde, dirigido por el gobernador Hiram Johnson y el popular alcalde de la ciudad, "Sunny Jim" Rolph.

--Alguien ha hecho estallar una bomba durante el desfile. Han fallecido diez personas.

Vannevar se sobrecogió. No había esperado algo así. Se habían organizado manifestaciones en contra de tales desfiles en otras ciudades del país, pero nunca de carácter violento. Cuando hubo conseguido recuperarse, preguntó:

--¿Quién ha resultado herido?

--Algunos manifestantes. El alcalde y el resto ya habían pasado.

--¿Quién puede estar detrás?

--Dirk es el principal sospechoso, desde luego, pero todavía no tenemos pruebas. Estamos en ello.

Vannevar colgó el teléfono.

* * *

Dirk paseaba por el Embarcadero, cerca del Muelle 22, en compañía de un par de dirigentes sindicalistas, cuando Vannevar apareció de repente frente a ellos, materializándose de la nada. Vestido de negro por entero, les bloqueó el paso; su semblante pálido, iracundo, era un espectáculo aterrador.

Los compañeros de Dirk dieron un respingo; uno de ellos buscó torpemente el revólver cargado que guardaba en el bolsillo trasero de sus pantalones.

--No --previno Dirk al hombre, sujetándolo con un brazo pero sin perder de vista a la silenciosa figura que tenían ante ellos--. No lo hagas, Henry. Ya me encargo yo. Vosotros salid de aquí. Dejadme solo un minuto.

--¿Estás seguro? No pensamos salir corriendo si va a haber problemas.

--Aquí no hay ningún problema --insistió Dirk--. Tengo que aclarar cierto asunto, eso es todo. No os preocupéis. Nos vemos luego en la Parrilla de Cogan.

Vannevar permaneció callado hasta que los dos hombres hubieron doblado la esquina y se hubieron perdido de vista. Dirk se encaró con el príncipe, aguardando a que dijera algo. Su gesto era de desafío, pero la espera lo puso nervioso. Al final, fue él el primero en hablar.

--¿Qué hay de nuevo, papi?

Vannevar explotó. Con un rugido, saltó sobre el anarquista y, asiéndolo por los hombros, lo levantó por los aires y lo arrojó contra el costado de un carguero amarrado en el muelle. El casco retumbó cuando la cabeza de Dirk rebotó en la plancha de acero.

--¡Cabron! --gritó Vannevar; propinó un revés a Dirk, derribándolo sobre el asfalto--. ¿Sabes lo que has hecho?

Dirk quiso levantarse, pero le costaba recobrar el equilibrio.

--No he sido yo --musitó, escupiendo sangre y trozos de dientes. No suplicaba. Lo decía con convencimiento--. ¡No he sido yo, maldita sea!

--Levántate --siseó Vannevar.

Dirk vaciló y Vannevar lo agarró de nuevo y lo puso en pie de un tirón, aplastándolo contra el casco del buque, aprisionándole los hombros. El batacazo de la cabeza de Dirk contra el metal despertó otro eco metálico.

--¿Por qué lo hiciste? --exigió saber Vannevar; su voz atronadora resonaba por todo el muelle--. ¿Por qué? --Volvió a aporrear la cabeza de Dirk; el anarquista profirió un gemido.

--Adelante --dijo Dirk, débilmente, desafiándole aún--. Mátame. Eso es lo que quieres, ¿no? Te da igual saber si lo hice yo de verdad o no. Detestas verme por ahí, recordándote que no eres el amo de todo el cotarro. Sabes que todavía quedamos algunos capaces de pensar

nuestras propias ideas, y no te hace gracia. --Dirk ladeó la cabeza para escupir más sangre, con un tosido.

Vannevar profirió un rugido, pero en ese momento apareció Margaret de la nada. Frenó el brazo de Vannevar, intentando alejarlo de Dirk.

--¡Déjalo en paz! --chilló, al ver que sus tirones no servían de nada. Vannevar era demasiado fuerte--. ¡Él no ha hecho nada, hijo de puta!

Vannevar soltó a Dirk que, una vez liberado, se desplomó en el suelo. Margaret tenía el semblante lívido; sus ojos azules resplandecían de ira.

--Él no ha tenido nada que ver con eso --espetó a Vannevar, enardecida--. No te quepa la menor duda.

Vannevar no dijo nada, esperando a que continuara.

--No te mentiría acerca de algo así. Tú lo sabes.

Vannevar se giró y miró a Dirk, que seguía sentado en el muelle, y luego otra vez a Margaret. Permaneció callado. A continuación, se desvaneció, desapareció tragado por una nube de humo negro.

Vannevar estaba sentado a solas en una espaciosa estancia ensombrecida, con los ojos pegados al enorme acuario iluminado que tenía ante sí. Detrás del acuario, en la pared opuesta, un alto y amplio ventanal ofrecía una vista de la ciudad: relucientes sus luces eléctricas, envueltas en niebla sus colinas. Las cuatro paredes del nuevo ático de Vannevar estaban orientadas a San Francisco.

El nuevo hotel estaba construido en la cima de Nob Hill, en el antiguo emplazamiento de una de las majestuosas mansiones de los barones del ferrocarril. El ático se encumbraba sobre la estructura de veintisiete plantas de altura, dominando las edificaciones circundantes. Al fin Vannevar había cumplido su sueño: disponer de un refugio digno de su posición y sus logros.

Pero no le interesaba la vista. Observaba a los peces del tanque: seres plateados, algunos de casi veinte centímetros de longitud, ocultos entre las algas, atisbando atemorizados. Al igual que todos sus

peces, estos pasaban la noche despiertos; Vannevar se servía de luces eléctricas para invertir los hábitos de sueño naturales de las criaturas y adecuarlos a los suyos. Estos peces eran pirañas, importados especialmente desde Suramérica a petición de Vannevar. De todos los acuarios y peces que poseía, estos se habían convertido en sus favoritos. No porque fueran los más bonitos, ni los más inteligentes, sino porque le recordaban a él mismo y al resto de la Estirpe. Eran feroces y carnívoros, pero al mismo tiempo cobardes y cautos; pasaban la mayor parte del tiempo en sus madrigueras, escrutando el exterior atemorizados, convencidos de algún modo de que el resto del mundo era igual de salvaje y peligroso que ellos. No confiaban en nadie, ni siquiera en otros miembros de su propia especie. Si no recibían alimento suficiente, Vannevar sabía que se abalanzarían los unos sobre los otros. Había llegado a la conclusión de que los paralelismos entre esos peces y los Vástagos eran infinitos.

La idea de coleccionar peces había partido de Iwo; el japonés opinaba que Vannevar necesitaba un hobby. El propio Iwo poseía varios peces de colores. Vannevar había aceptado la sugerencia de Iwo y, al descubrir su afición por la adquisición de estos animales, se había entregado a ella sin reparar en gastos. Su ático albergaba ya más de media docena de acuarios construidos por encargo de varias formas y tamaños, y el apartamento estaba lleno del relajante sonido del agua que fluía impulsada por bombas y filtros. Vannevar se había propuesto coleccionar varias especies distintas, pero los asesinos sudamericanos habían suscitado un interés especial en él.

Hacía más de tres meses que vivía en la última planta del hotel, mientras los obreros daban los últimos toques a los pisos inferiores del edificio, preparando la ceremonia de apertura del hotel. Varias plantas superiores alojaban ya a residentes permanentes, y la última semana el hotel había comenzado a aceptar a sus primeros inquilinos trasnochadores. Pero esta noche señalaba la inauguración oficial con una gala que se celebraría en la sala de bailes del hotel.

Planeaba hacer acto de presencia en la fiesta, aunque sin llamar la atención. Solo un puñado de personas implicadas en la construcción del hotel habían conocido en persona a Vannevar, e incluso estas pensaban que no era sino un modesto inversor y un residente adinerado. El peso del control que ejercía Vannevar sobre la propiedad estaba oculto tras una cortina de papeleo y fachadas empresariales.

El hotel de la cumbre de Nob Hill había sido su mayor logro; había

marcado la culminación de la primera fase de su reinado. Había ocupado el trono, se había hecho con el control de la primogenitura y había supervisado la reconstrucción de su ciudad devastada. La ocupación de la elevada casa de azotea era un símbolo de su éxito.

Ahora tenía que encontrar la manera de que sobreviviera la ciudad. Se escuchaban importantes rumores en el seno de la sociedad internacional de la Estirpe. El creciente número de anarquistas en Los Angeles y otras partes de los Estados Unidos parecía suponer ahora una seria amenaza. Hacía algún tiempo que presionaban a Vannevar para que eliminara a indeseables como Dirk pero, hasta la fecha, se había resistido a ceder a estas exigencias, arguyendo que Dirk y los anarquistas, pese a seguir siendo capaces de fomentar tumultos en la zona de los muelles, estaban más o menos bajo su mando. Las pesquisas de Nickolai acerca del atentado del Día de la Preparación Militar habían exonerado a los anarquistas, y Dirk, como insistiera Margaret, había sido exculpado de todos los cargos. El ataque había resultado ser obra del Sabbat, que Vannevar intuía que constituía una amenaza para San Francisco aún mayor que los anarquistas.

El Sabbat era una siniestra y mortífera secta de vampiros, y se oponía en muchos frentes a las acciones de la Camarilla. Se decía que sus miembros practicaban la magia de la sangre y adoraban a sórdidas deidades. Circulaban historias de todo tipo acerca de ellos, aunque Vannevar dudaba que todas fueran ciertas. Una cosa era segura: hacía mucho que el Sabbat había conseguido ejercer su presa sobre Méjico, presa que no había aflojado todavía.

Se estaban descubriendo continuas evidencias de la presencia del Sabbat en la ciudad, sobre todo durante los incansables seguimientos de las actividades de Dirk y otros anarquistas por parte de Nickolai. La capacidad del Sabbat para manipular a otros vampiros era de sobra conocida, y Nickolai sospechaba que Dirk pudiera estar en contacto con ellos. Vannevar dudaba que Dirk fuese un títere del Sabbat, aunque eso no le impedía tener al Caitiff estrechamente vigilado.

Y aun así, Vannevar sabía que tenía que arrostrar la anónima amenaza asiática, y la persistente presencia de la Familia en Chinatown. Había perdido su contacto con la Familia tras el fallecimiento de Kwon; desde ese momento, todas las comunicaciones se habían establecido a través de los canales oficiales. Vannevar no había vuelto a hablar cara a cara con ningún miembro de la Familia --ni siquiera con Chi-- desde aquel entonces.

Ahora presentía que se avecinaba un giro dramático de los acontecimientos. Incluso Iwo, que solía mantenerse al margen de los entresijos de este sempiterno conflicto, había advertido a Vannevar de que intuía que la situación se acercaba a su momento de crisis. Y habían regresado los sueños: la enorme bestia negra de brillantes ojos rojos.

Vannevar había emprendido acciones para intentar descubrir el origen exacto de la amenaza, con la esperanza de que, cuando llegara el momento, pudiera estar preparado para responder de la manera apropiada.

Sonó el teléfono de su escritorio, devolviéndolo de golpe al presente.

Descolgó.

--¿Diga?

--Ya casi es medianoche --dijo una voz masculina--. Va siendo hora de que te dejes caer por aquí abajo, ¿no te parece? --Era David, el ayudante de cámara de Vannevar.

--Bajo enseguida. --El príncipe miró de soslayo el reloj de la repisa de la chimenea--. Ya me he vestido.

Colgó y, tras recoger la chaqueta de su esmoquin del pomo de la puerta, salió del apartamento y cogió el pequeño ascensor privado que comunicaba con la planta baja. Quien le había llamado era David Foster, uno de los hombres de paja de Vannevar. David, que contaba cuarenta y nueve años de edad, era el nieto de Davey Foster, el joven barquero que había transportado a Vannevar y a Riley allá por mil ochocientos cuarenta y nueve. David Foster II había aprendido mucho observando a su abuelo y ahora trabajaba directamente para Vannevar. Al contrario que el antiguo Davey Foster, conocía al príncipe en persona... y su secreto.

Vannevar había requerido la ayuda de personas normales en su organización, gente que pudiera relacionarse con la sociedad humana con facilidad. Pero la selección de estos ayudantes tenía que ser minuciosa. El riesgo de salir a la luz era una preocupación constante. Confiaba en David sin reparos pero, aun así, se había cubierto las espaldas y, por medio de la hipnosis, había impreso órdenes en su mente para imposibilitar que revelara el secreto de Vannevar aunque se lo propusiera.

Cuando hubo llegado a la planta baja, David lo recibió frente a la puerta del ascensor.

--Buenas noches. --El cabello rubio de David, ralo en la coronilla,

estaba veteado de canas. Al igual que Vannevar, iba vestido de esmoquin.

--Buenas noches, David. Espero que la recepción esté yendo bien.

--Por el momento, muy bien. Pero hace unos minutos que apareció Delfonso y pensé que sería mejor que bajaras.

--Sí. Has hecho lo correcto al llamarme. Gracias.

Delfonso estaba convirtiéndose en un peligro cada vez mayor. Los informes de Nickolai indicaban que el antiguo español ponía en riesgo la Mascarada. Había perdido el contacto con la Toreador Serata, que se había cansado de repente del viejo después de que su antigua, Marie Richaud, abandonara la ciudad, dejando libre el puesto de primogénita de su clan en el proceso. Marie, harta de los continuos enfrentamientos con Serata, se había mudado a Los Ángeles, donde había entrado a formar parte de la industria cinematográfica. Como primogénita, Serata daba numerosos quebraderos de cabeza a Vannevar. A menudo se oponía a los planes del príncipe, impulsada más por su carácter beligerante que por ninguna razón de peso, en opinión de Vannevar.

De un tiempo a esta parte, Delfonso había dado en frecuentar la compañía de algunas de las estrellas de Hollywood que visitaban asiduamente San Francisco los fines de semana en busca de fiestas y emociones fuertes. Los Ángeles, que seguía siendo una comunidad en expansión, carecía de los teatros, restaurantes y hoteles de los que disponía San Francisco. Pero la alocada conducta de la marabunta de Hollywood no contribuía en nada a conciliarlos con la ciudad. Después del escándalo que protagonizara Fatty Arbuckle en 1923, numerosos hoteles de renombre habían adoptado la política de rehusar el abrir sus puertas a los miembros de la comunidad del celuloide. Asimismo, Vannevar y Nickolai sabían que los anarquistas se habían infiltrado en las filas hollywoodenses y, en algunos casos, era posible que incluso ejercieran el control.

El príncipe entró en la sala de baile del hotel y encontró la recepción convertida en un hervidero, el salón lleno casi hasta el máximo de su capacidad. Divisó al alcalde de la ciudad y a otras personalidades de la escena política. Gran parte de la clase alta de San Francisco estaba presente. Y corría el licor. Casi todos los invitados tenían una copa en la mano, a pesar de la prohibición de ámbito nacional contra el consumo de alcohol.

La prohibición había resultado ser un golpe de suerte inesperado

para Vannevar. La mayoría de los estadounidenses habían decidido seguir bebiendo a pesar de la ley, y Vannevar estaba amasando una fortuna introduciendo licor de contrabando en el país. Los cientos de kilómetros de costa californiana eran imposibles de patrullar, y el licor fluía constantemente procedente de Canadá, Méjico y Suramérica, los contrabandistas de ron recalaban en puertos y bahías de una punta a otra de la costa. El control de Vannevar se extendía en estos momentos hasta Monterrey al sur y más allá de la frontera con Oregón al norte. El príncipe sonrió, sabedor de que hasta el último invitado a la recepción estaba bebiendo su licor.

Avistó a Delfonso de pie en compañía de varios vecinos de Hollywood: un director entrado en años y un conocido dirigente a los que Vannevar reconoció de inmediato. El tercer miembro del corrillo era una muchacha --una víctima de la moda de los años veinte-- que Vannevar supuso que sería una joven actriz a la espera de conocer el éxito.

Vannevar, desde el otro lado de la estancia, captó la atención de Delfonso y asintió con la cabeza a modo de saludo mudo. El viejo español le devolvió la cortesía, antes de volver a concentrarse en sus interlocutores para proseguir con cualesquiera discusión que estuvieran manteniendo. Vannevar quería asegurarse de que Delfonso era consciente de su presencia. Quería que el viejo español supiera que estaba siendo vigilado. Vannevar todavía sospechaba que el provento vampiro tenía algo que ver con el escándalo del asesinato de Fatty Arbuckle, cometido hacía años.

David seguía junto al príncipe.

--Tú qué pinta crees que tiene.

--Es difícil saberlo --contestó Vannevar--. ¿Quiénes son esas personas que están con él? --David se había tomado la molestia de investigar sus historiales.

--Hollywood --respondió David, como si esa sola palabra lo dijera todo--. Han venido a pasar el fin de semana. Se supone que los tres empiezan a rodar una película la próxima semana.

--¿Y la joven?

--Nadie importante. Una soñadora, a la espera de romper en la pantalla. Se alojan todos en el St. Francis.

El St. Francis, uno de los hoteles más conocidos de la ciudad, se levantaba varios bloques colina abajo de la calle Powell; estaba situado al otro lado de la calle frente a Union Square, en pleno corazón de la ciudad. Había sido construido poco después del terremoto para

reemplazar a un St. Francis anterior que había sucumbido al incendio; causaba furor entre los visitantes de la ciudad. Vannevar era su propietario.

–Llama a Riley y dile que no pierda de vista a ese grupo. No me gusta la pinta que llevan.

Riley regentaba el St. Francis, aunque lo hacía en la sombra. La clientela del hotel, exclusivamente blanca, era reticente a tratar con un gerente de hotel negro, lo que había obligado a Riley a disfrazarse de portero del edificio. La farsa había dado mejores resultados de los esperados, puesto que los huéspedes solían mostrarse más abiertos y menos cautos ante los empleados del servicio. Además, al trabajar en la calle, Riley podía vigilar la transitada Union Square y gran parte del resto de aquel importante y céntrico vecindario.

–Eso haré. –David salió de la sala de baile para telefonear a Riley. Vannevar se entretuvo mezclándose con los demás invitados.

Una hora más tarde, justo cuando Vannevar terminaba de conversar con un congresista de visita, oyó que alguien pronunciaba su nombre. La voz femenina le sonaba, pero al principio le costó ponerle rostro. Se dio la vuelta y se encontró con una mujer mayor de pie detrás de él. Iba bien vestida, con una estola de piel de zorro alrededor del cuello y el cabello plateado exquisitamente peinado. Rondaría los setenta años de edad. Llevaba puestos unos pendientes incrustados de diamantes y una gargantilla a juego. Vannevar intentó recordar quién podía ser, aunque tardó un instante en caer en la cuenta.

–¿Claire? –preguntó, con una amplia sonrisa iluminándole el rostro.

–Hola, Vannevar. ¿Qué tal te ha ido, tesoro?

Los recuerdos se agolparon en su cabeza: los espléndidos bailes y fiestas en Nob Hill, los paseos en calesa por Golden Gate Park... años de vino y rosas compartidos con la joven y vivaz Claire. Su romance había durado apenas dos años, hasta que la muchacha abandonó la ciudad para casarse con un banquero de la Costa Este. Residía en Nueva York desde entonces. Ambos habían mantenido correspondencia durante algún tiempo pero, a la larga, las cartas se tornaron menos numerosas y perdieron el contacto.

Vannevar, sorprendido lo indecible, ardía en deseos de hablar con Claire y ver cómo estaba, lejos del atestado salón. La escoltó fuera de la estancia, hasta una pequeña sala lateral en la que podrían sentarse a solas, compartiendo un pequeño sofá tapizado de cuero. La miró a

los ojos, recordando aquellos días que ahora le parecían tiempos mejores, menos complicados. El semblante de Claire estaba surcado de arrugas cubiertas por el maquillaje, y había ganado algún kilo de más con los años, pero Vannevar apenas si se dio cuenta. No dejaba de contemplar a la mujer con la que había pasado tan buenos momentos.

--¿Qué haces aquí? --preguntó, aún no repuesto del todo. Se sentía extrañamente nervioso delante de su antigua amante.

--Tenía que regresar a la ciudad por unos días y se me ocurrió venir a visitarte. Riley me ayudó a dar contigo. --El marido de Claire había fallecido hacía varios años. Ella todavía conservaba los títulos de propiedad de varios edificios repartidos por toda la ciudad y había vuelto para transferirlos a sus herederos. Una de sus hijas la había acompañado en el viaje en tren a través del país. Claire tenía más descendientes: otra muchacha y dos varones. Le enseñó sus retratos a Vannevar, que sonreía encantado--. Les ha ido muy bien a todos ellos --comentó Claire, dejando traslucir su orgullo maternal.

--No sabes cuánto me alegro. También a ti te ha ido muy bien. Tienes todo el derecho del mundo a sentirte orgullosa.

La anciana que estaba sentada junto a él había desaparecido de su mente. Vannevar no veía más que a la joven que conociera tantos años atrás.

Claire habló de lo mucho que había cambiado la ciudad y felicitó a Vannevar por el estupendo trabajo que había realizado al reconstruir San Francisco a partir de las ruinas dejadas por el terremoto, pero él había dejado de escuchar. Después de un momento, habló, interrumpiéndola.

--Claire. ¿Te gustaría subir a mi apartamento, donde podamos estar solos?

La mujer se rió igual que una cría, ruborizándose bajo la capa de maquillaje. Volvía a ser de nuevo la joven Claire.

--Tesoro. Pensaba que no me lo ibas a pedir nunca.

* * *

Iwo llegó al ático a la noche siguiente, invitado por Vannevar para comentar con él la inminente crisis a la que ambos creían que tendría que hacer frente la ciudad. Consideraban los últimos acontecimientos que se habían producido en el corazón del continente asiático el vaticinio de un próximo conflicto entre las potencias orientales y la

Camarilla. Hortator, el azteca, se había puesto en contacto con Vannevar en varias ocasiones durante los últimos meses; Hortator había advertido al príncipe de los ominosos presagios que poblaban sus sueños y visiones. El azteca no podía profundizar, le costaba interpretar las señales, pero los dos suponían que se avecinaba una confrontación de grandes proporciones. Vannevar se aplicaba con ahínco a la resolución del misterio.

La investigación teórica del asunto era responsabilidad del joven vampiro Leland Stanford, que vivía en la pequeña capilla del campus de la Universidad de Stanford. Leland, estudioso esforzado y capaz, había rastreado infatigablemente la vasta colección de libros del colegio en busca de pistas que afectaran al misterioso pasado de la Estirpe. La información era escasa y Leland no había conseguido descubrir gran cosa, hasta que la universidad logró adquirir un códice griego sumamente raro llamado *El libro de Nod*. Este texto casi desconocido, aunque en ocasiones resultaba prolijo y difícil de descifrar, contenía muchas pistas sobre la difusa historia de los vampiros.

Leland encontró un pasaje que parecía hacer referencia al problema que los acuciaba pero, dudando de la fidelidad de su traducción, había enviado una copia a Vannevar, solicitando la opinión del príncipe. Cuando pudo echar un vistazo a la copia, Vannevar se sintió desolado al comprobar que el griego que antes dominara se había evaporado de su cabeza. Sus esfuerzos por descifrar el original habían resultado infructuosos, lo que llevó a Vannevar a preguntarse qué más habría olvidado durante sus cerca de dos siglos de existencia. Desconcertado, decidió pedir ayuda a Iwo.

El japonés era un ferviente admirador de la mezcla de métodos que empleaba Vannevar, aunando las antiguas técnicas intuitivas con el pensamiento moderno, incisivo y racional. Pero Iwo rehusó formar parte activa de los esfuerzos de Vannevar. Al igual que el viejo Sergei, Iwo se describía a sí mismo como un observador: interesado en la dinámica del conflicto, pero ajeno e indiferente al resultado final. De todos modos, Iwo era amigo de Vannevar, y el príncipe sabía que, en secreto, el menudo japonés le deseaba el éxito en todas sus empresas. Vannevar había departido frecuentemente con Iwo acerca de la crisis, sabedor de que si planteaba un problema a Iwo con la frecuencia necesaria, el mago no podría menos de aportar alguna que otra sugerencia ocasional. A decir verdad, esa había sido la intención de Vannevar al invitar a Iwo esta noche.

--Este pasaje es el que más despistados nos tiene --dijo Vannevar, sentado a su escritorio frente a Iwo--. Leland ha realizado dos traducciones, pero el significado difiere en gran medida de la una a la otra. Nos hemos quedado atascados por el momento.

Iwo pidió ver las dos traducciones.

--¿Quieres también el original en griego? --preguntó Vannevar, esperanzado.

--No. Lo siento, pero no conozco el idioma.

Vannevar le entregó la hoja que contenía ambas traducciones. Iwo la examinó, leyéndola en silencio para sus adentros.

"Los hijos de Caín, Nod al este y [¿Nadod? (intraducible)], combatirán algún día por [¿la supremacía? ¿el poder?] pero en una tierra que será tanto este como oeste, donde [¿caminarán? ¿motivarán?] los [¿muertos? ¿no-muertos?]."

La segunda versión era menos explícita.

"Los chiquillos de Caín, el oriental Nod y el occidental [¿Nadod? (véase más arriba)] se unirán un día contra la lucha por [véase más arriba] en una tierra que será tanto este como oeste. Están [¿muertos? ¿no-muertos?] pero [¿caminarán? ¿motivarán?]."

--No te sabría decir --se disculpó Iwo, devolviendo el papel--. La diferencia es muy sutil. ¿Los "muertos, no-muertos" de la traducción se refieren a los Vástagos?

--Ese es el problema. No podemos saber con seguridad a qué se refiere el original.

--Pero todo lo demás que habéis descubierto apunta hacia algún tipo de invasión.

--Me temo que sí. No tengo muchas dudas al respecto.

Iwo asintió. El peligro aumentaba con cada año que pasaba.

Vannevar siguió interrogando al japonés, intentando sonsacarlo, pero el mago se mostró evasivo esa noche y arrojó poca luz sobre el problema. Vannevar, exasperado por la reticencia del mago, se rindió y cambió de tema.

--¿Cómo le va últimamente a don Benedicto?

Benedicto seguía en la ciudad, tras haber pedido permiso para quedarse a sus antiguos. Aunque estaba afiliado a la capilla Tremere local que dirigía Honerius, no era un miembro activo. Vannevar había

respaldado la petición de residencia de Benedicto, arguyendo que la estrecha relación de Benedicto con la Viuda hacía que su presencia en San Francisco resultara beneficiosa para él y para la Camarilla.

Y Vannevar no había exagerado. Necesitaba desesperadamente la ayuda de Benedicto para mantener a la Viuda bajo control. La antigua Nosferatu era una colaboradora conflictiva y Benedicto parecía ser el único capaz de manejarla. Cuanto más conocía Vannevar a Benedicto, más respeto le merecía ese hombre. Ahora lo contaba entre los escasos aliados en los que depositaba su entera confianza.

--A nuestro amigo don Benedicto le va bien --dijo Iwo--. Pero, como de costumbre, no es tan feliz como creemos que debería serlo. Sigue pasando demasiado tiempo encerrado, leyendo y estudiando libros sobre filosofía oriental y misticismo. --El japonés se quejaba a menudo de que don Benedicto, aunque era un buen alumno, tenía que recibir continuas amonestaciones para que no renunciara por completo a la tradición occidental--. Me temo que don Benedicto sería capaz de tirar al bebé vaciando el agua de la palangana, por así decirlo. Sigue volviendo la espalda a lo que era antes, insiste que nada de eso merece la pena.

Benedicto había sido un misionero franciscano pero, tras el Abrazo, había renegado de sus opiniones religiosas y políticas. Cuando hubo descubierto la filosofía budista, se embarcó rumbo a oriente, donde encontró distintos maestros con los que estudiar. Durante su estancia en China había trabado amistad con la otrora belleza que era ahora la Viuda.

--No dejo de decirle que siga el camino de en medio, una y otra vez --se lamentó Iwo, aunque con una sonrisa--. Pero él sigue aborreciendo todo lo que conocía, convencido de que el secreto de la existencia reside en alguna parte del este. Yo le digo: "¡Don Benedicto! ¡Mírame! ¡Soy tu maestro! Yo partí de mi hogar y he viajado hasta tu país, solo para estudiar y aprender vuestras costumbres". Se lo repito una y mil veces: "La verdad se habla en distintas lenguas... pero solo para aquel que sabe escuchar".

Iwo se agarró las orejas y las movió adelante y atrás con gesto cómico, provocando las risas de Vannevar. El japonés se rió con él. En su día había impartido la misma reprimenda al príncipe.

Sonó el teléfono. Era Riley el que llamaba.

--Problemas, y de los gordos. Será mejor que bajas enseguida al St. Francis. Entra por la puerta de servicio. La fachada principal está rodeada por la policía.

Vannevar le dio las gracias y colgó.

--Lo siento, Iwo. Ha surgido un contratiempo importante. Me temo que tengo que irme.

--No te preocupes. --El japonés ya se había puesto de pie y se disponía a marcharse--. Lo entiendo.

El reluciente Cadillac negro de Vannevar lo esperaba en la puerta principal. El chófer condujo colina abajo hasta el St. Francis, utilizando el acceso posterior de la calle Post. Cuando entraron en el callejón, Vannevar vio las hileras de coches patrulla aparcados frente a la calle Powell, con las luces encendidas. Riley se reunió con él en la puerta de servicio, acompañado de Nickolai.

--Por aquí --dijo Riley, en voz baja, indicando a Vannevar una escalera trasera. La policía infestaba el edificio y Riley no quería tropezarse con ningún agente--. Abajo.

Se dirigieron al segundo sótano del hotel.

--Hay una mujer muerta en el tercer piso --explicó Nickolai al príncipe--. Asesinada. Antes la han torturado. Un par de tipos de Hollywood... un director y un actor. La policía ya los ha arrestado. Pude hablar con ellos antes de que se los llevaran. No piensan revelar nada. Sacamos a Delfonso de aquí antes de que alguien le pusiera la vista encima.

El viejo español había sido cómplice de la abominación y ahora estaba retenido en el sótano del hotel.

Vannevar encontró a Delfonso en una sala de calderas, sentado en una decrepita silla de madera, cabizbajo, sujetándose la cabeza con las manos. Tenía el traje empapado de sangre. Alzó la mirada cuando entró Vannevar y, al ver a su viejo amigo, intentó levantarse para saludarlo.

--Vannevar. Lo siento. No sé qué ha ocurrido. Me...

Dos de los hombres de Nickolai, apostados detrás de Delfonso, lo cogieron por los hombros y lo empujaron de nuevo contra la silla.

--Basta --dijo Vannevar--. Eso no es necesario.

El cuerpo de la mujer había sido encontrado atado de pies y manos a la cama; le habían arrancado el corazón. Todo indicaba a que se había tratado de un arrebató pasional de Delfonso. El viejo español solía restringir sus espantosos apetitos a las cámaras secretas de la Misión Dolores, pero esta vez les había dado rienda suelta en la ciudad, y en el dominio de Vannevar.

--¿Te das cuenta de lo que has hecho aquí esta noche?

--preguntó Vannevar, fulminando a Delfonso con la mirada. El español

lo miró, con los ojos empañados de lágrimas sanguinolentas. Movi6 la boca para decir algo, pero no profiri6 sonido alguno--. Sacadlo de aqu6. Aseguraos de que vuelve a su hogar. Ya me ocupar6 de 6l m6s tarde.

Los dos hombres levantaron en vilo a Delfonso y lo escoltaron fuera de la sala. Por el camino, Delfonso se volvi6 hacia Vannevar, pero el pr6ncipe no le hizo caso.

--6l otro est6 ah6 atr6s --dijo Nickolai a Vannevar. Hab6a una confederada implicada; una mejicana, chiquilla de Delfonso.

Vannevar encontr6 a la mujer atada a un antiguo mueble, retenida por gruesas cadenas. Hab6a otros tres hombres de Nickolai a su alrededor, con pesadas barras de metal en las manos. La cautiva hab6a sufrido una severa paliza.

Sise6 cuando entr6 el pr6ncipe y le ense6a sus enormes colmillos. Su rostro era repulsivo: profundos cu6vanos por ojos, con el bestial semblante oculto tras una mara6a de cabellos. Dos peque6os cuernos sobresal6an de su frente y se curvaban sobre su testuz. La inconfundible adepta del Sabbat hab6a mantenido su apariencia en secreto por medios m6gicos.

Un torrente de obscenidades brot6 de sus labios cuando Vannevar se acerc6 a ella; la prisionera escupi6 al pr6ncipe. Uno de los hombres de Nickolai dio un paso al frente y la oblig6 a callar de un porrazo.

--¿Sabbat? --pregunt6 Vannevar, dirigi6ndose a Nickolai. Era la primera vez que ve6a a una de ellos.

--Sin lugar a dudas. --Nickolai estaba m6s familiarizado con la peligrosa secta, puesto que se hab6a encontrado con ella en Europa m6s de una vez--. Todav6a no lo ha admitido, pero estoy seguro de que conseguiremos que hable.

--Insistid --dijo Vannevar al ruso; gir6 sobre sus talones y abandon6 la estancia.

* * *

Vannevar sali6 de su 6tico a la noche siguiente, rumbo al Ferry Building. Claire se iba de la ciudad en el 6ltimo barco que cruzaba la bah6a, para coger el tren que la esperaba en Oakland. Vannevar quer6a despedirse de ella antes de que se marchara. La mujer le hab6a contado que probablemente ese fuera su 6ltimo viaje a la Costa Oeste, y ambos sab6an que era improbable que volvieran a verse.

Esa noche estaba de servicio un nuevo chófer que reemplazaba temporalmente al conductor habitual de Vannevar. Nickolai había aconsejado el cambio y le había garantizado que el nuevo empleado había sido investigado a conciencia.

--Buenas noches, señor --dijo el chófer, mientras sostenía la puerta abierta para el príncipe. Su uniforme estaba impecable; sus botas altas relucían como dos espejos.

--Buenas noches --sonrió Vannevar--. Al Ferry Building, por favor.

--Muy bien, señor. --El hombre cerró la puerta, antes de sentarse al volante. Él coche se alejó.

* * *

Encontró a Claire esperándolo en el muelle, acompañada de su hija, de mediana edad. Charlaron un rato, pero Vannevar tenía que conducirse con cuidado delante de la muchacha, que pensaba que él era el descendiente de un viejo amigo de Claire. Su presencia restó afectuosidad a la despedida; Vannevar no podía hablar sin tapujos delante de Claire. Mas cuando se presentó la ocasión y la hija se distrajo, Vannevar consiguió dar a Claire el beso y el abrazo que quería.

--Espero que te sepas cuidar --le dijo Claire, sonriendo, con los ojos empañados de lágrimas--. Prométeme que no te meterás en problemas. --Al igual que Vannevar, estaba segura de que ese sería el último momento que compartirían.

--Descuida. --Vannevar sonrió; se sentía vagamente vacío ahora que se aproximaba la hora de zarpar--. Te deseo la mejor de las suertes.

Vio cómo las dos mujeres subían a bordo del transbordador, y desaparecían. Se quedó en el muelle un momento, hasta que el barco se hubo perdido en medio de la niebla nocturna, bahía adentro. Se preguntó cómo habría sido su vida con Claire; si habrían tenido hijos, si habrían envejecido juntos, si habrían muerto tal vez siendo aún amigos y amantes. Se preguntó cómo sería volver a ser humano, saber que en algún momento llegaría el final.

Regresó a la limosina; por el camino, compró la edición vespertina del *Chronicle* a un vendedor ambulante.

--A casa --instruyó Vannevar al chófer cuando hubo ocupado el asiento trasero. Tras acomodarse en el acolchado sillón, abrió el periódico y empezó a leer.

Minutos más tarde, levantó la cabeza y se dio cuenta de que se dirigían al sur, por la carretera paralela a las dársenas.

—¿Qué haces? Vamos en dirección contraria.

El conductor no dijo nada, sino que pisó el acelerador.

Fue entonces cuando Vannevar comprendió que estaba metido en un lío.

Asió la manilla de la puerta, dispuesto a saltar del vehículo en marcha, pero el asiento que lo rodeaba explotó de repente. Unas garras se abrieron paso a través de la tapicería de cuero, buscando a Vannevar, reteniéndolo, impidiendo que huyera. Los neumáticos del coche chirriaron cuando el chófer maniobró el enorme automóvil para describir una curva cerrada y se adentró en un callejón sombrío, donde clavó el pie en el pedal del freno y apagó el motor antes de saltar por encima del asiento para sumarse al ataque. El rostro del conductor se había convertido en una máscara de pesadilla; una gruesa lengua bífida, negra, asomaba entre sus labios.

Mientras tanto, los demás asesinos del Sabbat se abrían paso a través del asiento, saliendo a rastras del maletero, donde habían permanecido ocultos y a la espera. Ya se agolpaban sobre Vannevar, lo superaban en número, sus sucias garras buscaban su cara y sus ojos mientras sus colmillos se le clavaban en la carne y le extraían la sangre. El monstruoso semblante de una niña de doce años de aspecto feroz apareció ante sus ojos, antes de zambullirse bajo su barbilla y hundirle los colmillos en el cuello.

Vannevar pateaba con ambas piernas, intentando liberarse al tiempo que pugnaba con la pequeña. Se arrojó de espaldas contra la puerta del coche, rompiendo la cerradura; la puerta salió despedida y Vannevar rodó por el pavimento. Los Sabbat se amontonaron sobre él; la niña-monstruo seguía aferrada a su cuello, lamiendo con avidez la sangre que borbotaba de las heridas de Vannevar. El príncipe agarró a la niña por la barbilla y le torció la cabeza. Oyó el chasquido del cuello. Tiró a un lado el cadáver convulso, rodó y se quitó de encima a un par de atacantes, al tiempo que procuraba ponerse de pie.

Pero los tres Sabbat adultos se abalanzaron sobre él; uno de ellos blandía una afilada estaca de madera que intentaba clavar en el corazón del príncipe.

Se escuchó el chirrido de unos neumáticos en las cercanías y Vannevar oyó el sonido de las puertas de un coche que se abrían de golpe y gritos de hombres. Sintió que apresaban a los atacantes del Sabbat, oyó gritos y más voces, y los rugidos de los vampiros

contendientes. Alguien lo cogió del brazo y le ayudó a ponerse de pie, llevándoselo prácticamente a rastras de la refriega. Era Nickolai.

--¿Estás bien? --preguntó el ruso, sosteniendo al príncipe con una mano mientras le sacudía la ropa cubierta de polvo.

--Sí --dijo Vannevar, llevándose una mano a la garganta, sintiendo las atroces heridas que ya comenzaban a cicatrizar y a cerrarse.

Los hombres de Nickolai no tenían ni para empezar con los asesinos del Sabbat. Los mataron a todos en cuestión de minutos.

--No sabe cómo lo lamento, milord --se disculpó Nickolai--. Hace apenas media hora que descubrimos el cadáver del chófer en un contenedor de basura y emprendimos su búsqueda de inmediato. Me alegra que llegáramos a tiempo.

Nickolai se fijó en que la niña del Sabbat seguía con vida, pese a tener el cuello roto; se convulsionaba, pero no podía moverse ni hablar. Ladró una orden y uno de sus hombres la despachó. Vannevar apartó la mirada.

--Este ataque es una advertencia --dijo Nickolai a Vannevar--. El Sabbat intenta vengar la muerte de sus amigos. --Tras el exhaustivo interrogatorio de la noche anterior, la mujer del Sabbat había sido ejecutada.

Vannevar asintió; lo comprendía.

--Llévame a casa --fue lo único que dijo.

* * *

Más tarde, ya en su apartamento, Vannevar volvía a estar sentado delante del acuario de las pirañas cuando sonó el teléfono.

--Sí --dijo, tras descolgar.

La llamada provenía de Los Angeles; era uno de los hombres del príncipe Sebastián.

--El príncipe Sebastián me ha pedido que le llamara, señor. Me temo que tengo malas noticias.

--Sí --dijo Vannevar, con calma.

--Marie Richaud ha muerto. Los anarquistas la han asesinado. La atraparon anoche en la trastienda de uno de sus estudios. La descuartizaron.

Vannevar no dijo nada.

--El príncipe Sebastián quería que usted lo supiera, señor --añadió la voz, esperando una respuesta.

--Gracias --dijo Vannevar; muy despacio, volvió a posar el teléfono

en su horquilla.

Se concentró de nuevo en las pirañas. Esa noche estaban agitadas. Hacía días que no comían y los pequeños carnívoros tenían hambre.

--¿Tenéis hambre, pequeñas? --preguntó Vannevar, poniéndose de pie--. ¿Queréis que os dé de comer? ¿Igual que todos los demás?

Sumergió la mano en el agua, cerrando los ojos, anticipando el dolor cuando se acercaron las pirañas. El agua no tardó en cubrirse de una espuma sanguinolenta, pero Vannevar no sacó la mano hasta que sus mascotas hubieron devorado toda la carne de sus dedos y empezaron a roer los huesos.

1936: EL COMLOT AL DESCUBIERTO

Un espeso y frío manto de niebla envolvía el cementerio de Laurel Hill de San Francisco, situado al sur del Presidio, al pie de los mil doscientos metros de altura de la Montaña Solitaria. Laurel Hill, el mayor y más prestigioso campo santo de la ciudad, había albergado a más de cuarenta y siete mil cadáveres en su día. Ahora estaba casi vacío. Los sinuosos y gélidos tentáculos de niebla reptaban curiosos por el interior de mausoleos vacíos, se enroscaban en torno a montañas de osamentas rotas y exploraban en silencio los fondos de las sepulturas desalojadas. De los miles de muertos que habían descansado en este lugar, quedaban pocos más de cien, y se había previsto que estos fueran exhumados y trasladados en los próximos días.

Los ciudadanos de San Francisco, ávidos de terreno edificable, habían votado por la desaparición de los cementerios de la ciudad. Laurel Hill era el último de la lista; lo habían precedido campos santos emblemáticos como el Masonic, el Calvary, y otros. Se desenterraban los cadáveres, se cargaban en camiones y eran trasladados al sur de la ciudad, más allá de las montañas de San Bruno, hasta la pequeña ciudad de Colma, donde se les volvía a dar sepulcro en cementerios nuevos construidos expresamente para la ocasión. Para cuando se hubo finalizado el proyecto, solo quedaban intactos el antiguo cementerio militar del Presidio y la pequeña parcela de la Misión Dolores.

La ciudad, que se había expandido y desarrollado hasta su límite, esperaba con ansia estos nuevos terrenos, con la esperanza de que paliarían la carestía de hogares. Los promotores vaticinaban suculentos beneficios para esta nueva tierra habitable, donde se edificarían numerosas viviendas de lujo por valor de millones de dólares. Los votantes habían aplaudido esta medida.

Los Vástagos sabían cuál era el verdadero motivo. La eliminación de las sacramentales formaba parte de un intento por mantener San Francisco libre de la influencia del Sabbat. Las costumbres de la peligrosa secta eran bien conocidas; al Sabbat le gustaba establecer sus refugios en los cementerios.

* * *

Había un lugar en el campo santo que estaba libre del manto de niebla, un lugar donde un pequeño grupo de hombres se erguía en torno a una tumba recién excavada. Vannevar, acompañado de Nickolai, don Benedicto y el primogénito Tremere Honerius, supervisaba la exhumación de uno de los últimos cuerpos del cementerio.

--¿Qué le parece, don Benedicto? --preguntó Vannevar, viendo cómo el Tremere, de rodillas, linterna en mano, escrutaba la sepultura abierta, inspeccionando la agrietada tapa del ataúd podrido que habían descubierto.

--Las marcas están ahí --anunció Benedicto--. Este es bueno. --Se irguió y se sacudió la tierra de los pantalones.

Vannevar hizo un gesto a Nickolai, que, por medio de señales mudas, ordenó a los ghouls y a los vampiros que aguardaban en las proximidades que sacaran el féretro de la tumba y lo cargaran en la plataforma de la camioneta que habían aparcado no muy lejos. Vannevar y la primogenitura planeaban llevar a cabo un experimento con este cadáver en particular.

El príncipe había desentrañado el secreto de la inminente invasión asiática tras descubrir que se habían enterrado ciertos cadáveres especiales por toda la ciudad, a la espera de unos espíritus los poseyeran y les devolvieran la vida. Los cadáveres saldrían de sus tumbas por la noche para buscar y destruir a todos los Vástagos de la ciudad... salvo, claro está, a la Familia. Con la Estirpe residente eliminada, el enemigo oriental no encontraría oposición a la hora de ocupar la ciudad.

La Familia, desde luego, estaba detrás de todo aquello. Hacía años que sobornaba y amenazaba a los enterradores de la ciudad, a los que obligaba a embalsamar ciertos cadáveres con una mezcla especial de hierbas y especias que habilitaría esos cuerpos para los espíritus ocupantes.

Solo la Familia conocía el paradero de dichos cadáveres especiales y, aunque los ataúdes estaban marcados con discretos símbolos secretos, Vannevar había decidido sacar todos los cuerpos de la ciudad antes de arriesgarse a que se les pasara siquiera uno por alto.

Lo único que Vannevar desconocía era dónde y cómo se manifestarían los espíritus. Estaba seguro de que el exilio de los cadáveres desbarataría el plan, pero no podría dormir tranquilo hasta que descubriera la manera en que se introducían los espíritus.

Vannevar vio cómo los ghouls cargaban el féretro en la camioneta.

--¿Podéis ocuparos vosotros a partir de aquí? --preguntó a los dos Tremere, Benedicto y Honerius.

--Creo que lo tenemos bajo control --respondió Benedicto--. Trasladaremos el cuerpo directamente a la capilla y lo prepararemos esta noche. --Los análisis previstos para el cuerpo se realizarían en el sótano de la mansión de Pacific Heights que había heredado Honerius del difunto Cyrano.

--En ese caso, nos veremos mañana por la noche. --En compañía de Nickolai, Vannevar se alejó del escenario, rumbo a su limosina, que estaba aparcada a escasos metros de distancia.

Nickolai esperó hasta que hubieron entrado en el coche y se hubieron cerrado las puertas antes de dirigirse al príncipe:

--Sigo pensando que no deberíamos confiar en Honerius. --El ruso se había opuesto a que el primogénito Tremere acudiera esta noche--. Cuanto menos sepa acerca de nuestros planes, mejor.

A pesar de que el orondo Honerius había jurado lealtad a Vannevar en repetidas ocasiones, los espías de Nickolai habían averiguado que el Tremere se mantenía continua y furtivamente en contacto con la capilla de su clan en Sacramento.

--Esta noche necesitábamos a Honerius. Como necesitaremos su experiencia mañana durante el experimento. --Honerius había generado la niebla que había encubierto sus acciones a los ojos de cualquier posible transeúnte trasnochador--. No me tomo tus sospechas a la ligera, pero él sabe que está en juego nuestro futuro.

Confío en su cooperación. Al menos por ahora.

Nickolai gruñó su aquiescencia, aunque no ocultaba su desagrado. No tenía nada que objetar a la implicación de Benedicto. El tiempo había demostrado que Benedicto era un partidario leal y de confianza. Pero el ruso compartía con Vannevar su arraigado recelo hacia el clan Tremere y las complejas maquinaciones políticas de sus miembros. Sometía a los miembros locales del clan a una vigilancia constante.

Vannevar ordenó a su conductor que dejara a Nickolai cerca de su hogar para, a continuación, dar media vuelta y dirigirse al Hospital General de San Francisco. Aunque era la una y media de la noche, quería visitar a un amigo enfermo.

* * *

En una ensombrecida habitación privada del hospital, Vannevar encontró a un pequeño grupo de personas arracimadas en torno a una cama. El paciente era muy anciano. Mechones de pelo cano cubrían su coronilla; una sombra de barba oscurecía su cuello delgado; su piel estaba señalada de lunares. Tenía los ojos cerrados y respiraba con esfuerzo, si bien de manera regular.

Vannevar se sumó en silencio al grupo, colocándose junto a Riley, y contempló al moribundo Davey Foster, una figura frágil y menuda que en nada recordaba al vivaz adolescente que conociera haría casi noventa años. Hacía solo dos semanas que el anciano había celebrado su centésimo cuarto cumpleaños; incluso el *Chronicle* y el *Examiner* se habían hecho eco de la efeméride. "El vecino más veterano de San Francisco", lo habían llamado. Habían publicado fotografías del viejo Davey, en la cama, rodeado de docenas de descendientes, el alcalde de la ciudad e incluso el gobernador de California. Los dos periódicos habían presentado entrevistas en las que Davey relataba cómo habían sido los inicios de la ciudad: la fiebre del oro, los vigilantes, el gran terremoto y el incendio. Davey solamente lamentaba que, cuando le llegara la hora, no podría ser enterrado en la ciudad en la que había vivido durante tanto tiempo. El referéndum según el cual se había decidido eliminar todos los cementerios se lo impediría. Dos semanas después sufría el inesperado paro cardíaco que lo había llevado al hospital. Hoy, los médicos habían informado a la familia de que creían que al anciano le quedaba poco tiempo de vida.

--¿Ha recuperado el conocimiento? --preguntó Vannevar a David, su ayudante y nieto de Davey, que estaba de pie al otro lado de la cama.

--A ratos. En ocasiones se muestra coherente, pero enseguida se vuelve a dormir.

David, que ya rondaba los sesenta, estaba acompañado por dos de sus descendientes, una mujer y un varón. Ambos trabajaban para Vannevar.

Riley contemplaba a Davey. Al contrario que Vannevar, que nunca había conocido en persona a Davey, Riley había sido íntimo amigo suyo. Presenciar cómo yacía postrado en la cama, a la espera de que le llegara su hora, provocaba que se le agolparan las lágrimas en los ojos. Se enjugó una lágrima con el dorso de la mano, con la esperanza de que nadie se hubiera dado cuenta.

--¿Puedo hacer algo? --preguntó Vannevar a David.

--Me temo que no. Los médicos dicen que lo único que podemos hacer es procurar que esté lo más cómodo posible.

La respiración del dormido se interrumpió y todos volcaron sus miradas en él, temiéndose lo peor. Pero Davey volvió a respirar, con suavidad y regularidad, y se tranquilizaron.

--¿Cuánto sabe acerca de mí?

Nadie había revelado el secreto de Vannevar al anciano, aunque Riley le había dicho en cierta ocasión que pensaba que era posible que Davey intuyera más cosas de las que daba a entender. La ausencia de indicios de envejecimiento por parte de Riley había levantado sospechas que este nunca había logrado apaciguar del todo. Cuando Vannevar invitó al joven David a trabajar para él, el anciano había interrogado a su nieto acerca de ese misterioso jefe suyo pero, impedido por las barreras mentales que le implantara Vannevar, David no había desvelado el secreto.

--Llamadnos si se produjera algún cambio --dijo Vannevar al trío del otro lado de la cama.

El príncipe y Riley salieron sin hacer ruido de la habitación de hospital.

Después de dejar a Riley delante del St. Francis, Vannevar pidió a su chófer que lo llevara a casa.

* * *

A la noche siguiente, Vannevar se encontraba al final de un

espigón azotado por el viento que se adentraba en la bahía desde la orilla oriental de la ciudad. Junto a él se encontraban Nickolai y don Benedicto. Los tres asistían a las maniobras de una grúa que estaba descargando una embarcación anclada en el muelle.

--¿Es ese? --preguntó Benedicto al príncipe mientras la grúa alejaba la caja del carguero, preparándose a depositarla en el muelle.

--Debería. Dirk dijo que había pedido que lo señalaran.

El costado del contenedor exhibía una enorme "X" pintada.

Algunos de los hombres de Dirk lo habían encontrado mientras descargaban la nave. En cuanto el anarquista se hubo enterado, había ordenado que se retuviera la carga a bordo del barco y se había puesto en contacto con el príncipe.

--Sigo sin fiarme de Dirk --comentó Nickolai--. ¿Por qué querría ayudarnos?

--Porque, al igual que Honerius, sabe que esta vez está en juego el bienestar de toda la ciudad. Le interesa ayudarnos a frustrar los planes del Abuelo.

Vannevar había forjado un pacto con el líder anarcosindicalista; le había prometido numerosas concesiones a cambio de la promesa de cooperar en determinados asuntos de importancia.

La caja que estaba siendo descargada contenía una remesa de jarrones de cerámica, remitidos desde algún lugar del corazón de Asia. Nickolai había descubierto el complot de la Familia, les había prohibido el paso a la zona y había destacado a varios hombres para que se aseguraran de que el envío no caía en malas manos. Había apostado hombres por toda la zona, por si acaso a la Familia se le ocurriera efectuar un desesperado intento de última hora por apoderarse de las vasijas. Cerca, un camión aguardaba a recoger la mercancía para transportarla a un emplazamiento secreto fuera de la ciudad. Vannevar creía que los jarrones de cerámica contenían los espíritus que habrían de reanimar a los cadáveres especiales que habían sido enterrados en distintas partes de la ciudad, pero no estaría seguro hasta que sus siervos los hubieran examinado y hubieran realizado algunas pruebas.

La grúa bajó el contenedor al muelle, con suavidad. Los estibadores se apresuraron a sujetarlo cuando tocó el suelo. Desengancharon la red de carga, forzaron el costado de la caja y se hicieron a un lado. Los tres vampiros se acercaron al embalaje, casi con precaución, sabedores ya de lo que probablemente contenía.

--Echa un vistazo, Benedicto --dijo Vannevar--. Dinos qué te parece.

Benedicto escarbó en las gruesas capas de virutas de embalaje, hasta encontrar las vasijas, montadas en estantes de madera. Como sospechaban, había exactamente cien jarrones.

--El mismo número de cadáveres especialmente preparados que hemos descubierto --apuntó Benedicto. Los tres sonrieron para sí.

Benedicto sacó la jarra más próxima, acunándola con cuidado en sus brazos. La tapa estaba sellada con una sustancia pegajosa semejante a la brea, y marcada con caracteres chinos.

--¿Qué pone? --quiso saber Vannevar, ansioso.

Benedicto estudió los símbolos por un momento. Estaban trazados en un estilo muy antiguo que dificultaba la lectura. Frunció el ceño, y luego sonrió.

--Esto es --dijo, en tono triunfal--. Me parece que los hemos derrotado.

Se dio la orden de descargar la caja y se depositaron los jarrones en el camión, con cuidado, antes de alejarlos del muelle. El trío, complacido, regresó a la limosina de Vannevar y partió en dirección a la capilla Tremere de Pacific Heights. Benedicto sujetaba todavía una vasija en el regazo.

* * *

Cuando llegaron a la residencia de Honerius, lo encontraron todo en su sitio y preparado para el experimento. Honerius condujo a sus visitantes al profundo sótano debajo de la mansión con torreón de estilo reina Ana. Allí, en las cámaras subterráneas de la casa, pensaban comprobar su teoría.

--¿Está todo preparado? --preguntó Vannevar a Honerius cuando llegaron al nivel inferior de la residencia.

--Todo en orden. Seguidme.

Honerius guió al grupo por un estrecho pasadizo que desembocaba en una pequeña cámara de piedra. Una celda con barrotes encerraba a un vampiro del Sabbat de aspecto depravado, encadenado por las muñecas a una de las paredes del calabozo. El Sabbat siseó cuando entraron. Se trataba de un hombre de piel morena, con el cabello desgredado; su boca no era más que un amplio tajo irregular cuajado de dientes afilados. Al otro lado de la celda había una pequeña mesa de piedra con pedestal y, junto a ella, en el suelo, el putrefacto ataúd que habían desenterrado la noche anterior.

Habían levantado y apartado la tapa del féretro, exponiendo los

apergaminados restos de alguien que había fallecido y había sido enterrado hacía mucho tiempo. Quedaba poco de él salvo la carne amarillenta, seca y nervuda, apenas la suficiente para mantener los huesos unidos. La osamenta estaba dura y seca; los ojos eran dos meras cavidades negras.

Benedicto entregó el jarrón con cuidado a Honerius, que, a su vez, se lo entregó a su aprendiz. Tras abrir la reja de la celda, el aprendiz entró con precaución y, manteniéndose a una distancia prudencial del rugiente Sabbat, depositó la vasija encima de la mesa. Con un trozo de tiza, el aprendiz dibujó a continuación una serie de círculos, parábolas y otra serie de diseños curvilíneos alrededor de la jarra. Honerius y Benedicto observaban con atención desde el exterior del calabozo, fijándose en que el aprendiz no cometiera ningún error. Cuando hubo terminado, el aprendiz se apresuró a salir de la celda, esquivando de nuevo al siseante monstruo encadenado, y volvió a cerrar la puerta con llave.

Esperaron.

Minutos más tarde, comenzaron a aparecer unas volutas de humo en torno a la vasija, emanando de la tapa sellada. Incluso de lejos se podía sentir el calor, como si algo que hubiera en el interior del jarrón hubiera comenzado a reaccionar al conjuro que se había lanzado sobre ello. A continuación, con una serie de crujidos, el envase se agrietó, se descascarilló y, por fin, se redujo a fragmentos encima de la mesa. Un penacho de humo verdoso surgió de los trozos, retorciéndose igual que un tornado en miniatura.

El prisionero del Sabbat enmudeció, tan hipnotizado como los demás por los movimientos del sinuoso humo.

La columna arremolinada, que ya alcanzaba el metro de altura, comenzó a doblarse en dirección al marchito cadáver del suelo. La punta del remolino acarició el rostro del cuerpo, antes de filtrarse entre los labios resecos.

El cadáver abrió los ojos de golpe y se sentó enhiesto con un crujido; los pozos vacíos que eran sus ojos refulgían, verdes y latientes. El apergaminado ser pugnó por ponerse de pie, balanceándose a un lado y a otro, escrutando la celda con sus ojos hueros. Al reparar en el Sabbat maniatado en la pared opuesta, se abalanzó sobre él. El Sabbat profirió un alarido e intentó zafarse de la embestida del ser con sus brazos encadenados, pero el cadáver era mucho más fuerte. Presionó al Sabbat contra el muro, envolviendo al cautivo con sus apéndices resecos en un abrazo espantoso. Tras

enterrar su rugiente cabeza en el torso del Sabbat, royó con avidez la carne y el hueso que lo separaban del corazón del vampiro. El Sabbat gritó y pataleó cuando el engendro no-muerto comenzó a devorarlo, pero el cadáver animado se aferraba a su pecho como un demonio, mordiendo y masticando. Cayeron al suelo trozos de carne y hueso del Sabbat, a los pies del prisionero.

Cuando la cosa hubo penetrado el esternón del Sabbat y llegado al fin al corazón del vampiro, redobló sus esfuerzos. La sangre manó a borbotones y los alaridos del Sabbat alcanzaron un timbre imposible. Los vampiros del exterior de la celda observaban impasibles, impertérritos.

El vampiro encadenado dejó de resistirse de repente cuando el cadáver hubo arrancado los restos del corazón del Sabbat de su torso y lo devoró con ansia, lamiendo y sorbiendo groseramente, aunque el engendro estaba tan podrido y descompuesto que lo que engullía se vertía en el suelo a través de los resquicios y agujeros de su cuerpo mohoso.

Los vampiros asistían al festín de aquel ser, atónitos por su fuerza y encarnizamiento, horrorizados al imaginar lo que un centenar de monstruos iguales a aquel sueltos por la ciudad podrían haber hecho con la población de Vástagos de San Francisco. Sin duda habrían sido todos erradicados en una sola noche.

--¿Durante cuánto tiempo viven? --preguntó Vannevar a Benedicto, sin apartar la mirada del horripilante ser, pese al asco que le inspiraba.

--Hasta que sale el sol. Se supone que entonces los espíritus huyen y el cadáver se desploma.

--Ya veo --dijo Vannevar, fascinado todavía por la cruenta escena.

El joven aprendiz de Honerius cruzó la estancia por delante de ellos, demasiado cerca de la celda. Con un movimiento, el voraz cadáver se abalanzó sobre él, metiendo los brazos entre los barrotes y apresando al desprevenido joven vampiro. El aprendiz gritó, pero la cosa ya lo tenía. Tras inmovilizar al aprendiz contra los barrotes, enterró su espantosa faz en la espalda del vampiro y se abrió paso a mordiscos hasta el interior de su víctima en cuestión de segundos.

Vannevar quiso ayudar al aprendiz, pero Nickolai asió al príncipe por el brazo y lo retuvo. Honerius se apartó de inmediato, cubriéndose la boca con la mano, asustado.

Don Benedicto no había sucumbido al pánico, sino que ya estaba trabajando en un hechizo para disipar la fuerza que animaba al

cadáver. Sus manos describieron formas y figuras en el aire mientras murmuraba las palabras del ensalmo mágico. Pero no fue lo bastante rápido para salvar al aprendiz. En el momento que surtía efecto el sortilegio, el cadavérico y ensangrentado rostro del cadáver animado asomaba por un irregular boquete practicado en el pecho del Tremere muerto. Fue entonces cuando la magia de Benedicto expulsó al espíritu del cuerpo; el avellanado cadáver se desplomó inerte en el suelo. El aprendiz, sin vida, resbaló apoyado en los barrotes hasta quedar sentado en el suelo, con un dilatado agujero en el torso y la ropa empapada con su propia sangre.

Los cuatro se habían quedado sin habla. Ninguno se había imaginado que pudiera suceder algo así.

Cruzaron las miradas, sin hablar. Habían escapado a una destrucción segura de puro milagro. Al menos por ahora.

* * *

Davey Foster falleció algunos días después, cuando su anciano corazón se rindió al fin. Casi todos sus familiares estaban junto a su cama en el momento de su muerte.

Hacia el final había recuperado el conocimiento brevemente, para lamentar de nuevo el hecho de que, tras todos aquellos años, no pudiera ser enterrado en su querida ciudad.

Cuando Vannevar supo de la muerte de Davey, realizó unas cuantas llamadas. Se pagaron un par de sobornos y, una noche, aparecieron unos trabajadores en la Misión Dolores y realizaron algunos cambios en el diminuto y atestado campo santo de la iglesia, haciendo sitio para otra tumba pequeña. Una lápida diminuta, casi imperceptible, erigida en una esquina ensombrecida, señala ahora el último lugar de descanso de Davey Foster.

Todos los cadáveres especiales fueron enterrados en el nuevo cementerio de Colma. Vannevar anunció a la Estirpe que los jarrones de cerámica habían sido destruidos. Sin embargo, lo cierto era que los había guardado en un mausoleo especialmente construido en uno de los nuevos cementerios, a la espera del momento en que pudieran serle útiles. El príncipe tenía un plan, del que solo estaban al corriente, además de él mismo, Nickolai y don Benedicto.

1946: EL TRATADO DE PALINATE

La Segunda Guerra Mundial afectó al mundo entero durante varios años. La guerra que habían librado los Estados Unidos en el Pacífico contra las tropas imperiales japonesas era seguida de cerca por los vulnerables ciudadanos de la costa californiana. En ninguna otra parte de los Estados Unidos se temía tanto un ataque como en San Francisco. Durante el conflicto, la bahía servía de zona de maniobras para tropas y navíos, y se habían establecido numerosas bases navales alrededor de la zona. Asimismo, la ciudad servía de depósito tanto para el Ejército como la Marina de los Estados Unidos.

A la larga, la guerra terminó, las fuerzas japonesas fueron derrotadas y sus secretos manipuladores asiáticos fueron obligados a retirarse. El Día de la Victoria sobre Japón se había celebrado con fervor en San Francisco, pero ahora Vannevar se enfrentaba a su mayor reto... un reto del que eran responsables sus supuestos aliados.

* * *

Vannevar estaba sentado en una habitación secundaria del Club de los Vampiros, a la cabecera de una larga mesa. Junto a él había otros cuatro vampiros, todos ellos más poderosos que él. Los representantes de la Camarilla habían acudido a San Francisco y ahora querían que Vannevar les entregara la ciudad. El príncipe Sebastián y Los Ángeles habían sucumbido a los anarquistas en 1944 y la Camarilla temía que el gobierno liberal de Vannevar desembocara en el mismo resultado en el norte de California.

Hacía más de una década que se fraguaban los planes para derrocar a Vannevar, un secreto que había desentrañado Nickolai durante el transcurso de una de sus constantes pesquisas y ejercicios de espionaje. Nickolai, al que ya se conocía como el "sabueso ruso" de Vannevar, se había labrado una reputación tan tétrica que pocos eran los enemigos de Vannevar que conseguían musitar su nombre sin sentir al menos un estremecimiento de pavor. Era como si Nickolai supiera algo acerca de cada uno de los vecinos de la ciudad... y profesaba una lealtad incondicional al príncipe.

Vannevar había tomado medidas para contrarrestar los movimientos de la Camarilla. Al término de la guerra, había recibido una exigencia formal para que renunciara al trono. La había

desestimado. Se sucedieron las demandas, pero Vannevar no respondió a ninguna. Ahora la Camarilla había enviado cuatro representantes con órdenes de obligar a Vannevar a abdicar. Si se negaba, tendrían que destruirlo. Los antiguos téjanos de Vannevar, incapaces de respaldarlo, seguían los acontecimientos muy de cerca, a la espera de ver cómo se resolvía la crisis.

Vannevar gobernaba la reunión, con lord Kelvin y Joseph Bar sentados a su derecha. A su izquierda tenía a Karsh, el turco; junto a este se encontraba el pontífice Tremere Abraham Powell, regente de la poderosa capilla de Sacramento y enconado rival de Vannevar. Una primera reunión esa misma semana había servido para que Vannevar y Powell se vieran las caras por vez primera. La de esta noche era la segunda ocasión.

–Exijo saber dónde está Honerius –dijo Powell al príncipe–. Que venga de inmediato.

Honerius había recibido órdenes de sus superiores para asistir al encuentro –probablemente a fin de asumir el trono tras el derrocamiento de Vannevar–, pero el primogénito Tremere se había esfumado sin dejar rastro. Powell sospechaba que Vannevar había jugado sucio, pero no podía demostrar nada.

–Honerius no responde a los mensajes –respondió Vannevar–. No sé en qué estará ocupado.

Honerius había sido puesto fuera de la circulación. Su cuerpo, empalado y paralizado, descansaba en el apartamento de Vannevar bajo la atenta mirada de Nickolai. Vannevar necesitaba un rehén en esta semana crucial. De ocurrirle algo, Nickolai se aseguraría de que el primogénito Tremere muriera a su vez.

Vannevar se sentó en su silla, abrió su maletín y sacó un puñado de papeles.

–Me he tomado la libertad de redactar estos contratos. Podéis leerlos si os place, aunque os garantizo que no encontraréis nada aparte de las condiciones que os comenté en la reunión de hace dos días.

Vannevar había cogido por sorpresa a los cuatro sencillamente oponiéndose a sus exigencias y contraatacando con sus propias demandas. Pedía nada menos que autonomía parcial en la región, sobre la base de las situaciones comprometidas de las que ya había sacado a la ciudad y de los enormes peligros a los que todavía se enfrentaba. Sus peticiones habían sido rechazados de plano por el cuarteto, lo que había impulsado al príncipe a recurrir a las amenazas.

Había dicho a los antiguos que, de no satisfacerse sus exigencias, sometería a la ciudad a una purga de la que no saldría con vida ni un solo Vástago.

--Hemos parlamentado --dijo lord Kelvin--, y lamento informarte de que ninguno de nosotros nos tomamos esta amenaza en serio, Vannevar.

Kelvin no había resultado ser el aliado que había esperado Vannevar la última vez que se vieron, en 1916. El antiguo vampiro seguía guardando rencor a Vannevar por su apoyo a los rebeldes americanos en 1776, aun cuando el príncipe no fuera más que un mero mortal por aquel entonces.

--No creemos que estés dispuesto a acabar con las vidas de tus amigos y la tuya propia de una manera tan autodestructiva e inútil, Vannevar --intervino Joseph Bar--. Pensamos que no eres tan necio. Vannevar sonrió.

--No me subestimen, caballeros. Si no llamo a Nickolai antes de quince minutos para anunciarle que se han sometido a mis exigencias, don Benedicto recibirá instrucciones de liberar a los espíritus de Colma. No duden ni por un instante que preferiría destruir todo lo que he creado antes de consentir que caiga en sus manos.

Ni los cadáveres embalsamados por medios mágicos ni las vasijas de cerámica que contenían los espíritus habían sido destruidos. Todo estaba pulcramente almacenado en Colma, en previsión del día en que Vannevar necesitara lanzar una amenaza de este tipo. Los monstruos, si fuesen liberados, caerían sobre la ciudad, destruyendo a todos los Vástagos residentes. Era probable que los cuatro poderosos miembros de la Camarilla conseguirían escapar, puesto que sus habilidades eran extraordinarias, pero con toda la Estirpe de la ciudad muerta, San Francisco quedaría a merced de los invasores asiáticos, los intrusos del Sabbat o las siempre presentes bandas de anarquistas. De caer San Francisco en manos del enemigo, con toda probabilidad la Camarilla jamás recuperaría esta valiosa puerta al continente norteamericano.

--No te creemos, Vannevar --dijo Kelvin--. Esperaremos.

Habían visto su farol. Pero Vannevar ya había anticipado esa maniobra y se guardaba un as en la manga. Buscó en su maletín y extrajo cuatro carpetas, cada una de ellas señalada con el nombre de uno de los cuatro antiguos, surtidas todas ellas de docenas de papeles. Se levantó y, tras leer en voz alta los nombres de sus invitados, uno por uno, les fue entregando la carpeta correspondiente.

--Nos quedan escasos minutos, caballeros --dijo, mientras repartía las carpetas--. He pensado que les gustaría leer algo mientras esperamos.

Los cuatro hombres recogieron sus carpetas y miraron a Vannevar de soslayo mientras las abrían con cuidado y comenzaban a ojear las páginas que contenían.

--Dossieres, caballeros --les dijo Vannevar; volvió a sentarse en su silla y se repantigó un tanto--. Uno para cada uno de ustedes, en los que se describen sus actividades de los últimos siglos. Adelante, lean. Estoy seguro de que los van a encontrar de lo más interesantes.

Los cuatro vampiros comenzaron a pasar las páginas, deteniéndose aquí y allá cuando encontraban algo de particular interés. Powell, tras tropezarse con un documento particularmente preocupante, profirió una sonora maldición.

Cada dossier contenía información relativa al vampiro al que iba dirigido; relataba sus complots, sus duplicidades y las alianzas secretas que habían cultivado a espaldas de los demás. La información había sido recabada por Nickolai. Había tardado años.

--Lo que tienen entre manos, claro está, sólo son copias de los documentos originales --explicó Vannevar--. Hay más copias ocultas en diversas localizaciones secretas repartidas por todo el país, no les queda duda.

--¿Qué significa todo esto? --explotó Joseph Bar. El taciturno Karsh miraba a Vannevar como si planeara asesinarlo, pero Kelvin le advirtió con un gesto que mantuviera la calma.

Vannevar esperó a que se tranquilizaran.

--Lo que significa es muy sencillo: Si no firman la carta en la que se reconoce que San Francisco y el territorio circundante pasa a ser un dominio libre bajo mi patronazgo, absolutamente leal a la Camarilla pero reconocido como estado libre e independiente, sacaré a la luz lo que son en realidad todos y cada uno de ustedes.

El cuarteto intercambió miradas nerviosas; todos se preguntaban hasta dónde intuían los demás que alcanzaban sus actividades secretas. Powell destruyó su dossier, haciéndolo desaparecer en medio de una nube de humo y fuego.

Vannevar supo que ya eran suyos.

* * *

En cuestión de una hora se resolvieron los pormenores referentes

al nuevo dominio de Vannevar --llamado el Palinate-- y se firmaron las copias de la nueva carta. Otra hora más y los cuatro antiguos de la Camarilla abandonaron la ciudad, de regreso a sus lejanos hogares.

Nickolai se dejó caer por el club de los vampiros, donde encontró al príncipe en la puerta. Vannevar exhibía una amplia sonrisa pero, como percibió el ruso, le temblaban las manos. Su príncipe los había puesto al borde de perder la ciudad, la vida, y todo.

1956: JÓVENES FURIOSOS

--Ha sido una velada encantadora --dijo Vannevar a la joven que estaba sentada junto a él en el asiento trasero de su limosina. Sostenía su esbelta y pálida mano en la propia.

Margaret le dedicó una sonrisa.

--Me lo he pasado muy bien.

Vannevar iba de esmoquin; Margaret había elegido unos pantalones vaqueros y una cazadora de motorista de cuero negro. Habían pasado la primera mitad de la noche juntos en el apartamento de Vannevar, celebrando el cumpleaños de Margaret, costumbre que mantenían desde hacía varios años.

Los dos habían hecho las paces antes de que se desencadenara la Segunda Guerra Mundial, en parte gracias al inesperado acercamiento amistoso de Vannevar a Dirk. Los muelles de San Francisco habían sufrido numerosas huelgas, lo que repercutía en la economía de la ciudad. Vannevar había ofrecido a los sindicatos de Dirk un paquete de medidas que satisfacían casi todas sus exigencias, a cambio tan solo de la cooperación limitada del anarquista durante los años que durara la guerra y los inmediatamente posteriores. Los trabajadores habían regresado a sus puestos enseguida.

Nickolai había aconsejado a Vannevar que no lo hiciera, pero la arriesgada jugada del príncipe había terminado por dar sus frutos cuando Dirk informó a Vannevar del envío de unas extrañas vasijas procedentes de Asia. La tregua entre ambos propició un mayor acercamiento a Margaret y un gradual cese de las hostilidades entre ellos. Solo se reunían una o dos veces al año, pero Vannevar atesoraba esos momentos.

La limosina estaba aparcada cerca del Muelle 39, en Fishermen's Wharf, asomada al norte de la bahía, la isla de Alcatraz y el condado de Marin. Multitud de turistas paseaban por el puerto, visitando los variopintos restaurantes y tiendas de recuerdos que poblaban ahora la zona.

Fisherman's Wharf era solo uno de los numerosos puntos de interés turístico de la ciudad. Durante los años posteriores a la guerra, San Francisco se había convertido en un destino popular durante la temporada vacacional. Vannevar se había esforzado mucho por fomentar esta reputación, comprendiendo que el comercio marítimo de San Francisco estaba abocado a desaparecer frente a la competencia de los puertos de Oakland y otros lugares alrededor de la bahía.

Aunque, como prometiera, Dirk había colaborado durante los años previos al conflicto y el transcurso del mismo, se había desentendido del acuerdo al término de la guerra. Dirk había quemado su última traca como líder sindicalista en una devastadora huelga entre los trabajadores portuarios, realizada en 1955, que al fin había terminado con el reinado de San Francisco como puerto principal de la Costa Oeste. Con las dársenas cerradas y vacías durante meses, casi todo el mercado naviero se había trasladado a Oakland. Cuando por fin se hubieron dirimido las diferencias entre la patronal y los trabajadores, ya era demasiado tarde. Los puertos rivales no habían desaprovechado la ocasión y era improbable que San Francisco llegara a recuperar su preeminencia algún día.

Dirk, cansado al fin de la burocracia de los sindicatos, las reuniones, los mítines, y todo lo demás, había renunciado a todo, se había comprado una moto y, con Margaret de paquete, afrontaba la vida con una nueva actitud de "rebelde sin causa".

Dirk se encontraba cerca, al otro lado de la calle, esperando a Margaret. Iba vestido con unas botas negras, cazadora de cuero con cremallera y pantalones vaqueros; estaba recostado con naturalidad en la enorme Harley-Davidson aparcada a su espalda. Llevaba puestas unas gafas de sol, aunque pasaban ya de las diez de la noche.

--Siento no poder quedarme más --se disculpó Margaret--, pero Dirk quiere salir pronto de la ciudad. Esta noche pensamos dar un paseo por las estribaciones de Marin.

--Tened cuidado por ahí arriba. El bosque está lleno de Lupinos.

Los Lupinos --hombres-lobo-- poblaban toda la zona de la bahía, divididos en tribus y manadas. Eran antagonistas de los Vástagos por

naturaleza.

--Lo tendremos --prometió Margaret, saliendo del coche--. Gracias por todo. --Se asomó a la puerta abierta y le dio un beso en la mejilla.

--Cuídate --respondió Vannevar; Margaret cerró la puerta y se dirigió hacia Dirk.

Dirk, al verla, se enderezó y, tras darle un rápido abrazo, se montó en la moto y la puso en marcha. Margaret se colocó detrás de él de un salto y se alejaron.

* * *

De vuelta al ático, Vannevar se tomó unos minutos para dar de comer a sus peces antes de sentarse en el sofá con la última edición del *Chronicle*. La primera plana cubría los recientes movimientos del Estado de California por encarcelar al poeta --beatnik-- de San Francisco Allen Ginsberg, acusado de obscenidad. El poema que había publicado Ginsberg, *Howl*, había levantado ampollas en todas partes, y el estado, sin duda instigado por los Tremere enemigos de Vannevar que residían en Sacramento, pretendía dar ejemplo con él.

Los *beats* habían comenzado a surgir en la ciudad algunos años después del final de la guerra, atraídos tanto por lo agradable del clima como por la sensación de respeto por la libertad personal que parecía exudar San Francisco. Se congregaban en la zona de North Beach --las llanuras que se extendían entre Russian Hill y Telegraph Hill-- y, hacia mediados de la década, el emplazamiento había pasado a ser un hervidero de librerías, cafés y salas de fiestas. La creciente reputación de los *beatniks* incluso había contribuido a aumentar la afluencia de turistas; las agencias de viajes solían incluir esta zona en las listas de paradas habituales de sus autobuses.

Vannevar consideraba que los *beats* no estaban exentos de talento, aunque admitía que se le escapaba el significado de buena parte de su poesía. La farsante Allanyan Serata se codeaba con ellos, lo sabía, pero también frecuentaba su compañía Sebastian Melmoth, un Toreador por el que Vannevar sentía mucho más respeto. Vannevar reconocía la influencia del estilo del inglés en sus trabajos. En general, Kerouac, Corso, Burroughs y el resto parecían componer un cuadro mucho más sincero que la acostumbrada panda de bohemios de Serata, a pesar de compartir numerosas depravaciones. El príncipe incluso alentaba en secreto su conducta, a menudo escandalosa, disfrutando del efecto que surtía sobre los vampiros más

conservadores de la Camarilla, al tiempo que cultivaba su bien merecida reputación de líder liberal. Tanto la ciudad como él se beneficiaban del Tratado de Palinate.

Al leer los detalles más recientes de la frustración que suponía aquel asunto para las autoridades californianas, se rió para sí. No le costaba imaginarse el enfado y las discusiones que habría levantado la situación en Sacramento. Suponía que el ambiente debía de ser el mismo que el del interior de una olla a presión a punto de explotar.

Cuando comprobó que iban a dar las once de la noche, se levantó y encendió el televisor, dándole tiempo para calentar antes de que empezaran las noticias. Cuando apareció al fin la imagen, se veía nítida y sin interferencias, gracias a la nueva torre emisora que habían instalado en la cima del monte Sutro, en el centro de la ciudad. La monstruosa estructura de hierro de dos mil cuatrocientos metros, diseñada por Iwo, se encumbraba sobre los dos mil setecientos de la montaña que se levantaba en pleno corazón de San Francisco, transmitiendo señales de radio y televisión que alcanzaban hasta el último reducto de la montañosa ciudad.

Vannevar se acomodó de nuevo, ignorando el programa, para proseguir con el repaso del periódico vespertino. Hasta que oyó a alguien mencionar el nombre de "Virgilio". Tras dejar el diario a un lado, concentró su atención en la pantalla del televisor, viendo como una entrevistadora conversaba con un "nuevo poeta de moda en la vecindad", el cual, según ella, acababa de ver su obra publicada en la ciudad. El poeta era el Toreador Virgilio. Vestido con una chaqueta de lana y un jersey de cuello de cisne, se encontraba de pie delante de la cámara, sonriendo, preparándose para leer algunos extractos de su último libro, *Las cartas escarlatas*. Vannevar reparó en la presencia de Allanyan Serata en un segundo plano, vestida con una camiseta holgada y unos leotardos negros. Se encontraba detrás de Virgilio, sonriendo orgullosa.

*"Noche oscura, oscuro temor,
Del príncipe esplendor.
Torrente en la noche, sangre de vida,
Bebemos y bebemos sin medida".*

La lectura de Virgilio se prolongó durante casi otro minuto, pero Vannevar ya se encontraba al teléfono, aporreando el dial.

--¡Nickolai! --ladró, cuando descolgaron--. ¿Estás viendo lo que

echan por la tele?

--Tengo puesto el canal cinco.

--Pues pon el cuatro.

Se produjo el silencio mientras Nickolai soltaba el teléfono para cambiar de canal. Regresó enseguida.

--No sé qué ha ocurrido --se intentó explicar Nickolai--. ¿Quién le ha dado permiso para salir en televisión?

--Nadie, me imagino --repuso Vannevar, enfadado--. ¿Has escuchado los versos? Pero ¿qué está diciendo? ¿Tú apruebas esas bobadas? --El libro había sido presentado a Nickolai para que le diera el visto bueno antes de su publicación. El ruso se había mostrado conforme.

--Eso no es lo que leí yo. Han introducido cambios.

--¡No quiero excusas, Nickolai! ¡Tu trabajo consiste en impedir que ocurra este tipo de cosas!

Vannevar colgó de golpe, casi fuera de sus cabales. El vaso de sus ansiedades estaba lleno a rebosar, a punto de desbordarse a la mínima gota. La inoportuna acción de Virgilio era esa gota.

Virgilio seguía declamando desde la pantalla del televisor. Al verlo, Vannevar agarró un pisapapeles de su escritorio e hizo además de arrojarlo contra el monitor, pero se contuvo y recuperó el control de sí mismo. Tras sopesar el pisapapeles en su mano, volvió a soltarlo con cuidado.

* * *

Se ordenó a Virgilio que se personara ante el príncipe a la noche siguiente, pero Vannevar se vio obligado a cancelar la cita después de que se produjera un trágico suceso en Golden Gate Park. El clan Gangrel de la ciudad se encontraba celebrando una improvisada reunión en los confines occidentales de la arbolada del parque cuando fueron emboscados de improviso por una manada de hombres-lobo. Más de la mitad de los Gangrel fueron asesinados antes de que el resto lograra escapar. La actual primogénita del clan, Alicia McGreb, había sufrido graves heridas, casi mortales. Ahora estaba recuperándose, pero estaba casi loca de ira, enfurecida por la muerte de sus chiquillos.

Las pruebas apuntaban a que los atacantes habían cruzado la bahía desde Oakland. Nickolai había identificado a cierto ministro bautista de color como culpable más probable. El hombre era conocido

como el reverendo Hayes.

McGreb y algunos Vástagos más se disponían ya a declarar una guerra sin cuartel y exigían al príncipe que organizara un ataque inmediato sobre Oakland, que encontrara a los Lupinos y los destruyera. Vannevar prefería emplear otros medios; le preocupaban las consecuencias que pudiera acarrear una acción precipitada.

Al término del conflicto bélico, Vannevar había concedido la Bahía Este a Sarah, la primogénita Brujah, para que gobernara según su criterio. La zona era un dominio fracturado, plagado de vampiros rebeldes y habitado a su vez por grupos secretos de Lupinos. Después de que se produjeran los asesinatos, Vannevar se había puesto en contacto con Sarah y le había pedido que efectuara un sondeo. Los rumores que circulaban por la calle también inculpaban a Hayes, que había sido identificado como el líder de la manada. Por medio de los contactos de Sarah, Vannevar solicitó entrevistarse con el hombre-lobo.

* * *

La reunión de esa noche con los Lupinos iba a tener lugar en el centro del puente que cruzaba la bahía y unía San Francisco a Oakland, en el interior del túnel excavado en la rocosa isla de Yerba Buena, donde se unían dos tramos del puente. La isla, a medio camino entre ambas comunidades, estaba considerada terreno neutral.

El puente estaba cerrado por reparaciones esa noche, y el túnel ocultaría sus actividades a los ojos de cualesquier viandante que paseara por alguna de las orillas. La hora fijada para la entrevista era a medianoche.

Vannevar llegó a tiempo, en su limosina, en compañía de Nickolai y Riley. Hayes, el hombre-lobo, ya estaba allí; había aparcado su polvorienta furgoneta de color negro a un centenar de metros, de cara a Oakland. Había salido de su vehículo, vestido con traje y corbata. Era alto y de constitución fuerte. Lo escoltaba un joven negro, más delgado y unos cinco centímetros más bajo.

Vannevar se levantó del asiento de cuero de su coche y, junto a Riley, se encaminó hacia el centro del puente, dejando a Nickolai de pie al lado de la limosina. Hayes y su compañero, al divisar al príncipe, se pusieron en marcha a su vez, con la intención de encontrarse con la pareja en el centro del túnel.

Hayes era un estricto bautista que predicaba inflamadas elegías desde su pulpito en uno de los vecindarios negros más pobres de Oakland. Condenaba a la ciudad de San Francisco por sus pecados y su depravación y, en privado, tildaba a la Estirpe como principal responsable de las desgracias de San Francisco. El ataque que había lanzado sobre la ciudad la noche anterior había sido un "justo castigo", las víctimas habían sido elegidas al azar, siendo tan solo los primeros Vástagos a los que él y su manada habían puesto la vista encima. A Hayes le dolía profundamente que la sociedad estadounidense considerara a los negros ciudadanos de segunda, lo que le había empujado a desconfiar de todos los blancos. Vannevar había decidido traer a Riley, con la esperanza de que su presencia apaciguara a Hayes.

Los cuatro hombres se detuvieron en el centro del túnel, a unos dos metros de distancia, con Vannevar cara a cara con Hayes y Riley delante del joven. No se produjo ningún intercambio de galanterías. Hayes cruzó los brazos sobre su amplio torso y esperó a escuchar lo que Vannevar tuviera que decir.

--Debo exigir que no volváis a entrar en la ciudad --dijo Vannevar a Hayes, terminantemente--. Por vuestro propio bien. Los Vástagos están furiosos y claman venganza. No deseo llegar a eso.

Hayes guardó silencio. Sabía que si la Estirpe se volcaba sobre él, probablemente tendría que elegir entre huir de Oakland o morir; no podía aspirar a ganar una guerra contra la Estirpe unida de toda la ciudad.

--Yo pensaba que San Francisco era una ciudad "libre" --respondió Hayes--. Libertad para todos. --Miró al príncipe a los ojos, desafiante.

De repente, el joven que se encontraba junto a Hayes se dirigió a Riley:

--Oye, negro, ¿y tú qué haces con este blanquito tan estirado? ¿Es que te gusta besar culos blancos o qué?

Riley no dijo nada, sino que cruzó la distancia que los separaba de una distancia y, colérico, golpeó al joven con tal violencia que lo lanzó al pavimento. Saltó sobre él y los dos comenzaron a pelear y a rodar por los suelos. Tanto Vannevar como Hayes hicieron además de intervenir, pero se detuvieron al escuchar un disparo a sus espaldas que resonó atronador por todo el túnel.

Nickolai corría directo hacia ellos, automática del .45 en mano. Vannevar oyó un gruñido ronco y se giró para ver a Hayes, cuyo

semblante aparecía ahora distorsionado y bestial, con la nuca cubierta por un espeso pelaje erizado.

Nickolai había llegado a su altura.

--¡Plata! --gritó al hombre-lobo, apuntando el arma directamente al pecho de Hayes--. ¡No te muevas! --Nickolai había tomado la precaución de cargar su pistola con algo que Hayes tenía motivos para temer: balas de plata.

Hayes se tranquilizó y el pelo encrespado de su cuello se asentó. Su rostro se relajó, tornándose más humano paulatinamente. Riley y su oponente fueron separados; Riley tenía un ojo morado, pero el joven se había llevado la peor parte. La entrevista concluyó enseguida, no sin que antes Vannevar dejara bien claro cuáles eran sus intenciones. Advirtió a Hayes antes de irse de que, si volvía a verlo por San Francisco, se vería obligado a matarlo. Hayes no dijo nada.

* * *

Camino de vuelta a casa, Riley iba sentado en el asiento trasero con el príncipe. Parecía extrañamente taciturno, pese a la evidente satisfacción que sentía Vannevar tras haber escarmentado a Hayes; tenía la certeza de que su amenaza surtiría efecto sobre el reverendo.

--¿Qué ocurre? --preguntó Vannevar a Riley, al cabo--. Te has quedado muy callado. --De repente se le ocurrió qué podía preocupar a su amigo--. No irás a dejar que te afecten las palabras de ese niño estúpido, ¿verdad?

Riley se encogió de hombros, como si no le importara.

»No pensarás así, ¿no? --preguntó Vannevar, desconcertado por la situación, pero recordando al mismo tiempo que si había pedido a Riley que lo acompañara era precisamente para dar una lección al racista Hayes.

--A lo mejor. De vez en cuando. --Riley tenía el rostro pegado a la ventanilla--. Sabes, a veces usas a las personas. No sé si eso me hace mucha gracia.

Vannevar no supo qué responder. Los dos viejos amigos pasaron el resto del viaje en silencio.

* * *

La aparición de Virgilio ante el príncipe había sido trasladada a la noche siguiente. Nickolai y Vannevar se encontraban en el ático

mientras se acercaba la hora. La habitación estaba en penumbra; la única iluminación procedía de las luces de los acuarios. Ambos estaban frente a una de las grandes ventanas que dominaban la ciudad, observando a Virgilio mientras este subía Nob Hill, arrastrando los pies, seguro de su condena.

La ira de Vannevar se había aplacado desde la noche en que viera a Virgilio por televisión. Ya no se sentía impulsado a castigar severamente al hombre. Pero había coincidido con Nickolai en que no podía permitir que esa afrenta a su autoridad quedara impune. Nickolai había sugerido un escarmiento ejemplar, pero Vannevar, recordando el consejo de Iwo de tomar el camino de en medio, buscaba algo menos drástico. Juntos, los dos habían ideado un plan que no dudaban que tocaría la fibra sensible del Toreador siciliano.

Minutos más tarde, Virgilio llegaba al vestíbulo del hotel, donde lo acompañaron hasta el ascensor particular de Vannevar. Una vez arriba, entró en la casa con terraza para encontrar al príncipe esperándolo, sentado en una enorme silla de madera tallada. Nickolai estaba detrás de él, casi oculto en la sombra.

Virgilio entró, amedrentado y temeroso, sujetando su gorra entre las manos.

--Arrodíllate ante el príncipe --ordenó Nickolai, desde las tinieblas. Virgilio cayó de rodillas.

--Lo siento, excelencia --se disculpó, estrujando su gorra--. No me di cuenta...

--¡Silencio! --lo interrumpió Nickolai.

Habló Vannevar:

--Has violado la Mascarada, has puesto en peligro nuestro secreto y has traicionado a tu príncipe. ¿Qué tienes que alegar en tu defensa?

--Os suplico que me perdonéis --imploró Virgilio, ya a gatas, rozando con la cabeza la alfombra a los pies de Vannevar--. No tenía ni idea de que pudiera ocurrir algo así. Serata me prometió que no pasaría nada. --Había comenzado a sollozar.

--Serata ha sido amonestada --respondió Vannevar--. Levántate. --Virgilio se puso en pie con dificultad, aún con la gorra entre las manos--. Acércate.

Virgilio arrastró los pies un par de pasos. Vannevar extendió la mano. En su dedo anular había un anillo de oro macizo, incrustado con una gema roja como la sangre.

Sin esperar a que se lo pidieran, Virgilio cogió la mano del príncipe y empezó a propinar sonoros besos al anillo. Vannevar

consintió la penitencia de su vasallo, antes de retirar la mano.

--Ahora, vuelve a casa. Espero que no volvamos a encontrarnos en similares circunstancias.

Virgilio abandonó la habitación caminando de espaldas, entre reverencias, dando las gracias al príncipe repetidas veces, antes de cruzar la puerta a la carrera. Vannevar, con una risita, se levantó y, tras quitarse el anillo, lo lanzó dentro de uno de los cajones de su escritorio, convencido de que Virgilio no volvería a darle problemas.

____ 15 ____
1967: HUMO LAVANDA

Nickolai llegó al ático poco antes de medianoche, portando un maletín abarrotado de papeles. Vannevar se reunió con él en el vestíbulo, frente a la puerta del ascensor.

--Adelante --dijo Vannevar.

Los dos entraron en el ático. Nickolai fue directo al escritorio de Vannevar, donde comenzó inmediatamente a descargar el maletín, amontonado papeles en distintas pilas.

--¿Estos son los albaranes consignados a la Familia? --preguntó Vannevar al ruso, recogiendo un grueso fajo de documentos y hojeándolos.

--Todos los manifiestos de embarque de los últimos sesenta años --respondió Nickolai. Los registros anteriores habían sido destruidos por el terremoto y el incendio de 1906.

Vannevar echó un vistazo a los distintos montones, ojeando las cifras, las fechas y los puertos de registro.

--¿Has encontrado algo que vincule a Delfonso con la Familia? --quiso saber Vannevar, sin levantar la mirada de los papeles que estaba estudiando.

--Nada sólido. Pero las pruebas circunstanciales son suficientes para apuntar a su implicación. --Nickolai, que estaba al corriente de la entrevista que se había producido hacía tiempo entre Delfonso y la Familia, sospechaba que el español estaba compinchado con el Abuelo.

Vannevar y Nickolai efectuaban minuciosas pesquisas acerca de las actividades navales de la Familia desde hacía años. El Abuelo había participado activamente en el mercado de esclavos e

inmigrantes ilegales y, a lo largo de los años, había introducido en el país a miles de chinos. Esto a Vannevar le importaba poco, pero le preocupaba qué más podría importar la Familia junto a los inmigrantes ilegales. Habían tenido suerte cuando Dirk les dio el soplo de los jarrones con espíritus hacía treinta años. No podían confiar en volver a tenerla.

--¿Qué hay de la Viuda? --preguntó Vannevar.

--Nada evidente --dijo Nickolai, con otro montón de papeles en las manos--. Sigue haciendo de las suyas, pero no creo que el Abuelo y ella estén confabulados.

La Viuda y el Abuelo todavía respetaban el tratado de Chinatown que habían alcanzado a finales del siglo XIX. Seguían repartiéndose a medias los beneficios procedentes de los fumaderos de opio, los salones *fan-tan*, los prostíbulos y los fuegos artificiales. De vez en cuando se producían desacuerdos entre ellos, pero no habían vuelto a enzarzarse en la contienda extendida de antaño. La Viuda parecía estar limpia.

Pero se habían encontrado pruebas sospechosas. Aumentaba el número de cargamentos ilegales, algunos de ellos evidentemente inocuos. La amenaza asiática seguía viva.

--¿Podemos obligar a hablar a Delfonso? --preguntó Vannevar a su jefe de seguridad.

--Probablemente, aunque no creo que sepa gran cosa. No es más que un títere de la Familia. Lo mejor será dejarlo tranquilo por ahora. Estoy animando a Benedicto para que trabee amistad con él.

Vannevar asintió.

--¿Has contemplado la posibilidad de organizar una reunión con el Abuelo?

--Así es. Me he puesto en contacto con el ghou, Chi.

Vannevar, pese a estar concentrado en los problemas más acuciantes, no podía por menos que recordar con afecto al viejo ghou.

--¿Y?

--Se puede arreglar --capituló Nickolai.

--Bien --dijo Vannevar, volviendo a apilar los papeles encima de su escritorio--. Ocúpate de ello.

Nickolai tomó nota en su agenda de tapas negras. A continuación, cambiando de tema, preguntó:

--¿Se sabe algo de Margaret?

Nickolai sabía que Vannevar estaba preocupado por ella. No había asistido a su fiesta de cumpleaños hacía un par de noches, pese

a haber prometido en repetidas ocasiones que acudiría. Junto a Dirk, se había involucrado con la llamada comuna "hippie" de la calle Haight. El consumo de sustancias prohibidas estaba a la orden del día entre los hippies, como sabía Vannevar, entre ellas una nueva droga psicodélica conocida como LSD que, según había descubierto Nickolai, se había encargado de introducir en la ciudad la banda de motoristas de Dirk. Margaret y Dirk estaban siguiendo un estilo de vida desenfrenado y a Vannevar le preocupaba el bienestar de la muchacha.

El príncipe negó con la cabeza.

–No. Me temo que no.

Nickolai se marchó poco después. Vannevar se quedó de pie frente a la ventana del ala sur del ático, contemplando Nob Hill, el Centro Cívico, las montañas del horizonte. La niebla, impulsada por la fría brisa marina, envolvía los montes, discurría por sus laderas, vertiéndose en las calles amuralladas por hileras de viviendas, descendiendo hasta las partes más bajas de la ciudad. Desde su atalaya, Vannevar podía ver las luces de la lejana calle Haight. Se acercó al teléfono y solícito a su chófer que acudiera a buscarlo.

* * *

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Vannevar deambulaba a pie por la calle Haight. Había pedido al conductor que lo dejara a un par de bloques de distancia, en un lugar donde nadie pudiera divisar su limosina. No quería llamar la atención.

Hacía muchos años que no visitaba este vecindario. La zona había sido siempre un distrito reservado para la clase media-baja; sus calles estaban flanqueadas por filas de casas de madera de estilo Victoriano habitadas por las familias de conductores de tranvías, contables y otros profesionales de segunda. La calle Haight constituía la franja comercial, donde se daban cita tiendas, almacenes y algunos bares y restaurantes. Hacia las ocho de la noche, la calle Haight solía estar a oscuras y en silencio.

Ahora era un hervidero de personas: con el pelo largo, vestidos de forma llamativa, tocando la guitarra o la armónica, bajo los efectos de las drogas, protestando contra la guerra al tiempo que convertían la zona en una gran fiesta sin fin. Se habían pintado las delicadas fachadas victorianas de los antiguos edificios con estridentes combinaciones de colores; vistosas banderas y banderines ondeaban

en los tejados y colgaban de las ventanas de los apartamentos. Los comercios y los cafés abrían hasta tarde y la gente se arracimaba en torno a las puertas abiertas de los bares del vecindario, que ahora hacían negocio a un ritmo inusitado.

Olisqueó el aire. Hedía a incienso y marihuana. Los hijos de las flores se habían hecho con el poder.

Había planeado rastrear las calles y pasar inadvertido, valiéndose de las sombras y algún que otro truco para evitar que alguien reparara en su presencia. Pero vestido con su immaculado traje a medida de Brooks Brothers y un lujoso abrigo de Gump's, saltaba a la vista que estaba fuera de su entorno. Aunque no dejaba de llamar la atención, le sorprendió percibir escasa animosidad por parte de los supuestos "enemigos del sistema". Oyó algunas risitas, y un par de comentarios despreciativos pero, en general, los hippies le dieron la impresión de ser gente amistosa... aunque, supuso, eso se debía a las drogas.

Detuvo a un par de muchachas cubiertas por vestidos largos hasta los tobillos y les preguntó por Dirk y Margaret. No sabían nada. Rechazó su invitación para acompañarlas a una fiesta que se celebraba en alguna parte y prosiguió su búsqueda. Encontró a un joven con el pelo hasta el hombro tocando la guitarra en una esquina. El hippie indicó a Vannevar que subiera por esa calle, hasta un apartamento que había encima de una ferretería, algunas puertas más abajo del cruce de Haight con Ashbury, el corazón de la escena hippie. Vannevar le dio las gracias y dejó un dólar en la funda de su guitarra antes de irse.

Una vez en el lugar indicado, vaciló; espió el edificio desde el otro lado de la calle, intentado decidir si debía subir o no. Escuchó entonces el estremecedor rugido de unas motos que se aproximaban. Era Dirk, al frente de su banda.

Dirk había cambiado de aspecto en los últimos años. Atrás quedaban el sombrero flexible y la chaqueta de cuero con cremalleras; ahora estilaba una badana y una chaqueta de Levi's sin mangas, con la espalda cubierta por los colores de su banda de motoristas. También llevaba unas gafas con montura de alambre y lentes octogonales. El resto de la pandilla iba vestido de forma parecida, todos con el pelo largo y enmarañado, salvo uno que llevaba la cabeza afeitada.

El grupo aparcó sus vehículos cromados y relucientes delante de la ferretería, antes de subir en tropel la estrecha escalera que conducía a los apartamentos. Vannevar los vio desaparecer y, tras

esperar un momento, los siguió.

La escalerilla cercada estaba pintada de brillantes colores, decorada con pósteres del Fillmore y otros locales de rock. Vannevar subió dos plantas antes de toparse con una puerta. Se escuchaba música muy alta al otro lado. Se acercó y llamó.

La puerta se abrió para revelar a un melencólico de veintipocos años. El estruendo de la música arrolló a Vannevar y los destellos de las luces estroboscópicas lo cegaron momentáneamente. El ambiente del interior del apartamento estaba cargado con el humo de cigarrillos, porros e incienso.

--Hey, tío --dijo el joven, con una amplia sonrisa--. ¿Qué pasa? --Tenía los ojos azules inyectados de sangre y llorosos. Se la caían los párpados. Levantó dos dedos, haciendo la señal de la "Paz".

--Busco a Margaret.

--Entra, tío. Está por ahí detrás... dormida, creo.

Vannevar siguió al muchacho al interior. La habitación principal estaba abarrotada de gente desperdigada por los improvisados muebles. Vannevar anduvo con cuidado de sortear los diversos obstáculos. Sentía todas las miradas clavadas en él.

Uno de los hippies repantigados, al ver a Vannevar, se dirigió al hombre que había abierto la puerta:

--Oye, Freddie, ¿quién es tu amigo? ¿Un poli? ¿O es de la Mafia? Las risas recorrieron la estancia.

Vannevar lanzó una torva mirada al joven. El hippie deslenguado, que estaba tendido en un almohadón, se dio cuenta y, deseoso de hacer las paces, se puso de pie apresuradamente y recogió una humeante pipa de latón de una mesa cercana.

--Tranqui, tío --dijo, colocándose ante Vannevar de un salto--. Pilla. --Le plantó la pipa delante de las narices--. Pega una calada.

Vannevar apartó la pipa de un papirotazo, emitiendo un siseo ronco. La sorpresa inicial del hippie dio paso al enfado.

--¡Oye tío! --dijo, avanzando un paso con gesto agresivo. Medía unos diez centímetros más que el príncipe.

Vannevar apoyó la mano en el pecho del hippie y le propinó un pequeño empujón. El joven tropezó con un cojín y se quedó sentado de golpe, tirando de paso una mesilla abarrotada y desperdigando por el suelo pipas, cajas de madera labrada y púas de guitarra de plástico.

Vannevar retrocedió a su vez y tropezó sin querer con los pies estirados de alguien, estando a punto de caerse también él. La habitación se llenó de gritos.

Dirk apareció de improviso en la puerta que conducía a la cocina.

--¡A ver, qué hostias pasa! --exclamó, encontrándose la estancia alborotada. Entonces vio a Vannevar, de pie en medio de la sala, vestido con su traje negro y corbata--. ¡A callar! --Los hippies enmudecieron--. Hola --saludó a Vannevar, con cautela--. Me alegro de volver a verte.

Vannevar lo fulminó con la mirada.

--El tío ese estaba armando bulla, macho --se quejó el hippie que había derribado Vannevar. Estaba enfadado, pero todavía no se había atrevido a levantarse del suelo.

--Cierra la puta boca, tío --espetó Dirk; el hippie enmudeció.

--He venido a ver a Margaret --dijo Vannevar, repartiendo miradas hostiles por la habitación.

--Claro --respondió Dirk--. Está ahí atrás, en el dormitorio, descansando.

Vannevar apartó a Dirk de un empujón y cruzó el vestíbulo.

Encontró a Margaret dormida en un colchón tirado en el suelo. Las paredes del cuarto en penumbra estaban empapeladas con carteles de grupos de rock y folletos que anunciaban conciertos. Se arrodilló e intentó despertarla.

--Vannevar --musitó Margaret; lo miró con los ojos entornados cuando al fin consiguió despertarla. Tenía los párpados hinchados--. ¿Qué haces tú aquí? --Entonces, al recordar que se había perdido su fiesta de cumpleaños, se llevó una mano a la frente y gimió--. Oh, tío. Lo siento. Se me ha ido la cabeza, supongo. --Seguía intentando recuperarse de la orgía de drogas a la que Dirk y ella se habían entregado durante tres noches seguidas. Merodeaban por la zona del Haight, buscaban hippies colocados con el mejor ácido y se alimentaban de ellos para compartir el subidón.

--Mírate --la regañó Vannevar. Margaret había perdido peso; tenía la piel cetrina, como si estuviera aquejada de ictericia--. ¿Qué pretendes hacer con tu vida?

--Qué más da. --Margaret seguía groggy; se pasó los dedos por el cabello. Vannevar observó que lo tenía grasiento, sin lavar.

--Me parece que ya va siendo hora de que resuelvas tus problemas, jovencita, ¿no crees?

Margaret lo miró con ojos de enfado.

--¡No me digas qué coño tengo que hacer! --gritó, haciendo caso omiso de su dolor de cabeza--. Sabes, no eres mi puto dueño.

Su forma de hablar desconcertó a Vannevar. Se esperaba ese

vocabulario de un paria como Dirk, pero ¿Margaret? Se levantó y retrocedió un paso.

--Vale --dijo, furioso pero dueño de sí--. Haz lo que te venga en gana. --Se giró y salió de la estancia.

--¡Descuida! --chilló Margaret a su espalda.

Vannevar cruzó el apartamento a largas zancadas, convertido en un remolino negro de furia que atravesó el salón sin prestar atención a los hippies que seguían zanganeando por allí. Dirk lo observaba desde una esquina, nervioso, sin decir nada.

Vannevar abrió la puerta de golpe y bajó corriendo las escaleras, dando un portazo a su paso que a punto estuvo de arrancar la puerta de sus goznes y la dejó colgando ladeada.

--¡Mierda! --comentó uno de los hippies--. Tío, ¿has visto eso?

* * *

En las profundidades de las húmedas cámaras cargadas de humo que constituían la guarida del Abuelo, bajo Chinatown, Vannevar se encontraba frente a la criatura que tantos temían y tan pocos habían llegado a ver.

El Abuelo estaba agachado --o agazapado-- encima de una amplia esterilla extendida en el suelo. Era enorme, pero su corpulenta figura quedaba oculta por las voluminosas sedas con que se cubría. Tenía los brazos cruzados, las manos enfundadas en las holgadas mangas. Escondía el rostro tras una máscara grotesca tallada en madera negra. Solo sus ojos y su boca resultaban visibles, aunque apenas.

--Me alegra... --comenzó el Abuelo, hablando pausadamente, con voz hueca, profunda, interrumpiendo las frases a medias para inhalar profundas bocanadas que provocaban extraños crujidos bajo su rúnica--... que por fin... nos conozcamos.

Chi, el ghoul, montaba guardia junto al Abuelo, susurrándole al oído ocasionalmente. Loo se encontraba de pie un paso por delante del Abuelo, con su reluciente hacha preparada.

Vannevar asintió. Lo flanqueaban Nickolai a la derecha y don Benedicto a la izquierda.

--También yo me alegro de que al fin hayamos podido vemos.

Nickolai había accedido a organizar la reunión entre Vannevar y el Abuelo, pero con la condición de que el príncipe le permitiera acompañarlo. Benedicto había sido invitado para que no perdiera de

vista a Chi. El ghoul era un mago poderoso y valía la pena tenerlo vigilado.

Chi levantó la tapa de un brasero de cobre y añadió incienso fresco a las brasas candentes. El humo acre que emergió enmascaraba solo parcialmente el hedor a putrefacción que parecía rodear al acucillado Abuelo. Benedicto seguía con atención todos los movimientos del ghoul.

--Tenemos que hablar --dijo Vannevar.

--Tenemos... sí --convino el Abuelo.

Vannevar comenzó a desgranar sus diferencias y sus objetivos comunes. Habló de hermandad y amistad entre ellos, a sabiendas de que el Abuelo no se creía una sola palabra, pero procurando mostrarse diplomático.

El Abuelo, en respuesta, se mostró evasivo, sin admitir ninguna fechoría, ni siquiera sus numerosas remesas ilegales. Tampoco parecía dispuesto a admitir que existiera rivalidad entre ellos; se limitó a recalcar que la Familia no aspiraba sino a vivir en paz y prosperidad, sin desearle ningún daño a nadie.

La conversación se alargó, dificultada por la dificultad de palabra del Abuelo. Al cabo de una hora, la reunión no había aportado nada. La temperatura y la humedad de la cámara cargada de humo aumentaban paulatinamente. Los vampiros visitantes comenzaban a sentirse cansados e incómodos.

El Abuelo tenía la palabra; peroraba muy despacio, sus frases se alargaban debido a su continua necesidad de coger aliento. Vannevar sintió un primer mareo. Tal vez se debiera al calor, pero la sensación lo dejó intranquilo. Procuró reponerse y concentrarse en lo que decía el Abuelo. La corpulenta criatura cambió de postura, revelando una porción de su brazo bajo la manga. Vannevar vio una carne antigua, amarillenta, y una cucaracha que correteaba por el antebrazo del monstruo para desaparecer en el interior de la manga del Abuelo.

--...y os acompaña... el chiquillo de Delfonso... así que sabréis... que digo la verdad... --El Abuelo afirmaba que don Benedicto había sido engendrado por Delfonso, algo que el Tremere ya sospechaba, aunque nunca había podido corroborarlo.

Vannevar perdía el hilo de lo que estaba diciendo el Abuelo. No tenía claro a qué estaba refiriéndose la criatura. Otro vahído y el príncipe se tambaleó. Lo vio todo borroso; el Abuelo se tornó de repente gigantesco y desproporcionado. Vio cómo el viejo ghoul levantaba de nuevo la tapa del brasero y alimentaba las llamas; una

enorme nube de humo lavanda brotó del recipiente, inundando la estancia. Se sintió como si fuera a perder el equilibrio.

En ese momento, don Benedicto se colocó delante de él, le dijo algo ininteligible y la habitación se inclinó hacia atrás. Se produjo un destello cegador, luego la oscuridad, y Vannevar sintió una conmoción cuando sus pies tocaron el suelo. Se tambaleó como si estuviera borracho, se agarró a una farola que apareció de repente ante sus ojos, impidiendo así caer al suelo en el último segundo. Oyó a Nickolai, vio de nuevo a Benedicto, perdió pie e hincó una rodilla en la calzada, sin soltar el poste.

--¿Estás bien? --preguntó Benedicto, corriendo a colocarse al lado del príncipe.

Estaban en la calle, en la esquina de California con Grant, cerca de la entrada a Chinatown. Vannevar apoyó las manos en el suelo, presa de las arcadas. Vomitó --por primera vez desde que recibiera el Abrazo-- ensuciando la acera de negros coágulos sanguinolentos, espantosos por inferencia. Pero estaban a salvo. Benedicto los había alejado de las garras del Abuelo justo a tiempo.

--El ghoull pretendía envenenarnos --explicó Benedicto al príncipe, mientras lo ayudaba a ponerse de pie.

Vannevar seguía tosiendo y escupiendo pero, con la ayuda de Benedicto, consiguió enderezarse. Buscó a Nickolai con la mirada. El ruso se encontraba cerca, con la espalda apoyada en una pared.

--Gracias, don Benedicto --dijo Vannevar--. Te debo la vida.

--No ha sido nada, milord --repuso el Tremere, con una ligera reverencia--. No creo que los efectos secundarios sean duraderos.

--Caballeros --anunció Vannevar a los dos hombres--, me parece que la suerte está echada.

Los tres regresaron a sus respectivos hogares siguiendo caminos distintos. Vannevar subió a un vagón de teleférico para llegar a la cima de Nob Hill.

* * *

Vannevar se despertó padeciendo todavía los efectos secundarios de la intoxicación de la noche anterior. Le dolía la cabeza y tenía las articulaciones envaradas. Hacía dos noches que no se alimentaba, pero la comida era lo último que tenía la cabeza. Consultó el reloj y descubrió que había dormido dos horas de más. Salió de la cama apresuradamente. Esa noche pensaba buscar a Margaret y ver si los

dos podían zanjar sus diferencias.

Intentó elegir un atuendo más informal en esta ocasión, con mocasines, pantalones de algodón y una camisa sin corbata. Tras recoger un abrigo de cuero marrón, deportivo, se miró en el espejo y llamó por teléfono a recepción para que el encargado llamara un taxi.

* * *

El taxista lo dejó en el cruce de Haight con Ashbury, delante del apartamento de Dirk y Margaret. Pagó al conductor y cruzó la calle mientras el taxi se alejaba.

Entró en el edificio y subió las escaleras, con cuidado de no pisar un montón de polvo y porquería que alguien había tirado en la acera, junto a la entrada. Pronto volvía a llamar a la puerta, fijándose en las chapuceras reparaciones que se habían efectuado con la bisagra rota. Como antes, la música atronaba al otro lado.

Se abrió la puerta, un poco más despacio esta noche. Era el mismo hippie que le había recibido hacía un par de noches. Abrió mucho los ojos al reconocer a Vannevar.

–Oh. Tío, eres tú. ¿Quieres pasar o algo?

Vannevar le dio las gracias y entró. La mayoría de los ocupantes del piso le reconocían de su última visita. Nadie dijo nada. Saludó con la cabeza y se volvió hacia el hippie que le había franqueado la entrada.

–Busco a Margaret.

–Ha salido --intervino una muchacha que estaba sentada cerca de ellos.

–¿Dónde ha ido?

La joven se encogió de hombros.

–Ni idea. Salió corriendo de la habitación hacia el mediodía y bajó las escaleras pitando. Dirk y ella se habían puesto hasta las cejas de ácido.

–Tío, decía que era una *mariposa* --comentó otro--. Le había pegado fuerte.

Las palabras tardaron un momento en cobrar sentido; Vannevar no comprendió enseguida su significado. Hasta que recordó la pila de polvo que había visto en la calle, al pie de las escaleras.

–¿Cuándo has dicho? --preguntó, volviéndose de nuevo hacia la joven.

–Otra vez, hacia el mediodía. ¿Qué más da?

--¿Había salido el sol?

--Ya te digo que fue *hacia el mediodía* --respondió la hippie, como si estuviera hablando con alguien corto de entendederas.

--¿Dónde está Dirk?

--Se levantó cuando anocheecía. Le dije que Margaret había salido y se largó pitando... iría a buscarla, me imagino.

El hippie alto que había dejado pasar a Vannevar al apartamento se le acercó.

--Hey, tío. Paz --dijo, agitando los dedos delante de la cara de Vannevar--. Tú *tranquilo*, ¿vale? No pasa nada.

Vannevar agarró al sonriente mentecato por los hombros y lo lanzó al otro lado de la habitación. Otros dos hippies se levantaron e intentaron sujetarlo, pero Vannevar, enfurecido, rugió y se los quitó de encima como si de marionetas se trataran. Uno fue a parar encima de la abarrotada y maltrecha mesilla, partiéndola por la mitad. Los hippies, sin atreverse ahora a acercarse a Vannevar, retrocedieron, pero le gritaron que saliera de la casa. Vannevar abrió la puerta de golpe y bajó corriendo las escaleras.

Encontró en la acera el montón de cenizas y polvo que había sorteado al llegar. La brisa nocturna lo había agitado y dispersado, quedaba muy poco --apenas un puñado-- y cuando Vannevar estiró el brazo para tocarlo, un remolino de viento lo esparció por la calle. Margaret había dejado de existir.

* * *

Vannevar encontró a Dirk en el dique marítimo de Ocean Beach, uno de los confines de la ciudad, al oeste. Su moto estaba aparcada cerca de la curva. Dirk estaba apoyado en la pared, contemplando el océano oscuro. La nueva Casa Cliff, mucho más pequeña y menos majestuosa que el antiguo castillo de Cyrano, refulgía cálidamente, acogedora, a más de un kilómetro de distancia, encumbrada sobre los rocosos promontorios al norte.

Escuchó cómo se acercaba Vannevar pero no se dio la vuelta. El príncipe se detuvo a escasos metros de distancia, en silencio, con las manos en los bolsillos. Las rugientes olas martilleaban contra la arena, inundando el aire con su sonido.

--¿Satisfecho? --preguntó a Dirk, al cabo.

El Caitiff hizo como si no hubiera oído nada y siguió escrutando el océano. Lanzó un salivazo y, al fin, miró al príncipe.

--Vete a la mierda.

Vannevar no dijo nada, ni se movió. Dirk volvió a apartar la mirada.

--No creas que te vas a librar así como así. Me da igual loque pienses, no he venido a matarte.

Dirk permaneció callado. Cogió un guijarro de lo alto del dique y lo arrojó contra las olas. Cayó a trescientos metros de distancia de la línea de playa. Se giró hacia el príncipe, muy despacio.

--¿Por qué no? Me lo merezco. Además, no quiero seguir viviendo.

--Ya lo sé. Por eso mismo no voy a matarte. Dejaré que vivas y pienses en ello. Puedes pasarte toda tu inmortal vida torturándote.

Dirk lanzó una mirada furibunda al príncipe, con los ojos hinchados. Había estado llorando.

--¿Por qué?

--Porque te lo mereces. Te lo mereces tanto como yo.

El príncipe giró sobre sus talones y se alejó, dejando a Dirk a solas con sus amargos pensamientos.

Iwo se agachó para asomarse al enorme acuario que separaba el salón de Vannevar de su despacho. Un banco de destellantes *koi*, algunos de hasta treinta centímetros de longitud, nadaba alrededor del paisaje cerrado. Uno de los peces naranjas y plateados, al divisar a Iwo, cesó en su deambular para aletear cerca del vidrio. Pedía comida al menudo mago, lanzándole besos. Iwo frunció el ceño y puso cara de pez a su vez.

Los otros dos hombres que estaban sentados en el salón prestaban poca atención al japonés. Vannevar estaba sentado en el sofá, con las piernas cruzadas, mientras que Benedicto ocupaba una silla frente a él. Hablaban sobre Delfonso. A petición del príncipe, don Benedicto había trabado amistad con el antiguo vampiro en un intento por descubrir qué se traían entre manos el español y el Abuelo con sus recientes actividades de contrabando.

--Bueno --comenzó Benedicto--, parece que se trata de lo de siempre: drogas e inmigrantes ilegales. De China traen heroína y un

poco de opio y morfina. De Méjico y Suramérica, donde tiene contactos Delfonso, marihuana, cocaína y heroína marrón.

--¿Sabbat? --quiso saber Vannevar. Era de dominio público que el Sabbat había realizado numerosas incursiones en el terreno del narcotráfico en los últimos años.

--Casi seguro. Al menos los contactos de Delfonso... aunque no creo que él lo sospeche siquiera. Siente repulsión por el Sabbat.

--¿Por mediación de Domingo, entonces?

Domingo era el chiquillo de Delfonso, un antiguo criminal y prófugo que había huido de Los Ángeles durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial. Delfonso lo había descubierto escondido en el garaje de la Misión Dolores de San Francisco y lo había reclamado para sí. Domingo era un mejicano fortachón cuyo rasgo más sobresaliente era un enorme paleta de oro. Vannevar lo tenía por un salvaje de poca confianza.

--Sin duda --respondió Benedicto--. Aunque con Domingo me parece que se trata estrictamente de negocios. No creo que busque afiliarse con el Sabbat.

Vannevar asintió. Las averiguaciones de Nickolai apuntaban en la misma dirección. No parecía que hubiese un motivo oculto en la alianza de Delfonso con el Abuelo aparte del más evidente: el beneficio propio. Delfonso, en general, parecía inocente de cualquier maldad. No obstante, Vannevar sospechaba que la operación de contrabando no era sino una tapadera orquestada por el Abuelo. Sabía que las fuerzas asiáticas se disponían a asaltar de nuevo la ciudad. Una vez más se encontraba padeciendo las recurrentes pesadillas en que se le aparecía una enorme bestia negra de ojos rojos. Suponía que la operación de contrabando, a la larga, estaba destinada a infundirle una falsa sensación de complacencia, a fin de que ni él ni la ciudad estuvieran preparados para la invasión cuando esta se produjera al fin.

Vannevar, por mediación de Nickolai, había aumentado el número de patrullas de la Guardia Costera estadounidense frente a la Costa Este. Los partes del radar se recibían automáticamente y Nickolai se encargaba de examinarlos con regularidad. Mantenían una vigilancia constante sobre la costa.

Iwo, aburrido al fin del pez, se acercó al escritorio de Vannevar y se sentó delante del ordenador personal que ocupaba una esquina. Vannevar había comprado el equipo hacía algunos meses, aunque todavía no estaba seguro de qué hacer con él. El japonés lo encendió

y comenzó a pulsar teclas.

--Por lo demás, ¿cómo le va a Delfonso? --preguntó Vannevar a Benedicto, haciendo como que no veía a Iwo.

--Cada vez peor, me temo. --El Tremere parecía preocupado.

Delfonso había desempolvado una vieja cámara de torturas oculta en un sótano secreto bajo la Misión Dolores. Ahora le había dado por sacrificar víctimas --inmigrantes ilegales, en su mayoría-- regularmente en un potro ensangrentado, efectuando cruentos rituales con reminiscencias de los ritos de sangre católicos y aztecas. La tortura cuasi inquisitorial era seguida de la extirpación del corazón y la libación del mismo. Sólo pensar en que se llevaran a cabo tales actividades en su dominio revolvía el estómago a Vannevar. Recordaba perfectamente los acontecimientos que habían tenido lugar en el Hotel St. Francis hacía casi cincuenta años.

Pero el pobre Benedicto se había visto obligado a presenciar estos espantosos ritos, incapaz de detener al viejo vampiro por miedo a poner en peligro la relación que le había costado tanto tiempo cultivar. El príncipe necesitaba que Benedicto mantuviera su puesto de confidente de Delfonso a fin de poder seguir de cerca las actividades del proyecto español y, en última instancia, del Abuelo.

--Lamento que tengas que pasar por esto --dijo Vannevar--. Me cuesta imaginar lo que debe ser.

Benedicto se limitó a mirar al suelo, zangoloteando la cabeza. Tenía otras cosas en mente. Todas las pruebas indicaban que don Benedicto había sido engendrado por Delfonso, como afirmara el Abuelo. Nada menos que una autoridad como Hortator había declarado a Benedicto "de la sangre": descendiente de un antiguo sacerdote azteca llamado Nezahualcoyotl, sire de Delfonso. Al parecer, la extraña mezcla de sangre había vuelto loco a Delfonso, y Benedicto temía que a él pudiera ocurrirle lo mismo.

Don Benedicto había sido asesinado y Abrazado estando de rodillas ante el altar de la majestuosa catedral de la ciudad de Méjico; en ningún momento vio a la criatura que lo atacó por la espalda. Se había despertado más tarde, en la celda que ocupaba en el monasterio, atendido por un vampiro Tremere jesuíta que lo había criado como si fuera de él.

Iwo afirmaba que la curiosa herencia de Benedicto tenía mucho que ver con su persistente renuncia a las costumbres occidentales, un intento subconsciente por huir de su pasado. El japonés había intentado convencer a Benedicto de que no existía la sangre "pura" y

que todo el mundo era un "mestizo", apuntando que su linaje español estaba compuesto de godos europeos, moros africanos y árabes asiáticos. Más aún, señaló, los propios indios americanos no eran sino asiáticos emigrados. Iwo afirmaba guardar en algún rincón de su hogar una serie de cálculos que demostraban que nadie en el mundo podía ser menos que primo vigésimo segundo de alguien, y que la mayoría de las personas estaban incluso más relacionadas. Para Iwo todo era lo mismo, y aseguraba no comprender a qué venía tanto alboroto.

Pero en esos momentos Iwo estaba ocupado con el ordenador de Vannevar. Tenía un abaco en el escritorio, a su lado, que utilizaba para competir con la máquina e intentar resolver antes los problemas matemáticos que le planteaba.

--Ostras copón --exclamó el japonés, mezclando expresiones, cuando el ordenador lo hubo ridiculizado una vez más--. ¡Sí que es rápido! --Lanzó una mirada radiante a los dos hombres del salón.

Vannevar le devolvió la sonrisa, antes de consultar su reloj con el ceño fruncido.

--¿Dónde está Nickolai? --preguntó, levantándose del sofá y acercándose a la ventana desde la que se veía la calle California.

El ruso había salido hacía poco más de una hora, prometiendo regresar enseguida. Se suponía que iba a traer a una joven para su interrogatorio, la hermana de un hombre que llevaba varios años desaparecido y que ahora se rumoreaba que había vuelto a la ciudad. El hombre se llamaba Joseph Cambridge.

Cambridge había sido en su día socio de Robert Foster, descendiente de quinta generación de Davey Foster, uno de los numerosos miembros de la familia que trabajaban directamente para Vannevar. Aunque Cambridge no sabía nada de la vinculación de la familia Foster con la Estirpe, se creía que había sido secuestrado para perjudicar a Vannevar.

El rapto había tenido lugar en 1971, en la calle Castro, a plena luz del día. Los testigos afirmaban haber visto a una pandilla de "jóvenes asiáticos" que salieron de una furgoneta verde y atraparon a Cambridge en la calle. No se había vuelto a saber nada de él. El Abuelo, claro está, había sido el principal sospechoso.

Cambridge, pese a su metro noventa de altura, no pudo hacer frente a sus captores. Tenía las piernas débiles y atrofiadas, casi inútiles por culpa de la polio que sufrió en su infancia. Podía caminar, pero solo con la ayuda de soportes y bastones.

Hacía algún tiempo que se venía observando una gran silueta

merodeando por los alrededores del hogar de los Póster al caer la noche, y algunos miembros de la familia afirmaban haber recibido amenazas por teléfono. Se creía que ahora Cambridge era un vampiro y que buscaba vengarse de la familia por lo que le había sucedido.

Donna, la hermana quinceañera de Joseph, ya había sido interrogada por Nickolai --bajo los efectos de la hipnosis-- pero no había podido decirle nada acerca de su hermano mayor. Al parecer no sabía nada de la reciente reaparición de Cambridge en la zona.

Vannevar había solicitado a Nickolai que le consiguiera una cita con la muchacha. No había ninguna razón de peso para ello --Vannevar confiaba en las aptitudes de Nickolai-- pero, tras haber visto a la joven de lejos en una ocasión, deseaba echarle un vistazo más de cerca. Nickolai se había reído por lo bajo ante la petición de Vannevar, comprendiendo que el príncipe tenía un motivo oculto. Dijo a Vannevar que la traería ante el príncipe mientras estuviera hipnotizada, y luego, cuando se hubiera convencido de que no sabía nada, la devolvería a su hogar sana y salva, borrados los recuerdos de todo lo que hubiera acontecido esa velada. Nickolai había planeado interceptarla hacía una hora, momento en el que Donna regresaría a su casa tras las clases de baile de jazz que recibía semanalmente en su instituto.

Pero ya hacía tiempo que Nickolai debería haber vuelto y Vannevar comenzaba a preocuparse. No era propio del ruso demorarse tanto.

Cogió el teléfono y llamó al piso de Nickolai. Se escuchó un tono antes de que saltara el contestador: "Deje su mensaje", dijo la voz de Nickolai, sin rodeos. Vannevar colgó de nuevo.

--¿Nada? --preguntó Benedicto, desde su silla.

Vannevar negó con la cabeza.

--No. Y estoy empezando a preocuparme.

Aguardó algunos minutos y volvió a intentarlo, pero no hubo suerte. Esta vez, después de colgar marcó otro número.

--¿Pallazo? --dijo Vannevar al escuchar una voz al otro lado de la línea.

--¿Sí, señor? --respondió su interlocutor, poco menos que poniéndose firme ante el sonido de la voz del príncipe. Tommy Pallazo era un tipo duro, un joven Ventrue que trabajaba directamente a las órdenes de Nickolai. Durante algún tiempo había actuado de espía infiltrado en la banda de motoristas de Dirk pero, cuando se hubo descubierto su tapadera, Nickolai tuvo que sacarlo de allí. Pallazo

ejercía ahora de teniente del ruso, especialista en cualquier trabajo que requiriera un poco de fuerza bruta.

--Ha ocurrido algo. Quiero que te acerques al piso de Nickolai y mires a ver qué puedes encontrar. Llámame enseguida para comunicarme lo que sea.

--Entendido --dijo Pallazo. Colgó.

Vannevar esperó, de pie junto a la mesa, demasiado impaciente como para sentarse. Pallazo vivía cerca de Nickolai, a no más de cinco minutos de distancia. Benedicto observaba al príncipe, sin decir nada. Incluso Iwo dejó de jugar con el ordenador.

El teléfono sonó un par de minutos después. Era Pallazo.

--Será mejor que acuda de inmediato. Ha ocurrido una tragedia.

* * *

Nickolai ocupaba una enorme casa victoriana emplazada en un vecindario de moda desde el que se veía la franja más oriental del Golden Gate Park, lo que se conocía como el "mango de la sartén". Vannevar y Benedicto subieron a la limosina, mientras Iwo se quedaba en el ático. Pallazo se reunió con ellos en la puerta principal y les hizo entrar. Medía un metro ochenta, era fornido; iba vestido con un abrigo de cuero negro sobre una camisa blanca con el cuello abierto. Llevaba el pelo negro, que empezaba a ralear, peinado hacia atrás. La medalla de la cadena de oro que le rodeaba el cuello casi se perdía por completo en la tupida maraña de vello que le cubría el pecho.

--Adelante --dijo, franqueándoles la entrada al salón--. Pero se lo advierto, no es agradable.

La casa estaba patas arriba: Los muebles destrozados, los cuadros en el suelo, las lámparas volcadas. Se habían garabateado unas pintadas con sangre en las paredes.

Cerdo

Sed de sangre

Libertad

A tomar por culo

Era obra del Sabbat. Pese a todos los esfuerzos de Nickolai, no habían sido capaces de descubrir el paradero del cuartel general de la secta, ni tampoco el nombre de su líder.

--Ya he registrado la casa --dijo Pallazo--. No queda gran cosa.

A juzgar por el estropicio de la planta baja, Vannevar no se extrañó.

--Me sorprende que no prendieran fuego al lugar.

--Querían que lo encontráramos así --apuntó Pallazo.

Vannevar se sentía desorientado. Sin su jefe de seguridad, no sabía qué camino seguir. Hacía demasiado tiempo que dependía de Nickolai.

--Y ahora ¿dónde vamos? --preguntó a Pallazo.

--Al local de Chin.

* * *

Marty Chin regentaba una librería en la calle Haight, especializada en volúmenes raros y antiguos, además de las publicaciones más normales. También comerciaba con información. Tenía contactos en todas partes y sin duda había descubierto la dirección del refugio de Nickolai. Pallazo suponía que Chin había delatado al ruso.

Hacía varios años, al tener noticia de los negocios de Chin, Vannevar había pensado en obligarle a cerrar la tienda; Nickolai, no obstante, se había opuesto a la idea. El príncipe podría utilizar esta fuente de información tanto como cualquier otro, al tiempo que se valdría de Chin para difundir falsos rumores. Vannevar había acabado cediendo y se le había permitido a Chin que mantuviera el negocio. Pero ahora era evidente que el chivato había vendido a Nickolai. Se preguntó cuál habría sido el precio.

Cuando llegaron a la librería, esta estaba a oscuras. Era casi medianoche, el establecimiento llevaba horas cerrado y solo unas cuantas luces amarillas alumbraban el interior. Chin dormía en la trastienda. Pallazo, el primero en llegar a la puerta, la aporreó. Vannevar y Benedicto se encontraban detrás de él, esperando.

Un minuto después, Chin arrastraba los pies en dirección a la entrada.

--Está cerrado --gritó detrás del cristal a los tres hombres del exterior, hasta que, al reconocer quiénes eran, se apresuró a abrir.

En cuanto hubo quitado el pestillo, Pallazo abrió la puerta de una patada, obligando a Chin a quitarse de en medio de un salto. Las tres siluetas amenazadoras entraron en la tienda, seguidas de una nube de niebla procedente de la calle. Pallazo pasó junto a Chin, haciendo como si no existiera, mientras Vannevar y Benedicto se giraban y esperaban a que el humano volviera a cerrar la puerta y echar la llave.

--¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros? --preguntó Chin; sus ojos iban rápidamente del iracundo príncipe a Tommy Pallazo, que ahora se encontraba junto a una estantería llena de libros. Pallazo sacó un volumen encuadernado en piel, de aspecto lujoso, y comenzó a pasar las páginas.

--¿Dónde está Nickolai? --inquirió Vannevar.

--¿Nickolai? --tartamudeó Chin, súbitamente más nervioso que antes.

Pallazo, tras hojear el libro que tenía entre manos, lo tiró al suelo, donde aterrizó boca abajo.

--No... no lo sé --respondió Chin. Pallazo cogió otro libro, lo miró, y lo tiró también al suelo.

--¡Eh! --exclamó Chin, dirigiéndose a Pallazo por encima del hombro--. No hagas eso.

--¡Mírame! --ordenó Vannevar. Chin giró la cabeza bruscamente--. ¿Dónde está Nickolai?

Pallazo había comenzado a pasearse por el local, empujando todos los libros fuera de la estantería uno a uno, dejando que se amontonaran en el suelo unos encima de otros, con los lomos agrietados y las hojas dobladas.

--No lo sé --insistió Chin--. De verdad que no lo sé.

Se produjo un violento estrépito y Chin dio un respingo. Pallazo, que había descubierto una vitrina surtida de libros sumamente raros, había derribado el mueble. Había trozos de cristal por todas partes. Chin no dijo nada. Habló Vannevar:

--Pues te sugiero que lo adivines --amenazó el príncipe, con voz siniestra.

Chin alternó la mirada entre los tres vampiros, con los ojos desorbitados. Pallazo cogió una enorme planta --una palmera plantada en una urna de terracota profusamente decorada-- la levantó por encima de su cabeza y la destrozó contra el suelo. Chin ya había comenzado a hablar:

--Ayer vino una mujer preguntando por él --dijo, atropelladamente, con la esperanza de poner fin a la devastación que sembraba Pallazo a su paso.

--¿Le diste la dirección de Nickolai? --preguntó el príncipe.

Chin asintió, agitando la cabeza rápidamente.

--Lo siento. No tendría que haberlo hecho.

--¿Cómo se llama?

--No lo...

Tommy Pallazo, tras colocarse detrás de Chin a hurtadillas, le cogió un brazo y, doblándolo a la espalda del hombre, empujó al tendero hasta el mostrador para aplastarle la cara contra la dura superficie de madera. Chin gruñó, pero no podía zafarse.

--¡El nombre! --exigió Vannevar.

Chin no respondió. Pallazo tiró del brazo del hombre y se produjo un chasquido. Chin soltó un grito.

--Tenemos más tiempo que tú dedos, Chin --dijo Pallazo--. Dinos su nombre, hijo de puta.

--Misty. Se llama Misty Halls --farfulló Chin, de repente--. Solía hacer pelis porno. Ahora regenta un club de topless en North Beach.

--¿Cómo se llama ese club? --preguntó Pallazo, retorciendo de nuevo la mano del hombre, amenazando un segundo dedo.

--Christo --boqueó Chin--. Esquina de Broadway con Kearney. Dice que seduce a los clientes para que la acompañen a la planta de arriba y allí se los bebe. Es del Sabbat.

Vannevar asintió y Pallazo soltó al librero, empujándolo contra el suelo y propinándole una patada en las costillas antes de dar media vuelta y alejarse. Juntos, los tres vampiros dejaron atrás la caótica tienda y al maltrecho humano.

* * *

Benedicto se había quedado sorprendido por la violencia de la que había sido testigo, pero no dijo nada al príncipe mientras cruzaban la ciudad en coche. Sabía lo importante que era Nickolai para Vannevar. Pensándolo bien, Chin había tenido suerte de salir de esta con vida. Vannevar había demostrado ser un líder justo y ecuánime, casi noble a menudo, pero también sabía ser severo. Exigía y esperaba lealtad de sus súbditos, y los que le fallaban pagaban un alto precio.

El propio Vannevar se había visto sorprendido por el comportamiento de Pallazo, pero ahora no tenía tiempo de preocuparse por eso. Lo único que sabía era que tenía que encontrar a Nickolai.

Pallazo iba sentado delante, junto al conductor de Vannevar. Mientras tanto, en el asiento trasero, Benedicto preparaba sendos disfraces para el príncipe y para él mismo. Para cuando hubieron llegado a North Beach, ambos parecía una simple pareja de ejecutivos del distrito financiero que habían salido en busca de un poco de

diversión a la salida del trabajo antes de volver a casa y ver a la mujer y los hijos.

La escena *beatnik* de North Beach hacía años que había degenerado en poco más que una atracción turística y una popular zona de copas. Los cafés seguían ahí --al igual que el City Lights Bookstore-- pero, con la llegada de los finales de los sesenta y el movimiento por el "amor libre", el vecindario, como si quisiera rendir tributo a la Costa de la Barbarie con la que había lindado, se había convertido en una avenida brillantemente iluminada de clubes de topless, salas porno y bares estridentes. Una mirada de luces de neón anunciaban por doquier la presencia de "Bailarinas desnudas en directo". La acción se perpetuaba en la calle durante toda la noche.

El chófer los dejó a un bloque de distancia del club. Vannevar ofrecía ahora el aspecto de un hombre algo fofo vestido con un traje azul, el pelo corto, rubio y rizado. Benedicto tenía el pelo negro, en media melena hasta el cuello. También su traje era negro; sus zapatos italianos resplandecían como espejos a la luz de los brillantes letreros. Pocos serían capaces de penetrar las ilusiones que había lanzado Benedicto sobre ellos. Cuando se hubieron apeado, el conductor daría la vuelta a la manzana y volvería a detenerse para dejar a Pallazo. El joven vampiro era conocido por estos lares y su visita al club --mientras no estuviera acompañado por unos desconocidos-- no llamaría la atención.

En la entrada del Christo, dos mujeres en bikini sobre tacones de aguja esperaban sentadas en sendos taburetes junto a la puerta principal. Cuando se acercaron Vannevar y Benedicto, se levantaron de sus asientos y se contonearon en dirección a los dos presuntos hombres de negocios.

--La noche es joven. Vamos, entrad --dijo una de ellas, arrimándose a Vannevar. La otra se cogió del brazo de Benedicto y lo condujo hacia la puerta--. Ya veréis qué bien os lo pasáis con las chicas de ahí dentro --le prometió, con un guiño malicioso.

Los dos permitieron que los guiaran hasta el interior del sórdido club. El lugar reverberaba con la estridente música del tocadiscos; la única luz provenía de unos tubos de neón azules y rojos que decoraban las paredes y de la tenue iluminación de la barra. En el escenario, tres mujeres, cubiertas por meros tangas, se pavoneaban y se arrastraban para regocijo de los vociferantes y beodos ejecutivos sentados en torno a la tarima. El lugar hedía a cerveza derramada, a humo rancio de cigarrillos, a vómitos y a orines.

Un hombre alto, con barba, les salió al frente.

--Con cinco pavos entráis --les dijo, con la mano extendida. Llevaba puestas unas gafas de sol y una camiseta ajustada de Ban-lon; su barriga le cubría el cinturón. Vannevar descubrió que no llevaba dinero encima. Benedicto tuvo que pagar por los dos.

Ocuparon una mesa apartada del escenario, en penumbra, desde donde poder observar la acción sin ser vistos. Los hombres introducían billetes en los tangas de las bailarinas. Una de las mujeres se acuclilló y uno de los espectadores le chupó un pecho. Le había dado un billete de diez dólares.

Apareció una camarera, poco más tapada que las bailarinas. Vannevar y Benedicto pidieron un par de bebidas, antes de que Vannevar preguntara:

--Buscamos a Misty. ¿Ha venido esta noche?

--Voy a ver --respondió la camarera, y se dirigió al mostrador. Allí dijo algo al encargado de la barra, que a su vez hizo una llamada telefónica. Vannevar y Benedicto observaron cómo el camarero hablaba con alguien, lanzando ocasionales miradas de soslayo a la pareja sentada en la penumbra. Asintió y colgó. Dijo algo a la camarera, antes de entregarle las dos bebidas que encargaran los vampiros. La joven se las llevó en una bandeja--. Ahí tenéis --dijo, posando los vasos encima de la mesa.

Benedicto pagó con un billete de diez dólares y le dijo que se quedara con el cambio. Ella le dio las gracias.

--Misty está arriba. Dice que podéis subir cuando queráis. Llevaos las bebidas con vosotros.

Le dieron las gracias y, cuando se hubo alejado, se levantaron de la mesa y cruzaron el club hasta la angosta escalerilla que les había indicado, al otro lado de la sala. Había otro gorila al pie de la escalera, con una camiseta sin mangas, de brazos cruzados, pero apenas si echó un vistazo a la pareja mientras pasaban junto a él y empezaban a subir los escalones. Justo antes de perderse de vista divisaron a Tommy Pallazo, que entraba en el club; el corpulento portero se limitó a asentir con la cabeza al ver a Pallazo y no le pidió que pagara la entrada. Ninguno hizo ademán de conocer al otro.

En lo alto de las escaleras, Vannevar y Benedicto encontraron un largo pasillo, también tenuemente iluminado. Había estrechos compartimentos a ambos lados, a los que se accedía por puertas igual de angostas. En el interior, se retransmitían por televisión incesantes bucles pornográficos. Muchas de las cabinas estaban ocupadas y de

su interior provenían gemidos, gruñidos y ocasionales golpes contra las paredes, según los clientes pagaban por recibir favores sexuales.

Al final del salón había una puerta tras la cual, a decir de la camarera, se encontraba el despacho de Misty. Benedicto llamó con los nudillos, un tanto dubitativo.

--Adelante --invitó una voz femenina.

Abrieron la puerta y pasaron.

Surgieron de la nada brazos y porras que se abalanzaron sobre ellos, intentando derribarlos, apresarlos, dejarlos fuera de combate. Benedicto se debatió con ferocidad, con brazos y piernas, pero ni siquiera sus mortíferas artes marciales eran rival para el gran número de sus atacantes. Vannevar oyó a Nickolai, que, desde algún lugar, gritaba: "¡Huid!", pero alguien golpeó al príncipe en la cabeza y lo dejó inconsciente.

* * *

Los dos se despertaron casi al mismo tiempo, medio desnudos y atados con pesadas cadenas a un par de enormes vigas de hierro que se elevaban desde la planta inferior hasta el techo de la primera planta. La habitación estaba a oscuras, las paredes estaban pintadas de negro y decoradas con grotescas pinturas que refulgían especialmente bajo las luces ultravioletas. Había pantallas de cine emplazadas en media docena de sitios, incluso en el techo, en las que se representaban escenas de películas porno. Vannevar reparó en que la mayoría de los bucles mostraban a una belleza rubia, alta y escultural, que supuso que sería Misty. Las siluetas se agolpaban en la oscuridad circundante: espeluznantes especímenes de vampiros con el pelo jaspeado, los dientes podridos y los ojos inscritos en círculos negros.

Misty en persona se plantó delante del príncipe, vestida con un par de botas altas de cuero negro, unas cuantas tiras de cuero y poco más. Llevaba el cabello rubio, casi platino, recogido severamente hacia atrás, sujeto en una larga cola de caballo que se derramaba sobre su espalda desnuda. Se rió al ver que Vannevar estaba despierto.

--Bueno, príncipe --dijo, con lascivia--. Veo que al fin te has decidido a visitar mi establecimiento. --Blandía una fusta de cuero de aspecto ominoso--. Qué detalle.

En las cercanías, un mísero vampiro desaseado salió a rastras de

las tinieblas para acariciar la pierna de la Sabbat.

--¿Señora? --suplicó la criatura.

--¡Bestia! --siseó Misty a la patética criatura que la había interrumpido; lo golpeó con la fusta. El vampiro gritó de dolor y reptó lejos de ella. Vannevar vio que el engendro sonreía mientras gimoteaba.

Se escuchó un lamento en una de las ensombrecidas esquinas de la estancia. Vannevar reconoció la voz.

--¿Nickolai?

--Aquí tienes a tu amigo --dijo Misty; cruzó la habitación al lugar donde había un cuadro de mandos montado en la pared. Accionó un interruptor y el rincón se iluminó de repente.

Nickolai colgaba cabeza abajo, sujeto con cadenas, con los tobillos atravesados por garfios. No solo le habían quitado la ropa, sino también la piel: Lo habían desollado, reduciéndolo a poco más que una masa roja de músculos estriados. Dos mujeres, desnudas salvo por sus zapatos con tacón de aguja, acariciaban y masajearon al trémulo Nickolai, lamiendo los regueros de sangre que rezumaban sus músculos desgarrados. Vannevar, pese a sus siglos de existencia, tuvo que cerrar los ojos.

--¡Mírame! --exigió Misty, golpeando a Vannevar en el rostro con la fusta.

El príncipe abrió los ojos y la fulminó con la mirada, sintiendo la herida de su mejilla y la sangre que le bañaba el rostro. La Sabbat atacó de nuevo, esta vez en la otra mejilla, abriendo otro corte, pero Vannevar mantuvo los ojos abiertos.

--Eso está mejor --sonrió Misty--. Me gustan los hombres obedientes.

Se abrió una puerta en alguna parte y metieron a Pallazo a rastras en la sala, en medio de forcejeos.

--¡Que se calle! --ordenó Misty a sus esbirros.

Los vampiros del Sabbat aprisionaron a Pallazo, inmovilizándolo pese a sus denuedos por liberarse. Entre las sombras correteaba una figura harapienta y hedionda --hombre o mujer, Vannevar no podría decirlo con certeza-- soltando risitas enloquecidas, con una afilada estaca de madera levantada por encima de su cabeza. Fue directamente a por Pallazo y saltó sobre él, clavando la estaca en el torso del guardaespaldas. Pallazo bramó como un toro cuando le traspasaron el corazón; luego se quedó inmóvil. Sus captores lo soltaron y lo dejaron caer al suelo de madera.

Al instante, media docena de Sabbat se cernieron sobre el vampiro derribado, lamiendo la sangre, emitiendo gritos de placer mientras se disputaban los despojos. Misty contempló cómo su prole dejaba sin sangre enseguida al impotente Pallazo, hasta dejar tan solo un cadáver arrugado en el suelo.

A continuación, ordenó que desataran a Benedicto y lo condujeran a la misma esquina donde colgaba Nickolai. El Tremere ofreció resistencia, pero su número era aplastante. Le atravesaron los tobillos con otro par de ganchos y lo izaron, suspendiéndolo al lado del ruso. Acto seguido, lo despojaron de sus prendas.

--Quiero hacerte una pequeña demostración --explicó Misty al príncipe--. Quiero que veas lo que le ha ocurrido a Nickolai, y lo que te ocurrirá a ti. Mi intención es que experimentes las dulces delicias del dolor... de primera mano.

Vannevar se mordió el labio cuando practicaron los primeros cortes en el torso desnudo de Benedicto. El Tremere se negó a gritar cuando la navaja se hincó en su carne, pero cuando le arrancaron la primera tira de piel del cuerpo, no pudo soportarlo por más tiempo. Un grito de agonía estremeció la habitación. La Sabbat que empuñaba la navaja sonrió, dispuesta a practicar el siguiente corte.

En ese preciso momento fueron interrumpidos por un frenético golpeteo en la puerta al otro lado del cuarto. Todos los Sabbat se giraron; alguien propinó una patada a la puerta desde el exterior, arrancándola de sus goznes y lanzándola por los aires. Un mejicano rechoncho y fornido irrumpió en la sala, armado con un machete. Tras él apareció Delfonso, vestido por completo de negro, espada en ristre.

--He venido para poner fin a tus prácticas paganas --anunció Delfonso a Misty mientras entraba corriendo en la sala--. ¡Te exijo que liberes a tus prisioneros!

Su voz era imperiosa, sus ojos claros y brillantes, despejada su mente. Volvía a ser el hidalgo de antaño, un caballero, deshacedor de entuertos.

Misty reparó también en la expresión de Delfonso y retrocedió un par de pasos, siseando amenazadora. El español continuó avanzando hacia ella sin miedo, aprovechando el desconcierto de la mujer, propinando estocadas al aire mientras acorralaba a la líder Sabbat.

Domingo, con ayuda de una banda de ghouls, se abalanzó sobre los sicarios del Sabbat que rodeaban a los ensangrentados prisioneros, troceándolos con su enorme machete, destrozando carne y hueso, amputando extremidades. Dos de los ghouls corrieron en

ayuda de Vannevar, que seguía encadenado.

Misty continuaba alejándose de Delfonso, desconcertada por las rápidas fintas y estocadas del filo del viejo vampiro, como lo estuviera Vannevar la noche en que conoció a Delfonso, hacía tantos años. Como de costumbre, Vannevar no pudo por menos que admirar la pericia del español.

Misty tropezó con la pared que había a su espalda y Delfonso saltó sobre ella, con la intención de incrustar la hoja en su corazón. La mujer arqueó la espalda, como si se resignara a morir, pero al mismo tiempo su forma comenzó a cambiar, aumentando de tamaño, alterando su forma en el preciso instante que la punta de la espada de Delfonso penetraba en su carne. Delfonso, sorprendido por el inesperado suceso, saltó hacia atrás, liberando su filo. La piel de la Sabbat se tornó negra y escamada, y se encumbró sobre él. Se había transformado en una gigantesca serpiente, con la cabeza tan grande como la de un caballo.

La serpiente se irguió sobre el español, reflejando en sus brillantes escamas las imágenes de una Misty desnuda, antes de caer sobre el vampiro. Delfonso dio un pequeño paso de costado, esquivando con facilidad a la veloz monstruosidad. Giró para ensartarla con su espada, pero la serpiente ya se había elevado de nuevo y se aprestaba a atacar de nuevo. Tras ellos, se volcó un brasero candente, desequilibrado por la restallante cola de la serpiente gigante. Las llamas prendieron enseguida en las chillonas cortinas que decoraban la pared.

La serpiente golpeó de nuevo. Delfonso volvió a apartarse de su camino, pero esta vez los enormes colmillos erraron el blanco por meros centímetros. El español giró en redondo y, antes de que la serpiente pudiera alzarse, se puso de puntillas. Hundió la espada con todas sus fuerzas, traspasando el cráneo de la serpiente, penetrando en su cerebro, atravesando la cabeza y clavándola al suelo.

La sierpe se agitó y se revolvió enloquecida, intentando liberarse; su cola rasgó cuadros y pantallas de cine, volcó proyectores y los arrojó al suelo. Delfonso utilizó toda su fuerza para retener al monstruo. Las llamas que crepitaban tras los combatientes crecían sin cesar, consumiendo una pantalla en la que una Misty pelirroja satisfacía los apetitos de tres hombres simultáneamente.

Los demás Sabbat agonizaban, o yacían muertos, o huían corriendo por las escaleras. Domingo, tras subirse de un salto a una mesa próxima a Nickolai, había cortado las cadenas que retenían a los

dos hombres; ahora, mientras los ghouls soltaban a Vannevar, se apresuró a socorrer a Delfonso. Trazó un arco con su poderoso machete y, de un solo tajo, decapitó a la serpiente.

La habitación era un infierno; una densa nube de humo inundaba el ambiente. Vannevar, libre al fin, corrió hacia Delfonso. Se produjo un cortocircuito, se apagaron las luces y se silenciaron los últimos proyectores.

Mientras Vannevar se acercaba, Delfonso hizo una honda reverencia, con la espada recta a su espalda.

--A vuestro servicio, milord.

--Saquémoslo de aquí --dijo Vannevar a Domingo--. Este sitio se va a venir abajo.

El mejicano no necesitaba que lo espolearan. Asieron al viejo español por los brazos y comenzaron a tirar de él hacia la escalera. Benedicto ya se les había adelantado y controlaba a los ghouls que transportaban el cuerpo inerte de Nickolai.

--Presentí problemas --dijo Delfonso al príncipe mientras descendían a toda prisa las escaleras de madera, en dirección al callejón--. Vinimos a buscarte, temiendo que estuvieras en un apuro.

Vannevar le dio las gracias, de corazón.

Una vez fuera, en el callejón, encontraron el vecindario poblado de policías y camiones de bomberos, de sirenas estridentes, de luces cegadoras. Se encaminaron hacia uno de los extremos del callejón y se encontraron con que un coche patrulla les cortaba el paso. Cambiaron de dirección, hasta dar con la enorme limosina negra de Vannevar. Los vampiros fugitivos abrieron las puertas de golpe y se agolparon en el interior del vehículo, depositando a Nickolai, desnudo y cubierto de sangre, en el asiento trasero. El conductor dio marcha atrás, salió a ciegas del callejón y se interpuso en el camino de un sedán azul, que lo amonestó con el claxon antes de que huyera a toda velocidad del escenario.

* * *

Eran casi las cinco de la mañana cuando Vannevar llegó por fin a su apartamento. Poco después de abandonar el club se habían reunido con el conductor de Delfonso y se habían despedido del español y de Domingo antes de llevar a Nickolai a un lugar donde pudiera montarse una enfermería improvisada. El ruso seguía con vida y se recuperaría, aunque habrían de transcurrir varias semanas antes

de que regenerara todo el tejido que había perdido. Vannevar había dejado a Benedicto en su refugio antes de regresar a casa.

Encontró a Iwo dormido en el sofá, roncando suavemente. Lo despertó.

El japonés se incorporó y se frotó los ojos.

--¿Qué hora es?

Vannevar se lo dijo, se sentó y le relató los pormenores de esa noche.

--Entonces, ¿habéis destruido a la líder del Sabbat?

--Sí --respondió Vannevar, aunque le recordó que todavía desconocían el paradero de la guarida secreta. Que todavía se ocultaba en alguna parte de la ciudad y, mientras existiera, el Sabbat seguiría constituyendo un problema.

--Da igual. Al menos por ahora. Se aproxima el final de la partida y casi se han jugado todas las cartas. Los posibles resultados son cada vez menos.

Se aproximaba el alba e Iwo dio las buenas noches a Vannevar, que se quedó solo para meditar acerca de las palabras del japonés. Casi se habían jugado todas las cartas, había dicho Iwo. Vannevar esperaba que, llegado el momento, supiera jugar sus bazas. Dio de comer a sus peces y se acostó.

* * *

Fue varias semanas después, cuando Nickolai ya se había recuperado y restablecido, cuando Donna Cambridge fue llevada ante Vannevar.

El príncipe se había sorprendido a sí mismo aguardando la entrevista con ansiedad, y le avergonzaba un poco que pensar en una chica tan joven pudiera distraerlo de ese modo. Pero no podía negar la fascinación que sentía por ella, una fascinación que lo embargaba desde la primera vez que la viera.

La joven Donna demostró ser todo lo que Vannevar se había imaginado, a pesar de su juventud y de su figura femenina todavía angulosa y sin desarrollar. Desde el momento en que Nickolai la introdujo en la sala, lo sobrecogió un deseo arrebatador de acogerla entre sus brazos y aplastarla contra su pecho... pero no lo hizo.

Permaneció sentado en su silla, estudiando a la aturdida cautiva, sin dar muestras de emoción. La interrogó casi por espacio de una hora, aunque no pudo descubrir nada. Como le había asegurado

Nickolai, la muchacha no sabía nada acerca del paradero de su hermano, Joseph Cambridge. Al cabo, a regañadientes, Vannevar la despidió, y Nickolai prometió que se encargaría de que la joven llegara a su casa sana y salva.

Vannevar volvió a quedarse solo.

17

1980: DONNA

Joseph Cambridge fue conducido a la bahía pocos meses después de que Vannevar se entrevistara con la joven Donna. Descubierta mientras espiaba por la ventana del hogar de Jason Foster en el distrito suburbano de Sunset, fue capturado y llevado ante el príncipe.

Cambridge ofrecía un aspecto espantoso. No era, como habían aventurado, un chiquillo del Abuelo, sino el engendro de la Viuda de Chinatown y, por consiguiente, Nosferatu. La maldición de ese clan lo había deformado terriblemente: Se había convertido en un monstruo gigantesco con la cabeza abotargada y deforme, y una complexión pútrida y cadavérica. La sangre de los Nosferatu también había afectado a sus piernas, regenerando las otrora inútiles extremidades, pero encerrando a su vez las pesadas sujeciones de hierro debajo de la piel. Ahora medía dos metros y diez centímetros de altura; se había convertido en un monstruo sobrecogedor maldito con unas piernas envaradas.

Había sido una víctima inocente de las guerras entre Vástagos; la Viuda lo había escogido con el único motivo de molestar al príncipe. Enloquecido por su desacostumbrada condición, Cambridge se había obsesionado con la sed de venganza y había volcado su ira sobre la familia Foster, por su implicación con la Estirpe. El príncipe, al descubrir la verdad, había exigido a la Viuda que ordenara a su criado que se alejara de los Foster y la Nosferatu había obedecido, prohibiendo a Cambridge que volviera a acercarse a la familia.

Pero Cambridge seguía siendo una espina clavada en el costado de Vannevar; había comenzado a dirigir su furia contra el propio príncipe. Se había convertido en el terror de Chinatown, un asesino demente que no sentía ningún respeto por la Mascarada ni por el precario equilibrio que procuraba mantener el príncipe en el territorio.

La Viuda prometía continuamente que su chiquillo vinculado por sangre se enmendaría, pero Cambridge continuaba aparentemente descontrolado y Vannevar se vio obligado a tomar cartas en el asunto. El príncipe había iniciado conversaciones de paz con el Abuelo y lo que menos falta le hacía era que Cambridge causara problemas.

Cambridge volvió a ser apartado de las calles, esta vez por Nickolai y sus hombres, que lo encerraron en la parte trasera de un camión y lo transportaron a un almacén vacío de la orilla sur. Aquí, en una larga y ardua ceremonia de la que el propio príncipe fue testigo, don Benedicto rompió el Vínculo de Sangre que obligaba a Cambridge a profesar lealtad a su sire, la Viuda. Antes de que se le permitiera marcharse, Cambridge fue obligado a jurar fidelidad al príncipe. Vannevar esperaba que, una vez libre de la influencia de la Viuda, el iracundo Cambridge se amoldara a su condición y su nueva vida y que, a la larga, se apaciguara.

Las esperanzas resultaron ser demasiado optimistas. Cambridge continuó causando problemas por toda la ciudad y alrededores, llegando incluso a protagonizar un encarnizado altercado con Sullivan en pleno Tenderloin una noche. La solución más evidente era su destrucción, pero Vannevar vacilaba. Simpatizaba con el dolor del hombre y, al menos en parte, se sentía responsable del mismo. Fue entonces cuando Nickolai sugirió a Vannevar que utilizara a la hermana de Cambridge, Donna, en un esfuerzo por controlarlo. Era sabido por todos que el antiguo Cambridge profesaba un extraordinario afecto por su hermana pequeña, y que hacía poco que al fin se había mostrado ante ella y le había explicado su suerte y condición. Si Vannevar Abrazaba a Donna y la convertía en su chiquilla, sugirió Nickolai, se conseguiría mantener a Cambridge a raya. Nickolai, consciente de la creciente fascinación que sentía el príncipe por la mujer, albergaba la secreta esperanza de que su plan pudiera reportar otros beneficios a su querido príncipe.

Vannevar se sintió intrigado por la idea y aceptó sin pensárselo dos veces. No había pasado ni un solo día en los dos últimos años sin que pensara en la joven.

Pensaba en ella ahora que Nickolai y él estaban sentados en el asiento trasero de la limosina, aparcada a las afueras de la Universidad de San Francisco, en las colinas del sur de la calle Haight. Donna estaba en clase esa noche.

Vannevar consultó su reloj.

--Debería salir en cuestión de minutos --dijo Nickolai. También él

estaba atento a la hora. Había vigilado los movimientos de Donna y conocía su rutina--. ¿Preparado?

--Sí --dijo Vannevar--. Estoy bien.

Nickolai sabía que el príncipe sentía reparos. Tras su aprobación inicial, le había dado vueltas en la cabeza al hecho de someter a una muchacha inocente a la vida eterna como miembro de la Estirpe. Cuando sugirió la idea original, Nickolai planeaba raptar a Donna en plena calle y conducirla ante el príncipe, pero Vannevar se había opuesto. Si había que hacerlo, dijo a su consejero, lo haría él mismo. Eso había desembocado en el plan de esta noche.

Esperarían hasta que saliera Donna de la facultad y, tras abordarla en la calle, Vannevar la incapacitaría antes de llevársela a su apartamento. Allí le daría el Abrazo.

--Ahí está --dijo Nickolai, propinando un codazo en las costillas a Vannevar.

Vannevar miró hacia lo alto de las escaleras y la vio salir del edificio, acompañada de un joven que tendría su misma edad. Sería Nickolai el encargado de ocuparse del joven y asegurarse de que no interfiriera. Cuando todo hubiera acabado, la mente del muchacho sería privada de cualquier posible recuerdo del secuestro.

--Vamos --dijo Nickolai, abriendo la puerta de la mano izquierda.

Vannevar abrió la de su lado y salió a la acera. Vio a Donna y su acompañante caminando hacia ellos, a unos cincuenta metros de distancia. Esperó a que Nickolai se uniera a él; a continuación, ambos se dirigieron hacia la pareja.

Vannevar estaba a la izquierda, de cara a Donna; Nickolai se encontraba a la derecha, listo para interceptar al muchacho. La noche era oscura e imperaba el silencio y, aparte del joven dúo y de los dos vampiros, la calle estaba desierta. Todo parecía perfecto.

Vannevar observó a la mujer mientras se aproximaban. Era más alta que la última vez que la viera --al menos unos cinco centímetros-- y había ganado curvas, aunque su figura seguía entrando en la categoría de delgada. Llevaba unos vaqueros ajustados y un jersey holgado que le dejaba un hombro al descubierto y le confería un aire seductor. Portaba unos cuantos libros pegados al pecho y conversaba animadamente con su compañero. A Vannevar le fascinó el modo en que ondeaba su cabello mientras charlaba. Sus ojos rebosaban de energía, estaban llenos de vida.

Vida.

--¿Vannevar? --susurró Nickolai al príncipe cuando se

encontraban ya cerca. Presentía que algo iba mal. El príncipe dudaba—. ¿Estás bien?

Vannevar no respondió de inmediato. Negó con la cabeza.

--No. Aquí no, no ahora.

Ya se encontraban a solo seis metros de la pareja. Nickolai quiso objetar, animar a Vannevar a seguir adelante con su plan, pero era demasiado tarde.

Los dos vampiros se apartaron, permitiendo que la pareja pasara entre ellos. El dúo de estudiantes apenas les prestó atención, aunque Vannevar vio que Donna le lanzaba una mirada de soslayo.

Vannevar y Nickolai siguieron caminando en línea recta hasta que la pareja se hubo perdido de vista. A continuación, dieron la vuelta y regresaron a la limosina, sin que Nickolai emitiera comentario alguno acerca de la indecisión del príncipe. Vannevar encargó al chófer que dejara al ruso en su casa, antes de dirigirse a su propio hogar.

* * *

Horas más tarde, Vannevar deambulaba por su despacho, obsesionado con Donna. Verla de nuevo había reavivado su pasión y, más que nunca, se encontraba sin poder pensar en algo que no fuera ella. Todo lo demás era secundario con respecto al dilema que lo acuciaba.

Alrededor de la medianoche, incapaz aún de concentrarse, salió del ático y se asomó a la terraza abierta que dominaba la ciudad. Levantó las manos al cielo y desapareció en medio de un remolino de niebla negra.

* * *

Donna se despertó al escuchar un sonido al pie de su cama. Abrió los ojos y vio una silueta alta envuelta en bruma negra, junto a ella. Quiso gritar, pero el desconocido hizo un gesto con la mano, silenciándola inexplicablemente. La joven no conseguía proferir sonido alguno.

--Por favor, no hagas ningún ruido --dijo el hombre, inclinándose hacia ella, acercando el rostro a la luz que entraba por la ventana del dormitorio--. No he venido a hacerte daño. --Los ojos de Vannevar refulgían ligeramente en la oscuridad.

Donna, con la boca todavía abierta, intentó decir algo, pero no lo

consiguió.

--¿Me prometes que no vas a gritar? --preguntó Vannevar, con voz calmada, tranquilizadora.

Donna asintió con la cabeza y cerró la boca. El hombre de negro volvió a agitar la mano y Donna se sintió dueña de sus cuerdas vocales una vez más.

--Eres el hombre que he visto esta noche delante de la facultad.

--Sí.

--¿A qué has venido?

--A verte. A hablar contigo.

--Te conozco.

--¿Sí?

--Te he visto en un sueño. Sentado en una silla ante mí, haciéndome preguntas. --Había tenido el mismo sueño recurrente desde que cumpliera los quince años; un vago recuerdo de su encuentro anterior con el príncipe.

Vannevar no dijo nada.

--Esperaba que vinieras. --Donna apartó las sábanas y se levantó. Estaba desnuda; su cuerpo relucía a la luz de la luna--. Sabía que lo harías.

Se irguió y cruzó la estancia.

Vannevar la acogió en sus brazos. El vínculo quedó sellado.

Vannevar estaba sentado a la gran mesa de su despacho, con los codos apoyados en el escritorio y la cabeza sujeta entre las manos. Tenía los ojos cerrados con fuerza, los labios apretados. Don Benedicto se encontraba cerca, rodeado de varitas de incienso encendidas; marcaba el discurrir de los segundos con la mano derecha mientras sus labios formaban en silencio las palabras del ensalmo.

--¿Abuelo? --preguntó Vannevar, sin hablar apenas, en voz baja, inaudible.

El príncipe, con ayuda de Benedicto, intentaba establecer un enlace mental con el Abuelo, oculto en su guarida de Chinatown.

--¿Abuelo? --insistió Vannevar, concentrándose aún más,

intentando formar una imagen mental del Abuelo, como le instruyera Benedicto. Oyó entonces una voz cavernosa, no con los oídos, sino dentro de su cabeza.

--¿Sí, mi señor? --Era el Abuelo, que respondía a la llamada de su príncipe--. Estoy aquí. --El discurso telepático del Abuelo era fuerte y fluido, nada laborioso.

--Empezaremos ahora, como hemos planeado --dijo Vannevar, imaginando las palabras en vez de pronunciarlas--. Ha llegado el momento de que el español desaparezca.

--Sí, mi señor. Debemos detener a Delfonso antes de que sea demasiado tarde.

--¿Has elegido ya a tu agente?

--Sí. Uno de mis chiquillos se encargará de hacer el trabajo.

--¿Sullivan?

--Él es mi elegido, mi señor.

--Bien. En tal caso, está decidido.

Se rompió el contacto y Vannevar se relajó; descansó las manos sobre la mesa y miró a Benedicto. El Tremere, al ver que el príncipe había terminado, interrumpió su cántico.

--¿Está todo preparado?

--Todo está en su sitio --respondió el príncipe, retrepándose en su silla y frotándose las sienes con las yemas de los dedos--. Se aproxima la partida final --dijo, citando a Iwo--. Y la vida de Delfonso está en prenda.

El príncipe en un esfuerzo por descubrir los secretos de la Familia, había dedicado los últimos años a realizar propuestas al Abuelo, hasta conseguir finalmente ganarse la confianza parcial de la criatura. Ahora, juntos, planeaban deshacerse de Delfonso.

El anciano se había convertido en un problema acuciante en los últimos tiempos. Las depravaciones que cometía en su cámara de torturas eran infames entre casi todos los Vástagos de la ciudad y, aún peor, circulaban rumores entre algunos miembros de la comunidad humana. De por sí, esto sería razón suficiente para que el príncipe lo eliminara, pero las actividades secretas de Delfonso con la Familia --el tráfico de drogas e inmigrantes ilegales en el país-- no hacía sino añadir leña al fuego. Empero, Vannevar se sentía culpable por planear la ejecución de un viejo amigo.

Benedicto reparó en el semblante de preocupación del príncipe.

--Sé como te sientes, pero no nos queda otra opción. La suerte de Delfonso está echada desde hace tiempo. Nosotros no hacemos sino

formar parte del destino.

--Humph --fue el único comentario del príncipe.

Hacía años que Delfonso había sido testigo del asesinato de Snake Whitcomb en las cámaras de la Familia y había contemplado el augurio que formulara la cabeza del vampiro decapitado. En medio del humo y las llamas, Delfonso había visto su muerte anunciada... un futuro idéntico al de Whitcomb. A sabiendas de esto, Delfonso había renunciado a todo, eligiendo vivir su no-vida de modo que casi le garantizara el inefable final que temía. Había llegado a aliarse incluso con el Abuelo --su verdugo en potencia-- como si se viera irresistiblemente atraído a jugar con fuego. Delfonso no había comprendido nunca que podría haber tomado otras decisiones... decisiones que tal vez hubieran desembocado en una conclusión diferente.

--Él se lo ha buscado --dijo Benedicto, terminante.

--Lo sé. --Pero el príncipe se preguntó si no habría estado en su mano el dar un giro a los acontecimientos. Ahora se encontraba calculando fríamente el asesinato del español, firmando su sentencia de muerte. ¿En verdad era necesaria una decisión tan drástica? ¿Acaso no le había advertido Iwo siempre de que eligiera el "camino de en medio" cuando le fuera posible?

La decisión no preocupaba a Benedicto. Aunque sabía que Delfonso era su sire, lo despreciaba por aquello en lo que se había convertido, y lo odiaba por las espantosas sesiones de tortura que se había visto obligado a presenciar para complacer al español. Benedicto opinaba que el viejo se merecía todo lo que le ocurriera.

--Será Sullivan el encargado --dijo Vannevar a Benedicto. El Tremere no había podido participar en la conversación mental que había mantenido el príncipe con el Abuelo--. O Sullivan consigue matar a Delfonso, o al revés. En cualquier caso, saldremos ganando.

Al compincharse con el Abuelo, lo que Vannevar pretendía en realidad era debilitar a la Familia. Con independencia de cuál fuera el resultado del acuerdo de esta noche, el príncipe y la Camarilla saldrían beneficiados. Si moría Delfonso, Vannevar se desembarazaría de una potencial fuente de futuros problemas, y el Abuelo perdería a su único aliado dentro de la Camarilla. Si moría Sullivan, el Abuelo perdería uno de sus mejores chiquillos, del que dependía para su protección. En este último caso, Vannevar encontraría otra manera de ocuparse de Delfonso.

Aunque fingía indiferencia, en privado Vannevar esperaba que

fuese el viejo español la víctima. Todavía sentía afecto por el testarudo Sullivan, al que había querido convertir en su chiquillo hacía tiempo.

--Seguro que envía también a Loo, apostaría lo que fuera --comentó Benedicto, sabiendo que el príncipe se preocupaba por Sullivan. Sullivan no era rival para Delfonso pero, con la ayuda de Loo, las probabilidades estarían más igualadas.

* * *

Algunas noches después, Vannevar y Nickolai caminaban deprisa por la cuesta que descendía por Nob Hill hasta Chinatown. Se movían en silencio, casi invisibles para la mayoría, conversando en susurros.

--Entonces, ¿Sullivan tiene la cabeza? --preguntó Vannevar.

Sullivan y Loo, tras tender una trampa en las cámaras subterráneas de la Misión Dolores, habían conseguido asesinar a Delfonso. Irónicamente, el viejo vampiro había muerto atado a su propio potro, tras una cruenta escena de tortura que se había prolongado durante horas. Siguiendo las órdenes del Abuelo, Loo y Sullivan habían guardado la cabeza de Delfonso a fin de que la Familia pudiera utilizarla para pronunciar un vaticinio. Sullivan había insistido en quedarse con la cabeza, tan solo para perderla algunas horas después, cuando una de sus prostitutas se la robó e intentó pedir rescate por ella. Sullivan había pasado la noche siguiente presa del pánico, intentando dar con su pista y recuperarla.

--Vuelve a estar en su poder --respondió Nickolai--. Aunque estuvo a punto de morir en el intento.

La cabeza había aparecido en Oakland, en manos de una antigua némesis de Vannevar, el licántropo reverendo Hayes. Sullivan había escapado con vida de Hayes a duras penas.

Esa noche, los dos intentarían dividir a la Familia, volverlos contra sí mismos. Todas las pruebas, incluidas las pesadillas de Vannevar, apuntaban a otro intento de invasión por parte de las potencias asiáticas. Vannevar y Nickolai habían llegado a la conclusión de que había llegado el momento de destruir al Abuelo. Su plan exigía el empleo de métodos mediante los cuales esperaban evitar una guerra abierta.

Honerius y Benedicto los esperaban en Chinatown, en un sórdido apartamento tres plantas por encima de un sucio callejón. El apartamento, de un solo dormitorio, había sido adquirido por Nickolai hacía un par de semanas y daba a la puerta trasera de una carnicería

que servía de entrada a las cámaras subterráneas del Abuelo.

Cuando hubieron entrado en el edificio de apartamentos y subido las escaleras, Nickolai llamó a la última puerta del lúgubre pasillo.

Benedicto abrió la puerta y los dejó pasar.

--Buenas noches --sonrió al verlos a los dos.

Vannevar y Nickolai entraron mientras Benedicto cerraba la puerta tras ellos. Encontraron a Honerius de pie en el centro de la estancia, obviamente esperándolos, más nervioso de lo habitual. Habló, dirigiéndose al príncipe:

--Buenas noches, mi señor. Sullivan no ha llegado todavía, pero ya está todo dispuesto.

Nickolai se acercó directamente a la ventana, se apostó junto a ella y espió a través de una rendija entre las cortinas y la pared, vigilando el callejón.

--¿Está todo en su sitio? --preguntó Vannevar a Honerius.

--El hechizo funcionará a las mil maravillas, te lo garantizo.

Esa noche, Sullivan planeaba llevar la cabeza de Delfonso a las cámaras del Abuelo, donde la prepararían y la colocarían encima de un brasero. La Familia leería la suerte que les deparaba el destino en el humo y los vapores.

Pero, sin que ellos lo supieran, el augurio sería una farsa, alterado por la magia de Honerius. La Familia interpretaría un futuro que les mostraría a uno de ellos traicionando al resto, asesinándolos de uno en uno. Sullivan --el único occidental en el seno de la Familia y el menos predilecto del Abuelo-- sería la cabeza de turco sobre la que se abalanzarían los demás. Probablemente moriría, pero el Abuelo resultaría debilitado y sería un blanco más fácil para el príncipe.

--Ya vienen --anunció Nickolai desde su atalaya.

Los otros tres se tensaron, expectantes.

--Es él --dijo Nickolai, con una nota de triunfo en la voz.

Sullivan, acompañado de Loo y Chi, cruzaba el callejón, con un envoltorio repleto de manchas oscuras bajo el brazo.

--Y tiene la cabeza --añadió el ruso.

--¿Preparado, don Benedicto? --preguntó Vannevar.

Benedicto asintió y se levantó de su asiento. Su trabajo consistía en vigilar telepáticamente lo que aconteciera en la cámara subterránea del Abuelo, a la espera de comenzara la ceremonia para comunicar a los demás la llegada del momento apropiado. Honerius debía lanzar su hechizo en el momento oportuno si quería que surtiera efecto.

De rodillas junto a un pentagrama dibujado cuidadosamente con

tiza en el suelo, Benedicto cerró los ojos y no tardó en sumirse en un trance. Al abrir su mente, Benedicto se liberó de cualquier pensamiento, sensibilizándose a las impresiones que emanaban de los poderosos ritos mágicos que tendrían lugar bajo tierra.

Nickolai continuaba estacionado junto a la ventana, sin perder de vista el callejón, mientras Honerius y Vannevar se sentaban en un sofá raído para esperar, a sabiendas de que Benedicto tardaría aún una hora o más en decirles que había dado comienzo la ceremonia.

* * *

Casi una hora más tarde, Benedicto inhaló hondo de repente y su cuerpo se estremeció. Había llegado el momento.

Honerius se puso de pie rápidamente y comenzó a entonar el sortilegio con el que pretendía confundir el augurio de la Familia. Vannevar se incorporó a su vez; su atención no iba dirigida a Honerius, sino al trémulo don Benedicto, genuflexo en el suelo ante ellos. No tenía buen aspecto.

Cuando Honerius inició la segunda estrofa del ensalmo, Vannevar lo miró de soslayo, interrogante. Honerius asintió, asegurando al príncipe que el hechizo funcionaba correctamente y que estaba teniendo el efecto deseado.

Vannevar se fijó de nuevo en Benedicto cuando escapó inesperadamente un gemido ahogado de sus labios. A continuación, presa de espasmos, el cuerpo de Benedicto se retorció de agonía y se desplomó de espaldas, pataleando y arañando el suelo de tablas desnudas.

--¡Dios piadoso que estás en los cielos! --gritó Benedicto--. ¡Me arrepiento de mis pecados!

La voz pertenecía a Delfonso. Don Benedicto había sido poseído por el espíritu del viejo vampiro mientras la cabeza hervía y siseaba en algún lugar bajo tierra. Vinculado a su sire por la sangre y la telepatía. Benedicto sufría ahora los tormentos de Delfonso.

--Ten piedad de mi alma --chilló Benedicto, rodando por el suelo, debatiéndose con brazos y piernas. Vannevar se arrojó sobre él, en un intento por inmovilizarlo--. ¡Ardo en las llamas del Infierno!

Nickolai se apartó corriendo de la ventana e intentó ayudar a Vannevar. Honerius, con expresión temerosa, se apartó de la escena, con voz entrecortada.

--¡No te detengas! ¡No te detengas! --gritó Vannevar,

debatíendose con don Benedicto--. ¡No te detengas, maldita sea!

Honerius recuperó el ritmo, manteniendo su ensalmo sin interrupción, pero sus ojos estaban fijos en los tres hombres del suelo.

Benedicto liberó un brazo de repente y, agitándolo, derribó una mesa con estrépito.

--¡Rescátame de mis tormentos! ¡Mi alma! ¡Mi alma! --El sonido de la voz de Delfonso emanando de labios de Benedicto provocó escalofríos a Vannevar.

Uno de los vecinos del piso de abajo empezó a golpear el techo, protestando por el alboroto.

--Sujétalo --dijo Vannevar a Nickolai, mientras los dos luchaban con el hombre.

Se produjo un súbito topetazo en la puerta. Desde el vestíbulo, alguien les gritó algo en chino. Era el gerente, que había acudido a investigar el origen del escándalo.

--Ve a la puerta --dijo Vannevar a Nickolai, que hablaba cantones--. Ya me encargo yo de Benedicto.

Vannevar agarró a Benedicto por las piernas y lo condujo a rastras hasta el dormitorio. Lo lanzó encima de la cama y cerró la puerta antes de abalanzarse sobre su vociferante amigo.

Mientras tanto, Honerius se escabullía al diminuto cuarto de baño y cerraba la puerta tras él, sin perder el ritmo del cántico.

Nickolai esperó hasta que todo estuvo despejado, antes de abrir la puerta principal. El gerente del edificio estaba en el pasillo. Los dos hombres intercambiaron unas cuantas palabras, hasta que Nickolai entregó al hombre un billete de cincuenta dólares. El gerente lo aceptó y se marchó, aceptando la promesa de Nickolai de que cesarían los ruidos.

El ruso se apresuró a cerrar de nuevo la puerta y llamó a Vannevar:

--¿Se encuentra bien?

El príncipe salió del dormitorio.

--Ya se ha callado. Creo que se ha terminado.

Honerius salió a su vez del cuarto de baño, con aspecto fatigado y exhausto. Había dejado de cantar.

--Se acabó. Me parece que hemos tenido éxito.

Los tres se acercaron a la ventana, desde donde podían vigilar el callejón, a la espera de alguna señal procedente de la carnicería. Se figuraban que la Familia intentaría matar a Sullivan de inmediato pero, si este era lo bastante rápido, tal vez consiguiera escapar a su ira... al

menos por esta noche.

Sullivan irrumpió en el callejón un momento después, a punto de arrancar la puerta de la carnicería de sus goznes. Miró en rededor desesperadamente, a derecha e izquierda, antes de salir corriendo. Apareció pisándole los talones un carnicero chino que blandía un machete en dirección al fugitivo, gritando algo a Sullivan.

--Todo marcha según el plan --dijo Nickolai, con una fría sonrisa en los labios. Vannevar y Honerius se limitaron a asentir.

* * *

Quedaban todavía algunas horas antes de que amaneciera cuando Vannevar regresó al fin a su ático. Donna estaba esperándolo.

--¿Cómo ha ido? --preguntó, después de que él hubiera entrado y colgara el abrigo.

Se sentó en el sofá, junto a ella.

--Tan bien como cabría esperar, supongo --dijo, con voz cansada--. Sullivan se ha convertido en un proscrito. --Ahorró a Donna la preocupación que sentía por el hombre, aunque ella ya lo había intuido.

--Bien --dijo Donna, satisfecha de oír que Sullivan no había muerto en el acto, como había temido el príncipe que podría ocurrir. Se pegó a él, distrayéndolo de sus pensamientos. Vannevar sonrió y le rodeó los hombros con un brazo, atrayéndola hacia sí. Ella le hizo cosquillas con la nariz en el cuello, levantó la cabeza y le mordisqueó la barbilla, extrayendo una diminuta gota de sangre.

Se generó un ronroneo en la garganta de Vannevar. La tumbó en el sofá y le hundió los colmillos en su pálida garganta.

* * *

Para sorpresa de Vannevar y sus camaradas conspiradores, Sullivan consiguió permanecer con vida durante varias semanas, pese a los esfuerzos de la Familia --ofertas de recompensa incluidas-- por sacarlo de la circulación. Parecía que lo que le faltaba al irlandés de astucia y sentido común lo compensaba con agallas y una determinación inquebrantable.

Pero esa noche acabaría todo. Sullivan, agotado tras la incesante persecución, había sido engañado para que saliera de su refugio y se entrevistara con Loo y Chi. Vannevar sabía que ambos planeaban

asesinarlo. Aunque lamentaba este asunto, sabía que le proporcionaría la oportunidad que estaba esperando. Con Loo y Chi lejos de la guarida del Abuelo, la criatura estaría prácticamente indefensa. En su afán por asegurarse de la destrucción de Sullivan, el Abuelo estaba dispuesto a bajar la guardia.

Vannevar y Benedicto aguardaban ahora a que llegara el momento. Se encontraban sentados en la parte trasera de la limosina de Vannevar, que estaba aparcada en una estrecha calle de Chinatown. Desde su posición podían ver el callejón que comunicaba con las cámaras del Abuelo. Cuando Nickolai les asegurara que todo estaba dispuesto, los dos poderosos Vampiros entrarían en las cámaras subterráneas y allí, esperaban, destruirían al Abuelo de una vez por todas.

Hacía una hora que Nickolai había llamado a Vannevar para informarle de que Loo y Chi habían salido de Chinatown e iban de camino al lugar de reunión. Él príncipe y Benedicto habían ocupado sus puestos de inmediato. Ahora esperaban a que el ruso capturara a Loo y Chi cuando regresaran de la entrevista, encerrándolos en lugar seguro mientras Vannevar y Benedicto cumplían con su misión.

--Sullivan debería recibir a Loo y Chi en estos momentos --dijo Benedicto, consultando su reloj.

--Ya casi es la hora --dijo Vannevar, distraído.

Su semblante era sombrío. Benedicto conocía los sentimientos de Vannevar hacia Sullivan. El príncipe se había mostrado exultante hacía algunas semanas, cuando el irlandés consiguió escapar de las garras del Abuelo, pero desde entonces había comunicado en varias ocasiones a Benedicto su malestar acerca de todo este asunto. Vannevar había expresado su disconformidad con el papel que le había tocado desempeñar en la muerte de Delfonso, pero había admitido ante Benedicto que el viejo español se lo había buscado. Pero Sullivan era un inocente, ajeno casi por completo al ciclón de acontecimientos que lo rodeaban. Vannevar había buscado desesperadamente alguna manera de ayudar al hombre a escapar de su condena, pero no había encontrado ninguna.

Vannevar miró ahora su reloj, comentando que en esos momentos Sullivan seguramente estaría muerto.

El teléfono móvil del compartimento de la limosina emitió un pitido y Vannevar contestó.

--¿Diga?

Era Nickolai.

--Algo ha salido mal. No hemos visto a Loo ni a Chi regresar de la reunión.

--¿Y Sullivan?

--Ni rastro tampoco. Quedaos donde estáis. Os llamaré en cuanto sepa algo.

Vannevar le dio las gracias y colgó.

--¿Algún problema? --quiso saber Benedicto.

Vannevar negó con la cabeza.

--Aún no lo sé. Tenemos que esperar a Nickolai.

Vannevar se impacientaba. Quería acabar con esto. Miró el reloj. Faltaban solo dos horas para que amaneciera.

Algo menos de una hora después, volvió a sonar el teléfono.

--Me parece que Sullivan está vivo --dijo Nickolai al príncipe.

A Vannevar el corazón le dio un vuelco. Aunque comprendió de inmediato que sus planes podían verse amenazados, la noticia seguía causándole alegría.

--Hemos encontrado el cuerpo de Loo cerca del canal. Ni rastro de Chi, pero creemos que también está muerto.

--¿Qué hay del Abuelo? --preguntó el príncipe. Se les acababa el tiempo. Tendrían que entrar enseguida o posponer el asalto hasta la noche siguiente, concediendo al Abuelo un día entero para prepararse.

--No os mováis. Estamos intentando aclarar las cosas.

--No importa --dijo Vannevar, mirando por el parabrisas, concentrando la vista en el callejón del otro lado de la calle--. Me parece que lo estoy viendo.

Sullivan, acompañado de un travestí conocido como Eddie el Ángel, se acercaba a hurtadillas a la puerta de la carnicería. Mientras Ángel montaba guardia en el callejón, Sullivan propinó una patada a la endeble puerta y entró en el establecimiento.

--Oh, demonios --dijo Vannevar al teléfono.

--¿Qué? ¿Qué ocurre? --preguntó Nickolai, nervioso.

--Sullivan acaba de entrar por la fuerza. Me parece que piensa cometer una locura.

--Seguid atentos. Iré en cuanto pueda. --Nickolai colgó.

Vannevar volvió a dejar el teléfono en su percha y esperó a ver qué sucedía a continuación.

Minutos más tarde, una rubia delgada aparecía en el callejón. Habló con Eddie durante un momento antes de entrar en la tienda, haciendo caso omiso de sus objeciones.

--¿Qué está pasando? --preguntó el príncipe a Benedicto, sin

apartar los ojos del callejón.

--Cualquiera sabe --fue la respuesta de Benedicto.

Un momento después, Benedicto dio un codazo al príncipe.

--Mira. Ahí. --Señaló una de las ventanas del edificio. Una columna de humo negro escapaba por la abertura.

--Oh, maldición --musitó Vannevar. Veía el humo que surgía también por la puerta del callejón--. ¿Qué ha hecho?

A modo de respuesta, Sullivan, cubierto de hollín, trastabillando y apoyándose en la rubia, surgió tambaleándose del umbral cubierto de humo. Ángel acudió en su ayuda de inmediato, al mismo tiempo que aparcaba un coche al otro lado del callejón. Vannevar vio salir a dos personas, llamando a Sullivan y sus amigos.

El humo que emanaba del edificio estaba ahora acompañado de llamas que surgían de las ventanas.

--Vámonos de aquí --dijo Vannevar, viendo cómo los desconocidos, algunos de ellos humanos, ayudaban a Sullivan a subir al coche aparcado--. Esto se ha terminado.

Mientras el conductor de Vannevar daba marcha atrás y alejaba la limosina del escenario, escucharon un estallido sordo tras ellos, como si hubiera explotado algo dentro del edificio. El sonido de las sirenas inundaba ya el aire de la madrugada.

* * *

Sullivan, a su manera, había conseguido matar al Abuelo, pero el incendio resultante había destruido a su vez cualquier posible prueba relativa a los planes del monstruo. Nickolai había removido los escombros la noche siguiente pero, como se imaginaban, no habían encontrado nada de valor entre las cenizas.

Solo podían aventurar cuándo y de qué modo se produciría el ataque asiático, aunque sabían que se acercaba el momento. Y en alguna parte de la ciudad, contra todo pronóstico, Sullivan seguía con vida.

* * *

Algunas semanas después, Vannevar se despertó de un profundo sueño, sofocando un grito. Se sentó en la cama, con los ojos desorbitados.

--¿Qué ocurre? --preguntó Donna, dándose la vuelta y mirándolo.

Su grito la había despertado.

--Nada --respondió Vannevar, intentando recuperar la compostura.

--¿Otro sueño?

Hacía algún tiempo que Vannevar sufría recurrentes pesadillas en las que aparecía un antiguo barco en alta mar, bregando con las olas. Había algo en la proa de la nave, observando a Vannevar con unos enormes ojos rojos.

--¿Hmm? No. Nada. --No quería preocuparla.

Caía la noche, la luz que penetraba a través de la ventana cerrada de la habitación era gris y sombría. Vannevar se levantó y se vistió. Donna lo imitó y se reunió con él en el salón minutos después. Vannevar ya estaba hablando por teléfono.

Donna se sentó en el sofá y esperó mientras el príncipe realizaba una llamada tras otra. Estaba preocupada por su salud. Las últimas semanas lo habían dejado hecho polvo. El largo e intrincado plan para acabar con el Abuelo había tenido éxito, pero no según lo esperado, lo que había causado contratiempos añadidos con los que Vannevar no había contado. Y ahora también habían entrado en acción algunos miembros de la primogenitura, aprovechando la distracción del príncipe para socavar su autoridad. Dormía mal, y Donna no podía recordar cuándo se había alimentado en condiciones por última vez.

Vannevar colgó el teléfono.

--¿Más problemas?

El príncipe se volvió hacia ella, sombrío. Su expresión se suavizó.

--Claro. Lo de siempre. --No le gustaba compartir sus preocupaciones; una molesta costumbre de la que Donna se había quejado en más de una ocasión. Al recordarlo, Vannevar añadió:-- Nickolai dice que el *Festivo* ha sido todo un éxito... al menos, de momento.

Donna asintió y sonrió. El festival mejicano-americano planeado para esa noche había sido promovido por el Sabbat. El príncipe lo había cancelado en una ocasión, pero los demás miembros de la primogenitura habían vuelto a instaurarlo a pesar de sus objeciones, utilizando a los concejales bajo su mando. Pero, puesto que el fugitivo Sullivan había destruido por accidente la guarida del Sabbat, el desfile había dejado de suponer una amenaza. Podían ver desde el ático las luces del desfile, a kilómetros de distancia, en la calle de la Misión.

--¿Se sabe algo de Sullivan?

--Sigue suelto por ahí --dijo Vannevar, ceñudo.

Tras la muerte del Abuelo, Vannevar había ofrecido a Sullivan la oportunidad de unirse a él. El irlandés había aceptado en un principio, pero cambió de idea, prefiriendo enrolarse en el equipo de Dirk y los anarquistas. Poco después, tras un bochornoso espectáculo en el Club de los Vampiros, Sullivan y Dirk habían tomado caminos distintos. Los informes de Nickolai indicaban que Sullivan, abandonado a su suerte, había caído en manos del Sabbat. Hacía poco que había conseguido huir de ellos, destruyendo su guarida secreta en el proceso. Por desgracia, la líder del Sabbat –una Tremere traidora llamada Selena– también había logrado escapar.

Nadie sabía cuál sería el siguiente paso de Sullivan. Los hombres de Nickolai le habían perdido la pista. Sin duda sería aprehendido enseguida, puesto que Nickolai había aconsejado que se diera un castigo ejemplar al vampiro descarriado. Pero Vannevar no deseaba mostrarse demasiado severo, a pesar de los numerosos crímenes que había cometido Sullivan durante las últimas semanas.

Esa noche visitaban el ático dos personas para defender el caso de Sullivan: Kathy, la antigua prostituta, rubia y delgada, que viera Vannevar en el callejón la noche en que murió el Abuelo; y Chi, el ghoul aparentemente inmortal que había sobrevivido tanto al encuentro con Sullivan como al incendio de la guarida del Abuelo. Ambos aspiraban a pactar una especie de tregua con Vannevar, y era probable que le pidieran que buscara alguna manera de perdonar la vida a Sullivan.

Nickolai, siempre pendiente de la seguridad del príncipe, quería estar presente en la reunión de esa noche, pero estaba demasiado ocupado intentando supervisar el Festivo al mismo tiempo que rastreaba al fugado Sullivan. Vannevar le había prometido que tendría cuidado. Don Benedicto estaría a su lado y no perdería de vista al artero y viejo ghoul.

Sonó el intercomunicador de la pared y contestó Donna. Era don Benedicto, notificándoles la llegada de los dos visitantes. Donna le dijo que los hiciera subir.

Vannevar se reunió con los tres en la puerta, sin evidenciar sorpresa alguna cuando vio al alto y delgado ghoul saliendo con dificultad del ascensor, con la columna deformada y una mano convertida en una garra negra y retorcida. Chi, que había llegado a Chinatown en el momento en que escapaba Sullivan, había intentado rescatar al Abuelo, pero solo había conseguido que lo atrapara la explosión.

El príncipe los hizo pasar e invitó a Kathy y a Chi a sentarse en el sofá. Él se quedó de pie, de cara a ellos.

--¿Y bien? --dijo, al ver que nadie rompía el silencio.

Kathy se sentó al borde del sofá, propinando nerviosos tirones al dobladillo de su ceñida minifalda, intimidada por la imponente presencia del príncipe. Miró a Chi, rogándole en silencio que dijera algo.

--Hemos venido a interceder por la vida de Sullivan --dijo Chi, al cabo. Quiso levantarse del sofá. Parecía que el esfuerzo le provocara grandes dolores.

--Permanece sentado. Esta no es una audiencia formal.

El ghoul volvió a acomodarse.

--Es un buen hombre, mi señor --continuó Chi--. Siempre ha intentado hacer lo correcto.

--Lo sé. Es demasiado estúpido como para hacer ningún mal a propósito. Lo que me preocupa es lo que es capaz de hacer sin querer.

Sonó el teléfono. Vannevar interrumpió la discusión para contestar. Era Nickolai.

--Alguien ha divisado a Sullivan en las proximidades del desfile --dijo el ruso--. ¿Nos ponemos en marcha y lo apresamos?

Vannevar pensó por un momento, antes de responder:

--No, dejadlo en paz por ahora. Seguidlo a ver qué se propone. Puede que nos conduzca hasta Selena.

Nickolai dio su conformidad y colgó.

Chi, intuyendo la identidad del sujeto de la conversación, dijo:

--Va detrás de Selena, estoy seguro. Quiere vengarse. --Selena había sido la responsable de que Sullivan hubiera rechazado la oferta del príncipe. Aunque distaba de ser tan peligrosa como Misty Halls, Vannevar sabía que Selena era astuta y taimada, una maga poderosa de pleno derecho. Sullivan haría bien en mantenerse lejos de ella.

Vannevar se encogió de hombros, como si le diera igual.

--¿Por qué pensáis que debería tender la mano a Sullivan? ¿Y por qué debería confiar en ti? A fin de cuentas, eres el consejero de mi antiguo enemigo.

Chi hizo una reverencia desde su asiento.

--El Abuelo ha muerto, y los juramentos que me ligaban a él han muerto igualmente. Ahora vivo para servir a la Familia... a Sullivan, y a su chiquilla. --Chi miró a Kathy, que ensayó una sonrisa nerviosa y, al ver que Vannevar seguía conteniendo su rabia, agachó la cabeza.

Sullivan, después de casi matar a esta ramera, la había Abrazado y la había convertido en miembro de la Estirpe.

Sonó de nuevo el teléfono.

--¿Qué? --dijo Vannevar, enfurecido por la interrupción.

--Lo siento, mi señor --se disculpó Nickolai--. Pensaba que le gustaría saber que han visto al reverendo Hayes en la ciudad.

--¿En el *Festivo*?

--Todavía no. Lo han visto en el centro hace algún tiempo, pero sospecho que merodee por los alrededores del desfile.

Vannevar colgó el teléfono. Miró a Chi, lo examinó con atención. Siempre había respetado al viejo ghoul. ¿Debería confiar en él ahora?

--¿Benedicto? --preguntó Vannevar, volviéndose hacia su amigo. Arqueó una ceja, solicitando su consejo sin palabras.

Benedicto asintió.

--Yo diría que sí, mi señor.

Vannevar llamó abajo y pidió que le trajeran su limosina.

--Es hora de irse. Kathy y Chi... acompañadme. Benedicto, quédate y cuida del fuerte. No pierdas de vista a Donna.

Los tres salieron del apartamento y bajaron en el ascensor.

En el exterior, subieron a la limosina de Vannevar, que ordenó al chófer que los llevara a la Misión, en dirección al festival. Durante el viaje, Vannevar llamó al móvil de Nickolai.

--¿Qué es eso de que lo has perdido? --exclamó Vannevar.

--Iba a pie y le seguíamos la pista, pero entonces apareció Dirk de la nada. Sullivan se montó de paquete en la moto y los perdimos. Encontramos a un matón del Sabbat muerto en un callejón cercano. Creemos que es obra de Sullivan.

--Procura dar con él. Ya casi hemos llegado al desfile... lo veo desde aquí. ¿Y Hayes?

--Nada. Pero estoy convencido de que también ha venido. Dicen que va detrás de Sullivan.

--Lámame cuando sepas algo --dijo Vannevar, y colgó.

Recorrieron una calle secundaria a un bloque de distancia del desfile, despacio, en busca de alguna señal de Sullivan. Vannevar estiró el cuello, intentando distinguirlo entre la multitud. Se preguntó si no deberían salir del coche e ir a pie pero, al acordarse del tullido Chi, decidió no hacerlo.

--¡Mirad! ¡Por ahí! --gritó Kathy, señalando en dirección al desfile--. ¡Es él!

Vannevar miró y vio a un hombre que trepaba por el costado de

una carroza, aparentemente en pos de una mujer que estaba de pie encima de ella, ataviada con un escueto traje de samba. La policía rodeaba la carroza a su vez, intentando detener al hombre. Vannevar pensó al principio que el desconocido sería tan solo un borracho pasándose en grande... hasta que vio cómo propinaba un revés a uno de los agentes y este volaba casi tres metros antes de caer sobre los espectadores. La mujer debía de ser Selena, la líder del Sabbat.

--¡Tuerce aquí! --gritó Vannevar al conductor; su voz delataba el nerviosismo que sentía--. Dirígete al desfile.

El conductor giró a la izquierda, por la calle lateral, y comenzó a abrirse paso por la abarrotada calzada hacia el festival.

Mientras avanzaban, Vannevar vio cómo Sullivan llegaba a lo alto de la carroza y estaba a punto de poner las manos encima a Selena cuando esta lo repelió con un inesperado estallido de magia. Sullivan se cayó de la carroza y aterrizó en la carretera con un golpazo audible. Selena, mientras tanto, saltaba por el otro lado, aterrizando con agilidad y emprendiendo la huida por la calle de enfrente. Dirk surgió de la nada y ayudó a Sullivan a ponerse de pie. Discutieron por un momento, antes de que el irlandés saliera en persecución de Selena, con Dirk pisándole los talones.

--Síguelos --gritó Vannevar al conductor, señalando a las dos figuras que se alejaban.

--No puedo --dijo el chófer. La muchedumbre bloqueaba el final de la calle ante ellos. Al otro lado, el desfile proseguía su curso.

--¡Toca el claxon!

El conductor aporreó la bocina, propulsando la enorme limosina hacia delante, abriéndose paso con cuidado en medio de la apelmazada multitud. En medio de sonoras protestas, los espectadores se apartaron pero, al borde del desfile, el conductor vaciló de nuevo.

--Tú sigue --ordenó Vannevar.

El chófer esperó a que pasara una de las carrozas para, a continuación, introducir el gran coche en la calle, cortando el paso a un grupo de manifestantes que seguían la estela de la carroza. Los celebrantes, furiosos por la intromisión de la limosina, lanzaron improperios a los ocupantes del vehículo. Algunos aporrearon el capó y el techo del coche. Una lata de cerveza surgió de la nada y rebotó en el parabrisas, sin causar desperfectos. Consiguieron pasar a través del desfile y llegar a la calle del otro lado.

--¿Adónde habrán ido? --preguntó Vannevar, que había perdido

de vista a sus objetivos.

--Los he visto meterse en ese callejón --dijo Kathy, señalando el siguiente bloque.

El conductor metió gas y la limosina aceleró. Pisó con fuerza el freno al llegar a la altura del callejón, deteniendo el coche en seco con un chirrido de neumáticos.

--¡Allí están! --dijo Kathy.

Pero Vannevar ya había salido del coche y corría por el callejón. Selena, la Tremere del Sabbat, yacía muerta en el suelo, hecha pedazos. Dirk y Sullivan también estaban inertes, derribados por el enorme y rugiente hombre-lobo que se erguía ahora sobre ellos.

El monstruo rabioso presintió el acercamiento de Vannevar y se giró para enfrentarse a él.

--¡Demonio! --rugió el hombre-lobo al príncipe. Era Hayes.

Vannevar aminoró el paso.

--Nadie te ha dado vela en este entierro, Hayes --dijo, con voz firme, mientras continuaba acercándose.

Jurando matar al príncipe, el hombre-lobo se abalanzó sobre él. Vannevar se limitó a levantar una mano y Hayes se detuvo de golpe. Los ojos del príncipe ardían con una feroz luz antinatural.

--Ya sabes lo que te prometí --dijo Vannevar al hombre lobo, amenazador.

El licántropo se retorció, rugiendo. Cayó a cuatro patas y comenzó a correr en círculos, al tiempo que lanzaba mordiscos contra su propio vientre, rasgando la carne y el músculo, sacándose las propias entrañas hasta que, débil y agotado, se desplomó y murió. En cuestión de segundos, su cuerpo experimentó una transformación que revertió su aspecto al del reverendo Hayes de Oakland, con los ojos abiertos y vidriosos, fijos en el cielo.

Dirk se puso en pie con dificultad, apoyándose en una pared para sostenerse. Sullivan seguía en el suelo, con la pierna y el brazo tan dañados que no podía incorporarse, aunque sí se había sentado. Vannevar se agachó y examinó sus heridas.

--Tienen mala pinta --dijo el príncipe a Sullivan--. Pero no morirás. Deberían cicatrizar.

El irlandés asintió, sin saber si debía dar las gracias al príncipe o no.

Aparecieron Kathy y Chi, que corrieron junto a Sullivan, ansiosos por saber cómo estaba. Cuando se hubieron convencido de que se encontraba bien, Kathy ayudó al príncipe a ponerlo de pie. Juntos,

cargaron con él hasta la limosina que aguardaba al final del callejón, con Chi caminando penosamente tras ellos. Metieron a Sullivan; el príncipe se giró y preguntó a Dirk si quería que lo dejaran en alguna parte.

–Te podemos llevar a casa.

–No. Estoy bien. –Dirk dio media vuelta y se adentró en la noche.

Vannevar observó al anarquista hasta que desapareció. Sabía que, al igual que él mismo, Dirk había buscado la leal amistad de Sullivan. Al final, Vannevar había salido victorioso.

* * *

Una semana después, cuando las heridas de Sullivan ya casi habían cicatrizado, fue presentado formalmente a la familia de Vannevar durante el transcurso de una ceremonia privada que se celebró en la casa con terraza del príncipe.

Vannevar sentía una ansiedad especial por completar la ceremonia. Las pesadillas todavía lo atormentaban, empeoraban cada día. Pero, aunque había perdido la oportunidad de descubrir los pormenores del complot asiático cuando fue destruida la guarida del Abuelo, estaba contento de tener a Sullivan a su lado. Estaba seguro de que este nuevo vasallo le haría un gran servicio cuando llegara por fin el momento de la verdad.

Quedaban pocas cartas por entrar en juego y Vannevar esperaba estar jugándolas correctamente.

Una fría llovizna caía del cielo gris, trazando regueros de agua en los altos y amplios ventanales del ático de Vannevar. Era abril, todavía dentro de la estación de lluvias, tiempo de humedad, frío y niebla.

Había un grupo de hombres en el apartamento, el mismo grupo que llevaba reuniéndose allí todas las noches desde hacía tres semanas. Eran cinco vampiros y dos ghouls que esperaban ansiosos cualquier señal de la inminente invasión asiática.

Vannevar deambulaba por la estancia, pensativo, taciturno. En ocasiones se detenía para hablar con Benedicto, consultaba con el

Tremere los detalles de los posibles acontecimientos que se avecinaban. Nickolai estaba cerca de la máquina de fax, arrancando los informes de la Costa Este a medida que llegaban, interpretándolos y transmitiendo la información a Hortator que, sentado en el sofá, introducía los datos en su ordenador portátil. La máquina estaba conectada vía módem directamente a las pantallas de radar de la guardia costera, lo que le proporcionaba apuntes gráficos. Riley se encontraba arrellanado en un sillón cercano, mientras Sullivan permanecía sentado frente a él, junto al inválido Chi.

Nickolai sacó un nuevo fax de la máquina y lo escaneó, al tiempo que comunicaba la información a Hortator, encorvado sobre su teclado.

--Llamada de un aparato. Dificultades climáticas. La búsqueda aérea queda descartada por el momento.

Un helicóptero de la guardia costera que se encontraba de patrulla había caído hacía una hora, desapareciendo de las pantallas de radar a unas cuarenta millas de la costa, al sur de San Francisco. La guardia costera estaba llamando de vuelta a los equipos de rescate, puesto que la tormenta desatada en alta mar ponía sus vidas en peligro.

--¿Identificación de la nave objetivo? --preguntó Hortator, revisando en el ordenador una selección de lecturas de radar. Un carguero no identificado había sido divisado con rumbo norte, dirigiéndose a la costa en su dirección. El helicóptero había desaparecido en sus alrededores.

La ausencia de identificación en sí no era preocupante. Las rutas marítimas que pasaban cerca de San Francisco estaban siempre llenas de buques que iban y venían de Norteamérica, Asia, Suramérica y Australia. Los cruceros también recalaban en San Francisco, y las distintas bases navales de la bahía abastecían a toda una plétora de submarinos, destructores y portaaviones. Añádase a todo esto las numerosas patrullas de la guardia costera y las embarcaciones de recreo y se entendería por qué los puntos de luz que aparecían en las simulaciones de radar de Hortator parecían una cascada de confeti. Los barcos no identificados aparecían en blanco. El misterioso carguero era uno de ellos.

Hortator lo había rastreado hasta la costa, observando cómo se acercaba a las islas Farralon. Seguía a millas de la costa, con rumbo norte, al parecer con la intención de pasar de largo de la ciudad.

--Sigo pensando que es ese --dijo Chi, desde el sofá--. Lo siento

en los huesos. --La mesilla que tenía delante estaba cubierta de informes marítimos. El barco misterioso encajaba con la descripción de uno de los buques que aparecía en uno de los registros portuarios.

--Ahí lo tenemos --anunció de repente Hortator--. Ha virado hacia la bahía. --La nave blanca no identificada había girado de repente hacia estribor, emprendiendo una trayectoria que lo conduciría directamente a la entrada de la bahía.

La habitación se convirtió en un hervidero de actividad; todo el mundo se agolpó en torno a Hortator y la refulgente pantalla que sostenía sobre las rodillas. El azteca señaló con el dedo un punto parpadeante.

--Ese es --dijo.

Chi les había dicho a todos que estaba al corriente de los planes secretos que se fraguaban en Asia desde hacía tiempo. Vannevar sospechaba ahora que se había producido una variación en el complot que había desbaratado en 1936 al eliminar los cementerios de la ciudad. Esta vez, no obstante, en lugar de utilizar a los muertos de la ciudad, se creía que el enemigo iba a introducir su propio cargamento de cadáveres especiales, junto a los espíritus necesarios para animarlos. Los aeropuertos locales estaban siendo vigilados, pero se pensaba que el ataque se produciría casi inevitablemente por mar. Parecía que sus sospechas estaban fundadas.

--¿Tú que opinas, don Benedicto? --preguntó el príncipe a su consejero de confianza.

--No hay forma de saberlo a ciencia cierta --respondió Benedicto, sin apartar los ojos de la pantalla de Hortator--. Pero todos los indicios parecen apuntar en esa dirección.

Todos convinieron que probablemente ese fuera el barco.

--Todo el mundo preparado --dijo Vannevar al fin, antes de preguntar a Hortator:-- ¿A qué distancia se encuentra?

--Parece que se encuentra a unas veinte millas de la costa en estos instantes --respondió el azteca--. Sigue dirigiéndose directo a nosotros.

--¿Cuánto tiempo nos queda? --preguntó el príncipe a Benedicto.

Benedicto emplearía la magia para transportarlos al barco invasor. Pero su poder tenía sus límites; tendrían que esperar hasta que la nave estuviera cerca a fin de efectuar el salto con garantías.

Benedicto hizo un rápido cálculo mental.

--Deberíamos estar a bordo dentro de unos diez minutos. Minuto arriba o abajo. --La embarcación se veía obstaculizada por la tormenta

pero, impulsada por la marea, seguía avanzando a buen ritmo. Tenían que detenerla antes de que llegara a la costa.

–Preparaos –dijo el príncipe; a continuación, dio media vuelta y abandonó la estancia.

El príncipe pretendía abordar el carguero y enfrentarse a su enemigo cara a cara, pese a las objeciones de los demás. Había hecho caso omiso de su consejo de mantenerse a salvo en la ciudad mientras los demás asaltaban a los atacantes. Estaba decidido a ir, y había elegido a Riley, Sullivan y Benedicto para que lo acompañaran. Riley era su más antiguo compañero, y el de mayor confianza; Benedicto proporcionaría al príncipe su experiencia con la magia; y Sullivan era el único miembro del equipo con algo de práctica en el mar, práctica que podría resultarles útil. Nickolai y Hortator se quedarían atrás, dirigiendo el cuartel general instalado en el ático y siguiendo el rastro de la nave en el radar. Chi permanecería junto a ellos; su estado físico impedía que se sumara a la partida de abordaje.

Vannevar reapareció en la habitación un instante después. Sobre su cadera colgaba su viejo sable de caballería. Riley se había puesto una sobaquera en la que había enfundado un revólver, y Sullivan portaba su enorme cuchillo de caza. Don Benedicto confiaría en sus conocimientos de artes marciales para protegerse.

Se aproximaba el momento y los cuatro se reunieron en el centro de la estancia, con Benedicto frente a los otros tres. En el exterior, la lluvia repicaba monótona. Benedicto levantó la mano, hizo un gesto, y dijo algo en voz baja. Vannevar sintió un balanceo familiar, un chasquido, un cegador haz de luz, y desaparecieron.

* * *

Los pies de Vannevar tocaron la cubierta inclinada; perdió el equilibrio y patinó sobre la plancha de hierro hasta la barandilla del barco. Se empapó de lluvia al aferrarse a la barandilla, sujetándose con todas sus fuerzas mientras la nave se alzaba sobre una rugiente ola. El viento aullaba e impulsaba la lluvia en ángulo contra la nave. Una ola rompió contra la barandilla, cubriendo a Vannevar y calándolo hasta los huesos.

Sullivan apareció de repente a su lado; afianzó al príncipe con un brazo mientras se agarraba a la barandilla con el otro.

–¿Te encuentras bien? –gritó Sullivan, para hacerse oír por encima de la estruendosa galerna.

--¡Bien! --respondió Vannevar, mirando en rededor en busca de sus otros dos compañeros. Don Benedicto y Riley se encontraban en las proximidades, aferrados a su vez a la barandilla. Solo Sullivan, con las piernas firmemente apuntaladas en la cubierta, parecía ajeno al violento balanceo del barco--. ¿Estáis bien los dos? --vociferó a Benedicto y a Riley.

Le indicaron que así era.

--¿Por dónde se va al puente de mando? --preguntó Vannevar a Sullivan, siempre a voz en grito.

El irlandés señaló hacia delante, hacia una cabina tenuemente iluminada por encima de la cubierta, a cien metros de distancia.

--Allí --dijo. La superestructura parecía desocupada.

--Vamos. --Vannevar encabezó la comitiva, sin soltar la barandilla, hacia su objetivo. Sullivan caminaba detrás de él, sin que le flaquearan las piernas, con una mano apoyada en el hombro del príncipe.

Sin previo aviso, una forma negra se abalanzó sobre ellos desde las tinieblas, volando por los aires hasta aterrizar sobre el príncipe. Siseando, el ser buscó la garganta de Vannevar; sus garras silbaron hacia los ojos del príncipe.

Vannevar intentó zafarse, pero resbaló en la cubierta y cayó debajo de la cosa. Entonces sintió que le quitaban al monstruo de encima. Vio a Sullivan levantar en vilo la correosa figura negra y lanzarla por el costado del barco. El ente cayó, siseando aún, al agua, para desaparecer instantáneamente bajo las oscuras olas.

Sullivan ayudó al príncipe a incorporarse.

--Gracias --gritó Vannevar, imponiendo su voz al rugir del viento.

Con una mano pegada a la barandilla, el príncipe desenvainó su espada. Los demás prepararon también sus armas.

Cuando llegaron a la superestructura, encontraron una escalerilla que conducía hacia arriba. Para alcanzarla tendrían que cruzar una extensión abierta de inestable cubierta. Sullivan fue el primero, caminando con agilidad por la superficie empapada de agua; llegó hasta la escalera y subió sin perder el paso. Vannevar lo siguió, trastabillando con torpeza en la oscilante cubierta, aunque consiguió llegar a la escalerilla sano y salvo. Benedicto y Riley lo imitaron, con los mismos problemas para no perder el equilibrio.

Una vez arriba, se encontraron en el exterior de la cabina. A una señal de Vannevar, Sullivan pegó una patada a la puerta y los cuatro irrumpieron en el interior, apresurándose a cerrar la puerta tras ellos, aliviados por dejar atrás el incómodo aguacero y el viento incesante.

El puente de mando estaba iluminado tan solo por el fulgor de los instrumentos y una única pantalla pequeña de radar. Nadie gobernaba el timón pero, ante sus ojos, vieron que se movía ligeramente a derecha e izquierda, ajustando la nave a su rumbo.

--Hay alguien abajo, al timón --dijo Sullivan.

--¿Puedes girarlo? --preguntó Vannevar.

Sullivan se acercó a la rueda y, aplicando ambas manos a la tarea, intentó virar a la izquierda. El timón no cedió. Hizo un segundo esfuerzo, separando las piernas y cargando todo su peso. La rueda apenas si se movió.

--¡Mierda! --juró el irlandés, soltando el timón con un gruñido y apartándose--. No hay manera.

Vannevar había esperado que todo fuera tan sencillo como desviar la nave y enviarla mar adentro. No le sorprendió comprobar que eso era imposible. Los demás aguardaban a que les indicara qué hacer a continuación.

Vannevar cruzó la cabina y se asomó a las ventanas del frente. Ya acertaba a divisar la línea de luces que señalaban la costa a escasas millas de distancia.

--Se nos acaba el tiempo --dijo, volviéndose hacia los demás--. Quiero que Sullivan y Riley se queden en el puente y monten guardia. Benedicto y yo bajaremos a ver qué encontramos.

Riley y Sullivan, con los rostros chorreando agua, accedieron, aunque a regañadientes. Habrían preferido permanecer junto al príncipe.

Vannevar y Benedicto abrieron la puerta y se enfrentaron al vendaval. Riley y Sullivan la cerraron tras ellos y vieron por la ventana cómo los dos hombres se abrían paso por la cubierta azotada por el viento en dirección a una gran escotilla.

Cuando llegaron a ella, se arrodillaron. Estaba trancada y cerrada con llave, pero consiguieron soltar una esquina, doblando el pesado metal sobre sí mismo. Vannevar se introdujo primero, encontró un mamparo de hierro con los pies y se apresuró a descender a la cubierta de carga.

Benedicto se reunió con él en el fondo y, juntos, los dos hombres registraron el compartimento de carga de la nave. Estaba vacío, húmedo y frío. El balanceo del barco era menos violento aquí abajo, y podían oír el constante zumbido de las dos calderas de la nave resonando por todo el casco, procedente de la popa del barco.

--Aquí abajo no hay nada --dijo el príncipe, cuando sus ojos se

hubieron acostumbrado a la tenue luz.

--Están por aquí, en alguna parte --susurró Benedicto--. Puedo sentirlo. Siento su presencia.

Benedicto se acercó a uno de los mamparos y apoyó las manos en él, acariciándolo.

--¡Aquí! --dijo. Propinó un puñetazo al metal. Se escuchó una diminuta reverberación--. Está hueco.

Registraron la bodega en busca de unas barras de hierro y, cuando las encontraron, atacaron el mamparo de imitación, soltándolo gradualmente, desprendiendo los remaches que lo mantenían en su sitio. Tras apartarlo, encontraron ocultos en su interior cinco baldas estanterías dispuestas en gradas. Cada una de ellas albergaba un cadáver disecado.

--¡Bingo! --sonrió Benedicto.

Los cuerpos apenas parecían humanos. Carecían de pelo por completo, tenían unos ojos redondos y enormes, y unos terribles colmillos sobresalían de sus bocas cerradas.

Vannevar y Benedicto se pusieron manos a la obra sin perder tiempo; el Tremere provocó un pequeño fuego con el que destruir los cadáveres mientras Vannevar se disponía a abrir el siguiente mamparo. Para cuando hubo abierto el segundo panel, Benedicto ya había incinerado los cinco primeros cadáveres.

* * *

Mientras tanto, la ansiedad de Sullivan aumentaba en el puente de mando sin nada que hacer. Riley lo observó agarrar de nuevo el timón e intentar girarlo. El ghoul se unió a él, pero ni siquiera sus fuerzas combinadas lograron moverlo.

--Parece que hay algo que lo sujeta --dijo Riley, cuando se apartaron de la rueda.

--Algo controla el timón desde abajo --convino Sullivan, preguntándose qué fuerza debía de tener el misterioso timonel. Se asomó a la ventana--. La orilla se encuentra a menos de cinco millas --dijo, fijándose en las brillantes luces de la Casa Cliff, que se levantaba al sur de la entrada--. Vamos directos al Golden Gate. Estaremos allí en menos de diez minutos.

Ambos miraron por la ventana en dirección a la escotilla parcialmente abierta de la cubierta de proa, por la que habían visto desaparecer al príncipe y a don Benedicto.

--¿Tú crees que deberíamos ir tras ellos? --preguntó Sullivan a Riley.

--Nos han dicho que esperemos --respondió el ghoul, aunque era evidente que la situación no le hacía ninguna gracia. No había forma de saber en qué tipo de problemas podrían haberse metido Vannevar y Benedicto allí abajo.

--Yo voy a la sala de máquinas --anunció Sullivan, de repente--. Voy a intentar detener el barco. Tú quédate por si se liberara el timón.

Riley no estaba seguro de que le apeteciera quedarse solo en el puente de mando, pero terminó por acceder.

--Vale. Ten cuidado.

Sullivan traspuso la puerta y se adentró de nuevo en el corazón de la tormenta; bajó por la escalerilla desde la superestructura y cruzó corriendo la cubierta hacia una escotilla emplazada en la popa de la nave. Riley lo vio arrodillarse para forzar la escotilla; a continuación, se coló en su interior y desapareció en las entrañas de la oscura bodega.

* * *

En la bodega de proa, Vannevar y Benedicto se afanaban en la tarea de abrir todos los compartimentos y destruir los cuerpos ocultos tras ellos. A medida que se incineraban los cadáveres, el aire de la bodega se inundaba de un humo negro, espeso y pringoso. En cuestión de minutos, Vannevar había abierto todos los compartimentos de babor y había dejado al descubierto cincuenta cadáveres; acto seguido, se dispuso a dismantelar los mamparos de estribor, donde suponía que encontraría otras cincuenta criaturas. Dejó a Benedicto solo en babor, ocupándose de los últimos cadáveres que había hallado el príncipe.

Vannevar casi había terminado de abrir el primer compartimento de estribor cuando Benedicto lanzó un grito que le hizo soltar la palanca y correr en auxilio de su amigo. Tras desenvainar su espada, dobló una esquina para encontrar a Benedicto enfrentado a tres criaturas vestidas de negro similares a la que se habían encontrado en cubierta. Encorvadas, ceñidas por seda negra, siseaban y gruñían mientras renqueaban con cautela en dirección al Tremere, desplegándose para rodearlo. Benedicto giró despacio, colocándose de espaldas al mamparo, con las manos abiertas en posición, estudiando a cada uno de sus oponentes.

Vannevar gritó al verlos, ondeando su espada por encima de la

cabeza. Los ghouls, distraídos por la exclamación de Vannevar, dejaron de mirar a Benedicto. El Tremere aprovechó aquella fracción de segundo para dar un paso de costado y propinar un golpe seco en la sien a uno de los ghouls. Se desplomó sin vida, golpeando el suelo con el cuello roto. Con un movimiento fluido, Benedicto giró en redondo y conectó una rápida patada con la barbilla de un segundo ghoul desprevenido. También se derrumbó muerto.

El tercero, al ver caer a sus camaradas, no tuvo tiempo de reaccionar antes de sucumbir al furioso asalto de Benedicto. Los tres ghouls habían muerto antes de que Vannevar llegara siquiera al lado de su amigo.

--¡Hay más! --exclamó Vannevar al unirse a Benedicto, señalando el umbral iluminado al otro lado de la bodega. Al menos una docena de ghouls vestidos de negro irrumpieron por la válvula abierta, cargando directamente contra ellos. Los dos vampiros se dispusieron a plantarles cara.

* * *

Sullivan, cuando hubo superado la escotilla de popa, se adentró en las entrañas del buque; descendió escaleras a oscuras y corrió por pasadizos repletos de basura y desperdicios, en busca de un camino que lo condujera a la sala de máquinas. No había vuelto a embarcarse desde mediados de siglo y, al no estar familiarizado con un buque de este tipo y tamaño, le sorprendía su complejidad. Pero confiaba en su oído, rastreando el constante rumor de los motores de la nave, siguiendo el sonido hasta su origen. Al trasponer una válvula, emergió en una pasarela de hierro suspendida por encima de dos enormes calderas palpitantes. Sin vacilar, saltó de la pasarela y aterrizó tres metros más abajo, en veinte centímetros de sucia agua de sentina. Se dispuso a buscar de inmediato las válvulas de vapor que controlaban los motores.

Actuaba sin que se lo hubieran ordenado, pero sabía que el príncipe quería detener la nave antes de que llegara a la costa... aunque eso significara inutilizar el barco en medio de la tormenta, y a su merced.

Registró toda la sala de máquinas, abriendo todas las válvulas y manómetros que encontraba a su paso, esperando que unas u otras apagarán de algún modo la compleja maquinaria que zumbaba y traqueteaba a su alrededor. Al fin encontró las enormes palancas de

embrague y, sin pensárselo dos veces, las arrancó de cuajo, cortando el suministro de corriente a las hélices gemelas que propulsaban el barco. Sin ellas, la nave no podría virar.

No se dio por satisfecho y abrió los pantoques, permitiendo que penetraran en la cámara torrentes de agua, antes de regresar corriendo a la pasarela. Abandonó la sala de máquinas a su suerte. La fría agua marina que inundaba la bodega pronto llegaría a los motores --y a las calderas al rojo-- inutilizándolos, permanentemente.

* * *

Riley seguía en su puesto, en el puente de mando, escrutando la lejana orilla, cuando sintió que la nave perdía impulso. La embarcación ya no bregaba hacia delante, cortando las olas en dirección a San Francisco. Ahora cabalgaba las olas, propulsada tan solo por la tormenta. Una inmensa ola se estrelló contra la popa del buque y sintió que el carguero se ladeaba de morro hasta que creyó que la quilla se sumergiría y se irían todos directamente al fondo del mar. Luego la ola pasó por debajo de ellos y la popa del barco giró, dejando al desvalido barco inerte, de costado, a merced del oleaje. Las luces de la Casa Cliff alumbraban en la orilla, justo delante de ellos, a menos de media milla de distancia. Riley comprendió que la ola los había alejado de la entrada de la bahía y los había empujado hacia el sur de la angosta abertura. En medio de la fantasmagórica bruma podía distinguir apenas las cónicas cumbres gemelas de Seal Rocks, interpuestas en su camino.

Asió el timón, sorprendido de la facilidad con que giraba ahora en sus manos pero, cuando viró a izquierda y derecha, comprobó que no servía de nada. La nave no obedecía. Decidió salir del puente. Tenía que informar al príncipe, dondequiera que estuviese. Tras introducirse de nuevo en la tormenta, bajó la escalerilla con cuidado y cruzó la cubierta de proa en dirección a la escotilla por la que había visto desaparecer antes al príncipe.

* * *

Varias cubiertas más abajo, en la bodega de proa, Vannevar se enfrentaba a la embestida del primer ghoul. Una poderosa estocada de su sable atrapó al monstruo en plena cintura, a punto de cortarlo en dos. Un segundo ghoul cayó bajo su espada, con el cráneo hendido

por un potente arco descendente.

Benedicto se encontraba en las inmediaciones, defendiéndose de sus atacantes, partiendo cuellos y extremidades con rápidas patadas y golpes que propinaba con pies y manos.

Pero la horda de rugientes ghouls los acosaba y los obligó a replegarse contra el mamparo. Uno de ellos saltó sobre Vannevar, esquivando su guardia para hundir los dientes en el hombro del príncipe. Vannevar se quitó de encima al ser y, con una mano, arrojó al ghoull a media bodega de carga de distancia. Espalda con espalda, Benedicto y él continuaron repeliendo a sus atacantes, exterminándolos de uno en uno.

* * *

Sullivan seguía abriéndose paso en medio de la miríada de pasadizos del barco cuando oyó un golpe seco a su espalda. El agua del mar había alcanzado las calderas y estas comenzaban a agrietarse, a colapsarse. Sintió que lo embargaba un pánico paralizante mientras intentaba por todos los medios encontrar una ruta que lo condujera a las cubiertas de proa de la nave. Tenía que avisar al príncipe de que el carguero estaba dañado y fuera de control.

Llegó ante una enorme válvula, giró la manilla y la abrió de golpe, para tropezarse con una escena inesperada.

En el enorme compartimento que había ante él vio una segunda sala de mandos, con su timón y sus controles de los motores. El timón, desatendido, giraba a uno y otro lado, incontrolado. En el centro de la cámara vio una serie de baldas de madera que contenían docenas de vasijas de cerámica, con las tapas selladas con brea. Había dibujos pintados alrededor de los jarrones: rizos, remolinos y símbolos extraños. Olfateó el aire... aire que estaba cargado de un tufo que Sullivan conocía de sobra. Un escalofrío recorrió su columna al reconocer el pútrido hedor que había envuelto perpetuamente al Abuelo.

Entonces lo vio... un ser colosal y deforme que reptaba despacio y con dificultad para colarse por una válvula abierta al otro lado del compartimento. Solo resultaban visibles su lomo encorvado y las diminutas extremidades traseras, casi inútiles. Sin sopesar los pros y los contras, Sullivan desenfundó su cuchillo y corrió en su persecución.

* * *

Vannevar y Benedicto despachaban al último ghoul cuando el príncipe levantó la cabeza y vio al ser que entraba por la puerta; sus enormes ojos rojos resplandecían como brasas candentes.

—¡Benedicto! ¿Qué es eso?

Benedicto alzó la vista y vio a la monstruosa criatura, corpulenta, de más de dos metros de altura, acercándose a ellos a cuatro patas, impulsándose sobre sus dos poderosos brazos mientras las casi inútiles piernas oscilaban a su espalda. La cabeza de aquella cosa era grande y angulosa, y colgaba al extremo de un cuello anormalmente distendido. Su boca estaba cuajada de dientes afilados; los dos caninos superiores medirían unos doce centímetros de longitud. Era un vampiro, pero a saber si alguna vez había sido humano.

Al reparar en la presencia de los dos hombres, la criatura se abalanzó sobre ellos, rugiendo y agachando la cabeza, con las fauces chasqueando peligrosamente. Tras acabar con la vida del último ghoul que tenía frente a él, Vannevar salió al encuentro del monstruo, extendiendo la espada a la defensiva. Pero en ese momento el engendro se detuvo y, encumbrándose sobre sus diminutos cuartos traseros, blandió una enorme zarpa contra el príncipe. Vannevar bajó la espada y se agachó para esquivar el golpe, superando la guardia de la criatura y hundiendo su sable en el costado de la bestia. Un borbotón de nocivo pus verde manó de la herida. El engendro profirió un aullido de rabia.

Vannevar retiró su filo y se giró para zafarse, pero el monstruo volvió a cernirse sobre él y consiguió golpear al príncipe en un hombro, enviándolo rodando al otro lado de la cubierta.

La criatura se dispuso a abalanzarse sobre el derribado Vannevar, pero Benedicto, que había destruido al último ghoul que le hacía frente, se interpuso entre ellos. Un haz de luz verde surgió de su mano levantada y golpeó al monstruo en pleno torso. El ser aulló de nuevo y volvió a encabritarse, retrocediendo esta vez un par de pasos.

Vannevar ya había recuperado la verticalidad y volvía a blandir su espada. Mientras buscaba una abertura que pudiera aprovechar, se percató de la presencia de Sullivan, que corría hacia el monstruo a través de la válvula abierta. Cuchillo en mano, el irlandés saltó directamente sobre el lomo de la criatura, apresándole el cuello con un brazo mientras con el otro hundía repetidas veces el cuchillo en la garganta y los hombros de la rugiente bestia.

El engendro atacó con sus garras al inesperado asaltante que se había encaramado a su espalda, irguiéndose cuan alto era mientras el irlandés lo apuñalaba sin piedad. La criatura le puso una zarpa encima y, sin esfuerzo, lanzó a Sullivan por los aires. El vampiro rebotó contra el mamparo de estribor y aterrizó hecho un ovillo en la cubierta, aturdido y desorientado.

El ser se encaró de nuevo con Vannevar y Benedicto; el pus verde rezumaba ahora de las heridas de su cuello además del tajo practicado en su costado. Pero, pese a los daños sufridos, no mostraba indicios de fatiga.

Benedicto y el príncipe retrocedieron un paso, alejándose de su alcance, separándose. El monstruo ignoró al Tremere y no perdía de vista a Vannevar, consciente de quién era su verdadero rival. Sus feroces fauces se abrían y cerraban, anticipando el sabor de la sangre del príncipe.

En ese momento apareció Riley en la otra punta de la bodega de carga, asomándose a la escotilla abierta en el techo.

--¡Abandonad el barco! --gritó; su voz resonó por toda la cámara vacía--. ¡Vamos hacia las rocas!

Pero ya era demasiado tarde. La siguiente ola golpeó al buque de costado, inclinándolo violentamente y estrellándolo contra las cumbres de granito de Seal Rocks. El metal rechinó contra la piedra cuando el carguero abatido encalló entre ambos picos. Una segunda ola rompió contra las rocas y se produjo una fisura en el casco, partiéndolo en dos.

Se produjo un atronador choque en el interior que derribó a todo el mundo al suelo antes de que la embarcación se detuviera en seco con un escalofriante chirrido metálico. Se oyó un tremendo gemido, seguido de una explosión. La popa de la nave quedó desgarrada, revelando un firmamento nocturno invadido por la tormenta antes de que todo quedara oculto bajo un torrente de agua helada.

Vannevar salió a flote segundos más tardes, a tiempo de ver los últimos restos del barco que desaparecían bajo las inclementes olas. Había resurgido al otro lado de las rocas, a unos meros doscientos metros de la orilla. Braceando, ayudado por la marea, miró en rededor en busca de sus compañeros. Divisó a Riley a cincuenta metros, nadando hacia la orilla, rodeando con el brazo a un aturdido Sullivan. Benedicto no aparecía por ninguna parte, hasta que al fin emergió la cabeza del Tremere por encima de las olas, no muy lejos.

--¿Estás bien? --preguntó el príncipe, nadando hacia él.

--Puedo nadar --respondió Benedicto, escupiendo agua salada.

Emprendieron juntos el camino a la orilla, hasta alcanzar los rompeolas donde los esperaba Riley. Sullivan estaba sentado en las proximidades, donde lo había dejado el ghoul.

El príncipe exhibía una amplia sonrisa.

--La criatura ya no existe. Hemos encontrado sus restos flotando a la deriva. Creo que esta noche hemos hecho un buen trabajo.

--¿Qué hora es? --preguntó Benedicto, de repente, fijándose en la luz que comenzaba a despuntar por el este.

Vannevar hizo ademán de consultar su reloj y frunció el ceño al descubrir que lo había perdido durante el hundimiento del barco. Se dio cuenta de repente de que también había perdido su espada. La funda vacía colgaba sobre su cadera.

--No lo sé --respondió el príncipe, ceñudo--. Pero no puede faltar mucho para que amanezca.

Camino de la autopista vieron un par de automóviles aparcados detrás del rompeolas. Vannevar vio que Nickolai salía del asiento trasero de uno de los coches y se acercaba al borde del dique marítimo. Les saludó con la mano. Vannevar agitó el brazo a su vez.

--Vamos --dijo a los otros--. Amanece y Nickolai ha venido a rescatarnos. --Mientras cruzaban la arena en dirección a los automóviles, Vannevar vio a Iwo de pie junto a Nickolai. Exhibía una amplia sonrisa.

20

1995: EL DÍA DESPUÉS

Vannevar dedicó el fin de semana a recuperarse en el hogar de art deco que habían comprado Donna y él en Marina hacía algunos años. Donna se había quejado de que el ático era demasiado austero, demasiado frío, y Vannevar tendía a mostrarse de acuerdo con ella de un tiempo a esta parte. Marina era un distrito soleado que se miraba en el extremo norte de la bahía, gozando de una espléndida vista del Golden Gate Bridge y el condado de Marin, en la costa opuesta. Vannevar había ordenado construir un enorme estanque en el pequeño patio vallado y lo había poblado con algunos de sus *koi*.

Era la primera noche tras el naufragio del barco y estaba en la calle, dando de comer a los peces, cuando oyó que sonaba el teléfono

dentro de la casa. Donna contestó e intercambió unas cuantas palabras con alguien. Se produjo un momento de silencio, antes de que apareciera por la puerta corredera de cristal de la casa.

--Vannevar --llamó al príncipe--. Es Nickolai. Dice que es urgente. Vannevar suspiró.

--¿Qué quiere? --Ni siquiera se molestó en darse la vuelta; seguía ocupándose de sus peces.

Donna habló de nuevo con Nickolai, antes de responder:

--Dice que tiene que hablar contigo.

--¿Es que se va a acabar el mundo?

Donna volvió a conversar con el ruso.

--Dice que no, pero que tiene que hablar contigo de todos modos.

--Que me llame el lunes. Estoy de vacaciones.

A sus pies, los *koi* chapoteaban encantados.

FIN